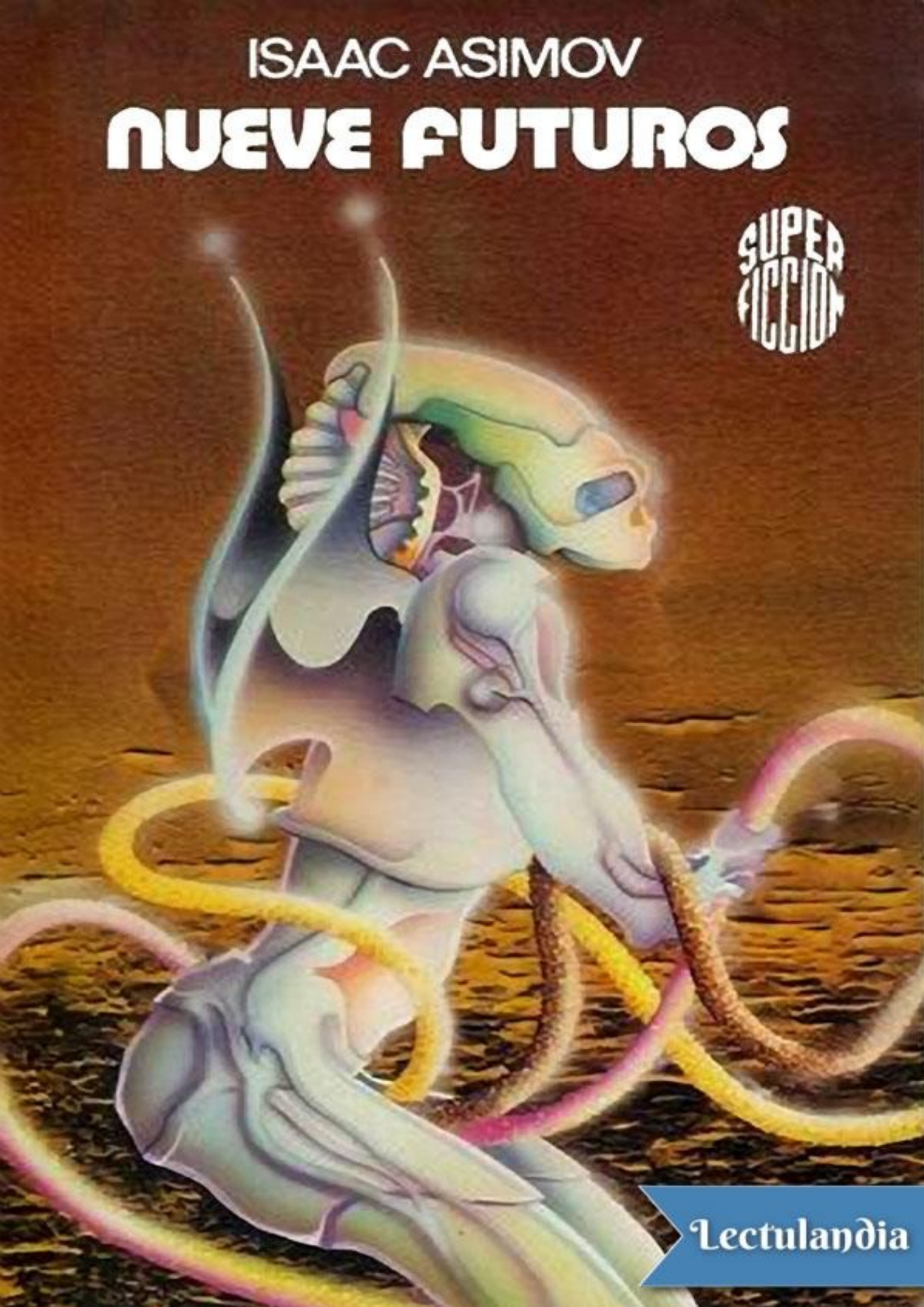
ISAAC ASIMOV

NUEVE FUTUROS

SUPER FICCIÓN



Lectulandia

Una de las mejores recopilaciones de relatos de Isaac Asimov, con historias escritas originalmente durante los años cincuenta, década prodigiosa para el autor y durante la cual se ganó a pulso la fama que le ha acompañado desde entonces como escritor de ciencia ficción.

El volumen abarca un total de 9 relatos y 2 poemas, en los que Asimov exploró todo el espectro de temas del género. La investigación científica, los ordenadores, las profesiones ligadas a las nuevas tecnologías, visiones del futuro cercano y del futuro lejano…, tratados siempre con la lucidez característica del autor. Y, por destacar un relato entre todos ellos, *El niño feo*, una historia enormemente emotiva sobre un niño que encuentra a su madre 40.000 años demasiado tarde…

Lectulandia

Isaac Asimov

Nueve futuros

Super Ficción 96

ePUB r1.0
Glokta 12.05.13

Título original: *Nine tomorrows*

- ¡Vale la pena leerme, vean! (poesía) (*I just make them up, see!*, 1958)
- Notas de rechazo (poesía) (*Rejection slips*, 1959)
- Profesión (novela corta) (*Profession*, 1957)
- La sensación de poder (*The feeling of power*, 1958)
- La noche moribunda (*The dying night*, 1956)
- En Puerto Marte y sin Hilda (*I'm in Marsport without Hilda*, 1957)
- Los buitres bondadosos (*The gentle vultures*, 1957)
- Todos los males del mundo (*All the troubles of the world*, 1958)
- Mi nombre se escribe con S (*S as in Zebatinsky (Spell my name with an S)*, 1958)
- La última pregunta (*The last question*, 1956)
- El niño feo (*Lastborn (The ugly little boy)*, 1958)

Isaac Asimov, 1959.
Traducción: César Terrón y Francisco Blanco
Diseño portada: Salinas Blanch

Editor original: Glokta (r1.0)
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Para Betty Shapian, cuya amabilidad
y espíritu servicial han sido inagotables

¡Vale la pena leerme, vean!

Oh, doctor A…
Oh, doctor A…
Hay algo (no se vaya)
que me gustaría oírle decir.
Aunque preferiría morir
que intentar
curiosear,
el hecho, como verá,
es que en mi mente
ha brotado hoy la cuestión latente.

No pretendo fácil irrisión,
de modo que, por favor, responda con decisión.
Deseche sus temores recelosos,
¡y explique el secreto de su visión!
¿Cómo demonios
engendra
esas locas e increíbles ideas?

¿Es indigestión
y cuestión
de la pesadilla resultante?
¿De sus globos oculares el remolineo,
el girar incesante,
del cerrarse y abrirse
de sus dedos,
mientras su sangre toca enloquecidos repiques
al seguir el desapasionado compás
de su pulso turbio y desigual?

¿Es eso, opina, o el licor
lo que acelera su furor?
Porque un pequeño,
ligero,
martini seco
puede ser su particular genio;
o quizás en esos combinados de ron

encuentra usted las mismas
semillas
para la creación
y liberación
de esa rara idea o ese sorprendente final;
o una sobrenatural
combinación
de ilegal
estimulación,
marihuana más tequila,
que le dará esa sensación
de las cosas que vibran
y se desprenden,
mientras inicia su cerebración
con la síncopa enloquecida
de un cerebro que su tic-tac emprende.

Doctor A., seguramente algo
le vuelve visionario
y bastante trastornado.
Puesto que le leo con devoción,
¿no querrá darme una noción
de esa poción astutamente preparada
de la que emergen sus tramas,
de esa mezcla secreta, espumosa, alocada,
que en elemento permanente le ha convertido,
en los lugares de la c. f. más favorecidos…?

Ahora, doctor A.,
no se vaya…

Oh, doctor A…
Oh, doctor A…

Notas de rechazo

A) Culta

Querido Asimov, las leyes mentales todas
prueban que tiene sus defectos la ortodoxia.
Considere esa componente ecléctica
de la filosofía de Kant que mella
con fauces incansables y antilógicas
las gastadas e inútiles sierras
que se atascan en buches de mutante de nuestra era.
Ahí va pues su relato (con débil vítor).
Las palabras anteriores tienen amplio motivo.

B) Culta

Querido Ike, estaba preparado
(y, chico, realmente asustado)
para tragar, viniendo de ti, casi cualquier cosa.
Pero, Ike, eres pura droga,
tu forma de escribir es embriagamiento:
sólo queda seca tos y mental hinchamiento.
Te devuelvo esta porquería;
olía, apestaba, hedía;
un breve vistazo fue lo bastante espantoso.
Aunque, Ike, chico, poco a poco,
prueba de nuevo.
Necesito algunas fantochadas y, muchacho, adoro tu fiemo.

C) Amable

Querido Isaac, amigo mío,

pensé que tu relato era lúcido.
Sumamente delicioso
y con méritos, esplendoroso.
Significó una entera
noche, plena
de tensión, amigo,
y luego alivio,
y acompañada
en buena medida
del deleite
de la latente
incredulidad.
Es una trivialidad,
apenas correcto,
casi un acto de maldad,
declarar
que hay pequeños defectos.
Nada concreto,
un retoque, tal vez,
y por eso
no vas a desfallecer.
Permíteme pues exponer,
sin más retraso,
mi camarada, mi amigo,
que el final de tu relato
me ha dejado complacido
y alegremente sosegado.
P.D.
Ah, claro,
debo confesar
(con cierto pesar)
que, ¡ay!, te adjunto tu relato.

Profesión

—Mañana es el primero de mayo. ¡Los Juegos Olímpicos! —dijo George Platen, sin poder disimular la ansiedad de su voz.

Se puso boca abajo y espió a su compañero de habitación por encima de los pies de la cama. Pero bueno, ¿acaso él no lo sentía? ¿O es que no le importaba en absoluto?

El rostro de George era delgado, y aún se había hecho más huesudo en el casi año y medio que llevaba en la Residencia. De enjuta figura, la mirada de sus ojos azules era no obstante tan intensa como lo había sido siempre, y en aquel momento parecía un animal acorralado, por el modo en que sus dedos aferraban la colcha.

Su compañero de habitación levantó brevemente la mirada del libro y aprovechó para ajustar el nivel de luminosidad del tramo de pared próximo a su silla. Se llamaba Hali Omani, y era nigeriano. Su piel marrón oscuro y sus macizos rasgos parecían hechos para la calma, y la mención de los Juegos Olímpicos no pareció afectarle. Se limitó a decir:

—Lo sé, George.

George debía mucho a la paciencia y la amabilidad de Hali, cuando éstas eran necesarias; pero a veces, incluso estas cualidades podían resultar excesivas. ¿Acaso era el momento de quedarse quieto como una estatua de ébano?

George se preguntó si también él actuaría de ese modo al cabo de diez años, pero rechazó la idea violentamente. ¡Imposible!

—Creo que has olvidado lo que mayo significa —dijo desafiador.

—Recuerdo perfectamente lo que significa —repuso su compañero—. ¡Nada en absoluto! Eres tú quien lo olvida. Mayo no significa nada para ti, George Platen, ni tampoco para mí, Hali Omani —concluyó suavemente.

—Las naves vienen a buscar reclutas. En junio, millares y millares partirán con millones de nombres y mujeres a bordo, para dirigirse a todos los mundos conocidos… ¿Y dices que eso no significa nada?

—Menos que nada. Y de todos modos, ¿qué pretendes que haga al respecto?

Omani siguió con el dedo un difícil pasaje del libro que estaba leyendo y sus labios se movieron en silencio.

George le observó. «¡Vamos, hombre! —le animó interiormente—. ¡Grita, pégame, haz algo, maldita sea!»

Lo que le ocurría era que no quería sentirse tan solo en su ira. No quería ser el único que se hallase rebosante de resentimiento, el único que sufriese una lenta agonía.

Habían sido mucho mejores aquellas primeras semanas cuando el universo era un cascarón de luz imprecisa y de sonidos, que parecía oprimirle. Estaba mucho mejor

antes que Omani hubiese aparecido para devolverle a una vida que no valía la pena vivir.

¡Omani era viejo! Al menos tenía treinta años. George se preguntó: «¿Seré yo así a los treinta? ¿Seré así dentro de doce años?». Y como temía que pudiese serlo, le gritó a Omani:

—¿Quieres dejar de leer ese condenado libro?

Omani volvió una página y leyó algunas palabras; luego levantó la cabeza, cubierta de cabello rizado y crespo, y preguntó:

—¿Cómo?

—¿De qué te sirve leer ese libro? —Se dirigió hacia él y rezongó—: ¡Más electrónica!

Luego se lo arrebató de las manos de un tirón.

Omani se levantó lentamente y recogió de nuevo el libro, alisando sin alterarse una página arrugada.

—Llámalo satisfacción de la curiosidad, si quieres —observó—. Hoy comprendo un poco más, y mañana tal vez otro poquito. Hasta cierto punto, eso supone un triunfo.

—¿Un triunfo? ¿Qué clase de triunfo? ¿Eso es todo lo que quieres hacer en la vida? ¿Llegar a saber la cuarta parte de lo que sabe un Electrónico Diplomado cuando cumplas sesenta y cinco años?

—Tal vez cuando cumpla treinta y cinco.

—¿Y entonces quién te querrá? ¿Quién te empleará? ¿Adónde irás?

—Nadie. A ninguna parte. Me quedaré aquí para leer otros libros.

—¿Y eso te satisface? ¡No me digas! Me has arrastrado hasta la clase. Has conseguido que lea, y que memorice también. ¿Para qué? No encuentro en ello nada que me satisfaga… Lo cual significa que la farsa ha terminado. Haré lo que pensaba hacer al principio, antes que tú me engatusaras. Les obligaré a…, a…

Omani dejó el libro. Esperó a que su compañero se interrumpiera y entonces le preguntó:

—¿A qué, George?

—A rectificar una injusticia. Un complot. Iré a ver a ese Antonelli y le obligaré a reconocer que él…, que él…

Omani meneó la cabeza.

—Todos los que vienen aquí insisten en afirmar que se trata de un error. Suponía que ya habías superado eso.

—No lo digas en ese tono despectivo —dijo George acaloradamente—. En mi caso es verdad. Ya te he dicho…

—Sí, ya me lo has dicho, pero en el fondo de tu corazón sabes que, por lo que a ti se refiere, nadie se equivocó.

—¿Porque nadie quiso admitirlo? ¿Crees que serían capaces de reconocer un error, a menos que se les obligase a ello?… Pues bien, yo les obligaré.

El responsable de la actitud de George era el mes de mayo, el mes de los Juegos Olímpicos. Sintió que volvía a él su antiguo furor, sin que pudiera evitarlo. Pero es que tampoco quería evitarlo, y había corrido el riesgo de hacerlo.

—Yo iba a ser Programador de Computadora —dijo—, y puedo serlo. Podría serlo hoy mismo, pese a lo que digan que muestra el análisis. —Golpeó el colchón con los puños—. Están equivocados. Tienen que estarlo.

—Los analistas nunca se equivocan.

—Pues en este caso tienen que estar equivocados. ¿Dudas acaso de mi inteligencia?

—La inteligencia no tiene absolutamente nada que ver con esto. ¿No te lo han dicho aún bastantes veces? ¿Es que no eres capaz de comprenderlo?

George se volvió boca arriba y se puso a mirar el techo con expresión sombría.

—¿Y tú qué querías ser, Hali? —preguntó.

—No tenía planes fijos. Creo que me hubiera gustado ser Especialista en Hidroponía.

—¿Crees que hubieras podido serlo?

—No estoy muy seguro.

George nunca había hecho preguntas de carácter personal a Omani. Le pareció extraño, poco natural, que otras personas con ambiciones hubiesen terminado allí. ¡Especialista en Hidroponía!

—¿Pensabas que te dedicarías a esto? —le preguntó.

—No, pero aquí sigo siendo el mismo.

—Y te sientes satisfecho. Satisfecho por completo. Eres feliz. Te gusta. No querrías estar en ningún otro lugar.

Muy despacio, Omani se puso en pie. Con el mayor cuidado, empezó a deshacer su cama, diciendo:

—George, eres un caso difícil. Te estás mortificando porque te niegas a aceptar la verdad sobre ti mismo. Te encuentras en lo que tú llamas la Residencia, pero nunca he oído que la llames por su nombre completo. Dilo, George, dilo. Luego acuéstate y duerme, y se te pasará todo.

George frunció los labios y mostró los dientes, que rechinaban. Con voz ahogada, exclamó:

—¡No!

—Entonces lo diré yo —dijo Omani, uniendo la acción a la palabra.

Pronunció el nombre silabeando con el mayor cuidado.

George sintió una profunda vergüenza al oírlo, y se vio obligado a volver la cabeza.

Durante la mayor parte de los primeros dieciocho años de su vida, George Platen había seguido firmemente el rumbo trazado, que le llevaría a ser un Programador de Computadora Diplomado. Entre los chicos de su edad muchos pensaban en la Espacionáutica, la Tecnología de la Refrigeración, el Control de Transportes, e incluso la Administración, demostrando con ello su buen juicio. Pero George tenía su plan trazado, y nada le desviaba de él.

Discutía los méritos relativos con el mismo entusiasmo que ellos. ¿Por qué no? El Día de la Educación estaba ante ellos como la fecha crucial de su existencia. Se aproximaba con regularidad, tan fijo y cierto como el calendario…; el primero de noviembre siguiente a su decimoctavo cumpleaños.

Después de aquel día surgían otros temas de conversación. Se podía comentar con los demás los detalles de la profesión, o las virtudes de la esposa y los hijos, o la suerte del propio equipo de polo espacial, o los triunfos que uno había conseguido en los Juegos Olímpicos. Antes del Día de la Educación, sin embargo, el único tema que acaparaba la atención general era precisamente el de esta importantísima fecha.

—¿A qué piensas dedicarte? ¿Crees que lo conseguirás? Bah, eso no es bueno. Mira los registros; han reducido el cupo. Logística, en cambio…

O Hipermecánica… O Comunicaciones… O Gravítica…

Especialmente Gravítica, en aquel momento. Todo el mundo hablaba de Gravítica en los años que antecedieron al Día de la Educación de George, a causa del desarrollo alcanzado por el motor gravítico.

Cualquier mundo situado en un radio inferior a los diez años luz de una estrella enana, según todos decían, hubiera dado cualquier cosa por un Ingeniero Gravítico Diplomado.

Esta idea jamás preocupó a George. Sabía lo que había pasado anteriormente con otra técnica recién creada. Inmediatamente se abrieron las compuertas de la racionalización y la simplificación. Todos los años surgirían nuevos modelos; nuevos tipos de motores gravíticos; nuevos principios. Entonces, todos aquellos caballeros tan solicitados quedarían anticuados, y serían superados por los últimos modelos provistos de la última educación. El primer grupo tendría que dedicarse entonces a trabajos no especializados o embarcarse para algún mundo atrasado, que aún no estuviese al día.

En la actualidad los Programadores de Computadoras seguían en demanda creciente, a pesar de los años y los siglos transcurridos. Si bien no alcanzaba nunca proporciones monstruosas, pues el mercado de los Programadores aún no se hallaba dominado por el frenesí, la demanda aumentaba regularmente, a medida que se abrían nuevos mundos al comercio y los antiguos se hacían más complicados.

Él había discutido constantemente con Stubby Trevelyan sobre este punto. Como

suele suceder entre amigos íntimos, sus discusiones eran constantes y enconadas y, por supuesto, ninguno convencía al otro ni se dejaba convencer.

Pero Trevelyan tenía un padre que era Metalúrgico Diplomado y había trabajado en uno de los Mundos Exteriores, y un abuelo que también había sido Metalúrgico Diplomado. Él también se proponía serlo, para continuar la tradición de la familia, y estaba firmemente convencido que cualquier otra profesión no sería tan respetable.

—Siempre habrá metales —solía decir—, y no hay nada como modelar las aleaciones de acuerdo con las normas y ver cómo crecen las estructuras. En cambio, ¿qué hace el Programador? Pasar el día sentado ante una máquina de kilómetro y medio, suministrándole datos por una ranura.

Incluso a los dieciséis años, George ya demostraba poseer un carácter práctico. Replicó escuetamente:

—Tendrás que competir con un millón de Metalúrgicos.

—¿Quieres una mejor demostración de lo buena que es esta profesión? ¡No hay otra como ella!

—Pero terminarás por no encontrar trabajo, Stubby. Cualquier mundo puede fabricarse sus propios Metalúrgicos, y el mercado que tienen los modelos terrestres más avanzados no es tan grande. Donde tienen más demanda es en los mundos pequeños. ¿Sabes qué proporción de Metalúrgicos Diplomados se envía a mundos clasificados como Grado A? Lo consulté, y vi que es un trece coma tres por ciento. Eso quiere decir que tienes siete probabilidades entre ocho de quedarte en un mundo que apenas tiene agua corriente. Incluso puede que te quedes en la Tierra: el dos coma tres por ciento lo hacen.

Trevelyan dijo con cierto acaloramiento:

—No constituye ninguna desgracia quedarse en la Tierra. La Tierra también necesita técnicos. Y buenos.

Su abuelo había sido Metalúrgico en la Tierra. Trevelyan se llevó la mano al labio superior, y se dio golpecitos en un bigote todavía inexistente.

George sabía lo del abuelo de Trevelyan y, considerando que sus propios antepasados también estuvieron ligados a la Tierra, optó por no reírse. En cambio, dijo, muy diplomático:

—Desde luego, no es ninguna desgracia desde el punto de vista intelectual. Pero a todos nos gustaría ir a un mundo de Grado A, ¿no es cierto?

»Veamos ahora el caso de los Programadores. Sólo los mundos de Grado A poseen el tipo de computadoras que necesitan verdaderamente Programadores de primera clase, por lo cual son los únicos que se encuentran en el mercado. Además, las cintas que usan los Programadores son complicadas y casi ninguna de ellas encaja. Necesitan más Programadores de los que puede facilitar su propia población. Es una simple cuestión de estadística. Sólo existe un Programador de primera clase

entre un millón. Si un mundo con una población de diez millones necesita veinte Programadores, tiene que acudir a la Tierra para procurarse de cinco a quince de ellos. ¿No es así?

»¿Y sabes cuántos Programadores de Computadora Diplomados salieron el año pasado para planetas de Grado A? Voy a decírtelo: hasta el último. Si eres Programador, te llevarán. Sí, señor.

Trevelyan frunció el ceño.

—Si sólo uno entre un millón lo consigue, ¿qué te hace suponer que tú lo conseguirás?

George replicó, un poco a la defensiva:

—No lo sé, pero lo conseguiré.

Nunca se atrevió a confiar a nadie, ni a Trevelyan ni a sus padres, a qué se debía que se sintiese tan seguro. Pero no estaba preocupado. Tenía confianza en el futuro (ese fue el peor de todos los recuerdos que conservó en los días desesperanzados que siguieron.) Se hallaba tan tranquilo y confiado como cualquier niño de ocho años en vísperas del Día de la Lectura…, aquella anticipación infantil del Día de la Educación.

Desde luego, el Día de la Lectura había sido distinto. En parte se debió al simple hecho que era un niño. A los ocho años se aceptan muchas cosas extraordinarias. Un día no se sabe leer y al siguiente se ha aprendido. Así son las cosas. Como la luz del sol.

Además, la ocasión era mucho menos importante. No esperaban los reclutadores, empujándose para leer las listas y resultados de los próximos Juegos Olímpicos. Un niño que ha pasado el Día de la Lectura no es más que una criatura que vivirá todavía una década tranquila y monótona en la Tierra, arrastrándose por su superficie; una criatura que vuelve al seno de su familia con una nueva habilidad.

Cuando llegó el Día de la Educación, diez años después, George había olvidado casi todos los detalles de su Día de la Lectura.

Sólo se acordaba que fue un día de septiembre y que lloviznaba. (Septiembre para el Día de la Lectura; noviembre para el Día de la Educación; mayo para los Juegos Olímpicos. Incluso se componían canciones infantiles con estos temas.) George se vistió a la luz que salía de las paredes; sus padres estaban más emocionados que él. El autor de sus días era un Montador de Tuberías Diplomado, y trabajaba en la Tierra. Esto constituyó siempre una humillación para él, aunque, naturalmente, como todos podían ver, la inmensa mayoría de cada generación tenía que quedarse en la Tierra. Estaba en la propia naturaleza de las cosas.

Tenía que haber agricultores, mineros e incluso técnicos en la Tierra. Solamente las profesiones de último modelo y muy especializadas se hallaban en gran demanda

por parte de los Mundos Exteriores, y sólo se podían exportar algunos millones por año, de los ocho billones de seres humanos a que ascendía la población de la Tierra. Cualquier habitante del planeta podía contarse entre los elegidos, pero no podían pertenecer todos a ese grupo, por supuesto.

Sin embargo, sí podían aspirar a que al menos uno de sus hijos resultase elegido, y Platen padre no era una excepción a esta regla. Le resultaba evidente (y no sólo a él) que George poseía una inteligencia notable y muy rápida. Confiaba mucho en él, que además era su hijo único. Si George no conseguía situarse en un Mundo Exterior, tendrían que esperar a tener un nieto antes que de nuevo se presentase aquella posibilidad. Pero eso estaba demasiado alejado en el futuro para servirles de consuelo.

El Día de la Lectura no demostraría gran cosa, desde luego, pero sería la única indicación que tendrían antes que llegase la fecha más importante. Todos los padres de la Tierra escuchaban la calidad de la lectura cuando su hijo regresaba a casa con ella; escuchaban tratando de oír una fluidez particular, que les permitiría hacer presagios para el futuro. Había muy pocas familias que no concibiesen esperanzas por uno de sus vástagos, el cual, a partir del Día de la Lectura, se convertía en la gran esperanza de sus padres por la manera como pronunciaba los trisílabos.

Confusamente, George comprendió la causa de la tensión que dominaba a sus padres, y si aquella mañana lluviosa había ansiedad en su joven corazón, se debía únicamente al temor que sentía de ver desvanecerse la esperanzada expresión del rostro paterno, cuando regresase al hogar con su lectura.

Los niños se reunían en la gran sala de actos del Ayuntamiento Educativo. En toda la Tierra, en millones de salas semejantes, durante todo aquel mes, se reunirían grupos similares de niños. A George le deprimía el ambiente sórdido de la sala y la presencia de los otros niños nerviosos y envarados con sus ropas de gala, a las que no estaban acostumbrados.

Maquinalmente, George imitó a sus compañeros. Encontró el grupo integrado por los niños que vivían en su mismo piso en la casa de vecindad, y se unió a ellos.

Trevelyan, que vivía en la puerta contigua, aún llevaba largos cabellos infantiles, y se encontraba a años de distancia de las patillas cortas y el bigote rojizo que luciría cuando fuese fisiológicamente capaz de ello.

Trevelyan (que entonces conocía a George por el apodo de «el Bocazas»), dijo:

—Asustado, ¿eh?

—Nada de eso —dijo George, para añadir en tono confidencial—: Mis padres han puesto un montón de letra impresa en mi mesa, y cuando vuelva a casa les haré una demostración de lectura.

(El principal sufrimiento de George, por el momento, consistía en no saber dónde meter las manos. Le habían advertido que no se rascase la cabeza, ni se frotase las

orejas, ni se pellizcase la nariz, ni se metiese las manos en los bolsillos. Eso eliminaba casi cualquier otra posibilidad.)

Trevelyan, en cambio, se metió las manos en los bolsillos como si tal cosa y dijo:

—Mi padre no está en absoluto preocupado.

Trevelyan padre había sido Metalúrgico en Diporia durante casi siete años, lo cual le confería una categoría social superior en el barrio, aunque ahora estuviese jubilado y hubiese vuelto a la Tierra.

La Tierra no veía con buenos ojos el regreso de estos inmigrantes, a causa de los problemas demográficos que tenía planteados, pero una pequeña parte de ellos conseguía regresar. En primer lugar, la vida era más barata en la Tierra, y lo que en Diporia, por ejemplo, era una pensión insignificante, en la Tierra se convertía en una renta muy saneada. Además, siempre había hombres que hallaban una gran satisfacción en exhibir su triunfo ante sus amigos y en los lugares donde había transcurrido su infancia, en lugar de hacerlo ante el resto del universo.

Trevelyan padre explicó después que si se hubiese quedado en Diporia, sus hijos hubieran debido hacer lo propio, y Diporia era un mundo con una única astronave. Sin embargo, en la Tierra, sus vástagos podían aspirar a cualquier otro mundo, incluso Novia.

Stubby Trevelyan aprendió pronto la lección. Aun antes del Día de la Lectura, su conversación se basaba en el hecho incuestionable que él terminaría en Novia.

George, apabullado ante el grandioso futuro de su compañero, que contrastaba con su mísero presente, se puso a la defensiva.

—Mi padre tampoco está preocupado. Únicamente quiere oírme leer porque está seguro que lo haré muy bien. Supongo que tu padre no querría oírte si supiese que lo ibas a hacer mal.

—Yo no lo haré mal. Leer no es nada. En Novia, tendré gente que leerá para mí.

—¡Porque tú no podrás leer por ti mismo, ya que eres tonto!

—¿Entonces, cómo es que voy a ir a Novia?

George, acorralado, lanzó esta atrevida negación:

—¿Y quién dice que irás a Novia? Me apuesto lo que quieras a que no irás a ninguna parte.

Stubby Trevelyan enrojeció hasta la raíz de los cabellos.

—Pero no seré un Montador de Tuberías, como tu padre —espetó.

—Retira eso, renacuajo.

—Retira tú lo que has dicho.

Ambos permanecían nariz contra nariz, sin demasiadas ganas de pelear, pero contentos de poder hacer algo familiar en aquel sitio extraño. Además, al amenazar con los puños la cara de su compañero, George había resuelto el problema de las manos, al menos por el momento. Otros niños se reunieron a su alrededor, muy

excitados.

Pero todo terminó cuando una voz femenina resonó con fuerza por el sistema de altavoces. Reinó un silencio instantáneo. George aflojó los puños y se olvidó de Trevelyan.

—Niños —decía la voz—, vamos a llamarles por sus nombres. Los que sean llamados se dirigirán a uno de los hombres situados junto a las paredes laterales. ¿Los ven? Son fáciles de distinguir gracias a los uniformes rojos que llevan. Las niñas se dirigirán a la derecha. Los niños, a la izquierda. Miren ahora a su alrededor, para ver al hombre de rojo que tienen más próximo…

George encontró al suyo a la primera ojeada y esperó a que le llamasen por su nombre. Como todavía no conocía las complicaciones del alfabeto, el tiempo que tuvo que esperar hasta que llegasen a su letra le resultó muy enojoso.

La multitud de niños se iba aclarando; por turno, todos se dirigían al guía vestido de rojo más próximo.

Cuando por último el nombre de «George Platen» resonó por el altavoz, la sensación de alivio del niño sólo se vio superada por la alegría inenarrable que experimentó al ver que Stubby Trevelyan seguía aún en su sitio sin que le llamasen.

Volviéndose a medias, George le gritó al irse:

—Adiós, Stubby, tal vez no te quieren.

Aquel momento de alegría fue de breve duración. Le hicieron ponerse en fila con otros niños desconocidos, y les obligaron a seguir por varios corredores. Todos se miraban, con ojos muy abiertos y preocupados, pero con excepción de «No empujen» y «¡Eh, cuidado!», no había conversación.

Les entregaron varios trocitos de papel, ordenándoles que los guardasen. George miró el suyo con curiosidad. Pequeñas señales negras de diferentes formas. Sabía que era letra impresa, pero…, ¿cómo se podían formar palabras con aquello? Era incapaz de imaginárselo.

Le ordenaron que se desnudase; sólo quedaban juntos él y otros cuatro niños. Todos ellos se despojaron de sus ropas nuevas, y pudo ver a cuatro niños de su misma edad desnudos y pequeños, temblando más de vergüenza que de frío. Vinieron técnicos en Medicina, que les palparon, les aplicaron extraños instrumentos, les tomaron muestras de sangre. Luego les pidieron las tarjetas que los niños conservaban y añadieron nuevas marcas en ellas con varitas negras que servían para trazar aquellos signos, perfectamente alineados, a gran velocidad. George observó los nuevos signos, pero no resultaban más comprensibles que los anteriores. Los niños recibieron la orden de vestirse.

Tomaron asiento en sillas separadas y esperaron. Volvieron a llamarlos por sus nombres. El de «George Platen» fue el tercero.

El niño penetró en una gran estancia, llena de atemorizantes instrumentos

provistos de botones; ante ellos se alzaban brillantes paneles. En el centro de la sala había una mesa, ante la cual se sentaba un hombre, con la vista fija en los paneles amontonados frente a sí.

—¿George Platen? —le dijo.

—Sí, señor —respondió George, con un hilo de voz.

Toda aquella espera y aquel ir de acá para allá le estaban poniendo nervioso. Ojalá terminasen pronto.

El hombre sentado ante la mesa le dijo:

—Yo soy el doctor Lloyed, George. ¿Cómo estás?

No había levantado la mirada al hablar. Probablemente había dicho aquellas mismas palabras docenas de veces, sin mirar a quien tenía delante.

—Estoy bien, gracias —repuso el chico.

—¿Tienes miedo, George?

—Pues…, no, señor —dijo George, con una voz que le pareció cargada de miedo incluso a él mismo.

—Muy bien —dijo el médico—, porque no tienes nada que temer. Vamos a ver, George. Aquí en tu ficha dice que tu padre se llama Peter y es un Montador de Tuberías Diplomado, y que tu madre se llama Amy y es Técnico de Hogar Diplomado. ¿Es así?

—Sí…, señor.

—Y tú naciste el trece de febrero, y tuviste una infección de oído hará cosa de un año. ¿No?

—Sí, señor.

—¿Sabes cómo es que sé todas estas cosas?

—Porque están en la ficha, ¿no, señor?

—Exactamente.

El médico miró a George por primera vez y sonrió, exhibiendo una hilera de dientes blancos y regulares. Parecía mucho más joven que el padre de George. El nerviosismo del niño disminuyó en parte.

El médico tendió la ficha a George.

—¿Sabes lo que significan estos signos que ves aquí, George?

Al niño le sorprendió que el doctor le pidiese que mirase la ficha, como si esperase que de pronto fuese capaz de entenderla por arte de magia. Sin embargo, vio las mismas señales que antes y se la devolvió diciendo:

—No, señor.

—¿Por qué no?

George entró en súbitas sospechas acerca de la cordura de aquel hombre. ¿Es que acaso no lo sabía ya?

—No sé leer, señor.

—¿Te gustaría saber leer?

—Sí, señor.

—¿Por qué?

George le miró, apabullado. Nunca le habían preguntado semejante cosa. No sabía qué responder.

—No lo sé, señor —tartajeó.

—La letra impresa te guiará durante toda tu vida. Tienes mucho que aprender, aun después del Día de la Educación. En fichas como ésta encontrarás datos muy útiles. Con los libros podrás aprender. Podrás leer lo que aparezca en las pantallas de televisión. La letra de molde te dirá cosas tan útiles e interesantes que el analfabetismo te parecerá tan malo como la ceguera. ¿Me entiendes?

—Sí, señor.

—¿Todavía tienes miedo, George?

—No, señor.

—Muy bien. Ahora voy a decirte exactamente lo que haremos primero. Te pondré estos alambres en la frente, sobre el borde de los ojos. Quedarán fijos ahí, pero no te harán daño. Luego, pondré en marcha un aparato que hará un zumbido. Es un sonido muy divertido y te hará cosquillas, pero tampoco te hará daño. Si te lo hiciese, me lo dices, y yo pararé en seguida el aparato, pero ya te digo que no te hará el menor daño. ¿De acuerdo?

George asintió y tragó saliva.

—¿Estás dispuesto?

George asintió de nuevo, cerrando los ojos mientras el médico lo preparaba. Sus padres ya le habían explicado aquello. Ellos también le dijeron que no le haría daño, pero después venían los otros niños, los de diez y doce años, que gritaban a los de ocho que esperaban el Día de la Lectura:

—¡Ya verán cuando venga lo de la aguja!

Otros decían confidencialmente:

—Te abrirán la cabeza con un cuchillo así de grande que tiene un gancho.

Y luego obsequiaban a su horrorizado auditorio con otros detalles espeluznantes.

George nunca les creyó, pero había tenido pesadillas, y a la sazón las recordaba, cerrando los ojos y experimentando un intenso terror.

No notó los alambres que el médico le puso en las sienes. El zumbido era algo distante, y oía mejor el sonido de su propia sangre en los oídos, agudo y hueco como si se hallase en una gran caverna. Lentamente, se arriesgó a abrir los ojos.

El médico le daba la espalda. De uno de los instrumentos iba saliendo una tira de papel, cubierta por una línea morada fina y ondulante. El hombre rompía la tira a pedazos, que introducía en la ranura de otra máquina. Lo hacía incansablemente. Cada vez salía un trozo de película que el médico examinaba. Finalmente, se volvió

hacia George, frunciendo el entrecejo de un modo raro.

El zumbido cesó.

George preguntó, casi sin aliento:

—¿Ya…, ya ha terminado?

El médico respondió afirmativamente, pero seguía con el ceño fruncido.

—¿Ahora ya sé leer? —preguntó George, a pesar que no se sentía diferente.

El hombre le preguntó:

—¿Cómo?

Luego esbozó una breve sonrisa, antes de proseguir:

—Esto va muy bien, George. Dentro de quince minutos ya podrás leer. Ahora vamos a utilizar otra máquina, y la operación durará un poco más. Te cubriré la cabeza con un aparato, y cuando lo ponga en marcha no podrás ver ni oír nada durante un rato, pero no te dolerá. Para que estés tranquilo, te daré este pequeño interruptor, que sujetarás con la mano. Si notas dolor, oprime el botoncito y el aparato se parará. ¿De acuerdo?

Algunos años después, George supo que el pequeño interruptor no tenía ninguna eficacia; se lo dieron únicamente para tranquilizarlo. Sin embargo, nunca lo supo con certeza, pues no llegó a pulsar el botón.

Un gran casco de superficie curvada y bruñida, forrado de corcho, le cubrió la cabeza. Tres o cuatro salientes insignificantes parecieron clavarse en su cráneo, pero se trataba únicamente de una leve presión, que pronto desapareció. No sentía el menor dolor.

La voz del médico le llegaba muy apagada.

—¿Te encuentras bien, George?

Y de repente, sin advertencia previa, una gruesa capa afelpada pareció rodearle enteramente. Se sentía incorpóreo, no experimentaba ninguna sensación, el mundo no existía… Sólo él y un distante murmullo en el fondo de la nada, que le decía algo…, que le decía…, que le decía…

Se esforzó por oír y comprender, pero se hallaba rodeado por aquella gruesa capa afelpada.

Entonces le quitaron el casco de la cabeza, y la luz era tan deslumbrante que le obligó a cerrar los ojos, mientras la voz del médico resonaba en sus oídos, diciéndole:

—Aquí tienes tu ficha, George. ¿Qué dice?

George miró de nuevo la ficha y lanzó una exclamación ahogada. Los signos ya no eran solamente signos. Formaban palabras. Eran palabras muy claras; le parecía como si alguien se las susurrase al oído. En realidad, hubiera dicho que se las susurraban de verdad, mientras las estaba mirando.

—¿Qué dice aquí, George?

—Dice…, dice… «Platen, George. Nacido el trece de febrero de seis mil

cuatrocientos noventa y dos. Hijo de Peter y de Amy…»

Se interrumpió.

—Ya sabes leer, George —dijo el médico—. Hemos terminado.

—¿De veras? ¿No lo olvidaré?

—No, no lo olvidarás. —El médico le estrechó la mano con seriedad—. Ahora te llevarán a casa.

Pasaron bastantes días antes que George se fuera acostumbrando a su nueva y extraordinaria vida. Leía para su padre con tal soltura que el autor de sus días no podía contener el llanto y llamaba a otros miembros de la familia para comunicarles la buena nueva.

George paseaba por la población, leyendo todos los pedazos de papel impreso que caían en sus manos, extrañado de no haberlos comprendido hasta entonces.

Se esforzó por recordar cómo era no poder leer, y no lo consiguió. En realidad, le parecía como si toda su vida hubiese sabido leer. Desde siempre.

A los dieciocho años, George era un muchacho moreno, de estatura media, pero que parecía más alto por lo flacucho que estaba. Trevelyan, que apenas tenía dos centímetros menos de estatura, era de complexión tan rechoncha y robusta que el mote de «Stubby»[1] le quedaba preciso, mejor aún que cuando era niño; sin embargo, durante aquel último año ya empezaba a molestarse cuando se lo aplicaban. Y como su nombre de pila todavía le gustaba menos, todos le llamaban Trevelyan, o cualquier variante decente de este nombre. Además, como para demostrar de manera concluyente que ya era un hombre, se había dejado patillas y un hirsuto bigotillo.

A la sazón se hallaba sudoroso y nervioso, y George, a quien ya habían dejado de llamar «Bocazas», y que respondía ahora al breve y gutural monosílabo «George», se divertía enormemente al verlo.

Se hallaban de nuevo en aquella enorme sala en la que estuvieran diez años atrás, y a la que no habían vuelto durante este intervalo. Fue como si un sueño nebuloso del pasado se corporeizase de pronto. Durante los primeros minutos, George se quedó muy sorprendido al ver que todo parecía más pequeño y abarrotado de como él lo recordaba; luego pensó que él había crecido.

La multitud era más reducida que en aquel día, tan lejano ya. Además, estaba compuesta exclusivamente por muchachos. Las chicas habían sido convocadas para otra fecha.

Trevelyan se inclinó hacia él para decirle:

—¡Vaya una manera de hacernos esperar!

—La burocracia —dijo George—. Es inevitable.

—¿Por qué te muestras tan tolerante con ellos? —bufó Trevelyan.

—¿Para qué preocuparme?

—Vamos, chico, a veces eres inaguantable. Ojalá termines como Estercolero Diplomado, para poder verte la cara cuando trabajes.

Sus oscuros ojos se pasearon con expresión ansiosa por la multitud de muchachos.

George también miró a su alrededor. El sistema era distinto del que habían empleado con los niños. Todo se desarrollaba más lentamente, y al principio les entregaron una hoja con instrucciones impresas (una ventaja sobre los prelectores). Los nombres de Platen y Trevelyan quedaban bastante abajo según el orden alfabético, pero esta vez ambos lo sabían.

De las salas de educación salían los muchachos, con el ceño fruncido y el enojo pintado en sus semblantes; recogían sus ropas y efectos, y luego se iban a la sección de análisis para enterarse del resultado.

Cada uno de ellos, al salir, se veía rodeado por un grupo de jóvenes, que le asaeteaban a preguntas:

—¿Cómo ha ido? ¿Qué sensación produce? ¿Crees que lo has hecho bien? ¿Te sientes diferente?

Las respuestas eran vagas e imprecisas.

George se esforzó por mantenerse apartado de los grupos. De nada servía excitarse. Todos decían que se tenían mayores probabilidades de éxito conservando la calma. Aun así, notaba un sudor frío en las palmas de las manos. Tenía gracia que con el paso de los años se experimentasen nuevas tensiones.

Por ejemplo, los profesionales altamente especializados que se dirigían a un Mundo Exterior iban acompañados de sus respectivos cónyuges. Era importante mantener el equilibrio emotivo inalterado en todos los mundos. ¿Y qué chica se negaría a acompañar a un muchacho destinado a un mundo clasificado como Grado A? George todavía no pensaba en ninguna chica determinada; a decir verdad, las chicas no le interesaban por el momento. Una vez fuese Programador, una vez pudiese poner, detrás de su nombre, Programador de Computadora Diplomado, realizaría su elección, como un sultán en un harén. Esta idea le excitó, y trató de desecharla. Debía guardar la compostura.

Trevelyan murmuró:

—¿No quieres explicarme esto? Primero dicen que es mejor mantenerse tranquilo y descansado. Luego te hacen pasar por esta larga espera, después de la cual resulta imposible conservar la calma y la tranquilidad.

—Tal vez lo hagan adrede. En primer lugar, así pueden distinguir a los chicos de los hombres. Calma, Trev.

—¡Bah, cállate! —rezongó Trevelyan.

Entonces le llegó el turno a George. No le llamaron por su nombre. Éste apareció

en letras luminosas en el tablón de anuncios.

Se despidió de Trevelyan con un gesto amistoso.

—Calma, muchacho. No te dejes impresionar.

Estaba muy contento cuando entró en la sala de prueba. Contento de verdad.

El hombre sentado ante la mesa le preguntó:

—¿George Platen?

Durante un instante fugaz, la mente de George evocó vívidamente la imagen de otro hombre que, diez años atrás, le había hecho la misma pregunta. Casi le pareció que aquél era el mismo hombre y que él, George, volvía a tener ocho años, como el día en que cruzó el umbral de aquella sala.

Pero cuando el individuo sentado ante la mesa levantó la cabeza, sus facciones no correspondían en absoluto con las de aquel súbito recuerdo. La nariz era bulbosa, el cabello, ralo y grueso, y la piel de la mejilla le pendía fláccidamente, como si hubiese adelgazado de pronto tras haber estado muy grueso.

George volvió de nuevo a la realidad cuando vio el enojo reflejado en el semblante de aquel individuo.

—Sí, soy George Platen, señor.

—Dilo, pues. Yo soy el doctor Zachary Antonelli, y dentro de poco seremos amigos íntimos.

Contempló unas pequeñas tiras de película, levantándolas para mirarlas al trasluz con ojos de búho.

George dio un respingo. Muy vagamente, recordó que el otro médico (cuyo nombre había olvidado) había mirado unas películas parecidas. ¿Serían las mismas? Aquel otro médico había fruncido el ceño, y éste le estaba mirando con expresión encolerizada.

Su contento se había esfumado.

El doctor Antonelli abrió un grueso expediente, que colocó en la mesa ante él, y apartó cuidadosamente los trozos de película.

—Aquí dice que quieres ser Programador de Computadora.

—Sí, doctor.

—¿Sigues con esa idea?

—Sí, señor.

—Es una posición llena de responsabilidad, y muy fatigosa. ¿Te sientes capaz de ocuparla?

—Sí, señor.

—La mayoría de los preeducandos no ponen ninguna profesión determinada. Supongo que les asusta la idea de no estar a la altura de ella.

—Sí, doctor Antonelli, eso debe de ser.

—¿Y tú, no tienes miedo?

—Prefiero ser franco y decirle que no, doctor.

El doctor Antonelli asintió, pero sin que su expresión se suavizase lo más mínimo.

—¿Por qué quieres ser Programador?

—Como usted ha dicho, doctor, es una posición de responsabilidad y de mucho trabajo. Es un empleo importante y lleno de emoción. Me gusta, y me creo capacitado para desempeñarlo.

El doctor Antonelli apartó el expediente, y miró a George con acritud. Luego le preguntó:

—¿Y cómo sabes que te gusta? ¿Porque crees que te enviarán a un planeta de Grado A?

George, desazonado, se dijo: «Está tratando de confundirte. Tú tranquilo, y respóndele con franqueza.»

Dijo entonces:

—Creo que un Programador tiene muchas probabilidades para que le envíen a un planeta de Grado A, doctor, pero aunque me quedase en la Tierra, sé que me gustaría.

«Eso es cierto. No estoy mintiendo», pensó George.

—Muy bien. ¿Y cómo lo sabes?

Le hizo esta pregunta como si supiese de antemano que no podría responderla. George apenas pudo contener una sonrisa. Podía responderla.

—He leído cosas sobre Programación, doctor.

—¿Que has hecho qué?

El médico se mostraba sinceramente sorprendido, lo cual produjo gran satisfacción a George.

—Leer sobre Programación, doctor. Compré un libro que trataba de ese tema y lo he estado estudiando con interés.

—¿Un libro para Programadores Diplomados?

—Sí, doctor.

—Pero no era posible que lo entendieses.

—Al principio no. Adquirí otros libros sobre Matemáticas y Electrónica. Me las arreglé para comprenderlos. Todavía no sé mucho, pero sí lo bastante para saber que eso me gusta, y que puedo estudiarlo.

(Ni siquiera sus padres habían logrado descubrir el escondrijo donde guardaba sus libros. Tampoco sabían por qué pasaba tanto tiempo encerrado en su habitación, ni que robaba horas al sueño para estudiar.)

El médico tiró de los pliegues de piel que le pendían bajo la barbilla.

—¿Qué te proponías al hacer eso, muchacho?

—Quería estar seguro que la Programación me gustaría, doctor.

—Pero tú ya sabías, supongo, que sentir interés por una cosa no significa nada. Uno puede sentir verdadera pasión por un tema, pero si la conformación física de su cerebro indica que sería más útil haciendo otra cosa, eso es lo que hará. Supongo que sabías eso, ¿no?

—Sí, me lo dijeron —dijo George, cautelosamente.

—Entonces puedes creerlo. Es verdad.

George guardó silencio.

El doctor Antonelli prosiguió:

—¿O acaso crees que el estudio de un tema determinado inclina a las neuronas en esa dirección, como esa otra teoría según la cual una mujer encinta sólo necesita escuchar en forma reiterada obras maestras de música, para que el hijo que nazca llegue a ser un gran compositor? ¿Tú también crees eso?

George enrojeció. Desde luego, lo había pensado. Estaba seguro que si dirigía constantemente su intelecto en la dirección deseada, conseguiría el resultado apetecido. Confiaba principalmente en esta idea para conseguirlo.

—Yo nunca… —empezó a decir, sin poder terminar la frase.

—Pues no es cierto. Tienes que saber, jovenzuelo, que la conformación de tu cerebro viene determinada ya desde el mismo día de tu nacimiento. Puede alterarse a consecuencia de un golpe que produzca lesiones en las células, o por una hemorragia cerebral, un tumor o una infección grave…, pero en todos estos casos el cerebro quedará dañado. Te aseguro que el hecho que pienses algo determinado con insistencia no le afecta en absoluto.

Contempló pensativo a George, para añadir:

—¿Quién te dijo que hicieras eso?

George, ya muy desazonado, tragó saliva y contestó:

—Nadie, doctor, fue idea mía.

—¿Quién sabía que lo hacías? ¿Había alguien que lo supiese, además de ti?

—Nadie, doctor; lo hice sin mala intención.

—¿Quién habla de eso? Yo únicamente lo considero una pérdida de tiempo. ¿Por qué no se lo dijiste a nadie?

—Pensé…, pensé que se reirían de mí.

(Recordó de pronto una reciente conversación que había sostenido con Trevelyan. George abordó el tema cautelosamente, como si se tratase de algo sin importancia que se le había ocurrido y que se hallaba situado en las zonas más periféricas de su mente; algo relativo a la posibilidad de aprender una materia cargándola a mano en el cerebro, por así decirlo, a trocitos y fragmentos. Trevelyan vociferó: «George, antes de poco tiempo les estarás sacando brillo a tus zapatos y cosiéndote tus propias camisas». Entonces estuvo contento de haber mantenido tan celosamente su secreto.)

El doctor Antonelli colocó en diversas posiciones las películas que antes había

examinado. Efectuó esta operación en silencio, sumido en sus propios pensamientos y con expresión enfurruñada. Luego dijo:

—Voy a analizarte. Por aquí no vamos a ninguna parte.

Colocó los electrodos en las sienes de George. Sonó un zumbido. El muchacho recordó de nuevo, claramente, lo ocurrido diez años antes.

Las manos de George estaban bañadas en sudor frío; el corazón le latía desaforadamente. Había cometido una estupidez al revelar su secreto al doctor.

La culpa era de su condenada vanidad, se dijo. Había querido demostrar lo listo que era, el carácter emprendedor que poseía. Pero sólo había conseguido mostrarse supersticioso e ignorante, despertando la hostilidad del doctor.

Y por si fuese poco, se había puesto tan nervioso que estaba seguro que los datos que suministraría el analizador no tendrían ni pies ni cabeza.

No se dio cuenta del momento en que le quitaron los electrodos de las sienes. El espectáculo del doctor, que le miraba con aire pensativo, penetró en su conciencia, y eso fue todo; los hilos conductores ya no se veían. George hizo de tripas corazón con gran esfuerzo. Había renunciado ya a su ambición de ser Programador. En el espacio de diez minutos, todas sus ambiciones se habían desmoronado.

Con voz afligida, preguntó:

—No, ¿verdad?

—¿No qué?

—No seré Programador…

El médico se frotó la ancha nariz y dijo:

—Recoge tus ropas y todos tus efectos personales y vete a la habitación 15-C. Allí está tu expediente, junto con mi informe.

Estupefacto, George preguntó:

—¿Ya estoy educado? Yo pensé que esto sólo era…

El doctor Antonelli tenía la vista fija en su mesa.

—Todo te lo explicarán a su debido tiempo. Haz lo que te ordeno.

George sintió algo muy parecido al pánico. ¿Qué le estaba ocultando? Seguramente, que no servía para otra cosa que para Obrero Diplomado. Iban a prepararle para esa profesión; iban a hacerle los ajustes necesarios.

De pronto estuvo seguro de ello, y sólo haciendo un gran esfuerzo de voluntad consiguió ahogar un grito de desesperación.

Volvió dando traspiés a su lugar de espera. Trevelyan ya no estaba allí, hecho que le hubiera aliviado si hubiese sido capaz de darse cuenta cabal de lo que le sucedía. En realidad, apenas quedaba nadie, y los pocos que quedaban en la sala se hallaban demasiado cansados por la forzosa espera que les imponía su situación de cola en el alfabeto para darse cuenta de la terrible mirada de cólera y odio con que él los fulminó.

¿Qué derecho tenían ellos a ser técnicos mientras él sería un simple Obrero? ¡Un Obrero! ¡Estaba seguro!

Un guía vestido con uniforme rojo le acompañó por los atestados corredores junto a los cuales se alineaban habitaciones que contenían los diversos grupos: Mecánicos del Motor, Ingenieros de la Construcción, Agrónomos… Había centenares de profesiones especializadas, y la mayoría de ellas se hallaban representadas en aquella pequeña población por uno o dos diplomados, en el peor de los casos.

De todos modos, él los detestaba por igual: a los Estadísticos y los Contables, los de poca categoría y los más importantes. Los detestaba porque ahora ya poseían sus bonitos conocimientos, sabían cuál sería su destino, mientras que él, todavía vacío, seguía preso en los engranajes burocráticos.

Llegó a la habitación 15-C, le introdujeron en ella y le dejaron en una sala vacía. Por un momento, el corazón le dio un brinco de alegría. Si fuera aquélla la sala de clasificación de Obreros, sin duda hubiera habido docenas de muchachos reunidos.

Una puerta se hundió en su alvéolo en el extremo opuesto de un tabique de un metro de altura y entró en la estancia un anciano de níveos cabellos. Le dirigió una sonrisa, exhibiendo una dentadura perfecta, evidentemente postiza; pero de todos modos, mostraba todavía un semblante terso y sonrosado, y su voz era vigorosa.

—Buenas tardes, George —le dijo—. Por lo que veo, nuestro sector solamente tiene uno de ustedes esta vez.

—¿Sólo uno? —dijo George, confuso.

—En toda la Tierra hay miles, desde luego. Muchos miles. No estás solo.

George empezaba a perder la paciencia.

—No le entiendo, señor —dijo—. ¿Cuál es mi clasificación? ¿Qué sucede?

—Calma, muchacho. No pasa nada. Puede sucederle a cualquiera. —Le tendió la mano y George la estrechó maquinalmente. La mano del desconocido era cálida y apretó fuertemente la de George—. Siéntate, hijo. Yo soy Sam Ellenford.

George asintió con impaciencia.

—Quiero saber qué pasa, señor.

—Naturalmente. En primer lugar, no puedes ser Programador de Computadoras, George. Supongo que ya lo habrás adivinado.

—Sí, señor —repuso George, enojado—. ¿Qué puedo ser entonces?

—Eso es lo que resulta difícil de explicar, George. —Hizo una pausa, y luego añadió con voz clara y firme—: Nada.

—¿Cómo?

—¡Nada!

—¿Pero qué significa esto? ¿Por qué no pueden asignarme una profesión?

—No tenemos elección posible, George. Es la estructura del cerebro quien lo

decide.

La tez de George adquirió un tinte cetrino. Los ojos parecían saltársele de las órbitas.

—¿Quiere usted decir que no estoy bien de la cabeza?

—Sí, algo así. Aunque no es una definición muy académica, se ajusta bastante a la verdad.

—Pero, ¿por qué?

Ellenford se encogió de hombros.

—Supongo que ya conoces las líneas generales del programa educativo de la Tierra, George. Prácticamente cualquier ser humano es capaz de absorber cualquier clase de conocimientos, pero el cerebro individual varía, con el resultado que cada cerebro se halla mejor adaptado a la recepción de unos conocimientos que a la de otros. Nosotros nos esforzamos por equiparar el cerebro con los conocimientos que le son adecuados, dentro de los límites de los cupos asignados para cada profesión.

George hizo una señal de asentimiento.

—Sí, ya lo sabía.

—De vez en cuando, George, nos encontramos con un joven cuyo cerebro no puede recibir ninguna clase de conocimientos.

—¿O sea, que no puede ser educado?

—Exactamente.

—Pero eso es una tontería. Yo soy inteligente; puedo comprender…

Miró con aire desvalido a su alrededor, como si quisiera descubrir algún medio de demostrar que tenía un cerebro que funcionaba.

—Te ruego que no interpretes mal mis palabras —le dijo Ellenford con gravedad —. Tú eres inteligente, desde luego. Incluso posees una inteligencia superior a la normal. Por desgracia, eso no tiene nada que ver con que el cerebro pueda recibir o no unos conocimientos adicionales. En realidad, casi siempre suelen ser personas muy inteligentes las que vienen a esta sección.

—¿Quiere usted decir que ni siquiera podré ser un Obrero Diplomado? —balbuceó George, sintiendo de pronto que incluso aquello era mejor que el vacío que se abría ante él—. ¿Qué hay que saber para ser Obrero?

—No menosprecies a los Obreros, muchacho. Existen docenas de subclasificaciones en ese grupo, y cada una de ellas posee su cuerpo de conocimientos detalladísimos. ¿Crees que no se requiere habilidad para saber la manera adecuada de levantar un peso? Además, para la profesión de Obrero debemos escoger no sólo mentalidades adecuadas a ella, sino organismos perfectamente sanos y resistentes. Con tu físico, George, no durarías mucho como Obrero.

George reconoció para sí mismo que era un muchacho más bien debilucho. En voz alta, dijo:

—Pero nunca he oído mencionar a nadie que no tuviese profesión.

—Pues hay muchos —observó Ellenford—. Y nosotros les protegemos.

—¿Les protegen?

George notó que la confusión y el espanto lo dominaban con fuerza avasalladora.

—El planeta vela por ti, George. Desde el momento mismo en que cruzaste esa puerta.

Y le dirigió otra sonrisa.

Era una sonrisa de afecto. A George le pareció una sonrisa protectora; la sonrisa de un adulto ante un niño desvalido.

Preguntó entonces:

—¿Significa eso que me encarcelarán?

—Por supuesto que no. Sencillamente, estarás con otros como tú.

«Como tú.» Aquellas dos palabras parecían atronar los oídos de George.

Ellenford prosiguió:

—Necesitas un tratamiento especial. Nosotros nos ocuparemos de ti.

Ante su propio horror, George se echó a llorar. Ellenford se fue al extremo opuesto de la habitación y miró hacia otro lado, como si estuviese sumido en sus pensamientos.

George se esforzó por reducir su desconsolado llanto a simples sollozos, y luego por dominar éstos. Se puso a pensar en sus padres, en sus amigos, en Trevelyan, en la vergüenza que aquello le producía…

Rebelándose contra su sino, exclamó:

—Pero aprendí a leer.

—Cualquier persona que esté en sus cabales puede aprender. Nunca hemos hallado excepciones a esta regla. En esta segunda etapa es cuando empezamos a descubrirlas… Y cuando tú aprendiste a leer, George, ya nos preocupó la conformación de tu cerebro. El médico encargado de hacer la revisión ya nos comunicó ciertas peculiaridades.

—¿Por qué no prueban a educarme? Ni siquiera lo han intentado. Estoy dispuesto a correr el riesgo.

—La ley nos lo impide, George. Pero, mira, trataré de portarme bien contigo. Se lo explicaré a tu familia, haciendo lo posible por evitarles el natural dolor que esto les producirá. En el lugar adonde te llevaremos, gozarás de ciertos privilegios. Podrás tener libros y estudiar lo que te plazca.

—Gotas de conocimiento —dijo George amargamente—. Retazos de saber. Así, cuando me muera, sabré lo bastante para ser un Botones Diplomado, Sección de Sujetapapeles.

—Pero según tengo entendido, tu debilidad era el estudio de libros prohibidos.

George se quedó de una pieza. De pronto lo comprendió todo, y se desplomó.

—Eso es…

—¿Qué es?

—Este Antonelli. Ha sido él.

—No, George. Te equivocas de medio a medio.

—No le creo —dijo George, dando rienda suelta a su cólera—. Ese granuja me ha denunciado porque le resulté demasiado listo. Se asustó al enterarse que leía libros y que quería dedicarme a la Programación. ¡Bueno, diga qué quiere para arreglarlo! ¿Dinero? ¡Pues no se lo daré! Me iré de aquí, y cuando cuente a todo el mundo este…

Estaba gritando. Al verle fuera de sí, Ellenford meneó la cabeza y tocó un contacto.

Entraron dos hombres sigilosamente y se pusieron a ambos lados de George. En un rápido movimiento, le sujetaron los brazos al costado. Uno de ellos le aplicó un aerosol hipodérmico en la corva derecha; la sustancia hipnótica se esparció por sus venas, produciendo un efecto casi inmediato.

Dejó de chillar y su cabeza cayó hacia delante. Se le doblaron las rodillas, y no se cayó al suelo porque los dos hombres le sostuvieron, y lo sacaron de la estancia entre ambos, completamente dormido.

Cuidaron de George como le habían prometido; le trataron bondadosamente, colmándole de atenciones… Poco más o menos, se dijo George, como él hubiera hecho con un gato enfermo que hubiese despertado su compasión.

Le dijeron que era preferible que se sentase en la cama y tratase de sentir interés por la vida; luego añadieron que casi todos los que ingresaban allí mostraban la misma desesperación al principio, y que él ya la superaría.

Pero él ni siquiera les hizo caso.

El propio doctor Ellenford fue a visitarle para decirle que habían comunicado a sus padres que él se hallaba ausente, en una misión especial.

George murmuró:

—¿Acaso saben…?

Ellenford hizo un gesto tranquilizador.

—No les dimos ningún detalle.

Al principio, George se negó a ingerir alimento. Viendo que no quería probar bocado, le alimentaron mediante inyecciones intravenosas. Pusieron fuera de su alcance los objetos contundentes o con bordes aguzados, y le tuvieron bajo una constante vigilancia. Poco después, Hali Omani pasó a compartir su habitación, y el estoicismo del negro produjo un efecto sedante sobre él.

Un día, sin poder soportar más su desesperación y su aburrimiento, George pidió un libro. Omani, que leía constantemente, levantó la mirada y una amplia sonrisa iluminó su rostro. George estuvo a punto de retirar su petición, antes que dar una

satisfacción a los que le rodeaban, pero luego pensó: «¿Y a mí qué me importa?»

No dijo qué clase de libro quería, y Omani le ofreció uno de Química. Estaba impreso en un tipo de letra grande, con palabras cortas y numerosas ilustraciones. Estaba destinado a los muchachos. George tiró el libro contra la pared.

Eso es lo que él sería siempre. Toda su vida le considerarían un muchacho. Siempre sería un preeducando, y tendría que leer libros especialmente escritos para él. Siguió tendido en la cama, furioso y mirando al techo. Transcurrida una hora, se levantó con gesto ceñudo, tomó el libro y se puso a leer.

Tardó una semana en terminarlo, y luego pidió otro.

—¿Quieres que devuelva el primero? —le preguntó Omani.

George frunció el ceño. En aquel libro había cosas que no comprendía, pero todavía sentía demasiada vergüenza para decirlo.

Omani le dijo:

—Si bien se mira, ¿por qué no te lo quedas? Los libros son para leerlos, pero también para consultarlos de vez en cuando.

Aquel mismo día fue cuando terminó por aceptar la invitación de Omani para visitar el lugar en que se hallaban. Siguió al negro, pisándole los talones, dirigiendo miradas furtivas y hostiles a todo cuanto le rodeaba.

Aquel lugar, desde luego, distaba mucho de ser una prisión. No consiguió ver muros, puertas cerradas ni guardianes. Pero en realidad era un cárcel, pues los que allí vivían no podían ir a ninguna parte.

Le hizo bien ver a docenas de compañeros suyos. Era tan fácil creerse que era el único en el mundo tan… anormal.

Con voz ronca, murmuró:

—¿Cuántos somos aquí?

—Doscientos cinco, George, y piensa que ésta no es la única residencia de este tipo que existe en el mundo. Las hay a millares.

Los internados le miraban al pasar: en el gimnasio, en las pistas de tenis, en la biblioteca (nunca hubiera podido imaginar que pudiera existir tal cantidad de libros; estaban amontonados en larguísimos estantes.) Le miraban con curiosidad, y él los fulminaba con miradas coléricas. Aquellos individuos no estaban mejor que él; no había ninguna razón para que le mirasen como si fuese un bicho raro.

La mayoría eran muchachos de su edad. De pronto, George preguntó:

—¿Dónde están los mayores?

Omani le contestó:

—Aquí se han especializado en los jóvenes. —Luego, como si comprendiese de pronto el sentido oculto de la pregunta de George, meneó la cabeza gravemente y dijo —: No los han eliminado, si era eso lo que querías decir. Existen otras Residencias para adultos.

—¿Y eso qué nos importa, en realidad? —murmuró George, furioso por mostrarse demasiado interesado y en peligro de dejarse dominar.

—Pues debiera importarnos. Cuando seas mayor, pasarás a una Residencia en la que conviven internados de ambos sexos.

George no pudo ocultar cierta sorpresa.

—¿También hay mujeres?

—Naturalmente. ¿Suponías acaso que las mujeres eran inmunes a… esto?

George se sintió dominado por un interés y una excitación mayores de las que había experimentado hasta el momento, desde aquel día en que… Se esforzó por no pensar en aquello.

Omani se detuvo a la puerta de una habitación que contenía un pequeño aparato de televisión de circuito cerrado y una computadora de oficina. Cinco o seis muchachos estaban sentados, contemplando la televisión. Omani le dijo:

—Esto es un aula.

—¿Un aula? —preguntó George—. ¿Qué es eso?

—Los jóvenes que aquí ves se están educando. Pero no según el sistema corriente —se apresuró a añadir.

—¿Quieres decir que absorben los conocimientos poco a poco, a fragmentos?

—Eso es. Así es como se hacía en la antigüedad.

Desde que había llegado a la Residencia no oía decir otra cosa. ¿Y qué? Admitiendo que hubiese habido un tiempo en que la Humanidad no conocía el horno diatérmico, ¿quería eso decir que él debía contentarse con comer carne cruda en un mundo donde todos la comían asada?

Sin poderse contener, preguntó:

—¿Y por qué aceptan aprender las cosas a trocitos?

—Para matar el tiempo, George, y también porque son curiosos.

—¿Y eso qué bien les hace?

—Les alegra la existencia.

George se acostó con aquella idea en la cabeza.

Al día siguiente le dijo a Omani de buenas a primeras:

—¿Puedes llevarme a un aula donde pueda aprender algo sobre Programación?

Animadamente, Omani le contestó:

—Pues no faltaba más.

¡Qué lento era aquello! Aquella lentitud sacaba a George de sus casillas. ¿Por qué se tenía que explicar lo mismo una y otra vez, de una manera tan pesada y cuidadosa? ¿Por qué tenía que leer y releer un pasaje, para quedarse luego con la vista fija en una ecuación, sin conseguir comprenderla de inmediato?

A menudo renunciaba. Una vez estuvo una semana sin asistir a la clase.

Pero siempre acababa por volver. El profesor que dirigía las clases, les señalaba las lecturas y organizaba las demostraciones por medio de la televisión, e incluso les explicaba pasajes y conceptos difíciles, nunca hacía comentarios al respecto.

Por último, asignaron a George un trabajo regular en los jardines, e hizo turnos en la cocina y en otros menesteres domésticos. A primera vista, eso parecía un progreso, pero él no se dejó engañar. Aquella Residencia podía haber estado mucho más mecanizada, pero deliberadamente se hacía trabajar a los jóvenes para darles la impresión que se ocupaban en algo útil.

Incluso les pagaban pequeñas sumas de dinero, con el cual podían comprar ciertos artículos de lujo que estaban permitidos, o podían ahorrar en vistas a una problemática utilización de aquellos fondos en una vejez más problemática todavía. George guardaba el dinero en una jarra, en un estante del armario. No tenía ni idea de lo que había conseguido ahorrar. Por otra parte, tampoco le importaba un comino saberlo.

No hizo amigos de verdad, aunque terminó por acostumbrarse a dar cortésmente los buenos días a todos. Incluso dejó de cavilar continuamente acerca de la tremenda injusticia responsable de su estancia allí. Se pasaba semanas enteras sin pensar en Antonelli, en su abultada nariz y en su papada, en su satánica risa mientras empujaba a George para hundirlo en unas hirvientes arenas movedizas, sujetándolo fuertemente con férrea mano, hasta que se despertaba dando alaridos, para ver a Omani inclinado sobre él con semblante preocupado.

Un día de febrero, en que la tierra yacía cubierta bajo un manto de nieve, el negro le dijo:

—Es sorprendente ver cómo te vas adaptando.

Aquel día era el 13 de febrero, fecha de su cumpleaños. Diecinueve años. Luego vino marzo, abril y, al aproximarse el mes de mayo, comprendió que en realidad no se había adaptado.

George sabía que, sobre toda la faz de la Tierra, se iban a celebrar los Juegos Olímpicos, y millares de jóvenes competirían en destreza, en la noble lucha por conseguir un lugar en un nuevo mundo. Por doquier reinaría una atmósfera festiva y animada, se propagarían las noticias, se vería pasar a los agentes autónomos encargados de reclutar personal para mundos del espacio cósmico. Miles de muchachos experimentarían la gloria del triunfo o la desilusión de la derrota.

¡Qué recuerdos le evocaba todo aquello! ¡Cómo le hacía sentir de nuevo el entusiasmo de su niñez, cuando seguía con apasionamiento las incidencias de los Juegos Olímpicos año tras año! ¡Cuántos planes había trazado en otros tiempos!

—¡Los Juegos Olímpicos! —dijo sin poder disimular la ansiedad de su voz—. ¡Mañana es el primero de mayo!

Y aquello provocó su primera disputa con Omani, la cual, a su vez, hizo que éste

le dijese exactamente el nombre que ostentaba la institución en la que George se hallaba acogido.

Omani miró de hito en hito a George y dijo, pronunciando claramente las palabras:

—Una Residencia para Débiles Mentales.

George Platen enrojeció. ¡Débiles mentales!

Desesperado, trató de apartar de sí aquella idea. Con voz monótona, dijo:

—Me voy.

Lo dijo en un impulso incontenible. Su mente consciente se enteró después de pronunciar las palabras.

Omani, que había vuelto a enfrascarse en la lectura de su libro, levantó la mirada y preguntó, sorprendido:

—¿Cómo?

George, entonces, repitió la frase a sabiendas de lo que decía, deliberadamente:

—Que me voy.

—No digas ridiculeces. Siéntate, George. Procura sosegarte.

—Oh, no. Te aseguro que he sido víctima de un complot. Ese maldito médico, Antonelli, me cobró antipatía. Todo se debe a que esos burócratas se creen dioses. Si te atreves a contradecirles, borran tu nombre con el estilo en una ficha de sus archivos, y a partir de entonces te hacen la vida imposible.

—¿Ya empezamos de nuevo?

—Sí, ya empiezo de nuevo, y pienso seguir hasta que se rectifique esta monstruosa injusticia. Iré a buscar a Antonelli, le agarraré por el cuello y le obligaré a que diga la verdad.

George jadeaba afanosamente, y su mirada era febril. Había llegado el mes de los Juegos Olímpicos, y él no estaba dispuesto a dejarlo pasar. Eso significaría que se rendía definitivamente, y ya podría darse por perdido. Sin remisión.

Omani pasó las piernas sobre el borde del lecho y se levantó. Medía casi un metro ochenta, y la expresión de su rostro le confería el aspecto de un San Bernardo preocupado. Rodeó con el brazo los hombros de George.

—Si llego a saber que mis palabras iban a dolerte tanto…

George se desasió del abrazo.

—Te has limitado a decir lo que consideras la verdad, pero yo voy a demostrarte que no lo es. Eso es todo. ¿Qué me lo impide? Las puertas están abiertas. No hay cerraduras ni llaves. Nadie me ha prohibido salir. Me iré por mi propio pie.

—De acuerdo, pero, ¿adónde irás?

—A la estación terminal aérea más próxima, y de allí al primer centro olímpico que encuentre. Tengo dinero.

Tomó entre sus manos la jarra que contenía sus ahorros. Algunas monedas cayeron al suelo.

—Con eso apenas tendrás para una semana. ¿Y después qué?

—Para entonces ya lo habré arreglado todo.

—Para entonces, volverás aquí con el rabo entre las piernas —le dijo Omani, muy serio—, y tendrás que empezar de nuevo desde el principio. Estás loco, George.

—La expresión que has utilizado antes era «débil mental».

—Bien, siento haberlo hecho. Te quedarás, ¿verdad?

—¿Acaso piensas impedirme que me vaya?

Omani apretó los gruesos labios.

—No, no te lo impediré. Eso es cuenta tuya. Si la única manera para que aprendas consiste en que te enfrentes al mundo y luego vuelvas con sangre en la cara, allá tú… Por mí, puedes irte.

George ya estaba en el umbral, y se volvió a medias para mirarle:

—Me voy —dijo. Pero volvió a entrar para recoger su neceser, que había olvidado—. Supongo que no tendrás nada que objetar a que me lleve algunos efectos personales.

Omani se encogió de hombros. Se había vuelto a tumbar en la cama, y leía de nuevo, indiferente a todo cuanto sucedía a su alrededor.

George volvió a detenerse en la puerta, pero Omani no le miró. El muchacho rechinó los dientes, dio media vuelta y se alejó rápidamente por el corredor desierto, para perderse luego en el jardín envuelto en tinieblas.

Suponía que alguien le detendría al intentar salir de la finca. Pero nadie lo hizo. Entró en un restaurante abierto toda la noche para que le indicasen dónde estaba la terminal aérea más próxima. Le extrañó que el dueño no llamase a la policía. Tomó un taxi aéreo para ir al aeropuerto, y el chófer no le hizo ninguna pregunta.

Con todo, aquello no le tranquilizó, ni mucho menos. Por el contrario, llegó al aeropuerto presa de una gran inquietud. No se había dado cuenta de cómo sería el mundo exterior. Todos cuantos le rodeaban eran profesionales. El dueño del restaurante lucía su nombre inscrito en la placa de plástico puesta sobre la caja: Fulano de Tal, Cocinero Diplomado. El conductor del taxi también exhibía su licencia: Chófer Diplomado. George sentía que su nombre estaba desnudo, y a causa de ello le parecía andar en cueros; peor aún, se sentía como si estuviese despellejado. Pero nadie parecía hacerle el menor caso. No vio que le mirasen con suspicacia para pedirle pruebas de su situación profesional.

Lleno de amargura, George se dijo: «¿Cómo es posible imaginarse a un ser humano sin título profesional?»

Sacó un billete para San Francisco en el avión de las tres de la madrugada. No salía ningún otro avión para un centro olímpico importante antes de las primeras

horas de la mañana, y él no quería perder tiempo esperando. A pesar de todo, tuvo que aguardar en la sala de espera, entre docenas de otros pasajeros, temiendo ver entrar a la policía de un momento a otro. Pero la policía no se presentó.

Llegó a San Francisco antes del mediodía, y el bullicio de la ciudad casi le produjo el efecto de un golpe físico. Aquella era la mayor ciudad que había visto; además, durante un año y medio de permanencia en la Residencia, se había acostumbrado al silencio y la quietud.

Para empeorar aún más las cosas, llegaba a San Francisco al comenzar el mes de los Juegos Olímpicos. Casi olvidó su propia desazón al comprender de pronto que, en parte, el ruido y la confusión reinantes se debían a este hecho.

Los tableros informativos de los Juegos Olímpicos se hallaban instalados en el aeropuerto, para comodidad de los que llegaban para asistir a ellos desde todas las partes del mundo, y que se agolpaban ante los diversos tableros. Cada profesión importante tenía el suyo, y en él se facultaban instrucciones acerca de las pruebas a celebrar aquel día en el estadio; también daban los nombres de los que participaban en ellas y su ciudad de origen, así como el Mundo Exterior que los patrocinaba (en caso de haberlo).

Todo estaba perfectamente organizado. George había leído con frecuencia descripciones de los Juegos Olímpicos en los noticiarios y películas, había contemplado competiciones en la televisión, y hasta presenció unos pequeños Juegos Olímpicos para la clasificación de Carniceros Diplomados del condado. Incluso aquellos Juegos, que no tenían repercusiones galácticas (a ellos no asistió ningún representante de los Mundos Exteriores, por supuesto), resultaron altamente emocionantes.

En parte, la emoción se debió a la propia competición, y en parte también a que estaba en juego el prestigio local (todos se sentían contentos de poder aplaudir a un muchacho de la ciudad, aunque les fuese completamente desconocido). Además, estaba el interés de las apuestas. Esto último no había manera de impedirlo.

A George le costó sobremanera abrirse paso hasta los tableros. Una vez allí, se dio cuenta que miraba a los frenéticos y entusiastas espectadores de un modo distinto.

Hubo un tiempo en que aquellos mismos individuos fueron material apto para los Juegos Olímpicos. ¿Y qué habían hecho? ¡Nada!

Si hubiesen ganado la competición, estarían en algún remoto lugar de la galaxia, y no pudriéndose aquí en la Tierra. Fuesen lo que fuesen, sus respectivas profesiones debieron señalarlos para quedarse en la Tierra desde el primer momento; o bien se quedaron por la ineficacia que demostraron en las profesiones altamente especializadas a que se les destinó.

Y a la sazón aquellos fracasados correteaban por allí, haciendo cábalas acerca de las posibilidades de triunfo que tenían otros hombres más jóvenes. ¡Buitres!

¡Cómo le habría gustado ser uno de los objetos de sus cábalas!

Siguió la línea de tableros como un sonámbulo, rodeando la periferia de los grupos que se formaban en torno a ellos. Había desayunado en el estrato-jet y no tenía apetito. Pero el temor le dominaba. Se hallaba en una gran ciudad sumida en la caótica confusión que precedía a la inauguración de los Juegos Olímpicos. Eso le protegía, desde luego. Además, la ciudad estaba llena de forasteros. Nadie se fijaría en George. Nadie le haría preguntas.

Nadie se preocuparía por él. Ni siquiera la Residencia, se dijo George amargamente. Le cuidaban como a un gato enfermo, pero si el gato un buen día se escapaba, qué se le iba a hacer…

Y ahora que se hallaba en San Francisco, ¿qué iba a hacer? Sus pensamientos parecían tropezar contra un muro. ¿Iría a ver a alguien? ¿A quién? ¿Cómo? ¿Dónde se hospedaría? La cantidad de dinero que le quedaba le parecía irrisoria.

Por primera vez cruzó por su mente la idea de volverse, y se avergonzó. Podía presentarse a la policía… Meneó violentamente la cabeza, rechazando esta idea, como si discutiese con un adversario de carne y hueso.

Una palabra le llamó la atención en uno de los tableros. En letras relucientes, leyó: *Metalúrgico*. En letras más pequeñas: *No-férrico*. Al final de la larga lista de nombres, con letras floreadas: *Patrocinado por Novia*.

Aquello evocó dolorosos recuerdos en su interior; volvió a verse discutiendo con Trevelyan, convencido que él sería Programador, convencido que un Programador era superior a un Metalúrgico, convencido que él había escogido el buen camino, convencido que era más listo que nadie…

Tan listo que no pudo contenerse y se jactó de los conocimientos que poseía ante aquel Antonelli, espíritu mezquino y rencoroso. Se hallaba tan seguro de sí mismo en aquel momento, cuando le llamaron, que abandonó al nervioso Trevelyan para entrar en la sala con paso altivo y la cabeza erguida.

George lanzó un grito agudo e inarticulado. Alguien se volvió para mirarle, pero sólo un momento. Los viandantes pasaban presurosos por su lado, empujándole de un lado a otro. Él seguía mirando el tablero, con la boca abierta.

Pareció como si el tablero respondiese a sus pensamientos. Pensaba con tanta intensidad en Trevelyan que por un momento le pareció como si el tablero fuese a decirle: «Trevelyan».

Pero es que allí estaba, efectivamente, Trevelyan; *Armand* Trevelyan (el nombre de pila de Stubby, que éste aborrecía; allí estaba, en caracteres luminosos para que todos lo viesen), y su ciudad natal. Por si fuese poco, Trev aspiraba a Novia, se proponía ir a Novia, insistía en trasladarse a Novia; y aquella competición estaba patrocinada *precisamente* por Novia.

Era Trev, no había duda, su viejo y querido amigo Trev. Casi sin pensarlo, se puso

a anotar las instrucciones para dirigirse al lugar de la competición. Luego tomó un taxi aéreo.

Y entonces pensó sobriamente: ¡Trev lo había conseguido! Él había querido ser Metalúrgico, y lo había conseguido.

George se sintió más solo y desamparado que nunca.

Había cola para entrar en el estadio. Al parecer, los Juegos Olímpicos de los Metalúrgicos iban a ser muy reñidos y emocionantes. Al menos, eso era lo que decía el anuncio iluminado sobre el cielo del estadio, y la bullanguera muchedumbre parecía creerlo así.

Por el color del cielo George conjeturó que aquél hubiera sido un día lluvioso, pero San Francisco había corrido su escudo protector desde la bahía al océano. Era una medida muy costosa, desde luego, pero los gastos estaban cubiertos de antemano cuando se trataba de procurar comodidades a los representantes de los Mundos Exteriores, reunidos en la ciudad para asistir a los Juegos Olímpicos. La verdad era que gastarían a manos llenas. Y por cada nuevo recluta que se llevasen, tanto la Tierra como el gobierno local del planeta que patrocinase los Juegos Olímpicos entregarían una crecida indemnización. Constituía un buen negocio hacer propaganda turística entre los representantes de los Mundos Exteriores. San Francisco sabía muy bien lo que se hacía.

George, sumido en sus pensamientos, notó de pronto una suave presión en la espalda y oyó una voz que decía:

—¿Es usted el último, joven?

La cola había avanzado sin que George se diese cuenta que se había quedado rezagado. Se adelantó rápidamente, murmurando:

—Sí, señor. Perdone.

Notó que le tocaban con dos dedos en el codo y miró a su alrededor con expresión furtiva.

El hombre que tenía a sus espaldas hizo un risueño gesto de asentimiento. Sus cabellos eran de un gris acerado, y bajo la chaqueta llevaba un anticuado suéter de los que se abrochaban por delante. El hombre se mostraba parlanchín y amistoso.

—No pretendía ofenderte.

—No me ha ofendido.

—Tanto mejor entonces.

El desconocido, le dijo entonces:

—Me pareció que no estabas aquí, en la cola, sólo por casualidad. Pensé que podías ser un…

George le volvió la espalda. No se sentía parlanchín ni amigo de hacer confidencias, y los chismosos le sacaban de sus casillas.

Se le ocurrió una idea. ¿Y si hubiesen dado la alarma para apresarle, difundiendo su descripción o su fotografía? ¿Y si aquel sujeto de cabellos grises que tenía detrás sólo quería verle bien la cara?

Aún no había podido ver ningún noticiario. Estiró el cuello para ver la tira movible de noticias que aparecían con grandes titulares sobre una sección del cielo ciudadano, algo deslustradas sobre el grisáceo y nublado cielo de la tarde. Era inútil. Desistió en seguida. Los titulares jamás se referirían a él. Eran los días de los Juegos Olímpicos, y las únicas noticias dignas de salir en los titulares eran las clasificaciones de los vencedores y los trofeos ganados por continentes, naciones y ciudades.

Aquello continuaría así durante semanas, con porcentajes calculados por cabeza, y mientras todas y cada una de las ciudades se las ingeniaban para colocarse en una posición de honor. Su propia ciudad había quedado una vez tercera en unos Juegos Olímpicos para cubrir Técnicos en Telegrafía; fue la tercera en todo el estado. Todavía podía verse la placa conmemorativa en el ayuntamiento.

George hundió la cabeza entre los hombros, metió las manos en los bolsillos y trató de mostrar un aire despreocupado, pero no por eso se sintió más seguro. Habían llegado ya al vestíbulo, y ninguna mano autoritaria se había posado todavía en su hombro. Pasó al estadio propiamente dicho y se colocó casi en primera fila.

Se llevó una desagradable sorpresa al ver que el hombre de cabellos grises se había puesto a su lado. Apartó rápidamente la mirada y trató de pensar de manera coherente. No había que exagerar; después de todo, aquel hombre venía detrás en la cola, y era natural que ambos estuviesen juntos.

Tras dirigirle una breve sonrisa, aquel individuo dejó de hacerle caso por completo. Además, los Juegos estaban a punto de empezar. George se levantó para ver si podía localizar a Trevelyan, y se olvidó de cualquier otra cosa que no fuese eso.

El estadio era de proporciones modestas y su forma era la clásica, o sea la de un óvalo alargado, con los espectadores en dos tendidos situados en torno al borde exterior, y los participantes en la depresión rectilínea que corría a lo largo del centro. Las máquinas estaban preparadas, y los tableros que indicarían el tanteo, y que se hallaban situados sobre cada banco, estaban oscurecidos, con excepción del nombre y número de cada participante. En cuanto a éstos, ya se hallaban en el estadio, leyendo, charlando; uno se estaba limpiando las uñas con suma atención. (Desde luego, se consideraba improcedente que los participantes prestasen atención al problema que tendrían que resolver antes que sonase la señal de empezar.)

George consultó el programa que encontró en una ranura efectuada a tal efecto en el brazo de su asiento, y buscó el nombre de Trevelyan. Éste tenía el número doce, y con gran contrariedad, George constató que dicho número correspondía al otro extremo del estadio. Podía ver la figura del Concursante Doce, de pie con las manos

en los bolsillos, vuelto de espaldas a su máquina y mirando al auditorio como si contase el número de los asistentes, pero desde allí George no podía verle la cara.

Sin embargo, sabía que era Trev.

George se dejó caer en su asiento preguntándose si su amigo saldría triunfador. Comprendía que, en buena ley, debía desear el triunfo de Trev; sin embargo, había algo en su interior que le obligaba a rebelarse y a sentir un profundo resentimiento. Allí estaba él, George, sin profesión, de simple espectador. Y allá abajo estaba Trevelyan, Metalúrgico Diplomado, participando en la competición.

George se preguntó si Trevelyan se habría presentado a la competición durante su primer año. A veces había algunos que lo hacían, si se hallaban lo bastante seguros de sí mismos…, o tenían prisa. Resultaba un poco arriesgado. Por eficaz que resultase el método educativo, un año de espera en la Tierra («para engrasar las articulaciones todavía rígidas», como decía el proverbio) constituía una mayor garantía de éxito.

Si Trevelyan se presentaba por segunda vez, quizás eso indicaba que no le iba tan bien como él había supuesto. George sintió vergüenza de la complacencia que le produjo esta idea.

Miró a su alrededor. Los graderíos estaban casi totalmente ocupados. Aquellos Juegos Olímpicos iban a ser un éxito de público, lo cual impondría mayor tensión en los participantes…, o mayor estímulo, según los individuos.

¿Por qué les llamaban Olímpicos a aquellos juegos?, se dijo de pronto. Nunca lo había sabido. ¿Por qué llamaban «pan» al pan, y al vino, «vino»?

Una vez se lo preguntó a su padre:

—¿Por qué les llaman Juegos Olímpicos, papá?

Y su padre contestó:

—Esa palabra significa «competición, lucha».

George dijo entonces:

—Así, cuando Stubby y yo nos peleamos, ¿celebramos unos Juegos Olímpicos, papá?

Platen padre replicó:

—No, hijo mío. Los Juegos Olímpicos son una competición especial… Vamos, no hagas preguntas estúpidas. Ya sabrás todo lo que tengas que saber cuando estés educado.

George, de nuevo en el presente, suspiró y se acurrucó en su asiento.

¡Todo lo que tenía que saber!

Era curioso que en aquel momento lo recordase todo tan claramente. «Cuando estés educado.» Nadie decía jamás «si te educas».

Él siempre había hecho preguntas estúpidas, pensó. Era como si su cerebro conociese anticipadamente, de manera instintiva, que no podría ser educado y se hubiese puesto a hacer preguntas para irse formando una cultura fragmentaria de la

mejor manera posible.

Y en la Residencia le animaban para que siguiese ese camino, porque se mostraban de acuerdo con su instinto infalible. No había otro sistema.

De pronto se incorporó. ¿Qué diablos estaba haciendo? ¿Se tragaba acaso aquella mentira? ¿Se rendía tal vez porque Trev estaba allí ante él, con su flamante diploma, y compitiendo en los Juegos Olímpicos?

¡Él no era un débil mental! ¡No!

Y el grito de rebeldía que lanzó su espíritu fue coreado por el repentino clamor del público, cuando todos los espectadores se pusieron de pronto en pie.

La tribuna situada en el centro de uno de los lados del largo óvalo estaba ocupada por un grupo de personas que vestían los colores de Novia, y esta palabra subió sobre sus cabezas en el marcador principal.

Novia era un mundo de Grado A, que poseía una gran población y una civilización muy desarrolla, tal vez la más desarrollada de la galaxia. Era el mundo al que aspiraban poco más o menos todos los terrestres; si no para ellos, para sus hijos. (George recordó el empeño que demostraba Trevelyan por ir a Novia… Y allí estaba, luchando para conseguirlo.)

Las luces se apagaron en los graderíos y en las paredes. La depresión central, ocupada por los participantes, se inundó de luz.

George buscó de nuevo a Trevelyan con la mirada, tratando de distinguir sus facciones. Pero estaba demasiado lejos.

La voz clara y modulada del locutor sonó por los altavoces:

—Distinguidos patrocinadores novianos. Señoras y caballeros. Va a empezar la competición olímpica para Metalúrgicos No-férricos. Los concursantes son…

Con voz clara y potente, leyó la lista que figuraba en el programa, dando los nombres, la ciudad de origen, los años de educación… Cada nombre despertaba una tempestad de aplausos y vítores. Los más intensos fueron para los participantes de San Francisco. Cuando el locutor pronunció el nombre de Trevelyan, George, con gran sorpresa por su parte, se puso a gritar y a aplaudir desaforadamente. Con no menor sorpresa, vio que el hombre de cabellos grises que tenía al lado aplaudía con el mismo entusiasmo.

George no pudo evitar dirigir una mirada de asombro a su vecino, y éste se inclinó hacia él para decirle (a grito pelado, a fin de hacerse entender por encima del tumulto):

—Como aquí no hay nadie de mi ciudad, aplaudo a los de la tuya. ¿Conoces a ese chico?

George se puso en guardia.

—No —mintió.

—He visto que mirabas en esa dirección. Si quieres, te presto mis prismáticos.

—No, gracias.

(¿Por qué se metía en lo que no le importaba, aquel pelmazo?)

El locutor dio a continuación otros datos acerca del número de serie de la competición, el sistema de cronometraje y tanteo, etc.

Finalmente, abordó el meollo de la cuestión, y su auditorio guardó un atento silencio.

—Cada concursante dispondrá de una barra de aleación no-férrica, cuya composición desconocerá. Se le pedirá que efectúe una prueba y un análisis con dicha barra, dando todos los resultados correctamente, con una precisión de cuatro cifras decimales en los porcentajes. Para realizar esta operación, todos los concursantes utilizarán un microespectrógrafo Beeman, modelo FX-2, ninguno de los cuales funciona en estos momentos.

El público dejó escapar un murmullo de admiración. El locutor prosiguió:

—Cada concursante tendrá que descubrir el defecto de funcionamiento de su aparato y corregirlo. Para ello dispondrá de herramientas y piezas de recambio. Si la pieza necesaria no estuviese entre las que le entregamos, tendrá que pedirla, y el tiempo de entrega de la misma se deducirá del tiempo total empleado. ¿Se hallan dispuestos todos los participantes?

El marcador situado sobre el Concursante Cinco lució una frenética señal roja. El Concursante Cinco salió corriendo de la pista para volver momentos después. Sonaron risas entre el público.

—¿Están dispuestos todos los concursantes? —repitió el locutor.

En ningún marcador aparecieron señales.

—¿Alguno desea hacer preguntas?

Silencio.

—Comienza la competición.

El público, desde luego, sólo podía saber los progresos realizados por los distintos concursantes gracias a las cifras que aparecían en el marcador. Pero, a decir verdad, eso poco importaba. Con excepción de los pocos Metalúrgicos profesionales que pudiese haber entre el público, nadie hubiera comprendido nada de la lucha entre aquellos profesionales. Al público le interesaba únicamente saber quién ganaría, quién quedaría segundo y quién ocuparía el tercer lugar. Eso era lo más importante para los que habían efectuado apuestas (algo ilegal, desde luego, pero inevitable). Lo demás no importaba.

George contemplaba el espectáculo con la misma avidez que los demás; su mirada pasaba de un concursante a otro, viendo como éste había quitado la tapa de su microespectrógrafo manejando hábilmente un pequeño instrumento; cómo aquél examinaba la parte delantera de la máquina; cómo un tercero introducía la barra de la

aleación en el soporte, y cómo el de más allá ajustaba un nonio con tal delicadeza que parecía haberse convertido momentáneamente en la estatua de la inmovilidad.

Trevelyan se hallaba tan absorto en su trabajo como sus restantes compañeros. George no podía ver lo que estaba haciendo.

El tablero de aviso del Concursante Diecisiete se iluminó, y en él brilló esta frase: «Placa de enfoque mal ajustada».

El público aplaudió entusiasmado.

El Concursante Diecisiete podía haber acertado, aunque también podía haberse equivocado, desde luego. En este último caso, tendría que corregir luego su diagnóstico, con lo que perdería tiempo. O tal vez no lo corregiría, con lo que no podría terminar su análisis del metal, o terminaría la prueba con un análisis completamente equivocado, lo que sería aún peor.

Pero no importaba. De momento, el público se volcaba en aclamaciones.

Otros tableros se iluminaron. George buscó con la mirada el Tablero Doce. Por último, éste también se iluminó: «Soporte de muestra descentrado. Urge nueva palanca para bajar tenaza».

Un ayudante corrió hacia él con la pieza solicitada. Si Trevelyan se había equivocado, aquella demora no se le tendría en cuenta. George apenas se atrevía a respirar.

Empezaban a aparecer resultados en el Tablero Diecisiete, en letras brillantes: aluminio, 41,2649%; magnesio, 22,1914%; cobre, 10,1001%.

En distintos puntos, empezaron a aparecer cifras en diversos tableros.

El estadio parecía una casa de locos.

George se preguntaba cómo los concursantes podían trabajar con aquel pandemónium, pero luego pensó que tal vez fuese mejor así. Un técnico de primera categoría trabajaba mejor bajo una extrema tensión.

El Concursante Diecisiete se levantó, mientras su tablero mostraba un rectángulo rojo a su alrededor, lo cual demostraba que había terminado la prueba. El Cuatro se levantó apenas dos segundos después. A continuación fueron apareciendo otros recuadros rojos.

Trevelyan aún seguía trabajando; todavía no había comunicado los constituyentes menores de su aleación. Cuando ya casi todos los concursantes estaban de pie, Trevelyan se levantó finalmente. El último fue el Cinco, que fue objeto de un irónico aplauso.

La competición aún no había terminado. Como era de suponer, los resultados oficiales se hicieron esperar. El tiempo mínimo tenía importancia, pero no podía desdeñarse ni mucho menos la precisión en los resultados. Y no todos los diagnósticos tenían la misma dificultad; había que tener en cuenta una docena de factores.

Finalmente, sonó la voz del locutor:

—Se ha clasificado primero, con un tiempo de cuatro minutos, doce segundos y dos décimas, con diagnóstico correcto, análisis igualmente correcto, con un promedio de cero coma siete partes por cien mil, el Concursante número… Diecisiete, Henri Anton Schmidt, de…

El resto de la frase quedó ahogado por los aplausos. El número Ocho se había clasificado segundo, seguido por el número Cuatro, cuyo magnífico tiempo se vio perjudicado por un error de una quinta parte entre diez mil en la cifra del niobio. El Concursante Doce ni siquiera fue mencionado.

George se abrió camino entre la muchedumbre hasta los vestuarios de los concursantes, y los encontró abarrotados ya de público. Entre el público vio parientes que lloraban (de alegría o frustración, según los casos), periodistas que iban a entrevistar a los que se habían clasificado primeros o a los que habían defendido los colores de la ciudad, coleccionistas de autógrafos, gente que quería hacerse ver, e individuos sencillamente curiosos. También había numerosas muchachas, que sin duda se hallaban allí con la intención que el campeón se fijase en ellas, pues no había que olvidar que el vencedor iría a Novia (aunque también se conformarían, después de todo, con otro que ocupase un puesto más bajo en la clasificación y estuviese necesitado de consuelo y tuviese el dinero necesario para pagarlo).

George se alejó de allí, pues no veía a nadie conocido. Al estar San Francisco tan lejos de su población natal, había que suponer que no habría parientes para ayudar a Trev a sobrellevar el peso de la derrota.

Los concursantes iban saliendo, sonriendo débilmente y agradeciendo con inclinaciones de cabeza las aclamaciones. Las fuerzas de orden público mantenían apartada a la muchedumbre, para formar un pasillo por el que se pudiese circular. Cada uno de los primeros clasificados arrastraba consigo una porción de la multitud, como un imán que pasara entre un montón de limaduras de hierro.

Cuando salió Trevelyan, apenas quedaba nadie. (George comprendió entonces que había estado haciéndose el remolón en espera que saliese Trev.) De la boca de éste, contraída en un rictus de amargura, pendía un cigarrillo. Con los ojos bajos, empezó a alejarse.

Era la primera imagen familiar que veía George desde hacía cerca de año y medio; aunque le parecía que en realidad había transcurrido una década y media. Casi le sorprendió comprobar que Trevelyan no había envejecido, y era el mismo Trev que había visto por última vez.

George se adelantó hacia él:

—¡Trev! —gritó con voz ahogada.

El interpelado se volvió, estupefacto. Miró a George de arriba abajo y luego le tendió la mano.

—¡George Platen! ¿Qué diablos…?

Pero casi inmediatamente desapareció de su semblante la expresión de contento. Dejó caer la mano antes que George hubiese podido estrecharla.

—¿Estabas ahí dentro?

Y con un leve movimiento de cabeza, Trev indicó el estadio.

—Sí.

—¿Para verme?

—Sí.

—No lo hice muy bien, ¿verdad?

Tiró su pitillo y lo pisoteó, mirando hacia la calle, donde la riada de gente que salía se remansaba lentamente, para distribuirse en coches y autobuses volantes, mientras se formaban nuevas colas para los siguientes Juegos.

Trevelyan dijo con voz ronca:

—¿Y qué? Es sólo la segunda vez que pierdo. Novia puede irse al cuerno después de la paliza que me han dado hoy. Hay otros planetas que se darían por muy satisfechos de contratarme… Pero, oye, no nos hemos visto desde el Día de la Educación. ¿Dónde has estado? Tus padres me dijeron que te enviaron en misión especial, pero sin darme más detalles. Además, tú nunca escribiste. Podías haberme escrito, hombre.

—Sí, desde luego —dijo George, nervioso—. Bueno, venía a decirte que siento mucho que las cosas no te hayan ido como esperabas.

—Gracias, pero no te preocupes. Te repito que Novia puede irse a freír espárragos… Debería habérmelo imaginado. Se han pasado semanas anunciando que emplearían máquinas Beeman. Invirtieron todo el dinero recaudado en máquinas Beeman. Esas malditas cintas educativas que me pasaron se referían a Henslers y…, ¿quién utiliza Henslers actualmente? Acaso los mundos del enjambre globular Goman, si es que se les puede llamar mundos… ¿Tú crees que es justo?

—¿No podrías quejarte a…?

—No seas loco. Me dirán que mi cerebro está construido para las Henslers. Trata de discutir con ellos y verás. Todo salió mal. Yo fui el único que tuvo que pedir una pieza de recambio. ¿Te diste cuenta?

—Pero supongo que dedujeron ese tiempo del cómputo total.

—Desde luego, pero perdí tiempo preguntándome si podría dar un diagnóstico correcto cuando advertí que en la pieza que me enviaron no había palanca para bajar la mordaza. Ese tiempo no lo dedujeron. Si la máquina hubiese sido una Henslers, yo habría sabido que el diagnóstico era correcto. ¿Cómo podían compensar esa inferioridad? El primero era de San Francisco, como tres de entre los cuatro siguientes clasificados. Y el quinto era de Los Ángeles. Todos ellos dispusieron de cintas educativas de las que se usan en las grandes ciudades. O sea, de las mejores,

acompañadas de espectrógrafos Beeman y todo lo demás. ¿Cómo podía competir con ellos? Me tomé el trabajo de venir aquí para ver si tenía la suerte de clasificarme entre los patrocinados por Novia, pero hubiera sido mejor que me hubiese quedado en casa… De todos modos, Novia no es el único guijarro que hay en el cielo. Hay docenas de mundos…

Trev no se dirigía a George. No hablaba con nadie en particular. Daba rienda suelta a su ira y su desengaño, como pudo comprender George.

—Si sabías de antemano que se usarían máquinas Beeman —le dijo—, ¿por qué no las estudiaste antes?

—Te repito que no estaba en las cintas que me pasaron.

—Podrías haber leído… libros.

Esta última palabra se arrastró bajo la súbita mirada suspicaz de Trevelyan, el cual replicó:

—¿Encima tratas de tomarme el pelo? ¿Crees que tiene gracia lo sucedido? ¿Cómo quieres que lea libros y trate de aprender de memoria lo suficiente para luchar con uno que *lo sabe*?

—Pensé…

—Tú pruébalo y verás… —De pronto le preguntó—: A propósito, ¿cuál es tu profesión?

Su voz denotaba una franca hostilidad.

—Pues, verás…

—Vamos, dímelo. Si pretendes pasarte de listo conmigo, demuestra al menos qué has hecho. Veo que sigues en la Tierra, lo cual quiere decir que no eres Programador de Computadora, y esa misión especial de la que me hablaron no puede ser gran cosa.

George dijo, nervioso:

—Perdona, Trev, pero creo que voy a llegar tarde a una cita.

Y retrocedió, tratando de sonreír.

—No, tú no te vas —dijo Trevelyan furioso, agarrando a George por la solapa—. Antes responderás a mi pregunta. ¿Por qué tienes miedo de contestarme? No permito que me vengas a dar lecciones, si antes no demuestras que tú no las necesitas. ¿Me oyes?

Al decir esto, zarandeaba furiosamente a George. Ambos se hallaban enzarzados en una lucha a brazo partido, cuando la voz del destino resonó en los oídos de George bajo la forma de la autoritaria voz de un policía.

—Basta de pelea. Suéltense.

George notó que se le helaba la sangre en las venas. El policía le pediría su nombre, la tarjeta de identidad, y George no podría exhibirla. Entonces le interrogaría y su falta de profesión se haría patente al instante; y además, en presencia de Trevelyan, furioso por la derrota que había sufrido y que se apresuraría a difundir la

noticia entre los suyos como una válvula de escape para su propia amargura.

Eso George no podía permitirlo. Se desasió de Trevelyan y trató de echar a correr, pero la pesada mano de la Ley se abatió sobre su hombro.

—Quieto ahí. A ver, tu tarjeta de identidad.

Trevelyan buscaba la suya con manos temblorosas mientras decía con voz ronca:

—Yo soy Armand Trevelyan, Metalúrgico No-férrico. Acabo de tomar parte en los Juegos Olímpicos. Será mejor que se ocupe de éste, señor agente.

George miraba alternativamente a los dos, con los labios secos e incapaz de pronunciar una palabra. Entonces resonó otra voz, tranquila, cortés.

—¿Agente? Un momento, por favor.

El policía dio un paso atrás.

—¿Qué desea?

—Este joven es mi invitado. ¿Qué ocurre?

George volvió la cabeza, estupefacto. Era el caballero de cabellos grises que había estado sentado a su lado. El hombre de las sienes plateadas dirigió una amable inclinación de cabeza a George.

¿Su invitado? ¿Se había vuelto loco?

El policía repuso:

—Éstos dos, que estaban alborotando.

—¿Han cometido algún delito? ¿Han causado algún daño?

—No, señor.

—Entonces, yo me hago responsable.

Con estas palabras, exhibió una tarjeta ante los ojos del policía, y éste dio inmediatamente un paso atrás. Trevelyan, indignado, barbotó:

—Oiga, espere…

Pero el policía se volvió hacia él:

—Aquí no ha pasado nada. ¿Acusas de algo a este muchacho?

—Yo sólo…

—Pues ya te estás marchando. A ver, ustedes, circulen.

Se había reunido un grupo bastante numeroso de espectadores, que empezaron a alejarse a regañadientes.

George dejó que el desconocido le condujese hasta un taxi aéreo, pero antes de subir a él se plantó, diciendo:

—Muchas gracias, pero yo no soy su invitado.

(¿Y si se trataba de una ridícula equivocación, de un caso de identidad confundida?)

Sin embargo, el hombre de los cabellos grises sonrió y le dijo:

—En efecto, no lo eras, pero sí lo eres a partir de ahora. Permite que me presente: soy Ladislas Ingenescu, Historiador Diplomado.

—Pero…

—Vamos, que nada te sucederá, te lo aseguro; únicamente he querido sacarte del apuro en que te hallabas con ese policía.

—Pero, ¿por qué?

—¿Quieres que te dé una razón? Bien, digamos que ambos somos conciudadanos honorarios, tú y yo. Ambos vitoreamos al mismo concursante, ¿recuerdas?, y los conciudadanos debemos ayudarnos, aunque el vínculo que nos una sea sólo honorario. ¿No?

Y George, que no las tenía todas consigo y estaba muy poco seguro de aquel hombre que decía llamarse Ingenescu, y que tampoco se hallaba seguro de sí mismo, terminó por subir al vehículo. Pero antes de resolverse a bajarse sin más, ya se hallaban a cierta altura sobre el suelo.

Hecho un mar de confusiones, pensó: «Este individuo debe poseer cierta categoría. El policía lo ha tratado con mucha deferencia.»

Casi había olvidado que el verdadero motivo de su estancia en San Francisco no consistía en ver a Trevelyan, sino en hallar a alguna persona influyente que obligase a examinar de nuevo su caso.

¿Y si aquel Ingenescu fuese el hombre apropiado? Y además, como quien dice, caído del cielo.

Aún era posible que todo fuese bien… Pero sería demasiada dicha. Se sentía inquieto.

Durante el breve viaje aéreo en taxi, Ingenescu no hizo más que charlar de cosas sin importancia, señalándole los monumentos de la ciudad, recordando otros Juegos Olímpicos que había presenciado. George, que apenas le prestaba atención y contestaba con monosílabos, observaba con mal disimulada ansiedad la ruta que seguían.

¿Se dirigirían hacia una de las aberturas del escudo, con objeto de abandonar la ciudad?

No, el vehículo se dirigió hacia abajo, y George suspiró aliviado. En la ciudad se sentía más seguro.

El taxi se posó en el techo de un hotel y, al bajarse, Ingenescu le dijo:

—¿Querrías cenar conmigo en mi habitación?

George repuso afirmativamente, con una sonrisa que no era fingida. En aquel momento se dio cuenta del vacío que notaba en su estómago, a consecuencia de no haber almorzado.

Ingenescu observaba en silencio a George mientras éste comía. A la caída de la noche, las luces de las paredes se encendieron automáticamente. George se dijo: «Estoy libre desde hace casi veinticuatro horas.»

Por fin, mientras tomaba el café, Ingenescu volvió a hablar de nuevo:

—Has estado siempre a la defensiva, como si yo pudiera perjudicarte —dijo.

George enrojeció, dejó la taza y trató de negar aquella alegación, pero el hombre de cabellos grises rió, moviendo la cabeza.

—No trates de negarlo. Te he estado observando atentamente desde la primera vez que te vi, y creo conocerte ya bastante bien.

George, horrorizado, intentó levantarse.

Ingenescu le contuvo.

—Siéntate —le dijo—. Sólo deseo ayudarte.

George se sentó, pero sus pensamientos giraban en un loco torbellino. Si aquel hombre conocía su verdadera identidad, ¿por qué no le había entregado al policía? Por otra parte, ¿por qué tenía que ofrecerle su ayuda?

Ingenescu dijo:

—¿Quieres saber por qué deseo ayudarte? Oh, no te alarmes. No soy telépata. Lo que ocurre es que mi educación me permite captar las pequeñas reacciones que revelan el verdadero estado de ánimo de una persona. ¿Lo entiendes?

George movió negativamente la cabeza.

Ingenescu prosiguió:

—Piensa en nuestro primer encuentro. Estabas haciendo cola para ir a ver unos Juegos, pero tus microrreacciones no estaban de acuerdo con tus actos. La expresión de tu cara no era la adecuada, y lo mismo podría decirse de tu modo de mover las manos. Eso significaba que algo te ocurría, y lo más interesante era que, fuese lo que fuese, no era algo vulgar ni corriente. Tal vez, me dije, fuese algo de lo que ni siquiera tu mente consciente se daba cuenta.

»No pude dejar de seguirte, para sentarme a tu lado. Cuando te fuiste, también me fui en pos de ti, y cometí la indiscreción de escuchar la conversación que sostenías con tu amigo. Después de todo esto, me estabas resultando un tema de estudio demasiado interesante, y perdona que te hable con tanta frialdad, para permitir que cayeses en manos de la policía… Ahora, dime: ¿qué te sucede?

George se hallaba dominado por una gran indecisión. Si aquel individuo le tendía una trampa, ¿por qué lo hacía con tantos circunloquios? Además, él tenía que confiar en alguien. Había ido a la ciudad en busca de ayuda, y allí se la ofrecían. Tal vez ése era el peligro: la facilidad con que le ofrecían ayuda.

Ingenescu le dijo:

—Desde luego, lo que tú me digas en mi calidad de Científico Social constituirá una comunicación privilegiada. ¿Sabes lo que eso significa?

—No, señor.

—Pues significa que sería muy poco honorable que repitiese lo que tú me digas a un tercero, por el motivo que fuese. Además, nadie puede obligarme legalmente a que

lo repita.

George observó, presa de una súbita sospecha:

—Creía que era usted Historiador.

—Eso es lo que soy.

—Pues ahora acaba de decir que es un Científico Social.

Ingenescu estalló en sonoras carcajadas. Cuando pudo hablar, se excusó por su risa extemporánea y dijo:

—Perdóname, amigo, ya sé que no debería reírme. Pero no me río de ti, ni mucho menos. Me río de la Tierra, y de la importancia que concede a las ciencias físicas, que divide en infinidad de segmentos prácticos. Estoy casi seguro que podrías decirme todas las subdivisiones de la técnica de la construcción o de la ingeniería mecánica, y en cambio no podrías decirme ni una palabra sobre ciencias sociales.

—Muy bien. ¿Qué son ciencias sociales?

—Las ciencias sociales se dedican al estudio de los grupos humanos. Poseen muchas ramificaciones altamente especializadas, como ocurre con la zoología, por ejemplo. Así, tenemos a los Culturólogos, los cuales estudian la mecánica de la cultura, su crecimiento, desarrollo y decadencia. Se llama cultura —añadió, anticipándose a una pregunta de George— a todos los aspectos que ofrece un modo de vida determinado. Por ejemplo, este término engloba nuestra manera de ganarnos la vida, nuestros pasatiempos y creencias, lo que consideramos bueno y malo, etcétera. ¿Me comprendes?

—Más o menos.

—Un Economista (no un Estadístico de la Economía, sino un Economista) se especializa en el estudio de las maneras por medio de las cuales una cultura satisface las necesidades materiales de sus miembros. Un Psicólogo se especializa en el estudio del individuo de una sociedad determinada, y del modo como dicha sociedad afecta a su comportamiento. Un Futurólogo se especializa en el estudio del rumbo futuro que seguirá una sociedad, y un Historiador… Aquí aparezco yo en escena.

—Sí, señor.

—Un Historiador es un hombre que se especializa en el estudio del pasado de nuestra propia sociedad y de otras sociedades poseedoras de distintas culturas.

George empezaba a sentirse interesado.

—¿Es que en el pasado las cosas eran diferentes?

—Yo diría que sí. Hasta hace un millar de años no existía la educación; al menos, lo que ahora conocemos por ese nombre.

George intervino:

—Ya lo sabía. La gente aprendía a fragmentos, estudiando libros.

—¡Caramba! ¿Cómo es que lo sabías?

—Lo oí decir —dijo George, cautelosamente, añadiendo—: ¿Sirve de algo

preocuparse por lo que ocurrió hace tanto tiempo? Quiero decir si vale la pena preocuparse por algo que ya terminó definitivamente.

—Nunca termina nada definitivamente, amigo. El pasado explica el presente. Por ejemplo, ¿por qué es como es nuestro sistema educativo?

George se agitó, inquieto. Su interlocutor no hacía más que volver siempre al mismo tema. Rezongó:

—Porque es el mejor.

—¿Y por qué es el mejor? Ahora, si tienes la bondad de escucharme un momento, yo te lo explicaré. Entonces tú mismo comprenderás la utilidad que tiene la historia. Mucho antes que empezasen los viajes interestelares… —Se interrumpió al ver la expresión de pasmo que se pintaba en la cara de George—. ¿Acaso creías que habían existido siempre?

—Nunca se me había ocurrido pensarlo, señor Ingenescu.

—No me extraña. Pues hubo un tiempo, hace cuatro o cinco mil años, en que la Humanidad estaba confinada a la superficie de la Tierra. Aun así, su cultura tecnológica era bastante avanzada, y la población aumentó de tal suerte que el menor fallo técnico hubiera significado el hambre y las enfermedades para millares de personas. Para mantener el nivel técnico con el fin de atender a las demandas que presentaba una población siempre creciente, hubo que crear un número cada vez mayor de técnicos y científicos, pero al propio tiempo, a medida que las ciencias avanzaban, cada vez se tardaba más tiempo en prepararlos.

»Cuando empezaron a realizarse los primeros viajes interplanetarios, que luego se convirtieron en interestelares, el problema se agudizó. En realidad, la colonización de planetas extrasolares se hizo imposible durante unos mil quinientos años, debido a la falta de personal especializado.

»El momento crucial se alcanzó cuando se consiguió descubrir la técnica para almacenar los conocimientos en el cerebro humano. Una vez conseguido esto, fue posible crear cintas educativas que modificaban el mecanismo de tal manera que insertaban en la mente una suma de conocimientos «confeccionados», por así decirlo. Pero eso ya lo sabes.

»Una vez conseguido esto, ya no había ninguna dificultad en obtener especialistas a miles, a millones, y pudimos iniciar lo que alguien ha denominado la «Ocupación del Universo». Existen actualmente mil quinientos planetas habitados en la galaxia, y no se vislumbra todavía el fin.

»¿Comprendes lo que eso significa? La Tierra exporta cintas educativas para profesiones poco especializadas, ayudando así a unificar la cultura galáctica. Por ejemplo, las cintas de lectura aseguran la existencia de un único lenguaje para todos nosotros… No pongas esa cara de sorpresa; serían posibles otros idiomas, y en el pasado los había. Cientos de ellos.

»La Tierra también exporta profesionales altamente especializados, y mantiene su población a un nivel normal. Como se envían técnicos de ambos sexos en la debida proporción, el problema reproductivo está resuelto de antemano, y estos envíos contribuyen a aumentar la población de los Mundos Exteriores, de bajo índice demográfico. Además, estas exportaciones de cintas y personal se pagan con materias primas y artículos muy necesarios aquí, y de los cuales depende nuestra economía. ¿Comprendes ahora por qué nuestro sistema de educación es el mejor?

—Sí, señor.

—¿Te ayuda a comprenderlo saber que, cuando no existía, la colonización interestelar fue imposible durante mil quinientos años?

—Sí, señor.

—Entonces, también comprendes la utilidad de la historia. —Ingenescu sonrió—. Y te pregunto ahora: ¿comprendes el interés que siento por ti?

George cayó del tiempo y del espacio, para volver a la realidad. Al parecer, aquel historiador sabía muy bien adonde quería ir a parar. Su disertación no había sido más que una añagaza para atacarle desde un nuevo ángulo.

Poniéndose de nuevo a la defensiva, preguntó con cierta vacilación:

—¿Por qué?

—Los Científicos Sociales se ocupan de las sociedades, y éstas están formadas por individuos.

—Así es.

—Pero los individuos no son máquinas. Los profesionales que se ocupan de las ciencias físicas trabajan con máquinas. Sólo hay que saber unas cuantas cosas determinadas sobre una máquina, y los profesionales las saben en su totalidad. Además, todas las máquinas de un mismo tipo son tan parecidas que no poseen la menor individualidad. Pero los hombres son distintos… Son tan complicados y difieren tanto entre sí que un científico social nunca podrá saber todo lo que hay que saber, ni siquiera una buena parte. Para abarcar en lo posible su especialidad, tiene que hallarse dispuesto a estudiar a los individuos; en particular, a los que se apartan de lo corriente.

—Como yo —dijo George con voz monótona.

—Yo no me atrevería a llamarte un ejemplar raro, pero reconozco que eres algo fuera de lo corriente. Vale la pena estudiarte, y si me lo permites, yo, a cambio, trataré de ayudarte en tus dificultades, si es que puedo.

En la mente de George los engranajes giraban a toda velocidad. Pensaba en todo cuanto había oído… Aquella colonización de los mundos lejanos, que la educación había hecho posible. Le parecía como si unas ideas arraigadas y cristalizadas en su interior hubiesen sido hechas añicos, para ser esparcidas implacablemente.

—Déjeme pensar —dijo, tapándose los oídos con las manos. Luego las apartó y,

dirigiéndose al Historiador, le dijo:

—¿Podría usted hacerme un favor, señor Ingenescu?

—Si es posible… —repuso el Historiador, amablemente.

—Ha dicho usted que todo cuanto se diga en esta habitación quedará entre nosotros, ¿no es eso?

—Y lo sostengo.

—Entonces, consígame una entrevista con un funcionario de los Mundos Exteriores; con un funcionario de… Novia.

Ingenescu dio un respingo.

—Hombre, verás…

—Usted puede hacerlo —se apresuró a añadir George—. Ocupa un cargo importante. Vi la cara que puso el policía cuando le mostró aquella tarjeta. Si usted se niega, yo… no permitiré que me estudie.

Al propio George le pareció infantil aquella amenaza, desprovista de fondo. Sin embargo, pareció producir un gran efecto en Ingenescu.

El Historiador, pensativo, dijo:

—Me pides algo imposible. Un noviano durante el mes olímpico…

—Muy bien, si usted no quiere, llame a un noviano por visifono, y yo mismo le pediré una entrevista.

—¿Te atreverías?

—Naturalmente que sí. Espere y verá.

Ingenescu siguió contemplando a George, pensativo, y luego tendió la mano hacia el visifono.

George se dispuso a esperar, embriagado por el nuevo sesgo que tomaban las cosas y la sensación de poder que aquello le proporcionaba. Tenía que salir bien. Forzosamente. A pesar de todo, iría a Novia. Saldría triunfalmente de la Tierra a pesar de Antonelli y del pequeño rebaño de locos de la Residencia para (casi le hizo reír) débiles mentales.

George esperó ansiosamente a que la visiplaca se iluminase. Sería como una ventana abierta a la intimidad de los novianos, una ventana por la que vería un fragmento de vida noviana trasplantada a la Tierra. A las veinticuatro horas de su fuga, había conseguido realizar eso.

Se oyeron carcajadas mientras la placa se hacía menos borrosa y se enfocaba, mas por el momento no vio la cara de nadie; sólo sombras de hombres y mujeres que cruzaban rápidamente en todos sentidos. Se oyó claramente una voz sobre un fondo de conversación:

—¿Quién me llama? ¿Ingenescu?

Al instante siguiente apareció un rostro en la placa. Un noviano. Un noviano

auténtico. (George no tenía la menor duda de ello. Aquellas facciones tenían algo completamente extraterrestre. Era algo indefinible, pero inconfundible por completo.)

Era un hombre de complexión fuerte, atezado y de cabellos ondulados peinados hacia atrás. Lucía un bigotillo negro y una barba puntiaguda, negra como su cabellera, que apenas alcanzaba más allá del extremo de su estrecho mentón; pero el resto de su cara era tan terso que parecía como si hubiera sido depilado permanentemente.

En aquel momento, el noviano sonreía:

—Ladislas, esto es pasar de la raya. Ya nos resignamos a que nos espíen, dentro de límites razonables, durante nuestra estancia en la Tierra, pero practicar la lectura mental es demasiado.

—¿Lectura mental, Honorable?

—¡Confiéselo! Usted sabía que yo iba a llamarle esta noche. Sabía también que sólo esperaba a terminar esta copa. —Levantó la mano, haciéndola aparecer en la pantalla, y miró a Ingenescu a través de una copita llena de un licor violeta pálido—. Siento no poder ofrecerle una.

George, que se hallaba fuera del campo de visión del transmisor de Ingenescu, no podía ser visto por el noviano, lo cual le producía una sensación de alivio. Necesitaba cierto tiempo para prepararse para la entrevista. Le parecía estar formado exclusivamente por dedos nerviosos que tamborileaban sin cesar…

Pero había dado en el clavo… Sus cálculos eran exactos. Ingenescu era un personaje importante. El noviano le llamaba por su nombre de pila.

¡Magnífico! Las cosas iban a pedir de boca. Lo que Antonelli le había hecho perder a George, éste lo recuperaría con creces gracias a Ingenescu. Y algún día, cuando fuese un hombre independiente, podría regresar a la Tierra tan poderoso como aquel noviano, que se permitía llamar a Ingenescu por su nombre de pila, para verse llamado por éste «Honorable»…

Cuando volviese, ya le ajustaría las cuentas a aquel bribón de Antonelli. Tenía que hacerle pagar aquel año y medio de reclusión forzosa, y…

Estuvo a punto de dejarse arrastrar por aquellos ensueños tentadores, pero se dominó al darse cuenta, angustiado, que perdía el hilo de los acontecimientos.

El noviano decía en aquellos momentos:

—Ni pies ni cabeza. Novia tiene una civilización tan complicada y avanzada como la de la Tierra. Tenga usted en cuenta que no somos Zeston. Es ridículo que tengamos que venir aquí en busca de técnicos.

Ingenescu dijo, conciliador:

—Solamente en busca de modelos nuevos. Nunca se sabe si estos modelos harán falta. Las cintas educativas les costarían a ustedes el mismo precio que un millar de técnicos, y, ¿cómo saben que necesitarían tantos?

El noviano tiró el licor restante y lanzó una carcajada. (A George le causó cierto disgusto ver que un noviano podía ser tan frívolo. Con cierta desazón, se preguntó si el noviano también había hecho lo propio con otras dos o tres copas antes de aquélla.)

El noviano dijo:

—Ésta es una mentira típica, Ladislas. Sabes muy bien que podemos absorber todos los nuevos modelos que nos envíen. Esta misma tarde he contratado a cinco Metalúrgicos…

—Lo sabía —dijo Ingenescu—. Estuve allí.

—¡Vigilándome! ¡Espiando! —gritó el noviano—. Pero espera un momento a que te diga esto. Los Metalúrgicos del último modelo que contraté sólo diferían del modelo anterior en que conocían el uso de los espectrógrafos Beeman. La modificación de las cintas con respecto al modelo del año anterior es insignificante. Solamente lanzan estos nuevos modelos para hacernos gastar dinero y venir aquí con el sombrero en la mano.

—No les obligamos a comprar.

—No, pero venden técnicos del último modelo a Landonum, y esto nos obliga a ponernos al día, si no queremos quedarnos rezagados. Nos han montado en un buen tiovivo, piadosos terrestres, pero esperen, que tal vez aún daremos con la salida.

Su risa sonaba algo forzada, y cesó más pronto de lo previsto.

Dijo Ingenescu:

—Hablando con sinceridad, ojalá la encuentren. Entre tanto, en cuanto a mi llamada, se debe sencillamente…

—Ah, sí, me llamó usted. Bueno, yo ya he dicho lo que tenía que decir; supongo que el año próximo nos obsequiarán con un nuevo modelo de Metalúrgico que nos costará un ojo de la cara, provisto probablemente de un nuevo dispositivo para analizar el niobio, y todo lo demás igual, y al otro año… Pero, dejémoslo. ¿Qué desea usted?

—Hay un joven aquí conmigo con el que desearía que usted hablase.

—¿Yo? —La idea no pareció ser muy del agrado del noviano—. ¿Y sobre qué?

—No sabría decirle. No me lo ha dicho. En realidad, ni siquiera me ha dicho su nombre ni profesión.

El noviano frunció el ceño.

—¿Entonces, por qué me molesta?

—Parece estar muy seguro que le interesará lo que tiene que decirle.

—¿Ah, sí?

—Además —añadió Ingenescu—, considérelo como un favor que yo le pido.

El noviano se encogió de hombros.

—Póngame con él y dígale que sea breve.

Ingenescu se hizo a un lado, y susurró al oído de George:

—Usa el tratamiento de «Honorable».

George tragó saliva con dificultad. Había llegado el momento decisivo.

El joven notó que estaba bañado en sudor. La idea acababa de ocurrírsele hacía poco, pero a la sazón no se sentía tan seguro. Empezó a vislumbrarla al hablar con Trevelyan, luego fermentó y adquirió forma durante la plática de Ingenescu, y por último, las propias observaciones del noviano le habían dado los toques finales.

George tomó la palabra:

—Honorable, si usted me lo permite, le indicaré el modo de bajarse del tiovivo.

Deliberadamente, utilizó la propia metáfora que había empleado el noviano.

Éste le miró ceñudo:

—¿De qué tiovivo hablas?

—El que usted mismo ha mencionado, Honorable. El tiovivo en que se encuentra Novia cuando se halla obligada a acudir a la Tierra en busca de…, de técnicos.

(No pudo evitar que los dientes le castañeteasen; no de miedo, pero sí a causa de la excitación que le dominaba.)

El noviano dijo:

—¿Tratas de insinuar que conoces un medio gracias al cual podríamos dejar de patrocinar el supermercado mental de la Tierra? ¿Es eso lo que quieres decir?

—Sí, Honorable. Novia puede controlar su propio sistema educativo.

—Hum… ¿Sin cintas?

—Pues…, sí, Honorable.

El noviano, sin apartar la mirada de George, ordenó.

—Ingenescu, póngase ante mi vista.

El Historiador se colocó detrás de George, para que el noviano lo viese por encima del hombro del joven.

El noviano preguntó entonces:

—¿Qué es todo esto? No alcanzo a comprenderlo.

—Tenga la absoluta seguridad que, sea lo que sea, se hace por propia iniciativa de este joven, Honorable —repuso Ingenescu—. Yo no tengo arte ni parte en esto. Me lavo las manos.

—Entonces, ¿por qué me presenta usted a este joven? ¿Qué tiene que ver con usted?

A esto Ingenescu repuso:

—Para mí es un simple objeto de estudio, Honorable. Tiene valor, y trato de complacerlo.

—¿Qué clase de valor?

—Es difícil decirlo. Un valor profesional.

El noviano lanzó una breve carcajada.

—Bien, a cada cual su profesión. —Hizo una seña con la cabeza a alguna persona o personas que se hallaban fuera del campo de visión—. Hay ahí un joven, un protegido de Ingenescu, o algo parecido, que quiere explicarnos cómo se puede educar sin cintas. —Chasqueó los dedos, y otra copa de licor transparente apareció en su mano—. Adelante, joven.

Habían ahora varias caras en la placa, caras de hombres y de mujeres, que se apiñaban para ver a George, luciendo diversas expresiones, que iban desde la sorna hasta la curiosidad.

George trató de mostrarse indiferente. Todos aquellos seres novianos y terrestres, se dedicaban a «estudiarlo» como si fuese un insecto clavado en un alfiler. Ingenescu fue a sentarse en un ángulo de la habitación y le miró con ojos de búho.

«Todos son unos estúpidos —se dijo George furioso—, del primero al último. Pero tendrán que comprenderlo. Haré que me comprendan.»

Dijo entonces en voz alta:

—Esta tarde yo también estuve en los Juegos Olímpicos de los Metalúrgicos.

—¿Tú también? —dijo el noviano, con sorna—. Por lo visto, toda la Tierra estaba allí reunida.

—Toda la Tierra no, Honorable, pero yo sí. Un amigo mío participaba en los Juegos, y le fue muy mal a causa que utilizan las máquinas Beeman. En su educación se habían incluido sólo las Henslers y al parecer de un modelo antiguo. Usted ha dicho que la modificación efectuada era insignificante. Y mi amigo sabía desde hacía algún tiempo que se requeriría el conocimiento de las máquinas Beeman.

—¿Adónde quieres ir a parar?

—Mi amigo había ambicionado toda su vida conseguir un destino en Novia. Conocía ya las Henslers, para clasificarse tenía que conocer también las Beeman, y él lo sabía. Aprender su funcionamiento le hubiera costado únicamente aprenderse unos cuantos detalles más, unos pocos datos, hacer tal vez algo de práctica. Espoleado por la ambición de toda su vida, tal vez hubiera podido conseguirlo…

—¿Y de dónde hubiera obtenido una cinta con los datos y cifras adicionales? ¿O acaso la educación se ha convertido en una cuestión de estudio privado en la Tierra?

Las caras apiñadas tras él prorrumpieron en carcajadas.

George repuso:

—Por eso precisamente no pudo aprender, Honorable. Él creía que para ello necesitaría una cinta. Ni siquiera se le ocurrió probar sin ella, aunque lo que estaba en juego era de una importancia capital para él. Se negó a probar sin una cinta.

—¿Conque se negó, eh? Probablemente, es de esa clase de personas que se niegan a volar sin avión. —Más risas; el noviano sonrió por fin, y dijo—: Este chico me hace gracia. Prosigue. Te concedo un momento más.

George, muy serio, observó:

—No es ninguna broma. En realidad, el sistema de las cintas es malo. Con las cintas se aprende demasiado, y sin el menor esfuerzo. Los que se acostumbran a aprender de esta manera ya no saben hacerlo de otra. Sólo saben lo que les han inculcado las cintas. Pero si a una persona no se le facilitasen cintas, sino que se le obligase a aprender por sí sola desde el primer momento, en ese caso adquiriría el hábito del estudio, y no le costaría seguir asimilando conocimientos. Me parece que esta idea no puede ser más razonable. Una vez haya conseguido desarrollar bien esa costumbre, no niego que pueda aprender algunas cosas mediante cintas, para llenar ciertas lagunas o fijar algunos detalles. Luego seguiría progresando solo. De esta manera, en Novia se podrían convertir a los Metalúrgicos que sólo conocen las máquinas Henslers en Metalúrgicos que conociesen además las Beeman, sin necesidad de ir a buscar nuevos modelos a la Tierra.

El noviano asintió y paladeó su bebida.

—¿Y de dónde sacaremos el conocimiento si prescindimos de las cintas? ¿Del vacío interestelar?

—De los libros. Del estudio de los propios instrumentos. Pensando. Haciendo uso de nuestro raciocinio.

—¿De los libros? ¿Y cómo se pueden entender los libros sin la educación?

—Los libros contienen palabras impresas. Las palabras pueden entenderse, en su mayor parte. En cuanto a los términos especializados, éstos pueden ser explicados por los técnicos que Novia ya posee en abundancia.

—¿Y qué opinas sobre la lectura? ¿Permitirías el uso de cintas de lectura?

—Las cintas de lectura me parecen muy bien, pero nada se opone a que los niños aprendan a leer según el sistema antiguo. Al menos en parte.

Dijo entonces el noviano:

—¿Para que así se adquieran buenos hábitos desde el comienzo?

—Eso mismo —dijo alegremente George.

Aquel hombre empezaba a comprender…

—¿Y qué me dices de las matemáticas?

—Ésta es la parte más fácil, señor…, Honorable. Las matemáticas difieren de las demás asignaturas técnicas. Comienzan con el enunciado de algunos principios muy sencillos, y proceden a pasos graduales. Se puede empezar desde cero y aprender. Su misma estructura lógica lo facilita. Y una vez se posea una base de matemáticas fundamentales, se tiene acceso a otros libros técnicos. Especialmente si se comienza con los fáciles.

—¿Es que hay libros fáciles?

—Desde luego que sí. Y aunque no los hubiese, los técnicos actualmente existentes podrían escribirlos… Libros de divulgación, manuales. Algunos de ellos serían capaces de presentar sus conocimientos en palabras y símbolos.

—Buen Dios —exclamó el noviano, dirigiéndose al grupo que le rodeaba—. Ese joven diablo tiene respuesta para todo.

—Sí, la tengo —gritó George, excitado—. Pregúnteme.

—¿Has intentado aprender tú mismo mediante libros? ¿O se trata sólo de una simple teoría?

George dirigió una rápida mirada a Ingenescu, pero el Historiador permanecía inmóvil. Su rostro sólo demostraba un benévolo interés.

—Sí, he estudiado con libros —replicó George.

—¿Y conseguiste algún resultado?

—Sí, Honorable —repuso George, animadamente—. Lléveme con usted a Novia. Estableceré un programa y dirigiré…

—Espera, tengo que hacerte algunas preguntas. ¿Cuánto tiempo tardarías, según tu opinión, en convertirte en un Metalúrgico capaz de manejar una máquina Beeman, suponiendo que empezases desde cero y no utilizases cintas educativas?

George vaciló.

—Pues… Tal vez algunos años.

—¿Dos años? ¿Cinco? ¿Diez?

—No sabría decírselo, Honorable.

—Ésta era una pregunta vital a la que, por lo que veo, eres incapaz de dar una respuesta adecuada. ¿Digamos cinco años? ¿Te parece prudente esa cifra?

—Sí… Creo que sí.

—Muy bien. Tenemos un técnico estudiando metalurgia según tu método durante cinco años. Durante ese tiempo, no nos reporta ninguna utilidad, tendrás que admitirlo, en cambio debemos mantenerlo, alojarlo y darle un sueldo durante esos años.

—Pero…

—Déjame terminar. Luego, cuando haya terminado de estudiar y ya pueda manejar la Beeman, habrán pasado cinco años. ¿Crees que para entonces todavía utilizaremos máquinas Beeman modificadas?

—Pero cuando llegue esa fecha, él ya dominará la técnica del estudio. Podrá aprender los nuevos detalles necesarios en cuestión de días.

—Eso es lo que tú dices. Sin embargo, vamos a suponer que ese amigo tuyo, por ejemplo, hubiese estudiado el uso de la Beeman por su cuenta y hubiese llegado a dominarlo. ¿Sería tan experto en él como un competidor que lo hubiese aprendido gracias a las cintas?

—Tal vez no, pero… —empezó a decir George.

—Ah —exclamó el noviano.

—Por favor, déjeme terminar. Aunque no dominase tan a fondo una materia, lo que aquí importa es su capacidad de aprender. Podría inventar nuevas cosas, hacer

descubrimientos que ningún técnico salido de las cintas sería capaz de hacer. Novia tendría una reserva de pensadores originales…

—Durante todos tus estudios —le atajó el noviano—, ¿has descubierto algo original?

—No, pero yo sólo soy un ejemplo, y no he estudiado mucho tiempo…

—Ah, ya… Muy bien. ¿Se han divertido ya lo suficiente, señoras y caballeros?

—¡Espere! —gritó George, presa de un pánico repentino—. Le ruego que me conceda una entrevista personal. Hay cosas que no puedo explicar por el visifono. Ciertos detalles.

El noviano miró hacia más allá de George.

—¡Ingenescu! Me parece que ya le he hecho el favor que me pedía. Ahora le ruego que me disculpe, porque mañana tengo un horario muy apretado. ¡Adiós!

La pantalla se oscureció.

George tendió ambas manos hacia la pantalla, en un desesperado impulso por devolverle la vida. Al propio tiempo gritó:

—¡No me ha creído! ¡No me ha creído!

—No, George —le dijo Ingenescu—. ¿Acaso te figurabas que iban a creerte?

George apenas le oyó.

—¿Por qué no? ¡Si todo lo que he dicho es cierto! Ellos serían los primeros en beneficiarse. No existe el menor riesgo. Podrían empezar con unos cuantos hombres… La educación de algunos hombres, una docena por ejemplo, durante algunos años, les costaría menos que un solo técnico… ¡Estaba borracho! ¡Había bebido! No me comprendió. —George miró jadeante a su alrededor—. ¿Cómo podría verle? Tengo que verle. Esta entrevista ha sido un error. No hemos debido utilizar el visifono. Necesito tiempo. Hablar con él cara a cara. ¿Cómo podría…?

Ingenescu objetó:

—No querrá recibirte, George. Y aunque te recibiese, no te creería.

—Terminaría por creerme, se lo aseguro. Pero a condición que no hubiese bebido. Ese hombre… —George se volvió en redondo hacia el Historiador, abriendo desmesuradamente los ojos—. ¿Cómo sabe que me llamo George?

—¿No es así como te llamas? ¿George Platen?

—¿Me conoce?

—Perfectamente.

George se quedó sin habla, guardando una inmovilidad de estatua. Únicamente su pecho se movía, a impulsos de su fatigosa respiración.

Ingenescu prosiguió:

—Sólo quiero ayudarte, George. Ya te lo dije. Te he estado estudiando y deseo ayudarte.

George lanzó un chillido:

—¡No necesito ayuda! ¡No soy un débil mental! Los demás lo son, pero yo no.

Dio media vuelta y se precipitó como un loco hacia la puerta.

La abrió de par en par y dos policías que habían estado de guardia al otro lado se echaron sobre él y lo sujetaron firmemente.

A pesar que George se debatía como un diablo, sintió el aerosol hipodérmico junto a la articulación de la mandíbula, y eso fue todo. Lo último que recordó fue la cara de Ingenescu observándole con cariñosa solicitud.

George abrió los ojos para ver un techo blanco sobre él. Inmediatamente recordó lo sucedido. Lo recordaba con indiferencia, como si le hubiese ocurrido a otro. Se quedó mirando al techo hasta que su blancura le llenó los ojos y le lavó el cerebro, dejando lugar para nuevas ideas y nuevos pensamientos.

No supo cuánto tiempo permaneció así, escuchando sus propias divagaciones.

Una voz sonó en sus oídos.

—¿Estás despierto?

George oyó entonces por primera vez sus propios gemidos. ¿Había estado gimiendo? Trató de volver la cabeza. La voz le preguntó:

—¿Te duele algo, George?

—Tiene gracia —susurró George—. Con las ganas que tenía de dejar la Tierra… No lo entiendo.

—¿No sabes dónde estás?

—Estoy de nuevo en la… Residencia.

George consiguió volverse. Aquella voz pertenecía a Omani.

—Tiene gracia que no lo comprenda —insistió George.

Omani le dirigió una cariñosa sonrisa.

—Vamos, duérmete de nuevo…

George se durmió.

Cuando despertó de nuevo, tenía la mente completamente despejada.

Omani estaba sentado junto a la cabecera, leyendo, pero dejó el libro en cuanto George abrió los ojos.

El muchacho trató de sentarse. Luego dijo:

—Hola, Omani.

—¿Tienes hambre?

—Figúrate —repuso, mirándole con curiosidad—. Me siguieron cuando me escapé, ¿verdad?

Omani asintió.

—Te tuvieron en observación constantemente. Nos proponíamos dejarte llegar hasta Antonelli para que dieses salida a tu resentimiento acumulado. Nos parecía que ésa era la única manera de conseguir algo positivo. Tus emociones constituían una rémora para tu progreso.

Con cierto tono de embarazo, George observó:

—Me equivoqué medio a medio respecto a él.

—Eso ahora no importa. Cuando te detuviste para mirar el tablero informativo de los Metalúrgicos en el aeropuerto, uno de nuestros agentes nos comunicó la lista de nombres. Gracias a las numerosas conversaciones que había sostenido contigo, en el curso de las cuales me hiciste numerosas confidencias, comprendí lo que significaba para ti el nombre de Trevelyan en aquella lista. Pediste que te indicasen el modo de asistir a los Juegos Olímpicos; existía la posibilidad que eso provocase la crisis que tanto ansiábamos. Enviamos a Ladislas Ingenescu al vestíbulo, para que se hiciese el encontradizo contigo.

—Es una figura importante en el Gobierno, ¿verdad?

—Sí, en efecto.

—Y ustedes le encargaron esta misión. Eso me hace sentirme importante.

—Es que lo eres, George.

En aquel momento llegó un grueso bistec, esparciendo un delicioso aroma. George, hambriento, sonrió y apartó violentamente las sábanas, para sacar los brazos. Omani le ayudó a preparar la mesita sobre la cama. Durante unos instantes, George masticó a dos carrillos, observado por Omani.

De pronto, George dijo:

—Hace un momento, me desperté para quedarme dormido en seguida, ¿verdad?

—Sí, yo estaba aquí.

—Lo recuerdo. Verás, todo ha cambiado. Era como si ya estuviese demasiado cansado para sentir emociones. Tampoco sentía cólera ni enfado. Sólo podía pensar. Me sentía como si me hubiesen administrado alguna droga que hubiese hecho desaparecer de mí toda emoción.

—Pues no te dimos ninguna droga —observó Omani—. Sólo sedantes. Estabas descansado.

—Sea como fuere, lo vi todo con una claridad meridiana, como si lo supiese desde siempre pero no hubiese querido escucharlo. Me dije: ¿qué le pedía yo a Novia? Que me dejase ir allí para ponerme al frente de un grupo de jóvenes por educar, a fin de instruirlos por medio de libros. Al propio tiempo, quería establecer una Residencia para débiles mentales…, como ésta…, y la Tierra ya las tiene…, en cantidad.

La blanca dentadura de Omani brilló cuando éste sonrió.

—El nombre adecuado para instituciones como ésta es el de Instituto de Altos

Estudios.

—Ahora lo comprendo todo —dijo George—. Lo veo todo tan claro que me sorprende la ceguera que he demostrado hasta ahora. Después de todo, ¿quién inventa los nuevos modelos de instrumentos que requieren técnicos del último modelo? ¿Quién inventó los espectrógrafos Beeman, por ejemplo? Un hombre llamado Beeman, supongo, que no podía haber sido educado con cintas, pues en ese caso, ¿cómo hubiera conseguido realizar su invento?

—Exactamente.

—¿Y quién hace las cintas educativas? ¿Técnicos especializados? En ese caso, ¿quién hace las cintas… que los educan a ellos? ¿Unos técnicos más avanzados? ¿Y quién hace las cintas que…? Ya ves adonde quiero ir a parar. Tiene que existir un fin, un límite. En algún punto tienen que existir hombres y mujeres dotados de un pensamiento propio y original.

—Así es, George.

George se recostó en sus almohadones, con la vista perdida por encima de la cabeza de Omani, y por un instante pareció brillar de nuevo la inquietud en su mirada.

—¿Por qué no me dijeron todo esto desde el principio?

—Ojalá pudiésemos hacerlo… —dijo Omani—. Cuántos quebraderos de cabeza nos ahorraría… Podemos analizar un cerebro y decir si su poseedor podrá ser un buen arquitecto o un buen ebanista. Pero no poseemos el medio de determinar la capacidad para el pensamiento original y creativo. Es algo demasiado sutil. Únicamente poseemos algunos métodos sumarios para identificar a los individuos susceptibles de poseer ese talento.

»El Día de la Lectura se descubren algunos de esos individuos. Tú, por ejemplo, fuiste uno de ellos. *Grosso modo,* suele descubrirse uno entre diez mil. Cuando llega el Día de la Educación, esos individuos son revisados de nuevo, y nueve de cada diez resultan haber sido una falsa alarma. Los restantes se envían a sitios como éste.

—¿Y qué hay de malo en decirle a la gente que uno de cada…, de cada cien mil acabará en lugares como este? —preguntó George—. Así no supondría un *shock* tan grande para quienes lo hicieran…

—Tienes razón, George, pero, ¿qué me dices de los que no lo lograran? ¿Los noventa y nueve mil novecientos noventa y nueve restantes? ¿Te imaginas si todas esas personas se considerasen unos fracasados? Aspiran a alguna profesión concreta, y de un modo u otro todos acaban por lograrlo. Cada uno de ellos puede escribir tras su nombre: Diplomado en tal o cual profesión. Dentro de sus posibilidades, cada hombre, cada mujer, obtienen el puesto que les corresponde dentro de la sociedad. Lo cual es necesario para el buen funcionamiento de ésta.

—¿Y qué ocurre con nosotros, los casos excepcionales?

—Bueno, a ustedes no se les puede decir. No puede ser de otro modo. Se trata de la prueba definitiva. Incluso después de la selección que supone el Día de la Educación, nueve de cada diez de los que llegan aquí no llevan en su interior la llama del genio creador, y no existe ningún mecanismo que nos permita separar a esos nueve del que buscamos. Esa décima parte debe decírnoslo por sí misma.

—¿De qué modo?

—Les traemos aquí, a la Residencia para débiles mentales, y el que no acepta su destino, el que se rebela, es el que buscamos. Es un método que puede resultar cruel, pero funciona. Por el contrario, no daría ningún resultado decirle a ese hombre: «Puedes crear, de modo que hazlo.» Es mucho mejor esperar a que él diga: «Sé que puedo crear, y lo haré les guste o no.» Hay diez mil hombres como tú sobre los que descansa el progreso tecnológico de mil quinientos mundos. No podemos permitirnos perder uno solo de ellos, o malgastar nuestras energías en un individuo que no da la talla.

George apartó a un lado la bandeja vacía y tomó la taza de café.

—¿Y qué les ocurre a los que vienen aquí y no… dan la talla?

—Se les convierte, educándoles por medio de cintas, en nuestros Científicos Sociales. Ingenescu, por ejemplo, es uno de ellos. Por lo que a mí respecta, soy Psicólogo Diplomado. Puede decirse que somos un segundo nivel en la escala.

Pausadamente, George acabó de tomarse el café. Entonces, con aire pensativo, dijo:

—Hay algo que todavía no tengo claro…

—¿De qué se trata?

George apartó la ropa de cama y se puso de pie.

—¿Por qué les llaman Juegos Olímpicos?

La sensación de poder

Jehan Shuman estaba acostumbrado a tratar con los hombres que se hallaban en el poder en la Tierra, envuelta en continuas guerras desde hacía largo tiempo. Él sólo era un civil, pero era el responsable de determinados modelos de programación, que habían producido computadoras autónomas de alto nivel destinadas a usos bélicos. Por lo tanto, los generales, al igual que los presidentes de comités del Congreso, prestaban atención a sus palabras.

En aquel momento había un representante de cada grupo en la sala de reuniones especial del Nuevo Pentágono. El general Weider era un hombre de rostro quemado por los continuos viajes espaciales, y su pequeña boca estaba casi siempre fruncida. El congresista Brant tenía los ojos claros y unas tersas mejillas. Fumaba tabaco denebio con el aire despreocupado de alguien cuyo patriotismo es tan notorio que puede permitirse tales libertades.

Shuman, programador de primera clase, de elevada estatura y porte distinguido, se sentía totalmente seguro ante ellos.

—Caballeros —dijo—, les presento a Myron Aub.

—El hombre poseedor de un don poco corriente que usted descubrió por puro azar, ¿no es eso? —comentó plácidamente el congresista Brant.

Y se dedicó a inspeccionar al hombrecillo de calva cabeza de huevo con afable curiosidad.

Éste se retorcía con nerviosismo los dedos de las manos. Era la primera vez que se hallaba en presencia de hombres tan importantes. Él sólo era un técnico de bajo grado, de edad avanzada, que mucho tiempo atrás no había logrado superar las pruebas establecidas para seleccionar a los seres superdotados de la Humanidad, y se había adaptado a su rutinaria y poco cualificada labor. Lo único destacable que había en él era aquella afición que el gran programador había descubierto y con la que se había armado tanto revuelo.

—Encuentro absolutamente pueril toda esta atmósfera de misterio —dijo el general Weider.

—Pronto dejará de parecérselo —repuso Shuman—. No es algo que pueda revelarse a cualquiera… ¡Aub! —llamó.

Había algo autoritario en su modo de pronunciar aquel monosílabo, pero al fin y al cabo se trataba de un gran programador dirigiéndose a un simple técnico.

—¡Aub! —repitió—. ¿Cuánto es nueve por siete?

Aub dudó un momento. En sus acuosos ojos brilló una débil ansiedad.

—Sesenta y tres —repuso.

Brant enarcó las cejas.

—¿Es exacto?

—Compruébelo usted mismo, señor Brant.

El político sacó su computadora de bolsillo, oprimió dos veces sus bordes desgastados, examinó la pantalla del aparato, colocado en la palma de su mano, y volvió a guardárselo, al tiempo que decía:

—¿Es éste el don que nos quería demostrar? ¿Un ilusionista?

—Más que eso, señor. Aub se sabe de memoria algunas operaciones, y con ellas es capaz de realizar cálculos sobre papel.

—¿Una computadora de papel? —dijo el general, con aspecto abrumado.

—No, general —repuso Shuman, paciente—. No se trata de una computadora de papel. Sólo de una simple hoja de papel. General, ¿querría usted tener la bondad de decirme un número cualquiera?

—Diecisiete —dijo el general.

—¿Y usted, señor Brant?

—Veintitrés.

—¡Bien! Aub, multiplique esos números y haga el favor de mostrar a estos señores cómo lo hace.

—Sí, programador —dijo Aub, inclinando la cabeza.

Sacó un pequeño bloc de un bolsillo de la camisa y un estilo de artista, fino como un cabello, de otro. Su frente se llenó de arrugas mientras trazaba trabajosamente algunos signos sobre el papel.

El general Weider le interrumpió bruscamente:

—A ver, enséñeme eso.

Aub le tendió el papel, y Weider exclamó:

—En efecto, parece la cifra diecisiete.

Brant asintió, observando:

—Sí, efectivamente, pero supongo que cualquiera es capaz de copiar las cifras de una computadora. Yo mismo creo que llegaría a hacer un diecisiete bastante aceptable aun sin práctica.

—Tengan la bondad de dejar continuar a Aub, señores —dijo Shuman con indiferencia.

Aub siguió escribiendo cifras, con mano algo temblorosa. Finalmente, dijo en voz baja:

—La solución son trescientos noventa y uno.

Brant sacó de nuevo su computadora.

—Cáspita, pues es verdad. ¿Cómo lo ha adivinado?

—No lo ha adivinado, señor Brant —dijo Shuman—. Lo ha calculado por sí solo. Lo ha calculado sobre esa hoja de papel.

—No diga usted necedades —dijo el general, con impaciencia—. Una computadora es una cosa, y otra muy distinta unos cuantos garabatos sobre el papel.

—Explíqueselo, Aub —le invitó Shuman.

—Sí, programador… Pues verán, señores, empiezo por escribir diecisiete y luego, debajo, escribo veintitrés. Después me digo: siete por tres…

El político le atajó con gesto suave:

—Pero escuche, Aub, el problema consiste en saber cuánto es diecisiete por veintitrés.

—Sí, ya lo sé —se apresuró a responder el pequeño técnico—, pero empiezo diciendo siete por tres, porque así tiene que efectuarse esta operación. Como decía, siete por tres es veintiuno.

—¿Y cómo lo sabe usted? —le preguntó el político.

—Porque lo aprendí de memoria. La computadora siempre da veintiuno. He podido comprobarlo docenas de veces.

—Sin embargo, eso no significa que siempre dé ese resultado. ¿No es verdad? —objetó el político.

—Tal vez no —vaciló Aub—. Yo no soy un matemático. Pero siempre consigo soluciones exactas.

—Prosiga.

—Siete por tres veintiuno, así es que escribo veintiuno. Después, uno por tres es tres, y por lo tanto escribo un tres bajo el dos de veintiuno.

—¿Y por qué debajo del dos? —le espetó Brant.

—Porque… —Aub miró con aire desvalido a su superior—. Es difícil de explicar.

Shuman intervino:

—Les ruego que de momento acepten sus resultados; podemos dejar los detalles para los matemáticos.

Brant se calló y Aub siguió diciendo:

—Tres y dos son cinco, y así el veintiuno se convierte en cincuenta y uno. Ahora dejemos eso por un momento y volvamos a empezar. Si multiplicamos siete por dos, nos dará catorce, y uno por dos, dos. Repitamos la operación anterior y nos dará treinta y cuatro. Poniendo este treinta y cuatro bajo el cincuenta y uno de la manera que aquí lo he hecho y sumándolos entonces, obtendremos el resultado de trescientos noventa y uno.

Reinó un instante de silencio, y luego el general Weider dijo:

—No lo creo. Este hombre ha armado un verdadero galimatías, formando números, multiplicándolos y sumándolos a su antojo, pero a pesar de todo no lo creo. Es demasiado complicado. No es más que una engañifa.

—Nada de eso, general —dijo Aub, sudoroso—. Sólo parece complicado porque usted no está acostumbrado a hacerlo. En realidad, las reglas son muy sencillas, y se aplican a cualquier número.

—A cualquier número, ¿eh? —dijo el general—. Vamos a ver. —Sacó su propia

computadora (un severo modelo militar) y la accionó al azar—. Escriba cinco siete tres ocho en el papel. O sea cinco mil setecientos treinta y ocho.

—Sí, señor —dijo Aub, tomando una nueva hoja de papel.

—Ahora —prosiguió el general, tras accionar nuevamente la computadora— siete dos tres nueve. Siete mil doscientos treinta y nueve.

—Ya está, señor.

—Y ahora multiplique esos dos números.

—Requerirá mucho tiempo —tartamudeó Aub.

—No tenemos prisa —repuso el general.

—Adelante, Aub —le ordenó Shuman con voz tensa.

Aub puso manos a la obra, muy encorvado. Tomó una hoja de papel y luego otra. El general terminó por sacar su reloj para consultarlo.

—¿Ha terminado ya sus operaciones mágicas?

—Casi, general… Mire, ya está. Cuarenta y un millones, quinientos treinta y siete mil, trescientos ochenta y dos.

Exhibió las cifras escritas en la hoja de papel.

El general Weider sonrió irónicamente. Oprimió el botón de multiplicar de su computadora y esperó a que se formase el resultado. Luego lo miró estupefacto y dijo con voz aguda y entrecortada:

—¡Gran Galaxia, este individuo ha acertado!

El presidente de la Federación Terrestre cada vez aparecía con aire más cansado y abrumado en su despacho; y en la intimidad, dejaba que una expresión de profunda melancolía se esparciese por sus delicadas facciones. La guerra con Deneb, que había empezado tan brillantemente, respaldada por un poderoso movimiento popular, se había convertido en una deslucida serie de ataques y contraataques, mientras el descontento cundía a ojos vistas entre la población terrestre. Era posible que lo mismo estuviese sucediendo en Deneb.

Y por si eso no fuese suficiente, allí estaba Brant, presidente del importantísimo Comité de Requisa Militar, haciéndole perder media hora hablándole de tonterías, risueño y satisfecho.

—Calcular sin una computadora es algo que resulta contradictorio por definición —dijo el presidente, que empezaba a perder la paciencia.

—El cálculo no es más que un sistema de manejar datos —repuso el político—. Una máquina puede hacerlo, pero también el cerebro humano. Permita que le dé un ejemplo.

Y empleando la nueva habilidad que había aprendido, realizó sencillas sumas y multiplicaciones, hasta que el presidente empezó a sentirse interesado a pesar suyo.

—¿No falla nunca?

—Nunca, señor presidente. Es un método absolutamente seguro.

—¿Y es difícil de aprender?

—Yo tardé una semana en dominarlo. Creo que usted lo conseguiría antes.

—Desde luego —admitió el presidente—, reconozco que se trata de un interesante juego de salón, pero no le veo mayor utilidad.

—¿Cuál es la utilidad de un niño recién nacido, señor presidente? De momento no sirve para nada, pero… ¿No ve usted que esto señala el camino que conduce a la liberación de la esclavitud impuesta por la máquina? Tenga usted en cuenta, señor presidente —dijo levantándose el congresista, mientras su voz de barítono adquiría automáticamente un tono elocuente y oratorio—, que la guerra con Deneb es una guerra de computadoras que luchan entre sí. Las computadoras del enemigo crean una cortina impenetrable de proyectiles que hacen estallar a los nuestros, y nosotros hacemos lo propio. Cuando nosotros creamos una computadora más perfeccionada, ellos no tardan en hacerlo también. Así se ha mantenido durante cinco años un precario equilibrio que no ha beneficiado a ninguno de los dos bandos en lucha.

»Pero ahora tenemos en nuestras manos un medio para ultrapasar la computadora, saltando sobre ella, dejándola atrás. Combinaremos la mecánica del cálculo con el pensamiento humano; tendremos el equivalente de unas computadoras inteligentes: a billones. No puedo predecirle en detalle cuáles serán las consecuencias de esto, pero le aseguro que serán incalculables.

El presidente dijo, turbado:

—¿Y qué quiere usted que haga?

—Apoye con todo el poder de la Administración un proyecto secreto para desarrollar el cálculo humano. Llámelo «Proyecto Número», si le parece. Yo puedo responder de mi comité, pero necesitaré contar también con el apoyo del Gobierno.

—Pero, ¿hasta dónde puede llegar el cálculo humano?

—No hay límite. Según el programador Shuman, que fue quien me comunicó este descubrimiento…

—Conozco a Shuman, desde luego.

—Sí. Pues bien, el doctor Shuman me asegura que en teoría no hay nada que pueda hacer la computadora que no pueda hacerlo también la mente humana. La computadora se limita a barajar un número finito de datos para realizar un número también finito de operaciones con ellos. El cerebro humano puede duplicar ese proceso.

El presidente reflexionó antes de decir:

—Si es Shuman quien lo afirma, en principio me siento inclinado a creerle…, al menos en teoría. Pero, en la práctica, ¿cómo puede saber alguien cómo funciona una computadora?

Brant rió con tono indulgente.

—Sepa usted, señor presidente, que yo también hice la misma pregunta. Parece ser que hubo un tiempo en que las computadoras fueron construidas directamente por seres humanos. Se trataba de computadoras sencillas, pero eso, naturalmente, ocurrió mucho antes que se hiciese un uso racional de las computadoras para diseñar otras más perfeccionadas.

—Sí, sí. Prosiga.

—Al parecer, el técnico Aub se dedicaba por afición a reconstruir algunos de estos antiguos aparatos y, al hacerlo, estudió los detalles de su funcionamiento y descubrió que era capaz de imitarlos. La multiplicación que acabo de efectuar para usted es una simple imitación del funcionamiento de una computadora.

—¡Asombroso!

El político carraspeó cortésmente.

—Si usted me permite, señor presidente… Cuanto más podamos desarrollar este proyecto, tanto más apartaremos el esfuerzo federal de la producción y mantenimiento de computadoras. A medida que éstas vayan siendo sustituidas por cerebros humanos, podremos consagrar mayor energía a empresas pacíficas, y el peso de la guerra se dejará sentir menos sobre el hombre de la calle. Esto repercutirá de manera muy favorable sobre los que ocupen el poder, téngalo usted por seguro.

—Ah —exclamó el presidente—, ya le comprendo. Bien, tome usted asiento, Brant, por favor. Deme algún tiempo para pensarlo… Pero entre tanto, vuelva a enseñarme ese truco de la multiplicación. Vamos a ver si yo también soy capaz de hacerlo.

El programador Shuman no quería forzar las cosas. Loesser era un hombre muy conservador, excesivamente conservador, y estaba muy encariñado con las computadoras, como lo habían estado su padre y su abuelo. Por otra parte, dirigía el combinado de computadoras de la Europa Occidental, y si conseguía persuadirlo para que pasara a engrosar las filas del Proyecto Número con todo su entusiasmo, Shuman se habría apuntado un tanto importantísimo.

Pero Loesser se hacía el remolón, diciendo:

—No creo que me guste esa idea de quitar importancia a las computadoras. La mente humana es algo caprichoso y arbitrario. La computadora dará la misma solución al mismo problema millares de veces. ¿Qué garantía tenemos en que el cerebro humano haga lo mismo?

—El cerebro humano, calculador Loesser, sólo maneja hechos. Importa poco que sea el cerebro humano o una máquina quienes lo hagan. En ese caso, no son más que herramientas.

—Sí, sí. Ya he visto su ingeniosa demostración, según la cual el cerebro puede imitar a la computadora, pero me parece un poco endeble. Le concedo que en teoría

tiene usted razón, pero nada nos permite suponer que de la teoría podamos pasar a la práctica.

—Por el contrario, creo que tenemos motivos fundados para suponerlo, señor. Si bien se mira, las computadoras no han existido siempre. Los hombres de las cavernas, con sus trirremes, hachas de piedra y ferrocarriles, no tenían computadoras.

—Y lo más probable es que no calculasen.

—Usted sabe que calculaban. Incluso la construcción de un ferrocarril o de un zigurat requería efectuar ciertas operaciones de cálculo, y esos hombres primitivos debieron realizarlas sin disponer de las computadoras actuales.

—¿Acaso quiere usted sugerir que las realizaban de la manera que acaba de mostrarme?

—Probablemente no. Después de todo, este método, al que llamaremos «grafítico», de la antigua palabra europea *grafos*, que significa «escribir», ha sido tomado directamente de las propias computadoras, lo cual hace imposible que sea anterior a ellas. Sin embargo, los hombres de las cavernas debieron poseer algún sistema, ¿no cree usted?

—¡Por Dios, no me hable usted ahora de artes perdidas!

—No, no. Yo no soy un entusiasta de las artes perdidas, aunque no niego su existencia. No olvidemos que el hombre se alimentaba de trigo antes de comer productos hidropónicos, y que si los primitivos comían trigo, es porque lo plantaban en la tierra. ¿Qué otra cosa podían haber hecho?

—No lo sé, pero creeré en los cultivos realizados en la tierra cuando alguien consiga hacer crecer una semilla en el suelo. Y cuando alguien me demuestre que es posible hacer fuego frotando dos pedernales, también creeré en ello.

Shuman se mostró conciliador.

—Bien, dejemos eso y volvamos a la grafítica. Ésta forma parte del proceso de eterealización. El transporte mediante aparatos voluminosos va dando paso a la transferencia directa de masas. Los aparatos de comunicaciones cada vez se hacen menos voluminosos y más eficaces. Por ejemplo, compare usted su computadora de bolsillo con las enormes máquinas de hace mil años. ¿Qué impide pues que el último paso consista en la eliminación completa de las computadoras? Vamos, señor, le invito a unirse al Proyecto Número, que actualmente ya está en marcha y realizando notables progresos. Pero necesitamos su valiosa ayuda. Si el patriotismo no es bastante, considere la aventura intelectual que esto representa.

Pero Loesser seguía mostrándose escéptico.

—¿Notables progresos? ¿Pueden hacer algo más allá de la multiplicación? ¿Son capaces de integrar una función trascendental?

—Todo llegará, señor. Todo llegará. Durante el mes pasado aprendí a dividir. Puedo determinar, correctamente, cocientes integrales y cocientes decimales.

—¿Cocientes decimales? ¿Hasta cuántos decimales?

El programador Shuman trató de conservar su tono indiferente.

—¡Los decimales que quiera!

Loesser se quedó boquiabierto.

—¿Sin computadora?

—Póngame un problema.

—Divida veintisiete por trece. Hasta seis decimales.

Cinco minutos después, Shuman dijo:

—Dos coma cero siete seis nueve dos tres.

Loesser comprobó la operación.

—Desde luego, es sorprendente. La multiplicación no me impresionó mucho, teniendo en cuenta que se realizaba con números enteros, y pensé que con algún hábil truco se podía conseguir. Pero con decimales…

—Y esto aún no es todo. Se ha realizado un nuevo descubrimiento, que hasta ahora se mantiene en el más riguroso secreto, y que a decir verdad, yo no debería mencionar ni siquiera a usted. Pero…, hemos empezado a sacar raíces cuadradas.

—¿Raíces cuadradas?

—Presenta algunos aspectos muy difíciles y aún no hemos llegado a resolverlos del todo, pero el técnico Aub, el genial inventor de esta ciencia y que posee una sorprendente intuición, asegura que casi ha resuelto del todo el problema. Y no es más que un técnico, pese a todo su genio. ¡Imagínese lo que haría un hombre como usted, un matemático de gran talento! Ninguna dificultad sería insoslayable.

—Vaya…, raíces cuadradas —murmuraba Loesser, conquistado a pesar suyo.

—Y después vendrán las raíces cúbicas. Bien… ¿Podemos contar con usted?

De pronto Loesser le tendió la mano.

—Cuenten conmigo.

El general Weider se paseaba de un lado a otro en el fondo de la sala, dirigiéndose a sus oyentes como haría un profesional encolerizado a un grupo de alumnos recalcitrantes. Al general no le importaba en absoluto que los reunidos fuesen los sabios civiles que dirigían el Proyecto Número. El general era el jefe indiscutible, y así se consideraba en todo momento.

Con voz atronadora, decía:

—Las raíces cuadradas me parecen estupendas. Yo no sé hacerlas ni comprendo cómo se hacen, pero eso no impide que las encuentre estupendas. Sin embargo, no permitiré que el proyecto se desvíe hacia lo que algunos de ustedes llaman los fundamentos. Ya tendrán tiempo de jugar con la grafítica todo el tiempo que les dé la gana una vez terminada la guerra, pero ahora tenemos problemas concretos y de orden muy práctico que resolver.

En un extremo alejado de la sala, el técnico Aub escuchaba atentamente. Ya no era un técnico, desde luego, pues había sido relevado de sus deberes y destinado al proyecto con un título altisonante y una hermosa paga. Pero las diferencias sociales subsistían, y las grandes eminencias científicas jamás querrían considerarlo como un igual ni admitirlo en sus filas. Ni por otra parte Aub lo deseaba, justo es reconocerlo. Se sentía tan incómodo entre ellos como ellos con él.

El general estaba diciendo en aquel momento:

—Nuestro objetivo es muy sencillo, caballeros: la sustitución de la computadora. Una nave que pueda navegar por el espacio sin computadora a bordo puede construirse en una quinta parte del tiempo invertido en la construcción de una nave provista de computadoras, y a un costo diez veces más bajo que ésta. Podríamos construir flotas cinco veces, diez veces más poderosas que las de Deneb, si pudiésemos eliminar la computadora.

»Y vislumbro algo más, después de esto. Puede parecer fantástico ahora, un simple sueño…, ¡pero en el futuro veo el misil tripulado por un piloto humano!

Resonó un murmullo entre el auditorio.

El general prosiguió:

—En la actualidad, el obstáculo principal con que tropezamos es la limitada inteligencia de los misiles. La computadora que los gobierna debe tener unas dimensiones limitadas; por este motivo, no pueden enfrentarse satisfactoriamente con las defensas antimisiles, sujetas a un continuo cambio. Muy pocos misiles consiguen hacer blanco, y a causa de ello, la guerra a base de misiles se encuentra en un *impasse*; tanto para el enemigo, afortunadamente, como para nosotros.

»Por otra parte, un misil con un par de hombres en su interior, o con uno solo, dedicados a gobernar su vuelo por medio de la grafítica, sería más ligero, tendría más movilidad y poseería mayor inteligencia. Nos permitiría obtener una primacía que podría conducirnos muy bien a la victoria. Además, caballeros, las exigencias de la guerra nos obligan a recordar otra cosa. Un hombre es mucho menos valioso que una computadora. Podríamos lanzar los misiles tripulados en un número y en unas circunstancias que ningún general arrostraría, si se tratase de misiles con cerebro electrónico…

Dijo muchas cosas más, pero el técnico Aub no quiso esperar más tiempo.

En la intimidad de su alojamiento, el técnico Aub pulió meticulosamente la nota que pensaba dejar. En su redacción final, decía como sigue:

Cuando comencé el estudio de lo que ahora se conoce por el nombre de grafítica, para mí no representó más que un simple pasatiempo. Únicamente

veía en él un modo interesante de distraerme, un ejercicio mental.

Cuando se inició el Proyecto Número, confié en el juicio y la prudencia de mis superiores; pensé que se haría un uso pacífico de la grafítica, en beneficio de la Humanidad, para contribuir tal vez a la creación de aparatos de transporte por transferencia de masas que fuesen verdaderamente prácticos. Pero hoy veo que sólo se utiliza esta ciencia para la muerte y la destrucción.

Por lo tanto, no puedo asumir la responsabilidad de haber inventado la grafítica.

Luego volvió deliberadamente hacia sí el foco de un despolarizador de proteínas, y cayó instantáneamente muerto, sin haber experimentado el menor dolor.

Todos rodeaban la tumba del pequeño técnico, rindiendo tributo a su grandioso descubrimiento.

El programador Shuman mantenía la cabeza inclinada, como el resto de los presentes, pero no experimentaba la menor emoción. El técnico había cumplido su parte y ya no era necesario. Era el creador de la grafítica, pero a la sazón la ciencia seguiría avanzando por sí sola con paso arrollador, triunfalmente, hasta hacer posibles los misiles pilotados, y Dios sabía qué más.

—Nueve por siete son sesenta y tres —se dijo Shuman, con honda satisfacción—, y maldita la falta que me hace una computadora para saberlo. ¡Tengo una computadora en la cabeza!

Y era sorprendente la sensación de poder que eso le producía.

La noche moribunda

Primera Parte

Era casi una reunión de clase, y aunque estaba dominada por la falta de alegría, no había motivo todavía para pensar que terminaría en tragedia.

Edward Talliaferro, recién llegado de la Luna y con las piernas todavía torpes por no estar acostumbrado a la gravedad terrestre, recibía a los otros dos en la habitación de Stanley Kaunas. Kaunas se levantó para saludarle con aire furtivo. Battersley Ryger se limitó a saludarle con un gesto de cabeza, sin moverse del asiento que ocupaba.

Talliaferro tendió con cuidado su corpachón sobre el diván, sintiendo perfectamente su peso desacostumbrado. Sonrió levemente, mientras sus carnosos labios se contraían bajo la espesa pelambrera que rodeaba su boca y se extendía por el mentón y las mejillas.

Aquel mismo día ya se habían visto todos en circunstancias más oficiales. Pero entonces se encontraban solos por primera vez, y Talliaferro les dijo:

—Esto hay que celebrarlo. Nos encontramos reunidos por primera vez desde hace diez años. A decir verdad, por primera vez desde que nos doctoramos.

Ryger arrugó la nariz. Se la habían roto poco antes de doctorarse, y recibió el título de doctor en astronomía con la cara desfigurada por un vendaje. Con voz malhumorada, dijo:

—¿Nadie ha encargado champaña ni nada?

Talliaferro continuó:

—¡Vamos! El primer Congreso astronómico interplanetario de proporciones cósmicas, el primero que ve la historia, no es lugar adecuado para el enfado. ¡Y entre amigos menos!

Kaunas dijo de pronto:

—Es la Tierra. La noto extraña. No puedo acabar de acostumbrarme.

Meneó la cabeza, pero no le abandonó su expresión deprimida.

Talliaferro observó:

—Lo sé. Yo me encuentro pesadísimo. Esta gravedad me deja sin energías. En este aspecto, tú estás mejor que yo, Kaunas. La gravedad de Mercurio es cero coma cuatro. En la Luna, sólo es cero coma dieciséis… —Al ver que Ryger iba a hablar, le interrumpió diciendo—: Y en Ceres ustedes emplean campos seudogravitatorios ajustados a cero coma ocho. En realidad, tú no tienes problema, Ryger.

El astrónomo de Ceres hizo un gesto de enfado.

—Es el aire libre. Eso de salir al exterior sin traje me revienta.

—De acuerdo —asintió Kaunas—. Lo mismo que recibir directamente los rayos del sol.

Talliaferro fue derivando insensiblemente hacia el pasado. Ni él ni sus compañeros habían cambiado mucho. Todos tenían diez años más, desde luego; Ryger había aumentado un poco de peso, y el enjuto semblante de Kaunas se había vuelto un poco más apergaminado, pero los hubiera reconocido perfectamente si se los hubiese encontrado de improviso.

Entonces dijo:

—No creo que sea culpa de la Tierra. Tengamos el valor de mirar las cosas cara a cara.

Kaunas levantó la mirada rápidamente. Era un hombrecito cuyas manos se movían de un modo brusco y nervioso. Solía llevar ropas que le iban un poco grandes.

Observó con voz ronca:

—¡Es Villiers, ya lo sé! A veces pienso en él.

Y añadió, con aire de desesperación:

—Recibí una carta suya.

Ryger se enderezó, mientras su tez olivácea se oscurecía aún más. Con rara energía, preguntó:

—¿Una carta suya? ¿Cuándo?

—Hace un mes.

Ryger se volvió hacia Talliaferro.

—¿Y tú también?

El interpelado parpadeó con placidez e hizo un gesto de asentimiento.

—Se ha vuelto loco —dijo Ryger—. Pretende haber descubierto un método práctico de transferencia de masas a través del espacio… ¿También les dijo eso a ustedes?… Entonces no hay duda. Siempre estuvo algo chiflado. Ahora está como una cabra.

Se frotó ferozmente la nariz, y Talliaferro pensó en el día en que Villiers se la había aplastado.

Durante diez años, Villiers les había perseguido como la sombra indecisa de una culpa que no era realmente suya. Habían estudiado la carrera juntos, como cuatro camaradas consagrados en cuerpo y alma a una profesión que había alcanzado nuevas alturas en aquella época de viajes interplanetarios.

En los otros mundos se abrían los observatorios, rodeados por el vacío, sin que los telescopios tuviesen que atravesar una turbulenta atmósfera.

Existía el Observatorio Lunar, desde el cual podían estudiarse la Tierra y los planetas interiores; un mundo silencioso en cuyo firmamento estaba suspendido el planeta materno.

El Observatorio de Mercurio, más próximo al Sol, e instalado en el Polo Norte de

Mercurio, donde el terminador apenas se movía, y el Sol permanecía fijo en el horizonte, pudiendo ser estudiado con el detalle más minucioso.

También el Observatorio de Ceres, el más nuevo y moderno, cuyo campo de visión se extendía desde Júpiter a las galaxias más alejadas.

Había ciertas desventajas, desde luego. Con las dificultades que todavía presentaban los viajes interplanetarios, los permisos eran escasos, la vida normal virtualmente imposible, pero a pesar de ello, aquella generación podía considerarse afortunada. Los sabios que viniesen después de ellos encontrarían los campos del conocimiento bien segados, y habría que esperar a que se iniciasen los viajes interestelares para que al hombre se le abriesen nuevos horizontes.

Cada uno de aquellos cuatro jóvenes y afortunados astrónomos, Talliaferro, Ryger, Kaunas y Villiers, se encontrarían en la situación de un Galileo, quien, al poseer el primer telescopio auténtico, no podía dirigirlo a ningún punto del cielo sin hacer un descubrimiento capital.

Pero entonces Romero Villiers cayó enfermo con fiebres reumáticas. No fue culpa de nadie, pero su corazón quedó con una lesión permanente.

Era el más inteligente de los cuatro, el que hacía concebir mayores esperanzas a sus profesores, el de más vida interior… Y ni siquiera pudo terminar la carrera ni doctorarse.

Y lo que fue todavía peor: con su infarto de miocardio, la aceleración subsiguiente al despegue de una astronave le hubiera matado.

Talliaferro fue destinado a la Luna, Ryger a Ceres, Kaunas a Mercurio. Sólo Villiers tuvo que quedarse; quedó condenado a prisión perpetua en la Tierra.

Ellos trataron de manifestarle su condolencia, pero Villiers rechazó su piedad con algo muy parecido al odio. Los insultó y los colmó de improperios. Cuando Ryger terminó por perder la paciencia y levantó el puño, Villiers se abalanzó sobre él, vociferando, y le asestó un tremendo puñetazo que le partió la nariz.

Era evidente que Ryger no había olvidado aquello, por el modo en que se acariciaba suavemente la nariz con un dedo.

La frente de Kaunas estaba surcada por múltiples arrugas.

—¿Sabían que se encuentra aquí para asistir al congreso? Tiene una habitación en el hotel…, la cuatrocientos cinco.

—Yo no quiero verle —dijo Ryger.

—Pues va a venir. Dijo que quería vernos. Yo pensé… Dijo que vendría a las nueve. Puede llegar de un momento a otro.

—En ese caso —dijo Ryger—, yo me voy, si a ustedes no les importa.

Y se levantó.

—Oh, espera un minuto —le dijo Talliaferro—. ¿Qué hay de malo en verle?

—Es perder el tiempo. Está loco.

—Aunque así sea. No nos andemos con rodeos. ¿Le tienen miedo?

—¿Yo, miedo?

La expresión de Ryger era despectiva.

—Entonces, es que estás nervioso. ¿Por qué tienes que estarlo?

—Yo no estoy nervioso —rechazó Ryger.

—Claro que lo estás. Todos nos sentimos dominados por un sentimiento de culpabilidad hacia ese infeliz, sin que tengamos motivo alguno para ello. Nada de cuanto sucedió fue culpa nuestra.

A pesar de todo, él también se había puesto a la defensiva, y lo sabía perfectamente.

En aquel momento llamaron a la puerta, y los tres se sobresaltaron y se volvieron a mirar con inquietud la delgada barrera que se interponía entre ellos y Villiers.

La puerta se abrió, y Romero Villiers entró en la estancia. Sus antiguos compañeros se levantaron desmañadamente para saludarle, y luego se quedaron de pie, dominados por el embarazo, sin que nadie le tendiese la mano.

Él los contempló de pies a cabeza con expresión sardónica. «Está muy cambiado», se dijo Talliaferro.

En efecto, había cambiado mucho. Se había encogido en todos los sentidos. Una incipiente joroba le hacía parecer aún más bajo. A través de sus ralos cabellos lucía su brillante calva, y el dorso de sus manos mostraba las protuberancias azuladas de numerosas venas. Tenía aspecto de enfermo. Del antiguo Villiers únicamente parecía subsistir el gesto consistente en protegerse los ojos con una mano mientras miraba a alguien de hito en hito; y al hablar, su voz monótona y contenida de barítono.

Les saludó con estas irónicas palabras:

—¡Mis queridos amigos! ¡Mis trotamundos del espacio! ¡Cuánto tiempo sin vernos!

Talliaferro le dijo:

—Hola, Villiers.

Villiers le miró.

—¿Cómo estás?

—Bien, gracias.

—¿Y ustedes dos?

Kaunas esbozó una débil sonrisa y murmuró unas palabras incoherentes.

Ryger barbotó:

—Muy bien. ¿Qué quieres?

—Ryger, siempre enfadado —observó Villiers—. ¿Cómo está Ceres?

—Cuando yo me fui, estaba muy bien. ¿Y la Tierra, como está?

—Pueden verla por ustedes mismos —repuso Villiers, pero se enderezó ligeramente al decir esto.

Luego prosiguió:

—Espero que lo que les ha traído al congreso sea el deseo de escuchar mi comunicación, cuando la lea pasado mañana.

—¿Tu comunicación? ¿Qué comunicación? —le preguntó Talliaferro.

—Recuerdo habérselos explicado en mi carta. Se refiere a mi método de transferencia de masas.

Ryger esbozó una sonrisa de conejo.

—Sí, es verdad. Sin embargo, no mencionabas esa comunicación, y no recuerdo haberte visto en la lista de los oradores. Me habría dado cuenta, si tu nombre hubiese figurado en ella.

—Es cierto. No figuro en la lista. Tampoco he preparado un resumen para su publicación.

Viendo que Villiers había enrojecido, Talliaferro trató de calmarlo con estas palabras:

—Tranquilízate, Villiers. No tienes muy buen aspecto.

Villiers se volvió como una serpiente hacia él, con los labios contraídos.

—Mi corazón aún aguanta, gracias.

Kaunas intervino:

—Escucha, Villiers; si no estás en la lista ni has publicado un extracto…

—Escuchen ustedes. He esperado diez años. Ustedes tienen unos magníficos empleos en el espacio y yo tengo que enseñar en una escuela de la Tierra, pero yo soy mejor que todos ustedes juntos.

—Concedido… —empezó a decir Talliaferro.

—Y tampoco me hace falta vuestra condescendencia. Mandel presenció el experimento. Supongo que saben quién es Mandel. Ahora es el presidente de la sección de Astronáutica del Congreso, y le hice una demostración de la transferencia de masas. El aparato era muy tosco y se quemó después de utilizarlo una vez, pero… ¿Me escuchan?

—Te escuchamos —repuso Ryger fríamente—, si eso es lo que quieres.

—Él me dejará hablar. Ya lo creo que me dejará. De repente; sin advertencia previa. Caeré como una bomba. Cuando les presente las relaciones fundamentales en que se basa mi trabajo, el congreso habrá terminado, pues todos se irán corriendo a sus respectivos laboratorios, para comprobar mis datos y construir aparatos basados en ellos. Y entonces verán que el sistema funciona. Hice desaparecer a un ratón vivo en un rincón del laboratorio para reaparecer en otro. Mandel fue testigo de ello.

Los fulminó sucesivamente con su colérica mirada. Entonces prosiguió:

—No me creen, ¿verdad?

Ryger objetó:

—Si no quieres publicidad, ¿por qué vienes a contárnoslo?

—Con ustedes es distinto. Ustedes son mis amigos, mis condiscípulos. Se fueron al espacio y me dejaron.

—No podíamos hacer otra cosa —observó Kaunas con voz aguda.

Villiers hizo caso omiso de esta observación. Continuó:

—Por lo tanto, quiero que lo sepan desde ahora. Si ha dado resultado con un ratón, también lo dará para un ser humano. Lo que sirve para trasladar algo a tres metros de distancia en un laboratorio, también lo trasladará a un millón de kilómetros por el espacio. Iré a la Luna, a Mercurio y a Ceres, y a donde me dé la gana. Haré lo que ustedes han hecho, y mucho más. Y eso que yo he hecho mucho más por la astronomía enseñando en una escuela y pensando, que todos ustedes juntos con sus observatorios, telescopios, cámaras y astronaves.

—Muy bien —dijo Talliaferro—, estaré muy contento que así sea. Te convertirás en un hombre poderoso. ¿Puedo ver una copia de la comunicación?

—Oh, no. —Villiers apretó los puños cerrados contra el pecho, como si sujetase unas hojas imaginarias, tratando de esconderlas—. Ustedes esperarán como los demás. Sólo tengo un ejemplar, y nadie lo verá hasta que yo lo quiera. Ni siquiera Mandel.

—¡Sólo un ejemplar! —exclamó Talliaferro—. Si lo pierdes…

—No lo perderé. Y aunque lo perdiese, lo tengo todo en la cabeza.

—Pero si tú… —Talliaferro estuvo a punto de añadir «te murieses», pero se contuvo, prosiguiendo tras una pausa imperceptible—: fueses un hombre prudente, al menos lo registrarías. Como medida de seguridad.

—No —dijo Villiers secamente—. Ya me oirán pasado mañana. Verán ampliarse de golpe el horizonte humano hasta un límite inaudito.

Volvió a mirar con intensidad los rostros de sus antiguos compañeros:

—Diez años —les dijo—. Adiós.

—Está loco —estalló Ryger, mirando la puerta como si Villiers todavía estuviese ante ella.

—¿Tú crees? —dijo Talliaferro, pensativo—. Creo que hasta cierto punto lo está. Nos detesta por motivos irracionales. Y además, ni siquiera ha registrado su comunicación como una medida de precaución…

Talliaferro jugueteó con su pequeño registrador mientras decía estas palabras. No era más que un cilindro sencillo de color neutro, algo más grueso y corto que un lápiz ordinario. En los últimos años se había convertido en la nota distintiva del científico, así como el estetoscopio lo era del médico y la microcomputadora del estadístico. El registrador se llevaba en un bolsillo de la chaqueta, sujeto a una manga, sobre la oreja, o colgado a un extremo de un cordel.

A veces, en sus momentos más filosóficos, Talliaferro se preguntaba cómo se las

debían de arreglar antes los investigadores, al verse obligados a tomar laboriosas notas de la literatura o a archivar montañas de opúsculos y comunicaciones. ¡Qué pesado!

En la actualidad bastaba con registrar cualquier cosa impresa o escrita para obtener un micronegativo que podía revelarse a comodidad del interesado. Talliaferro ya había registrado todos los resúmenes incluidos en el programa del congreso. Estaba convencido que sus dos compañeros habían hecho lo propio.

Por consiguiente, observó:

—En tales circunstancias, negarse a registrar la comunicación constituye una locura.

—¡Espacio! —exclamó Ryger acaloradamente—. Lo que ocurre es que no hay comunicación ni descubrimiento que registrar. Para apuntarse un tanto ante nosotros, ese hombre sería capaz de mentirle a su madre.

—Pero entonces, ¿qué hará pasado mañana? —preguntó Kaunas.

—¿Y yo qué sé? Está loco —dijo.

Talliaferro seguía jugueteando con su registrador, preguntándose si debía sacar y revelar algunas de las diminutas películas que contenía el aparatito en sus entrañas. Decidió no hacerlo. Luego dijo:

—No menosprecio a Villiers. Es un gran cerebro.

—Hace diez años tal vez lo fuese, no lo niego —dijo Ryger—. Pero ahora está como un cencerro. Propongo que no pensemos más en él.

Habló en voz muy alta, como si quisiera ahuyentar a Villiers y todo lo concerniente a él gracias a la simple energía con que hablaba de otras cosas. Habló de Ceres y de su trabajo…, el estudio de la Vía Láctea mediante nuevos radiotelescopios capaces de resolver los enigmas que aún guardaban las estrellas.

Kaunas escuchaba haciendo gestos de asentimiento; luego empezó a hablarles a su vez de las ondas de radio emitidas por las manchas solares y de su propia comunicación, actualmente en prensa, la cual versaba sobre las relaciones que tenían las tempestades de protones con las gigantescas protuberancias de hidrógeno que se formaban sobre la superficie solar.

La aportación de Talliaferro al congreso no era muy importante. Los trabajos que se efectuaban sobre la Luna eran muy poco brillantes, comparados con los que expondrían sus dos compañeros. Las últimas noticias sobre la previsión del tiempo a largo plazo gracias a la observación diaria de las estelas de condensación de los reactores terrestres no era algo comparable a aquellos magníficos trabajos sobre radioastronomía y tempestades protónicas.

Pero, principalmente, no conseguía echar a Villiers de su pensamiento. Villiers era el cerebro de su grupo. Todos ellos lo sabían. Incluso Ryger, a pesar de todas sus fanfarronadas, debía pensar en su fuero interno que si la transferencia de masas era

posible, sólo podía haberla descubierto Villiers.

La conversación sobre su propio trabajo terminó con la descorazonadora conclusión que ninguno de ellos había realizado gran cosa. Talliaferro estaba al corriente de la literatura especializada, y lo sabía. Las comunicaciones que él había escrito eran de importancia secundaria. Lo mismo podía decirse de los trabajos de investigación que habían publicado sus dos compañeros.

Ninguno de ellos —había que mirar las cosas cara a cara— había realizado un descubrimiento trascendental. Los sueños grandiosos de sus días escolares no se habían realizado; ésta era la verdad. Eran unos competentes obreros de la ciencia, entregados a un trabajo rutinario. Nada menos ni, por desgracia, nada más. Y ellos lo sabían.

Villiers hubiera sido algo más. Nadie lo ignoraba. Era esta certidumbre, así como su sentimiento de culpabilidad, lo que creaba aquel antagonismo entre ellos.

Talliaferro, inquieto, se daba cuenta que, a pesar de todo, Villiers iba a ser más que ellos. Sus compañeros debían pensar lo mismo, y sin duda se sentían abrumados por el peso de su mediocridad. La comunicación sobre la transferencia de masas debía ser presentada, aportando la gloria y la celebridad a Villiers, como de derecho le correspondía, mientras sus antiguos condiscípulos, a pesar de la posición ventajosa que gozaban, caerían en el olvido. Su papel se limitaría al de simples espectadores, que aplaudirían mezclados con la multitud.

Se dejó dominar por la envidia y la tristeza y eso le avergonzó, pero no pudo desechar aquellos sentimientos.

La conversación cesó, y apartando la mirada, Kaunas dijo:

—Oigan, ¿por qué no vamos a ver al viejo Villiers?

Lo dijo con falso entusiasmo, haciendo un esfuerzo por mostrarse indiferente que no convenció a nadie.

—De nada sirve quedarnos con este resquemor… —añadió—: Es lo que yo digo…, recuperemos nuestra amistad…

Talliaferro se dijo: «Quiere cerciorarse de lo que pueda haber de verdad en la transferencia de masas. Abriga la esperanza que sea únicamente el sueño de un loco; si lo comprueba, esta noche podrá dormir tranquilo.»

Pero como él también sentía curiosidad por averiguarlo, no hizo ninguna objeción, e incluso Ryger se encogió desmañadamente de hombros, diciendo:

—Diablos, ¿y por qué no?

Estaban a punto de dar las once.

Talliaferro se despertó al oír la insistente llamada a la puerta de su dormitorio. Se incorporó sobre un codo en las tinieblas, dominado por la cólera. El débil resplandor del indicador del techo señalaba casi las cuatro de la madrugada.

Talliaferro gritó:

—¿Quién es?

El timbre siguió sonando, en llamadas cortas e insistentes.

Maldiciendo por lo bajo, Talliaferro se puso el albornoz. Abrió la puerta y parpadeó a la luz del corredor. Reconoció inmediatamente al intempestivo visitante, por haberlo visto con frecuencia en los tridimensionales.

Sin embargo, el visitante dijo en un brusco susurro:

—Soy Hubert Mandel.

—Le conozco, señor Mandel —dijo Talliaferro.

Mandel era una de las grandes figuras contemporáneas de la astronomía, de tanto relieve que ocupaba un puesto importantísimo en la Sociedad Astronómica Mundial, y debido a su actividad, le había sido confiada la presidencia de la sección de astronáutica del congreso.

De pronto, Talliaferro recordó con sorpresa que era precisamente Mandel quien había presenciado el experimento de transferencia de masas realizado por Villiers, según éste había asegurado. Al pensar en Villiers se despabiló bastante.

Mandel le preguntó:

—¿Es usted el doctor Edward Talliaferro?

—Sí, señor.

—Entonces, vístase y véngase conmigo. Se trata de algo muy importante. Algo referente a un conocido común.

—¿A Villiers?

Mandel parpadeó ligeramente. Tenía las cejas y las pestañas de un rubio tan desvaído que conferían a sus ojos un aspecto desnudo y extraño. Su cabello era fino como la seda. Representaba unos cincuenta años.

—¿Por qué precisamente Villiers? —preguntó.

—Anoche le mencionó a usted, doctor Mandel. No sé que tengamos ningún otro amigo común.

Mandel hizo un gesto de asentimiento. Después esperó a que Talliaferro se vistiese y luego le hizo una seña para que le siguiese. Ryger y Kaunas ya les esperaban en una habitación del piso inmediatamente superior al de Talliaferro. Kaunas mostraba los ojos enrojecidos y una expresión turbada. Ryger daba chupadas impacientes a su cigarrillo.

—Aquí estamos —dijo Talliaferro—. Otra reunión.

Nadie le hizo caso.

El hombrón tomó asiento y los tres se miraron. Ryger se encogió de hombros.

Mandel medía la estancia dando zancadas con las manos profundamente metidas en los bolsillos. Volviéndose hacia ellos, les dijo:

—Les ruego que me disculpen por llamarles a una hora tan intempestiva,

caballeros. Asimismo, les doy las gracias por su cooperación. Me hará falta una gran cantidad de ella. Nuestro común amigo, Romero Villiers, ha muerto. Hará cosa de una hora, sacaron su cadáver del hotel. El médico ha certificado que la muerte se debió a un ataque cardíaco.

Reinó un consternado silencio. El cigarrillo de Ryger se quedó en el aire, sin que éste terminase de llevárselo a los labios, y luego la mano que lo sostenía descendió lentamente, sin completar el viaje.

—Pobre diablo —dijo Talliaferro.

—Es horrible —susurró Kaunas roncamente—. Era un hombre…

No terminó la frase.

Ryger se estremeció.

—Sí, ya sabíamos que estaba mal del corazón. Era inevitable.

—No tanto —le corrigió Mandel suavemente—. Aún podía restablecerse. No estaba desahuciado por los médicos.

—¿Qué quiere usted decir con eso? —preguntó Ryger con aspereza.

Sin contestar, Mandel preguntó a su vez:

—¿Cuándo le vieron ustedes por última vez?

Talliaferro tomó la palabra:

—Anoche, como le he dicho. Celebrábamos una reunión…, para festejar nuestro primer encuentro después de diez años. Por desgracia, Villiers vino y nos aguó la fiesta. Estaba convencido que tenía motivos de queja contra nosotros, y vino muy encolerizado.

—¿A qué hora fue eso?

—La primera vez, hacia las nueve.

—¿Cómo la primera vez?

—Volvimos a verle un poco más tarde.

Kaunas parecía turbado. Intervino para decir:

—Se fue hecho un basilisco. No podíamos dejar las cosas así. Debíamos intentar calmarle. Recuerde usted que éramos antiguos amigos. Entonces decidimos ir a su habitación y…

Mandel saltó al oír eso:

—¿Estuvieron todos en su habitación?

—Sí —repuso Kaunas, sorprendido.

—¿A qué hora?

—Debían ser las once, creo.

Miró a sus compañeros, y Talliaferro asintió.

—¿Y cuánto tiempo estuvieron allí?

—Ni dos minutos —intervino Ryger—. Nos echó con violencia; se figuró que íbamos en busca de su comunicación. —Hizo una pausa, como si esperase que

Mandel le preguntase a qué comunicación se refería, pero el ilustre astrónomo no dijo nada. Entonces él prosiguió—: Creo que la guardaba bajo la almohada, pues se tendió sobre ella, gritando que nos fuésemos.

—Tal vez entonces se estaba muriendo —dijo Kaunas, en un tétrico murmullo.

—Todavía no… —le atajó Mandel—. Por lo tanto, es probable que todos ustedes dejasen huellas dactilares.

—Probablemente —dijo Talliaferro, empezando a perder parte del respeto inconsciente que le inspiraba Mandel; al propio tiempo, notaba que volvía a impacientarse. ¡Eran las cuatro de la madrugada! Así es que dijo—: Vamos a ver, ¿adónde quiere usted ir a parar?

—Bien, señores —dijo Mandel—; la muerte de Villiers es algo más que una sencilla muerte. La comunicación de Villiers, el único ejemplar existente de la misma según mi conocimiento, apareció metida en el aparato quema-cigarrillos y reducida a cenizas. Yo no había visto ni leído dicha comunicación, pero conozco lo bastante sobre este asunto para jurar ante cualquier tribunal, si fuese necesario, que los restos del papel sin quemar que se han encontrado en el aparato para quemar colillas pertenecían a la comunicación que él pensaba presentar ante el congreso… Parece usted ponerlo en duda, doctor Ryger.

Éste sonrió con un rictus amargo.

—Sí, pongo en duda que hubiese llegado a presentarla. En mi opinión, doctor Mandel, ese infeliz estaba loco. Durante diez años se sintió prisionero en la Tierra, e imaginó todo eso de la transferencia de masas como un medio de evasión. Probablemente, eso le ayudó a seguir viviendo. En cuanto a su demostración, sin duda se trataba de un truco. No digo que hiciese de modo deliberado una demostración fraudulenta. Probablemente era sincero. Anoche las cosas se pusieron al rojo vivo. Se presentó en nuestras habitaciones (nos odiaba por haber conseguido salir de la Tierra) para restregarnos su triunfo por las narices. Él había vivido durante diez años en espera de aquel momento. Tal vez la impresión recibida fue tan fuerte que le devolvió momentáneamente la cordura. Entonces comprendió que no podría leer su comunicación, pues ésta no tenía ni pies ni cabeza. Así que la quemó en el cenicero, y su corazón, incapaz de resistir aquellas emociones, falló. Ha sido una lástima.

Mandel escuchó al astrónomo de Ceres con una expresión de profundo descontento en la cara. Luego dijo:

—Habla usted muy bien, doctor Ryger, pero se equivoca de medio a medio. Yo no me dejo engañar tan fácilmente por demostraciones fraudulentas como usted pueda creer. Ahora bien, según los datos de inscripción al congreso, que me he visto obligado a comprobar apresuradamente, ustedes tres estudiaron con Villiers en la universidad, ¿no es cierto?

Los tres asintieron.

—¿Figuran otros condiscípulos suyos en el congreso?

—No —repuso Kaunas—. Nosotros cuatro fuimos los únicos que nos doctoramos en ciencias astronómicas aquel año. Es decir, él se hubiera doctorado también, de no haber sido por…

—Sí, ya lo sé —dijo Mandel—. Bien, en ese caso, uno de ustedes tres visitó a Villiers en su habitación por última vez hace cuatro horas, a medianoche.

Reinó un breve silencio, roto cuando Ryger dijo fríamente:

—Yo no.

Kaunas, con los ojos muy abiertos, movió negativamente la cabeza.

Talliaferro preguntó:

—¿Adónde quiere usted ir a parar?

—Uno de ustedes fue a verle a medianoche, insistiendo en que le dejase ver su comunicación. Ignoro los motivos que tendría. Es presumible que fuese con la intención deliberada de provocarle un colapso cardíaco. Villiers sufrió el colapso, y el criminal, si es que puedo llamarlo así, pasó a la acción. Apoderándose de la comunicación, que probablemente se hallaba oculta bajo la almohada, la registró. Luego destruyó el documento en el cenicero, pero se hallaba dominado por la prisa y no consiguió destruirlo completamente.

Ryger le interrumpió:

—¿Cómo sabe usted todo eso? ¿Acaso lo presenció?

—Casi —repuso Mandel—. Villiers no falleció inmediatamente, después de su primer colapso. Cuando el asesino salió, él consiguió llegar hasta el teléfono y llamar a mi habitación. Sólo pudo pronunciar algunas frases ahogadas, pero que fueron suficientes para reconstruir lo sucedido. Por desgracia, yo no me encontraba entonces en mi habitación, pues había tenido que asistir a una reunión que fue convocada muy tarde. No obstante, el contestador automático conservó la voz de Villiers. Siempre tengo por costumbre pasar la grabación cuando vuelvo a mi habitación o al despacho. Es una costumbre burocrática. Le llamé inmediatamente, pero ya no me respondió. Había muerto.

—Vamos a ver. ¿Y qué dijo? —preguntó Ryger—. ¿Dio el nombre del culpable?

—No. O si lo dijo, era ininteligible. Pero capté claramente una palabra. Ésta era «condiscípulo».

Talliaferro sacó su registrador, que llevaba en el bolsillo interior de la chaqueta, y lo ofreció a Mandel, diciendo con voz tranquila:

—Si desea revelar las películas que contiene mi registrador, puede usted hacerlo; sin embargo, no encontrará en ellas la comunicación de Villiers.

Kaunas se apresuró a imitarle, seguido por Ryger, el cual hizo una mueca desdeñosa.

Mandel tomó los tres registradores, diciendo con sequedad:

—Es de suponer que aquel de ustedes tres que haya cometido el crimen ya habrá hecho desaparecer la película impresionada con la comunicación. No obstante…

Talliaferro enarcó las cejas:

—Puede usted registrarme, lo mismo que mi habitación.

Pero Ryger seguía refunfuñando:

—Espere un momento…, un momento, por favor. ¿Acaso es usted la policía?

Mandel le miró fijamente:

—¿Quiere que la llame? ¿Quiere un escándalo y una acusación de asesinato? ¿Desea que se hunda el congreso y que la prensa de todo el Sistema ponga en la picota a la astronomía y a los astrónomos? La muerte de Villiers muy bien pudiera haber sido accidental. No olvidemos que estaba enfermo del corazón. Aquel de ustedes que se encontrase allí pudo haber obrado a impulsos de un sentimiento momentáneo. Tal vez no se trató de un crimen deliberado; es decir, que no hubo premeditación ni alevosía en el supuesto asesinato. Si el que cometió esta desdichada acción quiere devolver el negativo, podemos evitarnos muchas complicaciones y disgustos.

—¿También el criminal los evitará? —preguntó Talliaferro.

Mandel se encogió de hombros.

—Tal vez sufra molestias. Yo no le prometo la inmunidad. Pero sea como fuere, se librará de la vergüenza pública y de ir a la cárcel para toda su vida, como podría suceder si llamásemos a la policía.

Silencio.

Mandel dijo:

—Es uno de ustedes tres.

Silencio.

Mandel prosiguió:

—Me parece ver el razonamiento que está haciendo el culpable. La comunicación ha sido destruida. Sólo nosotros cuatro estamos enterados de la transferencia de masas, y solamente yo he presenciado una demostración. Además, ustedes sólo lo saben por habérselos dicho Villiers, al que consideraban loco. Una vez muerto Villiers a consecuencia de un colapso cardíaco, una vez destruida la comunicación, resultará fácil creer la teoría del doctor Ryger, según la cual no existe la transferencia de masas ni ha sido posible jamás. Transcurrirían un año o dos, y nuestro criminal, en posesión de todos los datos acerca de la transferencia de masas, podría ir revelándola poco a poco, realizando algún experimento, publicando prudentes comunicaciones, para terminar como el descubridor indiscutido de la teoría, con todo cuanto eso llevaría aparejado en dinero y honores. Ni siquiera sus propios compañeros de universidad llegarían a sospechar. En el peor de los casos, imaginarían que la

dramática entrevista que tuvieron con Villiers le estimuló para iniciar investigaciones por su cuenta en este terreno. No creo que llegasen más allá.

Mandel paseó su mirada sobre los reunidos.

—Pero nada de eso será posible a partir de ahora. Aquel de ustedes tres que se presente como el descubridor de la transferencia de masas se denunciará a sí mismo como el criminal. Yo presencié la demostración; sé que es legítima; sé también que uno de ustedes posee la copia de la comunicación. A partir de este momento, este importante trabajo científico ya no es de ninguna utilidad para el que lo haya robado. Es preferible, pues, que quien lo tenga lo entregue.

Silencio.

Mandel se dirigió a la puerta y regresó de nuevo junto a ellos.

—Les agradeceré que no se muevan de aquí hasta que yo vuelva. No tardaré mucho. Espero que el culpable emplee este intervalo para reflexionar. Si teme que una confesión le cueste el cargo, me permito recordarle que una sesión con la policía puede costarle la libertad y pasar por la Prueba Psíquica. —Sopesó los tres registradores, con semblante ceñudo y aspecto fatigado por la falta de sueño—. Voy a revelarlos.

Kaunas trató de sonreír.

—¿Y si tratamos de ir a buscarlo mientras usted está fuera?

—Sólo uno de ustedes tiene motivo para intentarlo —repuso Mandel—. Creo que puedo confiar en los dos inocentes para vigilar al tercero, aunque sólo sea por instinto de conservación.

Dichas estas palabras, salió.

Eran las cinco de la madrugada. Ryger consultó su reloj con indignación.

—Valiente broma. Me caigo de sueño.

—Podemos descabezar un sueñecito aquí —dijo Talliaferro filosóficamente—. ¿Ninguno de ustedes dos se propone cantar de plano?

Kaunas apartó la mirada y Ryger frunció los labios.

—Por lo visto, no quieren confesar. —Talliaferro cerró los ojos, apoyó su enorme cabeza en el respaldo del sillón y dijo con voz cansada—: En la Luna estamos ahora en la estación de la calma. Tenemos una noche de quince días, y entonces trabajamos de firme. Luego vienen dos semanas de sol y nos pasamos el tiempo haciendo cálculos, estableciendo correlaciones e intercambiando datos. Es aburridísimo. A mí me disgusta. Si hubiese además mujeres, si pudiese conseguir algo permanente…

En un susurro, Kaunas se puso a hablar del hecho que aún fuese imposible tener a todo el Sol sobre el horizonte y a la vista del telescopio en Mercurio. Pero con otros tres kilómetros de sendero que pronto se abrirían para el Observatorio…, se podría trasladar todo, lo cual supondría un gigantesco esfuerzo; sin embargo, se utilizaría

directamente la energía solar… Podía hacerse. Se haría.

Incluso Ryger consintió en hablar de Ceres después de escuchar los murmullos de sus compañeros. Allí se enfrentaban con el problema del período de rotación de dos horas, lo cual significaba que las estrellas cruzaban el cielo a una velocidad angular doce veces mayor que en el firmamento de la Tierra. Una red de tres pares termoeléctricos, tres radiotelescopios, etc., permitía pasar el campo de estudios de uno a otro observatorio mientras las estrellas pasaban fugazmente.

—¿Por qué utilizan uno de los polos? —preguntó Kaunas.

—Aquello no es lo mismo que Mercurio y el Sol —dijo Ryger con impaciencia —. Incluso en los polos, el cielo seguiría girando, y tendríamos la mitad oculta para siempre. Ahora bien…, si Ceres sólo presentase una de sus caras al Sol, como ocurre con Mercurio, tendríamos un cielo nocturno permanente, en el cual las estrellas efectuarían un giro lentísimo en tres años.

El cielo se tiñó con los primeros resplandores del alba.

Talliaferro estaba medio dormido, pero se esforzaba por no sumirse del todo en la inconsciencia. No quería quedarse dormido mientras sus dos compañeros estuviesen despiertos. Pensó que cada uno de los tres debía estarse preguntando: «¿Quién será? ¿Quién será?»… Excepto el culpable, desde luego.

Talliaferro abrió los ojos cuando Mandel entró de nuevo. El cielo que se mostraba por la ventana se había vuelto azul. A Talliaferro le alegraba que la ventana estuviese cerrada. El hotel tenía aire acondicionado, por supuesto, pero durante la estación benigna del año, aquellos terrestres que deseasen respirar aire fresco podían abrir las ventanas. Talliaferro, acostumbrado al vacío lunar, se estremeció ante esta idea, con verdadero disgusto.

Mandel les preguntó:

—¿Tiene algo que decir alguno de ustedes?

Los tres se miraron fijamente. Ryger movió negativamente la cabeza.

Mandel añadió:

—Señores, he revelado las películas de sus registradores, para examinar lo que contenían. —Arrojó los registradores y las películas reveladas sobre la cama—. ¡Nada!… Perdonen el trabajo que les doy para clasificar las películas. Pero sigue en pie la cuestión de la película que falta.

—Si es que falta —dijo Ryger, y bostezó prodigiosamente.

Mandel les dijo:

—Les agradecería que me acompañasen a la habitación de Villiers, señores.

Kaunas pareció sorprendido.

—¿Por qué?

—¿Como recurso psicológico? —observó Talliaferro—. ¿Conduciendo al

criminal al lugar del crimen, los remordimientos le obligarán a confesar?

Mandel repuso:

—Una razón menos melodramática es que me gustaría contar con la ayuda de aquellos dos de ustedes que son inocentes para encontrar la película desaparecida que contiene la comunicación de Villiers.

—¿Cree usted que está allí? —preguntó Ryger en son de reto.

—Es posible. Todo consiste en comenzar. Después podemos registrar las habitaciones de ustedes. La sesión dedicada a la astronáutica no empieza hasta mañana por la mañana a las diez. Hasta entonces tenemos tiempo.

—¿Y después?

—Tal vez tendremos que llamar a la policía.

Entraron con cierta aprensión en el cuarto de Villiers. Ryger estaba congestionado. Kaunas pálido. Talliaferro trataba de conservar la calma.

La noche anterior habían visto aquella habitación bajo la luz artificial mientras Villiers, barbotando palabrotas, despeinado, abrazaba la almohada, fulminándolos con la mirada y mandándolos a paseo. A la sazón flotaba en la estancia el indefinible aroma de la muerte.

Mandel accionó el polarizador de la ventana para dejar entrar más la luz, pero lo abrió en exceso, con el resultado que el sol naciente entró a raudales.

Kaunas, tapándose los ojos con el brazo, gritó:

—¡El sol!

Los demás le miraron estupefactos.

En el semblante de Kaunas se pintaba un terror extraordinario, como si aquel sol que bañaba la estancia fuese el de Mercurio.

Talliaferro pensó en cuál sería su propia reacción ante la posibilidad que se abriese la ventana al aire libre, y sus dientes castañetearon. Todos estaban deformados por sus diez años de ausencia de la Tierra.

Kaunas corrió hacia la ventana, buscando el polarizador con mano temblorosa, y entonces lanzó una exclamación.

Mandel corrió a su lado.

—¿Qué ocurre?

Los otros dos se les unieron.

A sus pies se extendía la ciudad hasta el horizonte…, docenas y docenas de casas de piedra y ladrillo, bañadas por el sol naciente, con las porciones sombreadas vueltas hacia ellos. Talliaferro le dirigió una mirada furtiva e inquieta.

Kaunas, con el pecho hundido como si no quedase en él ni un hálito de aire para gritar, contemplaba fijamente algo que estaba mucho más cerca. Sobre el alféizar exterior de la ventana, con un extremo metido en una pequeña grieta, en una ranura

del cemento, se hallaba una tira de película neblinosa de poco más de dos centímetros de largo, bañada por los rayos del sol naciente.

Mandel, lanzando un grito de cólera incoherente, levantó la ventana de guillotina y se apoderó de la película, protegiéndola inmediatamente en el cuenco de la mano. Luego la miró con ojos desorbitados y enrojecidos, mientras gritaba:

—¡Esperen aquí!

Sobraba todo comentario. Cuando Mandel se fue, ellos se sentaron para contemplarse estúpidamente, en silencio.

Mandel regresó a los veinte minutos. Les dijo suavemente, con una voz que producía la impresión que era tranquila porque quien la emitía ya estaba más allá de la desesperación:

—El extremo de la película que estaba introducido en la grieta no estaba velado. Pude leer algunas palabras. Las suficientes para constatar que era la comunicación de Villiers. El resto está echado a perder; completamente velado. La comunicación se ha perdido para siempre.

—¿Y ahora qué? —preguntó Talliaferro.

Mandel se encogió cansadamente de hombros.

—Ahora, ya no me importa nada. La transferencia de masas se ha perdido por el momento. Habrá que esperar a que alguien tan inteligente como Villiers, con su mismo genio, vuelva a descubrirlo. Yo trabajaré en ello, pero no me hago ilusiones acerca de mi capacidad. Después de perder este precioso documento, supongo que ya no vale la pena saber quién es el culpable. ¿De qué nos serviría?

Tenía los hombros hundidos y parecía abrumado por la desesperación.

Pero Talliaferro habló con una voz que de pronto se había hecho dura:

—No, señor, no estoy de acuerdo. A los ojos de usted, el culpable puede ser cualquiera de nosotros tres. Yo, por ejemplo. Usted es una gran figura en el terreno de la astronomía y después de esto jamás querrá hacer nada en mi favor. Siempre me mirará con prevención, considerándome incompetente o, ante la duda, algo peor. No estoy dispuesto a arruinar mi carrera por la sombra de una duda de culpabilidad. Por lo tanto, debemos aclarar inmediatamente este asunto.

—Yo no soy un detective —dijo Mandel cansadamente.

—Entonces llame usted a la policía, qué diablos.

Ryger intervino:

—Espera un momento. No pretenderás insinuar que yo soy el culpable…

—Lo único que digo es que yo soy inocente. Defiendo mi inocencia.

Kaunas levantó la voz, en la que se percibía una nota de terror:

—Esto significa que nos someterán a la Prueba Psíquica. ¿Y el daño mental que eso nos ocasionará?…

Mandel levantó ambos brazos en el aire.

—¡Señores, señores, por favor! Podemos hacer otra cosa, si no queremos acudir a la policía. Sí, tiene usted razón, doctor Talliaferro; sería injusto hacia los inocentes dejar las cosas como están.

Todos se volvieron hacia él, dando diversas muestras de hostilidad. Ryger le preguntó:

—¿Qué nos propone usted ahora?

—Tengo un amigo llamado Wendell Urth. Tal vez hayan oído hablar de él, o tal vez no. De todos modos, me las arreglaré para que nos reciba esta misma noche.

—¿Y qué resolveremos con eso? —preguntó Talliaferro—. ¿Nos proporcionará alguna luz sobre el asunto?

—Es un hombre singular —dijo Mandel, con cierta vacilación—, singularísimo. Y a su manera, extraordinariamente inteligente. Ha colaborado varias veces con la policía, y tal vez ahora quiera ayudarnos.

Segunda Parte

Edward Talliaferro no pudo evitar contemplar la habitación y a su ocupante con el mayor asombro. Tanto aquélla como éste parecían existir aisladamente, sin formar parte de ningún mundo identificable. No llegaba ningún sonido de la Tierra al interior de aquel nido perfectamente acolchado y desprovisto de ventanas. La luz y el aire de la Tierra hallaban cerrado el paso al interior de aquella estancia, provista de luz artificial y aire acondicionado.

Era una habitación enorme, penumbrosa y atestada. Avanzaron sorteando toda clase de obstáculos esparcidos por el suelo, hasta un diván del que se habían hecho caer bruscamente montones de microfilmes, que aparecían formando una enmarañada masa en el suelo.

El dueño de aquella curiosa habitación exhibía una enorme cara redonda, que les miraba desde lo alto de un cuerpo rechoncho, casi esférico. Se movía rápidamente de un lado a otro sobre sus cortas piernas, zarandeando la cabeza al hablar y haciendo saltar sus gruesas gafas sobre la roma protuberancia que hacía las veces de nariz. Sus ojos saltones y provistos de gruesos párpados les miraban con un brillo irónico y miope, mientras él tomaba asiento en su combinación de sillón y mesa escritorio, sobre la que caía directamente la única luz potente que brillaba en la habitación.

—Son muy amables al haber venido a verme caballeros. Disculpen el estado de la habitación. —Abarcó la pieza con un amplio gesto de sus manos gordezuelas—. Me han encontrado ustedes dedicado a la tarea de catalogar los numerosos objetos de origen extraterrestre que he ido acumulando en el curso de los años. Es una tarea ímproba. Por ejemplo…

Saltó trabajosamente de su asiento y se puso a rebuscar en un montón de objetos heterogéneos que tenía al lado de su escritorio, hasta que consiguió encontrar un objeto gris neblina semitranslúcido y vagamente cilíndrico.

—Esto que aquí ven es un objeto calistano que puede ser tal vez una reliquia de seres racionales no humanos —les dijo—. Aún no está decidido. No se han descubierto más de una docena, y éste es el ejemplar más perfecto que se conoce.

Lo tiró con gesto negligente a un lado y Talliaferro dio un respingo. El individuo regordete le miró y dijo:

—Es irrompible.

Volvió a sentarse, cruzó sus romos dedos sobre el abdomen y dejó que subiesen y bajasen suavemente, al compás de su respiración.

—¿Y ahora, en que puedo servirles?

Hubert Mandel ya había hecho las presentaciones, y Talliaferro estaba sumido en honda reflexión. Recordaba que el autor de un libro recientemente publicado, titulado *Procesos evolutivos comparados en los planetas del ciclo oxígeno-agua,* se llamaba también Wendell Urth, pero sin duda no podía ser aquel hombre.

Aunque, tal vez…

Entonces le preguntó:

—¿Es usted el autor de los *Procesos evolutivos comparados*, doctor Urth?

Una sonrisa beatífica apareció en la cara de Urth.

—¿Lo ha leído usted? —preguntó.

—Pues verá, no, no lo he leído, pero…

Instantáneamente, la mirada de los ojos de Urth se tornó reprobatoria.

—Pues tiene usted que leerlo —ordenó—. Ahora mismo. Tome, le regalo un ejemplar…

Saltó de su silla de nuevo, pero Mandel exclamó:

—Espere, Urth, lo primero es lo primero. Este asunto es grave.

Obligó a Urth a sentarse de nuevo y empezó a hablar rápidamente, como si quisiera evitar nuevas desviaciones del tema principal. Hizo un resumen del caso con un admirable laconismo.

Urth fue enrojeciendo paulatinamente mientras escuchaba. Empujó las gafas hacia arriba, pues estaban a punto de caerle de la nariz.

—¡Transferencia de masa! —exclamó.

—Lo vi con mis propios ojos —observó Mandel.

—¿Y no fuiste capaz de decírmelo?

—Juré que guardaría el secreto. Villiers era un hombre bastante… peculiar. Creo haberlo dicho.

Urth dio un puñetazo sobre la mesa.

—¿Cómo pudiste permitir que semejante descubrimiento quedase en poder de un

excéntrico, Mandel? Si hubiese sido necesario, se debería haber apelado a la Prueba Psíquica para arrancarle esos conocimientos.

—Hubiera sido matarlo —protestó Mandel.

Pero Urth se balanceaba en su asiento oprimiéndose fuertemente las mejillas con las manos.

—Transferencia de masas… El único medio de viajar que debería utilizar un hombre decente y civilizado. El único sistema posible, la única manera concebible. De haberlo sabido… Si hubiese podido estar allí… Pero el hotel se encuentra por lo menos a cincuenta kilómetros de distancia.

Ryger, que escuchaba con una expresión de fastidio pintada en el rostro, intervino para decir:

—Según tengo entendido, existe una línea directa de cópteros hasta la sede del congreso. Invierten menos de diez minutos en el recorrido.

Urth, muy envarado, dirigió una extraña mirada a Ryger, hinchando las mejillas. Luego se puso en pie de un salto y salió corriendo de la habitación.

—¿Qué demonios le ocurre? —preguntó sorprendido Ryger.

Mandel murmuró:

—Condenado Urth. Debería haberles advertido.

—¿Sobre qué?

—El doctor Urth no utiliza ningún medio de transporte. Es una de sus fobias. Sólo se desplaza a pie.

Kaunas parpadeó en la semipenumbra.

—Pero tengo entendido que es extraterrólogo, ¿no es verdad? Un experto en las formas vivas de otros planetas.

Talliaferro se había levantado y contemplaba en aquellos momentos una lente galáctica montada sobre un pedestal. Observó el brillo interno de los sistemas estelares. Nunca había visto una lente de aquel tamaño y tan complicada.

—Sí, es extraterrólogo —dijo Mandel—, pero no ha visitado ni uno solo de los planetas cuya vida conoce como pocos, ni jamás los visitará. No creo que en los últimos treinta años se haya alejado a más de un kilómetro y medio de esta habitación.

Ryger no pudo contener la risa.

Mandel enrojeció de cólera.

—Tal vez les haga gracia, pero les agradecería que, cuando el doctor Urth regrese, midiesen sus palabras.

El sabio volvió a ocupar su asiento momentos después.

—Les ruego que me disculpen, caballeros —dijo con un hilo de voz—. Y ahora vamos a estudiar este problema. ¿Desea confesar alguno de ustedes?

Talliaferro contrajo los labios en una involuntaria mueca de desdén. Aquel

extraterrólogo gordinflón, recluido por propia voluntad, inspiraba más risa que respeto. ¿Cómo podía arrancar una confesión al culpable? Afortunadamente, ya no harían falta sus dotes detectivescas, si es que las poseía. Dijo entonces:

—¿Está usted en contacto con la policía, doctor Urth?

En el rubicundo rostro de Urth se reflejó cierta presunción.

—No tengo relaciones oficiales con la ley, doctor Talliaferro, pero le aseguro que mis relaciones extraoficiales con la justicia son buenísimas.

—En ese caso, le facilitaré cierta información que usted podrá pasar a la policía.

Urth encogió la panza y tiró de un faldón de la camisa hasta sacarlo del pantalón. Luego procedió a limpiarse lentamente las gafas con él. Una vez hubo terminado, volvió a colocarlas en precario equilibrio sobre su nariz y preguntó:

—¿Y cuál es esa información?

—Le diré quién se hallaba presente cuando Villiers murió y quién registró su comunicación.

—¿Ha resuelto usted el misterio?

—He estado dándole vueltas todo el día. Sí, creo que lo he resuelto.

Talliaferro disfrutaba con el efecto que causaban sus palabras.

—¿Y quién fue?

Talliaferro hizo una profunda inspiración. Aquello no le resultaba fácil, a pesar que lo había estado planeando durante horas.

—El culpable es evidentemente el doctor Hubert Mandel —declaró.

Mandel asestó una furiosa mirada de irreprimible indignación a Talliaferro.

—Oiga usted, doctor —empezó a decir con vehemencia—. ¿Qué le permite lanzar esa ridícula patraña?

La voz de tenor de Urth le interrumpió.

—Déjele hablar, Hubert; oigamos lo que dice. Tú has sospechado de él, y nada impide que él sospeche de ti.

Mandel guardó un enojado silencio.

Talliaferro, esforzándose por hablar con voz tranquila, prosiguió:

—Es más que una simple sospecha, doctor Urth. Las pruebas son evidentes. Nosotros cuatro estábamos enterados del descubrimiento sobre la transferencia de masas, pero sólo uno de nosotros, o sea el doctor Mandel, había presenciado una demostración. Por lo tanto, sabía que era una realidad. Sabía también que existía una comunicación sobre el tema. Nosotros tres únicamente sabíamos que Villiers estaba más o menos desequilibrado. De todos modos, no descartábamos que existiera una posibilidad. Precisamente, fuimos a visitarle a las once para comprobarlo, pero entonces él demostró hallarse más loco que nunca.

»Comprobado, pues, lo que sabía el doctor Mandel y los motivos que pudieron conducirle a cometer el crimen. Ahora, doctor Urth, imagínese usted otra cosa.

Quienquiera que fuese el que se entrevistó con Villiers a medianoche, le vio sufrir el colapso cardíaco y registró su comunicación, mantengámoslo de momento en el anonimato, debió sorprenderse terriblemente al ver que Villiers, al parecer, resucitaba y se ponía a hablar por teléfono. El asesino, dominado por un pánico momentáneo, sólo pensó en una cosa, en librarse de la única prueba que podía acusarle.

»Tenía que librarse de la película impresionada y tenía que hacerlo de tal manera que nadie pudiese descubrirla, para hacerse de nuevo con ella si conseguía quedar libre de sospechas. El alféizar de la ventana le ofrecía el escondite ideal. Se apresuró a subir el cristal de la ventana, ocultó fuera la película, y puso pies en polvorosa. De este modo, aunque Villiers consiguiese sobrevivir o su llamada telefónica produjese algún resultado, la única prueba en contra que tendría sería la palabra de Villiers, y costaría muy poco demostrar que éste no se hallaba en plena posesión de sus facultades mentales.

Talliaferro hizo una pausa y les miró con aire de triunfo. Consideraba que su argumentación era solidísima.

Wendell Urth parpadeó e hizo girar los pulgares de sus manos unidas, haciéndolos chocar contra la amplia pechera de su camisa. Entonces preguntó:

—¿Quiere explicarme el significado de todo esto?

—El significado es el siguiente: quien realizó las acciones descritas tuvo que abrir la ventana para ocultar la película al aire libre. Tenga usted en cuenta que Ryger ha vivido diez años en Ceres, Kaunas otros diez en Mercurio, y yo el mismo espacio de tiempo en la Luna…, exceptuando breves permisos, que más bien han sido escasos. Hemos comentado muchas veces, en nuestras conversaciones y, sin ir más lejos, ayer mismo, lo difícil que resulta aclimatarse de nuevo a la Tierra.

»Los mundos en que trabajamos están desprovistos de atmósfera. Nunca salimos al exterior sin escafandra. No se nos ocurre ni por asomo la idea de exponernos sin protección al espacio inhóspito. Por lo tanto, la acción de abrir la ventana hubiera provocado antes una terrible lucha interior en todos nosotros. En cambio, el doctor Mandel ha vivido siempre en la Tierra. Para él, abrir una ventana no representa más que un pequeño ejercicio muscular, algo muy sencillo. Para nosotros no. Por lo tanto, fue él quien lo hizo.

Talliaferro se recostó en su asiento con una leve sonrisa.

—¡Espacio, diste en el clavo! —exclamó Ryger con entusiasmo.

—Nada de eso —rugió Mandel, levantándose a medias como si fuese a abalanzarse contra Talliaferro—. Niego esta miserable calumnia. ¿Y la llamada de Villiers, grabada en mi teléfono? Pronunció la palabra «condiscípulo». Toda la grabación demuestra de manera irrefutable…

—Era un moribundo —le atajó Talliaferro—. Usted mismo reconoció que casi todo cuanto dijo era incomprensible. Le pregunto ahora, doctor Mandel, sin haber

oído la grabación, si no es cierto que la voz de Villiers era completamente irreconocible.

—Hombre… —dijo Mandel, confuso.

—Estoy seguro que así es. No hay razón para suponer, pues, que usted no hubiese alterado antes la cinta, sin olvidarse de incluir en ella la palabra condenatoria de «condiscípulo».

Mandel replicó:

—Pero, hombre de Dios, ¿cómo podía saber yo que había condiscípulos de Villiers en el congreso? ¿Cómo podía saber que ellos conocían la existencia de su comunicación sobre transferencia de masas?

—Villiers podía habérselo dicho. Creo que lo hizo.

—Vamos a ver —continuó Mandel—, ustedes tres vieron a Villiers vivo a las once. El médico que certificó la defunción de Villiers poco después de las tres de la madrugada manifestó que había muerto por lo menos hacía dos horas. Desde luego, eso era verdad. Por lo tanto, el momento de la muerte puede fijarse entre las once y la una. Ya les dije que yo asistí anoche a una reunión. Puedo demostrar que estaba allí, a varios kilómetros del hotel, entre las diez de la noche y las dos de la madrugada. Puedo presentarles una docena de testigos, ninguno de los cuales puede ponerse en duda. ¿No le basta con eso?

Talliaferro hizo una momentánea pausa. Luego prosiguió, impertérrito:

—Aun así. Supongamos que usted regresó al hotel a las dos y media. Inmediatamente fue a la habitación de Villiers para hablar de su comunicación. Encontró la puerta abierta, o bien poseía una llave duplicada. Sea como fuere, lo encontró ya muerto. Entonces aprovechó la oportunidad para registrar la comunicación…

—¿Y si él ya estaba muerto, y por lo tanto no podía llamar a nadie por teléfono, qué motivo tenía para ocultar la película?

—Evitar sospechas. Puede usted tener una segunda copia oculta a buen recaudo. En realidad, contamos únicamente con su palabra para saber que la comunicación fue destruida.

—Basta, basta —exclamó Urth—. Es una hipótesis interesante, doctor Talliaferro, pero cae por su propio peso.

Talliaferro frunció el ceño.

—Eso no pasa de ser su opinión personal, señor mío…

—Es la opinión de cualquier persona sensata. ¿No ve usted que Hubert Mandel hizo demasiadas cosas para ser él el criminal?

—No —repuso Talliaferro.

Wendell Urth sonrió bondadosamente.

—En su calidad de hombre de ciencia, doctor Talliaferro, sabe usted,

indudablemente, que no hay que dejarse deslumbrar por las propias teorías, hasta el punto que éstas nos cieguen sin dejarnos ver los hechos ni razonar. Tenga la bondad de aplicar el mismo método a sus actividades de detective aficionado.

»Considere usted que si el doctor Mandel hubiese provocado la muerte del pobre Villiers, arreglando una coartada, o si hubiese encontrado a Villiers muerto y hubiese tratado de aprovecharse de este hecho, en realidad apenas hubiera hecho nada. ¿Por qué registrar la comunicación o simular que otro lo había hecho? Le bastaba, sencillamente, con apoderarse del documento. ¿Quién estaba enterado de su existencia? Nadie, en realidad. No hay motivo para pensar que Villiers hubiese hablado a otro de su comunicación. Villiers era un tipo patológico, que tenía la obsesión del secreto. Por lo tanto, todo nos hace creer que no había comunicado su descubrimiento a nadie.

»El único que sabía que Villiers iba a hablar en el congreso era el doctor Mandel. Su comunicación no estaba anunciada. No se publicó un resumen de ella en el programa. El doctor Mandel podía haberse llevado el documento con toda seguridad y sin el menor recelo.

»Y aunque hubiese sabido que Villiers había hablado de sus descubrimientos con sus antiguos condiscípulos, eso no tenía la menor importancia. La única prueba de ello que tenían sus antiguos compañeros eran las palabras de un hombre al que ellos ya se sentían inclinados a considerar como un demente.

»En cambio, al anunciar que la comunicación de Villiers había sido destruida, al declarar que su muerte no era totalmente natural, al buscar una copia registrada de la película…, en una palabra, al actuar como ha actuado, el doctor Mandel ha removido el asunto, despertando unas sospechas innecesarias, pues si admitimos que él pudo ser el culpable, le bastaba con dejar las cosas como estaban para vanagloriarse de haber cometido un crimen perfecto. Si él fuese el criminal, demostraría haber sido más estúpido y más colosalmente obtuso que los mayores imbéciles que he conocido. Y el doctor Mandel dista mucho de ser un imbécil.

Talliaferro se devanaba los sesos tratando de hallar un punto flaco en aquella argumentación, pero no supo qué decir.

Ryger preguntó:

—¿Entonces, quién lo hizo?

—Uno de ustedes tres. Eso es evidente.

—Pero, ¿quién?

—Oh, eso es también evidente. Supe quién de ustedes era el culpable en cuanto el doctor Mandel terminó su exposición de los hechos.

Talliaferro contempló al rollizo extraterrólogo con disgusto. Aquella baladronada no le asustaba, pero vio que afectaba a sus dos compañeros. Ryger adelantaba ansiosamente los labios, y a Kaunas le pendía la mandíbula inferior. Ambos parecían

dos peces fuera del agua.

Preguntó entonces:

—¿A ver, quién? Díganoslo.

Urth parpadeó.

—En primer lugar, quiero dejar bien sentado que lo importante sigue siendo la transferencia de masas. Aún no podemos darla por perdida.

Mandel, que todavía no había depuesto su enojo, preguntó en son de reproche:

—¿De qué diablos estás hablando ahora, Urth?

—Quien registró la comunicación probablemente la miró mientras lo hacía. No creo que tuviese ni el tiempo ni la presencia de espíritu necesarios para leerla, y aunque lo hubiese hecho, dudo que consiguiese recordarla… de manera consciente. No obstante, tenemos la Prueba Psíquica. Aunque sólo hubiese dirigido una simple ojeada al documento, éste ha quedado grabado en su retina. La prueba podría extraerle esa información.

Todos se agitaron, inquietos.

Urth se apresuró a añadir:

—No hay por qué temer a la prueba. Ofrece grandes garantías de seguridad, particularmente si el sujeto se somete a ella de modo voluntario. El daño suele causarse cuando se produce una innecesaria resistencia… Entonces, la prueba puede lesionar la mente. Por lo tanto, si el culpable quisiese confesar voluntariamente su delito, y ponerse bajo mi completa protección…

Talliaferro lanzó una carcajada, que resonó extrañamente en la tranquila y sombría habitación. ¡Cuán transparente e ingenua era aquella treta psicológica!

Wendell Urth pareció sorprendido, casi molesto, por aquella reacción, y miró gravemente a Talliaferro por encima de sus gafas, antes de decirle:

—Tengo influencia bastante cerca de la policía para mantener la prueba en el terreno confidencial.

Ryger, furioso, exclamó:

—¡Yo no lo hice!

Kaunas se limitó a mover negativamente la cabeza.

Talliaferro no se dignó a responder.

Urth suspiró.

—Entonces, no tendré más remedio que señalar al culpable —dijo—. Así, el proceso será traumático y más difícil. —Se apretó el cinturón e hizo girar nuevamente los dedos—. El doctor Talliaferro ha señalado que la película fue ocultada en el alféizar de la ventana para que permaneciese allí a buen recaudo y en seguridad. Estoy de acuerdo con él.

—Gracias —dijo secamente Talliaferro.

—No obstante, ¿a quién se le ocurre pensar que el alféizar de una ventana

constituye un escondrijo especialmente seguro? La policía no hubiera dejado de mirar allí. Aun en ausencia de la policía, la película terminó siendo descubierta. Entonces, ¿quién se sentiría inclinado a considerar que lo que está situado fuera de un edificio ofrece especiales garantías de seguridad? Evidentemente, una persona que haya vivido largo tiempo en un mundo sin aire, y para la cual constituye una segunda naturaleza no salir de un sitio cerrado sin adoptar grandes precauciones.

»Para un hombre acostumbrado a vivir en la Luna, por ejemplo, cualquier cosa oculta en el exterior de una cúpula lunar estaría en un lugar bastante seguro. Los hombres se aventuran raramente al exterior, y cuando lo hacen, se trata siempre de misiones concretas. Por lo tanto, sólo vencería la repugnancia instintiva a abrir una ventana y exponerse a lo que él consideraría de un modo subconsciente como el vacío si le moviera el interés por encontrar un buen escondrijo. El pensamiento reflejo de «fuera de una construcción habitada estará en seguridad» sería el motor de su acción.

Talliaferro preguntó con los dientes apretados:

—¿Por qué menciona usted la Luna, doctor Urth?

El hombrecillo repuso blandamente:

—Sólo a modo de ejemplo. Lo que he dicho hasta ahora se aplica igualmente a ustedes tres. Pero ahora llegamos al momento crucial, a la cuestión de la noche moribunda.

Talliaferro frunció el ceño, sin comprender:

—¿Con esa extraña expresión se refiere usted a la noche en que Villiers murió?

—Esa extraña expresión, como usted la llama, puede aplicarse a cualquier noche. Mire, aun concediendo que el alféizar de la ventana constituya un escondrijo excelente, ¿quién de ustedes sería lo bastante estúpido como para considerarlo un buen escondrijo para un *trozo de película sin revelar*? La película de los registradores no es muy sensible, desde luego, y está hecha para revelarse en cualquier clase de condiciones. La luz difusa nocturna no la afecta mayormente, pero la luz difusa diurna la echaría a perder en pocos minutos, y los rayos directos del sol la velarían inmediatamente. Eso lo sabe todo el mundo.

—Adelante, Urth —dijo Mandel—. Veamos adónde quiere ir a parar.

—No nos precipitemos —repuso Urth, torciendo el gesto—. Quiero que todos ustedes vean esto claramente. Lo que el criminal deseaba por encima de todo era salvar la película. Era la única evidencia de algo que tenía un valor inconmensurable para él y para la Humanidad. ¿Por qué la puso entonces en un lugar donde el sol de la mañana la destruiría en pocos segundos…? Sólo porque no se le ocurrió que a la mañana siguiente el sol se levantaría. Pensó instintivamente, por así decir, que la noche era eterna.

»Pero las noches no son eternas. En la Tierra, mueren y dan paso al día. Incluso la noche polar de seis meses termina por morir. Las noches de Ceres sólo duran dos

horas; las noches de la Luna duran dos semanas. Pero también mueren, y tanto el doctor Talliaferro como el doctor Ryger saben que el día terminará por llegar.

Kaunas se puso en pie.

—Oiga…, espere…

Wendell Urth se volvió resueltamente hacia él:

—Ya no hace falta esperar, doctor Kaunas. Mercurio es el único cuerpo celeste de tamaño considerable de todo el Sistema Solar que presenta constantemente la misma cara al Sol. Incluso teniendo en cuenta la libración, tres octavas partes de su superficie están sumidas en una noche eterna, sin ver jamás al Sol. El observatorio polar está enclavado al borde del hemisferio oscuro. Durante diez años, usted se ha acostumbrado a la existencia de unas noches inmortales, a una superficie sumida en eternas nieblas, y por lo tanto confió una película impresionada a la noche de la Tierra, olvidando en el nerviosismo del momento que en nuestro planeta las noches mueren indefectiblemente …

Kaunas dio unos pasos vacilantes hacia él.

—Espere…

Urth prosiguió, inexorable:

—Cuando Mandel ajustó el polarizador en la habitación de Villiers y el sol penetró a raudales, usted lanzó un grito. ¿Lo motivó su arraigado temor al sol de Mercurio, o la súbita comprensión del daño irreparable que la luz solar podía causar a la película? Entonces usted se precipitó hacia la ventana. ¿Lo hizo para ajustar de nuevo el polarizador, o para contemplar la película destruida?

Kaunas cayó de rodillas.

—Yo no quería hacerlo. Sólo quería hablar con él, hablarle únicamente, pero él se puso a gritar y sufrió un colapso. Pensé que había muerto, y que tenía la comunicación bajo la almohada… Lo demás, ya pueden suponerlo. Una cosa me condujo a la otra y, antes de darme cuenta, ya no pude volverme atrás. Pero no lo hice premeditadamente, lo juro.

Se colocaron en semicírculo a su alrededor. Wendell Urth contempló al postrado Kaunas con una mirada de piedad.

La ambulancia ya se había ido. Por último, Talliaferro consiguió hacer acopio de valor para acercarse a Mandel y decirle con voz ronca:

—Supongo, profesor, que no me guardará usted demasiado rencor por lo que he dicho.

Mandel respondió, con voz igualmente ronca:

—Creo que lo mejor que podríamos hacer todos sería olvidar en lo posible todo cuanto ha ocurrido en estas últimas veinticuatro horas.

Estaban todos de pie en el umbral a punto de irse, cuando Wendell Urth bajó la cabeza con una sonrisita y dijo, sin dirigirse a nadie en particular:

—No hemos hablado de la cuestión de mis honorarios, señores.

Mandel dio un respingo.

—No, nada de dinero —se apresuró a añadir Urth.

Todos le miraron, estupefactos.

El hombrecillo prosiguió:

—Pero cuando se establezca el primer sistema de transferencia de masas para seres humanos, quiero que me organicen un viaje.

Mandel no había perdido su expresión preocupada.

—Pero, hombre, aún falta mucho para que se puedan realizar viajes por ese sistema a través de los espacios interplanetarios… —dijo.

Urth denegó rápidamente con la cabeza.

—¿Quién habla de espacios interplanetarios? Yo soy más modesto. Sólo quiero realizar un viajecito hasta Lower Falls, en New Hampshire.

—De acuerdo. ¿Y por qué allí, precisamente?

Urth levantó la mirada. Talliaferro se llevó una sorpresa mayúscula al observar la expresión del extraterrólogo, en la cual se mezclaban la timidez y el ansia.

Como si le costase hablar, dijo:

—Una vez…, hace mucho tiempo…, tuve allí una novia. Han pasado muchos años…, pero a veces me pregunto…

En Puerto Marte y sin Hilda

Todo empezó como un sueño. No tuve que preparar nada, ni disponer las cosas de antemano. Me limité a observar cómo todo salía por sí solo… Tal vez eso debería haberme puesto sobre aviso, y hacerme presentir la catástrofe.

Todo empezó con mi acostumbrado mes de descanso entre dos misiones. Un mes de trabajo y un mes de permiso constituye la norma del Servicio Galáctico. Llegué a Puerto Marte para la espera acostumbrada de tres días antes de emprender el breve viaje a la Tierra.

En circunstancias ordinarias, Hilda, que Dios la bendiga, la esposa más cariñosa que pueda tener un hombre, hubiera estado allí esperándome, y ambos hubiéramos pasado tres días muy agradables y tranquilos…, un pequeño y dichoso compás de espera para los dos. La única dificultad para que esto fuera posible consistía en que Puerto Marte era el lugar más turbulento y ruidoso de todo el Sistema, y un pequeño compás de espera no es exactamente lo que mejor encaja allí. Pero…, ¿cómo podía explicarle eso a Hilda?

Pues bien, esta vez, mi querida mamá política, que Dios la bendiga también (para variar), se puso enferma precisamente dos días antes que yo arribase a Puerto Marte, y la noche antes de desembarcar recibí un espaciograma de Hilda comunicándome que tenía que quedarse en la Tierra con mamá y que, sintiéndolo mucho, no podía acudir allí a recibirme.

Le envié otro espaciograma diciéndole que yo también lo sentía mucho y que lamentaba enormemente lo de su madre, cuyo estado me inspiraba una gran ansiedad (así se lo dije). Y cuando desembarqué…

¡Me encontré en Puerto Marte y sin Hilda!

De momento me quedé anonadado; luego se me ocurrió llamar a Flora (con la que había tenido ciertas aventurillas en otros tiempos), y con este fin tomé una cabina de vídeo…, sin reparar en gastos, pero es que tenía prisa.

Estaba casi seguro que la encontraría fuera, o que tendría el videófono desconectado, o incluso que habría muerto.

Pero allí estaba ella, con el videófono conectado y, por toda la Galaxia, lo estaba todo menos muerta.

Estaba mejor que nunca. El paso de los años no podía marchitarla, como dijo una vez alguien, ni la costumbre empañar su cambiante belleza.

¡No estuvo poco contenta de verme! Alborozada, gritó:

—¡Max! ¡Hacía años que no nos veíamos!

—Ya lo sé, Flora, pero ahora nos veremos, si tú estás libre. ¿Sabes qué pasa? ¡Estoy en Puerto Marte y sin Hilda!

Ella chilló de nuevo:

—¡Estupendo! Entonces ven inmediatamente.

Yo me quedé bizco. Aquello era demasiado.

—¿Quieres decir que estás libre…, libre de verdad?

El lector debe saber que a Flora había que pedirle audiencia con días de anticipación. Era algo que se salía de lo corriente. Ella me contestó:

—Oh, tenía un compromiso sin importancia, Max, pero ya lo arreglaré. Tú ven.

—Voy volando —contesté, estallando de puro gozo.

Flora era una de esas chicas… Bien, para que el lector tenga una idea, le diré que en sus habitaciones reinaba la gravedad marciana: 0,4 respecto a la normal en la Tierra. La instalación que la liberaba del campo seudogravitatorio a que se hallaba sometido Puerto Marte era carísima, desde luego, pero si el lector ha sostenido alguna vez entre sus brazos a una chica a 0,4 gravedades, sobran las explicaciones. Y si no lo ha hecho, las explicaciones de nada sirven. Además, le compadezco.

Es algo así como flotar en las nubes.

Corté la comunicación. Sólo la perspectiva de verla en carne y hueso podía obligarme a borrar su imagen con tal celeridad. Salí corriendo de la cabina.

En aquel momento, en aquel preciso instante, con precisión de décimas de segundo, el primer soplo de la catástrofe me rozó.

Aquel primer barrunto estuvo representado por la calva cabeza de aquel desarrapado de Rog Crinton, de las oficinas de Marte, calva que brillaba sobre unos grandes ojos azul pálido, una tez cetrina y un desvaído bigote pajizo. No me molesté en ponerme a gatas y tratar de enterrar la cabeza en el suelo, porque mis vacaciones acababan de comenzar en el mismo momento en que había descendido de la nave.

Por lo tanto, le dije con una cortesía normal:

—¿Qué deseas? Tengo prisa. Me esperan.

Él repuso:

—Quien te espera soy yo. Te he estado esperando en la rampa de descarga.

—Pues no te he visto.

—Tú nunca ves nada.

Tenía razón, porque al pensar en ello, me dije que si él estaba en la rampa de descarga, debería haberse quedado girando para siempre, porque había pasado junto a él como el cometa Halley rozando la corona solar.

—Muy bien —dije entonces—. ¿Qué deseas?

—Tengo un trabajillo para ti.

Yo me eché a reír.

—Acaba de empezar mi mes de permiso, amigo.

—Pero se trata de una alarma roja de emergencia, amigo —repuso él.

Lo cual significaba que me quedaba sin vacaciones, ni más ni menos. No podía creerlo. Así que le dije:

—Vamos, Rog. Sé compasivo. Yo también tengo una llamada de urgencia particular.

—No puede compararse con esto.

—Rog —vociferé—. ¿No puedes encontrar a otro? ¿Es que no hay nadie más?

—Tú eres el único agente de primera clase que hay en Marte.

—Pídelo a la Tierra entonces. En el Cuartel General tienen agentes a montones.

—Esto tiene que hacerse antes de las once de esta misma mañana. Pero, ¿qué pasa? ¿Acaso no tienes que esperar tres días?

Yo me oprimí la cabeza. ¡Qué sabía él!

—¿Me dejas llamar? —le dije.

Tras fulminarlo con la mirada, volví a meterme en la cabina y dije:

—¡Particular!

Flora apareció de nuevo en la pantalla, deslumbrante como un espejismo en un asteroide. Sorprendida, dijo:

—¿Ocurre algo, Max? No vayas a decirme que algo va mal. Ya he anulado el otro compromiso.

—Flora, cariño —repuse—, iré, iré. Pero ha surgido algo.

Ella preguntó con voz dolida lo que ya podía suponerme, y yo contesté:

—No, no es otra chica. Donde estás tú, las demás no cuentan. ¡Cielito! —Sentí el súbito impulso de abrazar la pantalla de vídeo, pero comprendí que eso no es un pasatiempo adecuado para adultos—. Una cosa del trabajo. Pero tú espérame. No tardaré mucho.

Ella suspiró y dijo:

—Muy bien.

Pero lo dijo de una manera que no me gustó, y que me hizo temblar.

Salí de la cabina con paso vacilante y me encaré con aquel pelmazo:

—Muy bien, Rog, ¿qué clase de embrollo me han preparado?

Nos fuimos al bar del astropuerto y nos metimos en un reservado. Rog me explicó.

—El *Antares Giant* llega procedente de Sirio dentro de exactamente media hora; a las ocho en punto.

—Muy bien.

—Descenderán de él tres hombres, mezclados con los demás pasajeros, para esperar al *Space Eater*, que tiene su llegada de la Tierra a las once y sale para Capella poco después. Estos tres hombres subirán al *Space Eater*, y a partir de ese momento quedarán fuera de nuestra jurisdicción.

—Bueno, ¿y qué?

—Entre las ocho y las once permanecerán en una sala de espera especial, y tú les harás compañía. Tengo una imagen tridimensional de cada uno de ellos, con el fin

que puedas identificarlos. En esas tres horas tendrás que averiguar cuál de los tres transporta contrabando.

—¿Qué clase de contrabando?

—De la peor clase. Espaciolina alterada.

—¿Espaciolina alterada?

Me había matado. Sabía perfectamente lo que era la espaciolina. Si el lector ha viajado por el espacio también lo sabrá, sin duda. Y para el caso que no se haya movido nunca de la Tierra, le diré que todos los que efectúan su primer viaje por el espacio la necesitan; casi todos la toman en el primer viaje que realizan; y muchísimas personas ya no saben prescindir jamás de ella. Sin ese producto maravilloso, se experimenta vértigo cuando se está en caída libre, algunos lanzan chillidos de terror y contraen psicosis semipermanentes. Pero la espaciolina hace desaparecer completamente estas molestias y sus efectos. Además, no crea hábito; no posee efectos perjudiciales secundarios. La espaciolina es ideal, esencial, insustituible. Si el lector lo duda, tome espaciolina. Rog continuó:

—Exactamente. Espaciolina alterada. Sólo puede alterarse mediante una sencilla reacción que cualquiera es capaz de realizar en el sótano de su casa. Entonces pasa a ser una droga y se administra en dosis masivas, convirtiéndose en un terrible hábito desde la primera toma. Se la puede comparar a los más peligrosos alcaloides que se conocen.

—¿Y acabamos de descubrirlo precisamente ahora, Rog?

—No. El Servicio conocía la existencia de esa droga desde hace años, y hemos evitado que este peligroso conocimiento se difundiese, manteniendo en el mayor secreto los casos en que se ha hallado droga. Pero ahora las cosas han llegado demasiado lejos.

—¿En qué sentido?

—Uno de los tres individuos que se detendrán aquí transporta cierta cantidad de espaciolina alterada sobre su persona. Los químicos del sistema de Capella, que se encuentra fuera de la Federación, la analizarán y averiguarán la manera de producirla sintéticamente. Después de esto nos encontraremos enfrentados con el dilema de tener que luchar contra la peor amenaza que jamás han provocado los estupefacientes, o tener que suprimir el peligro suprimiendo su causa.

—¿La espaciolina?

—Exacto. Y si suprimimos la espaciolina, de rechazo suprimimos los viajes interplanetarios.

Me resolví a poner el dedo en la llaga:

—¿Cuál de esos tres individuos lleva la droga?

Rog sonrió con desdén.

—¿Crees que te necesitaríamos si lo supiésemos? Eres tú quien tiene que

averiguarlo.

—Me encargas una misión muy arriesgada.

—En efecto; si te equivocas de individuo te expones a que te corten el pelo hasta la laringe. Cada uno de esos tres es un hombre importantísimo en su propio planeta. Uno de ellos es Edward Harponaster; otro, Joaquin Lipsky, y el tercer es Andiamo Ferrucci. ¿Qué te parece?

Tenía razón. Yo conocía aquellos tres nombres. Probablemente el lector los conoce también; y no podía poner la mano encima de ninguno de ellos sin poseer sólidas pruebas, naturalmente.

—¿Y uno de ellos se ha metido en un negocio tan sucio por unos cuantos…?

—Este asunto representa trillones —repuso Rog—, lo cual quiere decir que cualquiera de ellos lo haría con mucho gusto. Y sabemos que es uno de ellos, porque Jack Hawk consiguió averiguarlo antes que le matasen…

—¿Han matado a Jack Hawk?

Durante un minuto me olvidé de la amenaza que pesaba sobre la galaxia a causa de aquellos traficantes de drogas. Y casi, casi, llegué a olvidarme también de Flora.

—Sí, y lo asesinaron a instigación de uno de esos tipos. Tú tienes que descubrirlo. Si nos señalas al criminal antes de las once, cuenta con un ascenso, un aumento de sueldo y la satisfacción de haber vengado al pobre Jack Hawk. Y, por ende, habrás salvado a la galaxia. Pero si señalas a un inocente, crearás un conflicto interestelar, perderás el puesto, y te pondrán en todas las listas negras que hay entre la Tierra y Antares.

—¿Y si no señalo a ninguno de ellos? —pregunté.

—Eso sería como señalar a uno inocente, por lo que se refiere al Servicio.

—O sea que tengo que señalar a uno, pero sólo al culpable, de lo contrario mi cabeza está en juego.

—Harían rebanadas con ella. Estás empezando a comprender, Max.

En una larga vida de parecer feo, Rog Crinton nunca lo había parecido tanto como entonces. Lo único que me consoló al mirarle fue pensar que él también estaba casado y que vivía con su mujer en Puerto Marte todo el año. Y se lo tenía muy merecido. Tal vez me mostraba demasiado duro con él, pero se merecía aquello.

Así que perdí de vista a Rog, me apresuré a llamar a Flora.

—¿Qué pasa? —me preguntó ella.

—Verás, cielito —le dije—, no puedo contártelo ahora, pero se trata de un compromiso ineludible. Ten un poco de paciencia, que terminaré este asunto en seguida, aunque tenga que recorrer a nado todo el Gran Canal hasta el casquete polar en ropa interior, ¿sabes?, o arrancar a Fobos del cielo…, o cortarme en pedacitos y enviarme como paquete postal.

—Vaya —dijo ella, con un mohín de disgusto—, si hubiese, sabido que tenía que

esperar…

Yo di un respingo. Flora, a pesar de su nombre, no era de esas chicas que se impresionan por la poesía. En realidad, ella sólo era una mujer de acción… Pero, después de todo, cuando flotase en brazos de la gravedad marciana en un mar perfumado con jazmín y en compañía de Flora, la sensibilidad poética no sería precisamente la cualidad que yo consideraría más indispensable.

Con una nota de urgencia en la voz, dije:

—Por favor, espérame, Flora. No tardaré. Después ya recuperaremos el tiempo perdido.

Estaba disgustado, desde luego, pero todavía no me dominaba la preocupación. Apenas me había dejado Rog, cuando concebí un plan para descubrir cuál era el culpable.

Era muy fácil. Estuve a punto de llamar a Rog para decírselo, pero no hay ninguna ley que prohíba que la cerveza se suba a la cabeza y que el aire contenga oxígeno. Lo resolvería en cinco minutos y luego me iría disparado a reunirme con Flora; con cierto retraso tal vez, pero con un ascenso en el bolsillo, un aumento de sueldo en mi cuenta y un pegajoso beso del Servicio en ambas mejillas.

Mi plan era el siguiente: los magnates de la industria no suelen viajar mucho por el espacio; prefieren utilizar el transvídeo. Cuando tienen que asistir a alguna importante conferencia interestelar, como era probablemente el caso de aquellos tres, tomaban espaciolina. No estaban suficientemente acostumbrados a viajar por el espacio para atreverse a prescindir de ella. Además, la espaciolina es un producto carísimo, y los grandes potentados siempre quieren lo mejor de lo mejor. Conozco su psicología.

Eso sería perfectamente aplicable a dos de ellos. No obstante, el que transportaba el contrabando no podía arriesgarse a tomar espaciolina…, ni siquiera para evitar el mareo del espacio. Bajo la influencia de la espaciolina, podría revelar la existencia de la droga; o perderla; o decir algo incoherente que luego resultase comprometedor. Tenía que mantener el dominio de sí mismo en todo momento.

Así de sencillo era. Me dispuse a esperar.

El *Antares Giant* arribó puntualmente, y yo esperé con los músculos de las piernas en tensión, para salir corriendo en cuanto hubiese puesto las esposas al inmundo y criminal traficante de drogas y me hubiese despedido de los otros dos eminentes personajes.

El primero en entrar fue Lipsky. Era un hombre de labios carnosos y sonrosados, mentón redondeado, cejas negrísimas y cabello ceniciento. Se limitó a mirarme, para sentarse sin pronunciar palabra. No era aquél. Se hallaba bajo los efectos de la espaciolina.

Yo le dije:

—Buenas tardes.

Con voz soñolienta, él murmuró:

—Ardes surrealista en Panamá corazones en misiones para una taza de té. Libertad de palabra.

Era la espaciolina, en efecto. La espaciolina, que aflojaba los resortes de la mente humana. La última palabra pronunciada por alguien sugería la siguiente frase, en una desordenada asociación de ideas.

El siguiente fue Andiamo Ferrucci. Bigotes negros, largo y cerúleo, tez olivácea, cara marcada de viruelas. Tomó asiento en otra butaca, frente a nosotros.

Yo le dije:

—¿Qué, buen viaje?

Él contestó:

—Baje la luz sobre el testuz del buey de Camagüey, me voy a Indiana a comer.

Lipsky intervino:

—Comercio sabio resabio con una libra de libros en Biblos y edificio fenicios.

Yo sonreí. Me quedaba Harponaster. Ya tenía cuidadosamente preparada mi pistola neurónica, y las esposas magnéticas a punto para ponérselas.

Y en aquel momento entró Harponaster. Era un hombre flaco, correoso, muy calvo, y bastante más joven de lo que parecía en su imagen tridimensional. ¡Y estaba empapado de espaciolina hasta el tuétano!

No pude contener una exclamación:

—¡Atiza!

—Paliza fenomenal sobre mal papel si no tocamos madera en la carretera.

Ferrucci añadió:

—Estera sobre la ruta en disputa por encontrar un ruiseñor.

Y Lipsky continuó:

—Señor, jugaré a ping-pong ante amigos dulces son.

Yo miraba de uno a otro lado mientras ellos iban diciendo tonterías en parrafadas cada vez más breves, hasta que reinó el silencio.

Inmediatamente comprendí lo que sucedía. Uno de ellos estaba fingiendo, pues había tenido suficiente inteligencia para comprender que si no aparecía bajo los efectos de la espaciolina, eso le delataría. Tal vez sobornó a un empleado para que le inyectase una solución salina, o hizo cualquier otro truco parecido.

Uno de ellos fingía. No resultaba difícil representar aquella comedia. Los actores del subetérico hacían regularmente el número de la espaciolina. El lector debe haberlos oído docenas de veces.

Contemplé a aquellos tres hombres y noté que se me erizaban por primera vez los pelos del cuello al pensar en lo que me sucedería si no conseguía descubrir al culpable.

Eran las 8,30, y estaban en juego mi empleo, mi reputación, y mi propia cabeza. Dejé de pensar de momento en ello y pensé en Flora. Desde luego, no me esperaría eternamente. Lo más probable era que ni siquiera me esperase otra media hora.

Entonces me dije: ¿sería capaz el culpable de realizar con la misma soltura las asociaciones de ideas, si le hacía meterse en terreno resbaladizo?

Así es que dije:

—Estoy tan estupefacto que siento estupefacción.

Lipsky pescó la frase al vuelo y prosiguió:

—Estupefacción estupefaciente dijo el cliente con *do re mi fa sol* para ser salvado.

—Salvado con estofado de toro de nada sirve la efervescencia con un cañón —dijo Ferrucci.

—Cañones al son dulzón del trombón —dijo Lipsky.

—Bombón astroso —dijo Ferrucci.

—Oso de cal —dijo Harponaster.

Unos cuantos gruñidos y se callaron.

Lo intenté de nuevo, con mayor cuidado esta vez, pensando que recordarían después todo cuanto yo dijese. Por lo tanto, debía esforzarme por decir frases inofensivas.

Dije pues:

—No hay nada como la espaciolina.

Ferrucci dijo:

—La colina de la mina en la Scala de Milán, tan taran, tan…

Yo interrumpí tan ingeniosas palabras y repetí, mirando a Harponaster:

—Sí, para viajar por el espacio, no hay nada como la espaciolina.

—Avelina con su cama de algodón en rama salta la rana…

Le interrumpí también, dirigiéndome esta vez a Lipsky:

—No hay nada como la espaciolina.

—Melusina toma chocolate con patatas baratas tras los talones de Aquiles.

Uno de ellos añadió:

—Miles de angulas grandes como mulas me tienen que matar.

—Atar después de bailar.

—Hilar muy finas.

—Minas de sal.

—Salga el rey.

—Buey.

Lo intenté dos o tres veces más, hasta que vi que por allí no iría a ninguna parte. El culpable, quienquiera que fuese de los tres, se había ejercitado, o bien poseía un talento natural para efectuar asociaciones de ideas espontáneas. Desconectaba su

cerebro y dejaba que las palabras saliesen al buen tun tun. Además, debía saber lo que yo estaba buscando. Si «estupefacción» con su derivado «estupefaciente» no le habían delatado, la repetición por tres veces consecutivas de la palabra «espaciolina» debía haberlo hecho. Los otros dos nada debían sospechar, pero él sí.

¿Cómo conseguiría descubrirlo entonces? Sentí un odio furioso hacia él y noté que me temblaban las manos. Aquella asquerosa rata, si se escapaba, corrompería toda la galaxia. Por si fuese poco, era culpable de la muerte de mi mejor amigo. Y por encima de todo esto, me impedía acudir a mi cita con Flora.

Me quedaba el recurso de registrarlos. Los dos que se hallaban realmente bajo los efectos de la espaciolina no harían nada por impedirlo, pues no podían sentir emoción, temor, ansiedad, odio, pasión ni deseos de defenderse. Y si uno de ellos hacía el menor gesto de resistencia, ya tendría al hombre que buscaba.

Pero los inocentes recordarían lo sucedido, al recobrar la lucidez. Recordarían que los habían registrado minuciosamente mientras se hallaban bajo los efectos de la espaciolina.

Suspiré. Si lo intentaba, descubriría al criminal, desde luego, pero yo me convertiría después en algo extraordinariamente parecido al hígado trinchado. El Servicio recibiría una terrible reprimenda, el escándalo alcanzaría proporciones cósmicas, y en el aturdimiento y la confusión que esto produciría, el secreto de la espaciolina alterada se difundiría a los cuatro vientos, con lo que todo se iría a rodar.

Desde luego, el culpable podía ser el primero que yo registrase. Tenía una probabilidad entre tres que lo fuese. Pero no me fiaba.

Consulté desesperado mi reloj y mi mirada se enfocó en la hora: las 9:15.

¿Cómo era posible que el tiempo pasase tan de prisa?

¡Oh, Dios mío! ¡Oh, pobre de mí! ¡Oh, Flora!

No tenía elección. Volví a la cabina para hacer otra rápida llamada a Flora. Una llamada rápida, para que la cosa no se enfriase; suponiendo que ya no estuviese helada.

No cesaba de decirme: «No contestará».

Traté de prepararme para aquello, diciéndome que había otras chicas, que había otras…

Todo inútil, no había otras chicas.

Si Hilda hubiese estado en Puerto Marte, nunca hubiera pensado en Flora; eso para empezar, y entonces su falta no me hubiera importado. Pero estaba en Puerto Marte y sin Hilda, y además tenía una cita con Flora.

La señal de llamada funcionaba insistentemente, y yo no me decidía a cortar la comunicación.

¡De pronto contestaron!

Era ella. Me dijo:

—Ah, eres tú.

—Claro, cariño, ¿quién si no podía ser?

—Pues cualquier otro. Otro que viniese.

—Tengo que terminar este asunto, cielito.

—¿Qué asunto? ¿Plastones pa quien?

Estuve a punto de corregir su error gramatical, pero estaba demasiado ocupado tratando de adivinar qué debía significar «plastones».

Entonces me acordé. Una vez le había dicho que yo era representante de plastón. Fue aquel día que le regalé un camisón de plastón que era una monada.

Entonces le dije:

—Escucha. Concédeme otra media hora…

Las lágrimas asomaron a sus ojos.

—Estoy aquí sola y sentada, esperándote.

—Ya te lo compensaré.

Para que el lector vea cuán desesperado me hallaba, le diré que ya empezaba a pensar en tomar un camino que sólo podía llevarme al interior de una joyería, aunque eso significase que mi cuenta corriente mostraría un mordisco tan considerable que para la mirada penetrante de Hilda parecería algo así como la nebulosa Cabeza de Caballo irrumpiendo en la Vía Láctea. Pero entonces estaba completamente desesperado.

Ella dijo, contrita:

—Tenía una cita estupenda y la anulé por ti.

Yo protesté:

—Me dijiste que era un compromiso sin importancia.

Después que lo dije, comprendí que me había equivocado.

Ella se puso a gritar:

—¡Un compromiso sin importancia!

(Eso fue exactamente lo que dijo. Pero de nada sirve tener la verdad de nuestra parte al discutir con una mujer. En realidad, eso no hace sino empeorar las cosas. ¿Es que no lo sabía, estúpido de mí?)

Flora prosiguió:

—Mira que decir eso de un hombre que me ha prometido una finca en la Tierra…

Entonces se puso a charlar por los codos de aquella finca en la Tierra. A decir verdad, casi todos los donjuanes de ocasión que se paseaban por Puerto Marte aseguraban poseer una finca en la Tierra, pero el número de los que la poseían de verdad se podía contar con el sexto dedo de cada mano.

Traté de hacerla callar. Todo inútil.

Por último dijo, llorosa:

—Y yo aquí sola, y sin nadie.

Y cortó el contacto.

Desde luego, tenía razón. Me sentí el individuo más despreciable de toda la galaxia.

Regresé a la sala de espera. Un rastrero botones se apresuró a dejarme paso.

Contemplé a los tres magnates de la industria y me puse a pensar en qué orden los estrangularía lentamente hasta matarlos si pudiese tener la suerte de recibir aquella orden. Tal vez empezaría por Harponaster. Aquel sujeto tenía un cuello flaco y correoso que podría rodear perfectamente con mis dedos, y una nuez prominente sobre la cual podría hacer presión con los pulgares.

La satisfacción que estos pensamientos me proporcionaron fue, a decir verdad, ínfima, y sin darme cuenta murmuré la palabra «¡Cielito!», de pura añoranza.

Aquello los disparó otra vez. Ferrucci dijo:

—Bonito lío tiene mi tío con la lluvia rubia Dios salve al rey…

Harponaster, el del flaco pescuezo, añadió:

—Ley de la selva para un gato malva.

Lipsky dijo:

—Calva cubierta con varias tortillas.

—Pillas niñas son.

—Sonaba.

—Haba.

—Va.

Y se callaron.

Entonces me miraron fijamente. Yo les devolví la mirada. Estaban desprovistos de emoción (dos de ellos al menos), y yo estaba vacío de ideas. Y el tiempo iba pasando.

Seguí mirándoles fijamente y me puse a pensar en Flora. Se me ocurrió que no tenía nada que perder que ya no hubiese perdido. ¿Y si les hablase de ella?

Entonces les dije:

—Señores, hay una chica en esta ciudad, cuyo nombre no mencionaré para no comprometerla. Permítanme que se la describa.

Y eso fue lo que hice. Debo reconocer que las últimas dos horas habían aumentado hasta tal punto mis reservas de energía, que la descripción que les hice de Flora y de sus encantos asumió tal calidad poética que parecía surgir de un manantial oculto en lo más hondo de mi ser subconsciente.

Los tres permanecían alelados, casi como si escuchasen, sin interrumpirme apenas. Las personas sometidas a la espaciolina se hallan dominadas por una extraña cortesía. No interrumpen nunca al que está hablando. Esperan a que éste termine.

Seguí describiéndoles a Flora con un tono de sincera tristeza en mi voz, hasta que los altavoces anunciaron estruendosamente la llegada del *Space Eater*.

Había terminado. En voz alta, les dije:

—Levántense, caballeros. —Para añadir—: Tú no, asesino.

Y sujeté las muñecas de Ferrucci con mis esposas magnéticas, casi sin darle tiempo a respirar.

Ferrucci luchó como un diablo. Naturalmente, no se hallaba bajo la influencia de la espaciolina. Mis compañeros descubrieron la peligrosa droga, que transportaba en paquetes de plástico color carne adheridos a la parte interior de sus muslos. De esta manera resultaban invisibles; sólo se descubrían al tacto, y aun así, había que utilizar un cuchillo para cerciorarse.

Rog Crinton, sonriendo y medio loco de alegría, me sujetó después por la solapa para sacudirme como un condenado:

—¿Cómo lo hiciste? ¿Cómo conseguiste descubrirlo?

Yo respondí, tratando de desasirme:

—Estaba seguro que uno de ellos fingía hallarse bajo los efectos de la espaciolina. Así es que se me ocurrió hablarles… (adopté precauciones…, a él no le importaban en lo más mínimo los detalles), ejem, de una chica, ¿sabes?, y dos de ellos no reaccionaron, con lo cual comprendí que se hallaban drogados. Pero la respiración de Ferrucci se aceleró y aparecieron gotas de sudor en su frente. Yo la describí muy a lo vivo, y él reaccionó ante la descripción, con lo cual me demostró que no se hallaba drogado. Ahora, ¿harás el favor de dejarme ir?

Me soltó, y casi me caí de espalda.

Me disponía a salir corriendo…, los pies se me iban solos, cuando de pronto di media vuelta y volví de nuevo junto a mi amigo.

—Oye, Rog —le dije—. ¿Podrías firmarme un vale por mil créditos, pero no como anticipo de mi paga…, sino en concepto de servicios prestados a la organización?

Entonces fue cuando comprendí que estaba verdaderamente loco de alegría y que no sabía cómo demostrarme su gratitud, pues me dijo:

—Naturalmente, Max, naturalmente. Pero mil es poco… Te daré diez mil, si quieres.

—Quiero —repuse, sujetándole yo para variar—. Quiero. ¡Quiero!

Él me extendió un vale en papel oficial del Servicio por diez mil créditos; dinero válido, contante y sonante en toda la galaxia. Me entregó el vale sonriendo, y en cuanto a mí, no sonreía menos al recibirlo, como puede suponerse.

Respecto a la forma de contabilizarlo, era cuenta suya; lo importante era que yo no tendría que rendir cuentas de aquella cantidad a Hilda.

Por última vez, me metí en la cabina para llamar a Flora. No me atrevía a concebir demasiadas esperanzas hasta que llegase a su casa. Durante la última media hora, ella había podido tener tiempo de llamar a otro, si es que ese otro no estaba ya

con ella.

«Que responda. Que responda. Que res…»

Respondió, pero estaba vestida para salir. Por lo visto, la había pillado en el momento mismo de marcharse.

—Tengo que salir —me dijo—. Aún existen hombres formales. En cuanto a ti, deseo no verte más. No quiero verte ni en pintura. Me harás un gran favor, señor cantamañanas, si no vuelves a llamarme nunca más en tu vida y…

Yo no decía nada. Me limitaba a contener la respiración y sostener el vale de manera que ella pudiese verlo. No hacía más que eso.

Pero fue bastante. Así que terminó de decir las palabras «nunca más en tu vida y…», se acercó para ver mejor. No era una chica excesivamente culta, pero sabía leer «diez mil créditos» más de prisa que cualquier graduado universitario de todo el Sistema Solar.

Abriendo mucho los ojos, exclamó:

—¡Max! ¿Son para mí?

—Todos para ti, cielito. Ya te dije que tenía que resolver cierto asuntillo. Quería darte una sorpresa.

—Oh, Max, qué delicado eres. Bueno, todo ha sido una broma. No lo decía en serio, como puedes suponer. Ven en seguida. Te espero.

Y empezó a quitarse el abrigo.

—¿Y tu cita, qué? —le pregunté.

—¿No te he dicho que bromeaba?

—Voy volando —dije, sintiéndome desfallecer.

—Bueno, no te vayas a olvidar del valecito ese, ¿eh? —dijo ella, con una expresión pícara.

—Te los daré del primero al último.

Corté el contacto, salí de la cabina y pensé que por último estaba a punto…, a punto…

Oí que me llamaban por mi nombre de pila.

—¡Max, Max!

Alguien venía corriendo hacia mí.

—Rog Crinton me dijo que te encontraría por aquí. Mamá se ha puesto bien, ¿sabes? Entonces conseguí encontrar todavía pasaje en el *Space Eater*, y aquí me tienes… Oye, ¿qué es eso de los diez mil créditos?

Sin volverme, dije:

—Hola, Hilda.

Y entonces me volví e hice la cosa más difícil de toda mi vida de aventurero del espacio. Conseguí sonreír.

Los buitres bondadosos

Hacía ya quince años que los hurrianos mantenían su base en la cara invisible de la Luna.

Era algo sin precedentes; inaudito. Ningún hurriano había podido ni soñar que les entretendrían tanto tiempo. Las escuadrillas de descontaminación estaban dispuestas y esperando durante aquellos quince años; listas para descender como exhalaciones a través de las nubes radiactivas y salvar lo que pudiese salvarse para los escasos supervivientes… A cambio, naturalmente, de una paga justa y equitativa.

Pero el planeta había girado quince veces en torno a su sol. Cada vez que completaba una revolución, el satélite había girado casi trece veces en torno al planeta. Y durante todo aquel tiempo, la guerra nuclear no había estallado.

Los grandes primates inteligentes hacían estallar bombas nucleares en diversos puntos de la superficie del planeta. La estratosfera del mismo se había ido recalentando extraordinariamente con desechos radiactivos. Pero la guerra seguía sin estallar.

Devi-en deseaba con toda su alma que lo relevasen. Era el cuarto capitán que se hallaba al frente de aquella expedición colonizadora (si aún se la podía seguir llamando así, después de quince años de animación suspendida), y nada le habría alegrado más que el que un quinto capitán viniese a sustituirle. La inminente llegada del Archiadministrador enviado por el planeta materno para que informase personalmente sobre la situación indicaba que su relevo tal vez estaba próximo. ¡Ojalá!

Se hallaba en la superficie de la Luna, metido en su traje del espacio y pensando en Hurria, su planeta natal. Mientras pensaba movía incansablemente largos y delgados brazos como si su instinto milenario le hiciese ansiar los árboles ancestrales. Sólo se alzaba noventa centímetros sobre el suelo. Lo poco que podía verse de él a través del visor transparente de su casco era una cara negra y velluda, de frente arrugada, y nariz carnosa y móvil. El pequeño mechón de pelos finos que formaba su barba contrastaba vivamente, pues era de un blanco purísimo. En la parte trasera de la escafandra, un poco más abajo de su centro, se veía un bulto destinado a alojar cómodamente la corta y gruesa cola de los hurrianos.

Devi-en no se preocupaba lo más mínimo por su apariencia, desde luego, pero se daba perfecta cuenta de las diferencias que separaban a los hurrianos de las restantes inteligencias de la galaxia. Solamente los hurrianos eran tan pequeños; únicamente ellos poseían cola y eran vegetarianos…, y sólo ellos se habían salvado de la inevitable guerra nuclear que había destruido a las demás especies racionales conocidas.

Se erguía en la llanura amurallada de muchos kilómetros de extensión…, tan

vasta, en realidad, que su borde elevado y circular (que en Hurria hubiera sido llamado un cráter, de haber sido más pequeño) se perdía tras el horizonte. Junto a la pared meridional del circo, en un lugar bastante protegido de la acción directa de los rayos solares, había crecido una ciudad. Por supuesto, comenzó como un campamento provisional, pero con el transcurso de los años los hurrianos trajeron hembras de su especie, y nacieron niños. En la actualidad había allí escuelas y complicadas plantaciones hidropónicas, grandes depósitos de agua, y todo cuanto es necesario para abastecer a una ciudad en un mundo sin aire.

¡Resultaba ridículo! Y todo porque un planeta que tenía armas atómicas no se decidía a desencadenar una guerra.

El Archiadministrador, cuya llegada era inminente, se haría sin duda la misma pregunta que Devi-en se había formulado un incontable número de veces: ¿Por qué no había estallado una guerra nuclear?

Devi-en observó como los toscos y pesados mauvs preparaban el terreno para el aterrizaje, alisando las desigualdades del mismo y extendiendo la capa protectora de cerámica, destinada a absorber el empuje hiperatómico que se ejercería contra el campo, con el fin de evitar la menor incomodidad para los pasajeros que ocuparían la astronave.

Incluso cubiertos por sus escafandras del espacio, los mauvs parecían rebosar fuerza, pero era la fuerza muscular únicamente. Más allá se veía la figurilla de un hurriano dando órdenes, que los mauvs obedecían con docilidad. Naturalmente.

La raza mauviana era la única, entre las restantes especies de grandes primates inteligentes, que pagaba su tributo con algo completamente insólito: su aportación personal, en lugar de enviar artículos de consumo. Aquello constituía un tributo verdaderamente útil, mejor que el acero, el aluminio o las especias.

Una voz resonó de pronto en el receptor de Devi-en:

—Hemos avistado la nave, señor. Aterrizará antes de una hora.

—Muy bien —dijo Devi-en—. Que preparen mi coche para llevarme a la nave en cuanto se inicie el aterrizaje.

Algo le decía que las cosas no iban muy bien.

Apareció el Archiadministrador, escoltado por un séquito de cinco mauvs, su guardia personal. Penetraron en la ciudad con él, uno a cada lado y tres cerrando la marcha. Le ayudaron a despojarse de su escafandra y luego se quitaron las suyas.

Sus cuerpos casi lampiños, sus anchas y toscas facciones, sus narices aplastadas y pómulos salientes resultaban repulsivos pero no causaban espanto. Aunque tenían una estatura doble que la de los hurrianos y eran mucho más fornidos que éstos, había una docilidad en su mirada, algo tan sumiso en su aspecto, que no inspiraban temor, a pesar de sus gruesos y musculosos cuellos y sus poderosos brazos, que pendían desvalidos.

El Archiadministrador los despidió con un gesto y ellos se fueron como una jauría de perros obedientes. En realidad, él no necesitaba su protección, pero el cargo que ostentaba requería un séquito de cinco mauvs, y tenía que atenerse al protocolo.

Ni durante la comida ni durante el interminable ritual de bienvenida hablaron de asuntos de estado, pero cuando llegó un momento que resultaba más adecuado para irse a dormir, el Archiadministrador se acarició la barbita con sus pequeños dedos y preguntó:

—¿Cuánto tiempo tendremos que esperar aún para este planeta, capitán?

Devi-en observó que estaba muy envejecido. El pelo de sus extremidades superiores era canoso, y los mechones de los codos corrían parejos en blancura con su barba.

—No sabría decírselo, Alteza —repuso Devi-en humildemente—. No han seguido el camino acostumbrado.

—Eso salta a la vista. Lo que yo pregunto es por qué no lo han seguido. El Consejo opina que tus informes prometen más que dan. Hablas de teorías pero no das ningún detalle. Tienes que saber que en Hurria ya empezamos a estar hartos de este asunto. Si sabes algo que todavía no nos has comunicado, ahora es el momento de decírmelo.

—La cuestión resulta difícil de demostrar, Alteza. Nunca habíamos podido espiar a una raza durante tanto tiempo. Hasta fecha muy reciente no nos hemos dedicado a observar lo que importa. Todos los años creíamos que la guerra nuclear estallaría de un momento a otro, y sólo desde que yo soy capitán nos hemos dedicado a estudiar con mayor intensidad a esa gente. Una de las pocas ventajas que nos ha reportado esta larga espera ha sido que hemos podido aprender bien algunos de sus principales idiomas.

—¿Ah, sí? ¿Sin desembarcar siquiera en el planeta?

Devi-en se lo explicó:

—Algunas de nuestras naves que penetraron en la atmósfera planetaria en misiones de observación, particularmente durante los primeros años, captaron bastante emisiones de radio. Utilicé nuestras computadoras lingüísticas para descifrarlas, y a lo largo del año pasado empecé a formarme una idea básica para comprenderlas.

El Archiadministrador le miraba sorprendido, conteniendo a duras penas una exclamación de asombro, que hubiera sido completamente superflua.

—¿Y has descubierto algo de interés?

—Es posible, Alteza, pero lo que conseguí averiguar es tan extraño y resulta tan difícil obtener pruebas palpables de ello que no me atreví a mencionarlo en mis informes oficiales.

El Archiadministrador lo comprendió así. Muy rígido, preguntó:

—¿Te importaría exponerme tus opiniones…, de un modo extraoficial?

—Lo haré con sumo gusto, señor —repuso inmediatamente Devi-en—. Los habitantes de este planeta pertenecen, por supuesto, al grupo de los primates superiores. Y se hallan animados por un espíritu de lucha, que crea entre ellos innumerables rivalidades.

Su interlocutor dejó escapar algo que parecía un suspiro de alivio, y se pasó rápidamente la lengua por la nariz.

—Por un momento —dijo— había cruzado por mi cerebro la terrible idea que estuviesen desprovistos del espíritu de lucha que pudiese… Pero te ruego que prosigas.

—Poseen espíritu de lucha y emulación —le dijo Devi-en—. Y muy superior al normal, se lo aseguro.

—Entonces, ¿por qué no se produce el curso natural de los acontecimientos?

—Hasta cierto punto, las cosas siguen el curso marcado, Alteza. Tras el largo período de incubación acostumbrado, empezaron a mecanizarse; y después de eso, las matanzas normales entre primates superiores se convirtieron en verdaderas guerras destructoras. Al finalizar su más reciente conflicto bélico a gran escala, surgieron las armas nucleares y la guerra terminó inmediatamente.

El Archiadministrador asintió.

—¿Y después? —preguntó.

—Después de eso —repuso Devi-en—, lo normal hubiera sido que estallase una nueva guerra, esta vez con armas atómicas, y durante la misma se hubieran desarrollado rápidamente las armas nucleares, adquiriendo un terrible poder destructor, para ser utilizado al estilo típico de los grandes primates, con el resultado que hubiera reducido la población en un santiamén a un puñado de supervivientes hambrientos que subsistirían penosamente en un mundo poblado de ruinas.

—Naturalmente, pero eso no sucedió. ¿Por qué no sucedió?

—Existe una posible explicación. Una vez metida por el camino de la mecanización, esta raza progresó con una rapidez extraordinaria.

—¿Y qué? —repuso el dignatario hurriano—. ¿Y eso qué importa? De ese modo, descubrieron las armas nucleares mucho antes.

—Es cierto. Pero después de la última guerra mundial, continuaron perfeccionando sus armas nucleares con una rapidez insólita. Ése es el inconveniente. La potencia de estas armas había llegado a ser aterradora antes que la nueva guerra hubiese tenido tiempo de comenzar, y ahora la situación ha llegado a un punto en que ni siquiera estos belicosos primates se atreven a enzarzarse en una guerra.

El Archiadministrador abrió desmesuradamente sus ojillos negros y redondos.

—Pero eso es imposible. Me importa un bledo el talento técnico que posean estos seres. La ciencia militar sólo progresa durante la guerra y gracias a ella.

—Tal vez eso no sea así en el caso de estos seres particulares. Sin embargo, aunque lo fuese, lo curioso del caso es que ya están metidos en una guerra; no de verdad, pero guerra después de todo.

—¿No de verdad, pero guerra después de todo? —repitió el Archiadministrador, estupefacto—. ¿Qué significa eso?

—No lo sé con seguridad —dijo Devi-en, moviendo la nariz con exasperación—. Ahí es donde fallan mis intentos por ordenar de una manera lógica las informaciones dispares que poseemos. En este planeta tiene lugar lo que ellos llaman una Guerra Fría. Sea lo que sea, es algo que impulsa enormemente sus investigaciones, pero no provoca el aniquilamiento nuclear.

—¡Imposible! —exclamó el Archiadministrador.

—Ahí está el planeta, Alteza. Y aquí estamos nosotros. Quince años esperando.

El Archiadministrador levantó sus largos brazos, cruzándolos sobre la cabeza hasta que sus manos tocaron los hombros opuestos.

—En ese caso, sólo existe una solución. El Consejo ha tenido en cuenta la posibilidad que este planeta haya alcanzado una especie de *impasse*, una especie de paz armada que se mantiene en equilibrio al borde de una guerra nuclear. Algo parecido a lo que acabas de describir, aunque nadie dio los argumentos que tú has presentado. Pero es una situación inadmisible.

—¿Sí, Alteza?

—Sí —repuso el Archiadministrador, haciendo un esfuerzo visible—. Cuanto más tiempo se prolongue esta situación de equilibrio, mayores serán las probabilidades para que algún primate superior descubra la manera de efectuar viajes interestelares. Entonces, esta raza se desparramaría por la galaxia, a la que aportaría sus luchas y rivalidades. ¿Comprendes?

—¿Y qué hay que hacer, entonces?

El Archiadministrador hundió la cabeza entre los brazos, como si ni él mismo quisiera oír lo que iba a decir. Con voz ahogada, dijo:

—Para sacarles del precario equilibrio en que se encuentran, capitán, no hay más remedio que darles un empujón. Y se lo daremos nosotros.

A Devi-en se le revolvió el estómago, y la cena que había ingerido le subió a la garganta, produciéndole náuseas.

—¿Nosotros les daremos el empujón, Alteza?

Su mente se negaba a admitir aquella monstruosa posibilidad.

Pero el Archiadministrador se lo dijo sin ambages:

—Les ayudaremos a comenzar su guerra atómica. —Parecía dominado por la misma repugnancia y disgusto que afectaban a Devi-en. En un susurro, añadió—: ¡No tenemos más remedio!

Devi-en casi se había quedado sin habla. También en un susurro, preguntó:

—Pero, ¿cómo puede hacerse una cosa tan horrible, Alteza?

—No lo sé… Y no me mires así. La decisión no es cuenta mía. Corresponde al Consejo. Estoy seguro que comprenderán las consecuencias que tendría para la galaxia la irrupción en el espacio de una raza de grandes primates inteligentes y poderosos, no amansada por una guerra nuclear.

Devi-en se estremeció ante esta perspectiva. El espíritu de lucha y emulación suelto por la galaxia… Sin embargo, insistió:

—Pero, ¿cómo se empieza una guerra nuclear? ¿Cómo se hace?

—Lo ignoro absolutamente, ya te lo dije. Pero debe existir alguna norma; tal vez un…, un mensaje que pudiésemos enviar… O una tempestad que pudiésemos impulsar reuniendo formaciones nubosas… Podemos alterar considerablemente sus condiciones meteorológicas, si nos lo proponemos.

—Pero ¿cree, Alteza, que eso bastaría para originar una guerra nuclear? —preguntó Devi-en, escéptico.

—Tal vez no. Lo menciono únicamente a modo de ejemplo. Pero esos primates lo saben. Ten en cuenta que son ellos quienes inician las guerras nucleares de verdad. Eso se halla impreso en su cerebro. Y ahora viene la decisión principal adoptada por el Consejo.

Devi-en notó el leve ruido que hacía su cola al golpear suavemente la silla. Trató de evitarlo, sin conseguirlo.

—¿Cuál es la decisión, Alteza?

—Capturar a un primate superior en la propia superficie del planeta. Raptarlo.

—¿Un primate salvaje?

—Por el momento, en el planeta sólo existen primates salvajes. Todavía no han sido domesticados.

—¿Y qué cree el Consejo que conseguiremos con eso?

Devi-en hundió la cabeza todo cuanto pudo entre sus paletillas. Le temblaba la piel de los sobacos a causa de la repulsión que experimentaba. ¡Capturar a uno de aquellos grandes primates salvajes! Trató de imaginarse a uno de ellos, aún no domeñado por los embrutecedores efectos de una guerra nuclear, todavía no alterado por la civilizadora influencia de la eugenesia hurriana.

El Archiadministrador no hizo el menor intento por ocultar la evidente repulsión que él también sentía, pero dijo:

—Tú irás al frente de la expedición de captura, capitán. Piensa que es por el bien de la galaxia.

Devi-en había visto bastantes veces el planeta, pero cada vez que rodeaba a la Luna con su nave y aquel mundo aparecía en su campo de visión, le dominaba una oleada de insufrible nostalgia.

Era un hermoso planeta, muy semejante a Hurria en cuanto a dimensiones y características, pero más salvaje y grandioso. Su contemplación, viniendo de la desolada Luna, causaba una impresión extraordinaria.

Se preguntó cuántos planetas como aquél figurarían entonces en las listas de colonización de los hurrianos. ¿Cuántos otros planetas existirían, respecto a los cuales los grupos de meticulosos observadores comunicarían cambios de apariencia periódicos, que sólo podrían interpretarse como causados por sistemas de cultivo artificiales de plantas alimenticias? ¿Por cuántas veces en el futuro llegaría un día en que la radiactividad en la alta atmósfera de uno de aquellos planetas empezaría a subir, en que las escuadrillas de colonización partirían raudas al observar aquellas inequívocas señales?

… Como era el caso de aquel planeta.

Causaba verdadera pena la confianza con que los hurrianos procedieron al principio. Devi-en hubiera reído de buena gana al leer aquellos primeros informes, si no se hubiese encontrado atrapado en la actualidad en la misma empresa. Las navecillas de exploración de los hurrianos se habían acercado al planeta para recoger datos geográficos y localizar los centros de población. Desde luego fueron avistadas, pero eso poco importaba ya, estando tan próxima, como ellos creían, la explosión final.

¿Tan próxima?… Fueron pasando los años y las navecillas de reconocimiento empezaron a adoptar mayores precauciones, y se apartaron del planeta.

La navecilla de Devi-en también avanzaba cautelosamente en aquella ocasión. Sus tripulantes estaban muy nerviosos a causa del carácter repelente que tenía aquella misión; por más que Devi-en les aseguró que no pensaban hacer daño al gran primate que iban a capturar, ellos se mostraban inquietos. Aun así, tenían que proceder con calma. La captura tenía que efectuarse en un lugar desierto. Así, permanecieron varios días en la navecilla, inmóviles a una altura de dieciséis kilómetros, cerniéndose sobre una región fragosa, desierta e inculta. A medida que transcurría el tiempo, el nerviosismo de la tripulación aumentaba. Solamente los estólidos mauvs conservaban la calma.

Hasta que un día la pantalla les mostró a uno de aquellos seres, que avanzaba solo por el terreno desigual, con un largo bastón en una mano y una mochila a la espalda.

La nave descendió silenciosamente, a velocidad supersónica. El propio Devi-en, con el pelo erizado, empuñaba los mandos.

Pudieron oír que aquel ser decía dos cosas antes que lo capturasen, y estas frases fueron los primeros comentarios registrados para analizarlos más tarde con la computadora mentálica.

La primera frase, pronunciada por el gran primate cuando éste advirtió la nave casi encima de su cabeza, fue captada por el telemicrófono direccional, y fue la

siguiente:

—¡Dios mío! ¡Un platillo volante!

Devi-en comprendió la segunda parte de la frase. Era así como los grandes primates denominaban a las naves hurrianas; aquel término se había puesto en boga durante aquellos años de observación descuidada.

Aquella salvaje criatura pronunció su segunda frase cuando la subieron a la nave, debatiéndose como una fiera pero sin poder librarse del férreo abrazo de los imperturbables mauvs.

Devi-en, jadeante, con su carnosa nariz temblando ligeramente, se adelantó a recibirle, y aquel ser (cuya cara desagradable y lampiña estaba recubierta de una secreción aceitosa) vociferó:

—¡Lo que faltaba! ¡Un mono!

Devi-en comprendió también la segunda parte de la frase. Con aquella palabra se designaba a una especie de pequeños primates en uno de los principales idiomas del planeta.

El cautivo, de un salvajismo extraordinario, era casi imposible de manejar. Hizo falta infinita paciencia antes de poder dirigirle la palabra de una manera razonable. Al principio sufría crisis tras crisis. El primate se dio cuenta casi inmediatamente que se lo llevaban de la Tierra, y lo que Devi-en creía que supondría una emocionante experiencia para él, resultó ser todo lo contrario. Se pasaba el tiempo hablando de sus crías y de una hembra.

«Tienen mujeres e hijos —pensó Devi-en, lleno de compasión—, y a su manera los quieren, pues son primates superiores.»

Luego hubo que hacerle comprender que los mauvs que lo custodiaban y lo sujetaban cuando sus accesos de violencia lo hacían necesario no le harían daño, y que nadie pensaba maltratarlo.

(Devi-en sentía náuseas ante la idea que un ser racional pudiese causar daño a otro. Le resultaba difícil, dificilísimo, hablar de aquel tema, aunque sólo fuese para admitir la posibilidad un momento y negarla en seguida. El ser arrebatado a aquel planeta consideraba con gran suspicacia aquellas vacilaciones. Aquellos grandes primates eran así.)

Durante el quinto día, cuando tal vez a causa de su agotamiento aquel ser permaneció mucho rato tranquilo, Devi-en pudo hablar con él en su propio camarote, y de pronto el primero se encolerizó cuando el hurriano se puso a explicarle, sin dar mayor importancia a la cosa, que ellos esperaban a que estallase una guerra nuclear.

—¿Conque ustedes están esperando eso, eh? —gritó aquel ser—. ¿Y qué les hace estar tan seguros que habrá una guerra?

Devi-en no estaba seguro de ello, por supuesto, pero repuso:

—Siempre termina por producirse una guerra nuclear. Nosotros nos proponemos venir en su ayuda después de ella.

—Después de ella, ¿eh?

Empezó a proferir palabras incoherentes. Movió con violencia los brazos, y los mauvs apostados junto a él tuvieron que sujetarlo con suavidad y llevárselo.

Devi-en suspiró. Ya tenía una buena colección de frases pronunciadas por el primate… Tal vez la computadora consiguiera desentrañar algo gracias a ellas. En cuanto a él, le resultaban completamente disparatadas.

Además, aquel ser no medraba. Su cuerpo estaba casi totalmente desprovisto de vello, hecho que la observación a larga distancia no había revelado, debido a las pieles artificiales con que se cubrían, ya fuese para procurarse calor o a causa de la repulsión instintiva que incluso aquellos grandes primates experimentaban por la epidermis desprovista de pelo.

Hecho sorprendente: en la cara de aquel ser había empezado a brotar un vello parecido al que cubría la cara del hurriano, aunque más abundante y más oscuro.

Pero lo principal era que no medraba. Había adelgazado mucho, pues apenas probaba bocado, y si aquello duraba mucho, su salud se resentiría. Devi-en no quería, de ningún modo, asumir aquella responsabilidad.

Al día siguiente, el gran primate se mostraba muy calmado. Casi hablaba con animación, volviendo al tema de la guerra nuclear, que era lo que más parecía interesarle. (¡Qué atracción tan terrible ejercía aquel tema sobre la mente de los grandes primates!, se dijo Devi-en.)

—¿Dices que siempre acaba produciéndose la guerra nuclear? —dijo el primate —. ¿Significa eso que existen otros seres además de nosotros, ustedes y… ellos?

E indicó a los mauvs, apostados junto a él.

—Existen millares de especies inteligentes, que habitan en miles de mundos. Muchos miles —respondió Devi-en.

—¿Y todos ellos tienen guerras nucleares?

—Todos cuantos han alcanzado determinado nivel técnico. Todos menos nosotros. Nosotros somos distintos. Nos falta el espíritu de lucha. En cambio, poseemos el instinto de la cooperación.

—¿Quieres decir que ustedes saben que ocurrirán guerras nucleares y no hacen nada por evitarlas?

—Sí, hacemos lo que podemos —repuso Devi-en dolido—. Nos esforzamos por prestarles ayuda. En los antiguos tiempos de mi pueblo, cuando descubrimos los viajes interplanetarios, no comprendíamos a los grandes primates, los cuales rechazaban sistemáticamente nuestros ofrecimientos de amistad, hasta que renunciamos a seguir ofreciéndosela. Fue entonces cuando descubrimos mundos cubiertos de ruinas radiactivas. Hasta que por último llegamos a un mundo enzarzado

en una terrible guerra nuclear. Quedamos horrorizados, pero nada pudimos hacer. Poco a poco fuimos descubriendo la verdad. Actualmente, nos hallamos ya en disposición de intervenir en cualquier mundo que haya alcanzado la era nuclear. Después de la guerra que lo destruye, intervenimos con nuestros equipos de descontaminación y nuestros analizadores eugenésicos.

—¿Qué son los analizadores eugenésicos?

Devi-en había creado aquella expresión por analogía con lo que conocía del idioma de aquellos primates. Ahora, midiendo cuidadosamente sus palabras, contestó:

—Regulamos las uniones y las esterilizaciones para extirpar en lo posible el instinto belicoso en los supervivientes.

Por unos momentos creyó que el primate iba a montar nuevamente en cólera.

Pero en lugar de ello, su salvaje interlocutor dijo con voz monótona:

—Los convierten en dóciles criaturas como ésos, ¿verdad?

E indicó de nuevo a los mauvs.

—No, no. Ésos son distintos. Sencillamente, conseguimos que los supervivientes se contenten con vivir en el seno de una sociedad pacífica, sin ambiciones de conquista ni agresión, sometida a nuestra égida. Sin esta premisa, se destruirían mutuamente, como se destruyeron, antes de nuestra llegada.

—¿Y ustedes qué obtendrán a cambio de eso?

Devi-en miró con expresión de duda al salvaje. ¿Era verdaderamente necesario explicarle cuál era el placer fundamental de la vida? Sin embargo, le preguntó:

—¿No te satisface ayudar al prójimo?

—Prosigue. Dejando eso aparte, ¿qué sacan a cambio?

—Naturalmente, Hurria recibe ciertos tributos.

—Ya.

—Considero que lo menos que puede hacer una especie que nos debe su salvación es pagárnoslo de alguna manera —protestó Devi-en—. Además, hay que amortizar los gastos de la operación. No les pedimos mucho, y siempre cosas que se adapten a la propia naturaleza de su mundo. Por ejemplo, puede ser un envío anual de madera, si se trata de un mundo selvático; sales de manganeso, en un mundo que las tenga… Como el mundo de donde proceden los mauvs es muy pobre en recursos naturales, se han ofrecido a facilitarnos cierto número de ellos para que los empleemos como ayudantes personales. Poseen una fuerza tremenda, notable incluso entre los grandes primates, y los sometemos a la acción de drogas indoloras anticerebrales.

—¡Hacen de ellos una especie de zombies, vaya!

Devi-en conjeturó el significado de aquella palabra, y repuso con indignación:

—¡Nada de eso! Lo hacemos únicamente para que se hallen contentos con su

papel de servidores y se olviden de sus hogares. No queremos de ningún modo que se sientan desdichados. ¡Ten en cuenta que son seres inteligentes!

—¿Y qué harían con la Tierra si nosotros librásemos una guerra nuclear?

—Hemos tenido quince años para decidirlo —repuso Devi-en—. Vuestro mundo es muy rico en hierro y ha creado una magnífica industria siderúrgica. Me parece que les pediríamos acero. —Suspiró—. Pero en este caso vuestra contribución no compensaría los gastos. Llevamos por lo menos diez años de más en nuestra espera.

—¿A cuántas razas imponen esta clase de contribuciones? —le preguntó el gran primate.

—Desconozco su número exacto. Desde luego, a más de mil.

—Entonces, ustedes son los pequeños reyes de la galaxia, ¿no te parece? Mil mundos se aniquilan para contribuir a vuestro bienestar. Pero además son otra cosa.

El salvaje empezaba a alzar la voz, la cual adquiría un tono agudo.

—Son unos buitres —declaró.

—¿Buitres? —dijo Devi-en, tratando de recordar aquella palabra.

—Devoradores de carroña. Unos pajarracos que esperan hasta que muera de sed algún pobre animal en el desierto, y entonces descienden para comerse su cadáver.

Devi-en notó que se mareaba al evocar en su mente aquella horrible imagen. Se sintió desfallecer. Con voz débil, dijo:

—No, no… Nosotros ayudamos a las especies.

—Esperan a que estalle la guerra, como una bandada de buitres.

Transcurrieron varios días antes que Devi-en se sintiese capaz de entrevistarse de nuevo con el salvaje. Estuvo a punto de faltarle al respeto al Archiadministrador, cuando éste insistió una y otra vez en que le faltaban datos suficientes para realizar un análisis completo de la estructura mental de aquellos salvajes.

Audazmente, Devi-en afirmó:

—Seguramente, hay datos más que suficientes para dar alguna solución a nuestro problema.

La nariz del Archiadministrador tembló, y su lengua rosada pasó sobre ella reflexivamente.

—Tal vez exista una solución, pero no confío en ella. Nos enfrentamos con una especie que se aparta por completo de lo corriente. Eso ya lo sabíamos. No podemos cometer la más leve equivocación… Una cosa, antes de terminar. Hemos capturado un ejemplar extremadamente inteligente. A menos que… A menos que represente el tipo moral de su raza.

Esta idea pareció soliviantar al Archiadministrador.

Devi-en dijo:

—Ese salvaje evocó la horrible imagen de aquel…, de aquel pájaro…, de aquel llamado…

—Buitre —completó el Archiadministrador.

—Esa imagen da a toda nuestra empresa una luz completamente diferente. Desde entonces he sido incapaz de comer como es debido, ni de dormir. A decir verdad, mucho me temo que tendré que pedir el relevo…

—Pero no antes de terminar lo que nos ha traído aquí —dijo el Archiadministrador con firmeza—. ¿Crees que me gusta sentirme un… devorador de carroña?… Debes reunir más datos.

Finalmente, Devi-en asintió. Naturalmente, lo había entendido. El Archiadministrador no deseaba más que cualquier otro hurriano originar una guerra atómica. Daba largas al asunto todo cuanto le estaba permitido.

Devi-en se dispuso a celebrar una nueva entrevista con el salvaje. Resultó algo completamente insoportable, y la última que celebró.

El salvaje mostraba una contusión en la mejilla, como si se hubiese resistido de nuevo a los mauvs. En realidad, les había ofrecido resistencia. Les había enfrentado tantas veces que los mauvs, a pesar de todos sus esfuerzos por no hacerle daño, no habían podido evitar lastimarle en una ocasión. Era de suponer que el salvaje se daría cuenta de hasta qué punto ellos trataban de no hacerle daño, y que eso hubiera debido aplacarlo. En cambio, era como si el convencimiento de la seguridad en que se hallaba lo estimulase a ofrecer más resistencia.

(Aquellas especies de primates superiores eran malignas, malignas y resabiadas, se dijo Devi-en con tristeza.)

Durante más de una hora la conversación giró en torno a cuestiones sin importancia, hasta que el salvaje preguntó envalentonándose de pronto:

—¿Cuánto tiempo dices que han estado observándonos, mamarrachos?

—Quince de vuestros años —repuso Devi-en.

—Eso concuerda. Los primeros platillos volantes fueron vistos poco después de la segunda guerra mundial. ¿Cuánto tiempo faltaba entonces para la guerra nuclear?

Con automática sinceridad, Devi-en contestó:

—Ojalá lo supiese.

Y se interrumpió de pronto.

El salvaje prosiguió:

—Yo creía que la guerra nuclear era inevitable… La última vez que nos vimos dijiste que habían permanecido aquí diez años de más. Estuvieron esperando a que estallase la guerra durante diez años, ¿no es verdad?

—Prefiero no discutir ese tema.

—¿No? —vociferó el salvaje—. ¿Y qué piensan hacer, dime? ¿Cuánto tiempo piensan esperar? ¿Por qué no nos dan un empujón? No se limiten a esperar, buitres, empiecen una.

Devi-en se puso en pie de un salto.

—¿Qué estás diciendo?

—¿Qué están esperando, asquerosos…? —Pronunció un epíteto completamente incomprensible y luego prosiguió, casi sin aliento—: ¿No es eso lo que hacen los buitres cuando algún pobre animal flaco y macilento, o tal vez un hombre, tarda demasiado en morir? No pueden esperar. Bajan en tropel y le sacan los ojos a picotazos. Entonces esperan a que esté completamente indefenso, para precipitar su muerte.

Devi-en se apresuró a ordenar que se lo llevasen y luego se retiró a su cabina, donde permaneció encerrado varias horas, sintiéndose verdaderamente mal. Aquella noche no logró conciliar el sueño. La palabra «buitre» resonaba en sus oídos, y aquella horrible imagen final bailaba ante sus ojos.

Devi-en dijo con firmeza y decisión:

—Alteza, no puedo seguir hablando con el salvaje. Aunque usted necesite más datos, lo siento mucho, pero no puedo ayudarle.

El Archiadministrador se veía ojeroso y fatigado.

—Lo comprendo. Eso de compararnos con buitres…, claro, no lo puedes soportar. Sin embargo, habrás advertido que esa idea no hace mella en él. Los grandes primates son inmunes a estas cosas; son seres duros y despiadados. Su mentalidad es así. Espantoso.

—No puedo proporcionarle más datos.

—De acuerdo, de acuerdo. Lo comprendo… Además, cada nueva cosa que sabemos sólo sirve para reforzar la verdad definitiva; la verdad que yo creía que sólo era provisional, que esperaba ardientemente que lo fuese.

Enterró la cabeza entre sus canosos brazos.

—Existe un medio de desencadenar esta guerra atómica.

—¿Ah, sí? ¿Qué debemos hacer?

—Es algo muy sencillo, de una eficacia directa. Algo que tal vez no se me hubiera ocurrido jamás. Ni a ti.

—¿En qué consiste, Alteza?

Devi-en se sentía dominado por un gran temor a conocer aquel secreto.

—Lo que actualmente mantiene la paz en ese planeta es el temor que comparten ambos bandos en pugna a asumir la responsabilidad de iniciar una guerra. Si uno de los dos lo hiciese, sin embargo, el otro…, bueno, digámoslo de una vez…, tomaría inmediatamente represalias.

Devi-en asintió.

—Si una sola bomba atómica cayese en el territorio de uno de ambos bandos —prosiguió el Archiadministrador—, los agredidos supondrían inmediatamente que la

agresión partía del otro bando. Comprenderían que no podían esperar pasivamente a ser objeto de nuevos ataques. A las pocas horas, tal vez incluso antes, lanzarían un contraataque; a su vez, el otro bando replicaría a éste. En pocas semanas la guerra habría terminado.

—Pero, ¿cómo obligaremos a uno de los dos bandos a que lance la primera bomba?

—No le obligaremos, capitán. Ésa es la cuestión. Lanzaremos la primera bomba nosotros.

—¿Cómo?

Devi-en creyó que iba a desmayarse.

—Lo que oyes. Tras analizar la mente de un gran primate, el resultado lógico es ése.

—Pero, ¿cómo podemos hacer eso?

—Montaremos una bomba. Es una operación bastante fácil. Una nave la transportará hasta el planeta y la dejará caer sobre una zona habitada…

—¿Habitada?

El Archiadministrador apartó la vista y repuso con marcado nerviosismo.

—De lo contrario, no conseguiríamos el efecto apetecido.

—Comprendo —dijo Devi-en, imaginándose buitres, docenas de buitres.

No podía apartar de sí aquel pensamiento. Se los imaginaba como enormes aves escamosas (semejantes a las pequeñas e inofensivas criaturas aladas de Hurria, pero inmensamente mayores), con alas membranosas y largos picos afilados como navajas, descendiendo en círculos para picotear los ojos de los moribundos.

Se cubrió los ojos con una mano. Con voz trémula, preguntó:

—¿Quién pilotará la nave? ¿Quién lanzará la bomba?

La voz del Archiadministrador apenas era más segura que la de Devi-en, cuando repuso:

—No lo sé.

—Yo no —rechazó Devi-en—. No puedo. Ningún hurriano será capaz de hacerlo… A ningún precio.

El Archiadministrador osciló como si fuese a caer.

—Tal vez podríamos dar órdenes a los mauvs…

—¿Y quién les daría tan nefastas órdenes?

El Archiadministrador suspiró profundamente.

—Llamaré al Consejo. Tal vez ellos tengan todos los datos y sean capaces de indicarnos lo que debo hacer.

Así, habiendo transcurrido poco más de quince años desde su llegada, los hurrianos empezaron a desmantelar su base de la otra cara de la Luna.

Nada se había hecho. Los grandes primates del planeta no se habían destruido

mutuamente en una guerra nuclear; ésta tal vez no estallaría nunca.

Y a pesar de la terrible amenaza que eso significaba para el futuro, Devi-en experimentaba una gozosa agonía. De nada servía pensar en el futuro. El presente importaba; el presente, que le alejaba del más horrible de los mundos.

Vio como la Luna se hundía hasta convertirse en una manchita luminosa, junto con el planeta y el propio sol del sistema, hasta que éste se perdió entre las constelaciones.

Solamente entonces experimentó alivio. Solamente entonces sintió un leve asomo de lo que habría podido suceder.

Volviéndose hacia el Archiadministrador, le dijo:

—Tal vez todo habría ido bien si hubiésemos tenido un poco más de paciencia. Quizá hubieran terminado por meterse en una guerra nuclear.

—Tengo mis dudas —repuso el Archiadministrador—. El análisis mentálico de…, ya sabes…

Devi-en sabía muy bien a quién se refería. El salvaje apresado había sido devuelto a su planeta con la mayor delicadeza posible. Los acontecimientos de las últimas semanas fueron borrados de su mente. Lo depositaron cerca de una pequeña población, no muy lejos del lugar donde fue capturado. Sus semejantes supondrían que se había perdido. Atribuirían su falta de peso, sus magulladuras y su amnesia a las penalidades que había tenido que soportar.

Pero el daño que él había causado…

Si al menos no lo hubieran llevado a la Luna… Tal vez hubieran terminado por aceptar la idea de iniciar una guerra. Quizás hubieran llegado incluso a fabricar una bomba, y a imaginar algún sistema indirecto de mando a distancia para lanzarla.

Fue la imagen de los buitres, evocada por el salvaje, lo que lo echó todo a perder. Aquella terrible palabra había deshecho moralmente a Devi-en y al Archiadministrador. Cuando se enviaron a Hurria todos los datos reunidos, el efecto que los mismos produjeron en el Consejo fue notable. A consecuencia de ello, no tardó en recibirse orden de desmantelar la base.

Devi-en observó:

—No pienso participar nunca más en empresas de colonización.

El Archiadministrador dijo tristemente:

—Es posible que ninguno de nosotros vuelva a participar en ellas, cuando los salvajes de este planeta se desparramen por el espacio. La aparición en la galaxia de estos seres de tan belicosa mentalidad significará el fin de…, de…

La nariz de Devi-en se contrajo. El fin de todos; de todo el bien que Hurria había sembrado a manos llenas en la galaxia; de todo el bien que hubiera seguido sembrando.

—Deberíamos haber lanzado… —dijo, sin completar la frase.

¿De qué servía ya decirlo? No habrían podido lanzar la bomba ni aunque hubiese sido por toda la galaxia. Si hubiesen podido hacerlo, habrían demostrado que pensaban como los grandes primates, y hay cosas mucho peores aún que el fin de todas las cosas.

Devi-en volvió a pensar en los buitres.

Todos los males del mundo

El mayor complejo industrial de la Tierra se centraba en torno a Multivac… Multivac, la gigantesca computadora que había ido creciendo en el transcurso de medio siglo, hasta que sus diversas ramificaciones se extendieron por todo Washington, D. C., y sus suburbios, alcanzando con sus tentáculos todas las ciudades y poblaciones de la Tierra.

Un ejército de servidores le suministraba constantemente datos, y otro ejército relacionaba e interpretaba sus respuestas. Un cuerpo de ingenieros recorría su interior, mientras multitud de minas y fábricas se dedicaban a mantener llenos los depósitos de piezas de recambio, procurando que nada faltase a la monstruosa máquina.

Multivac dirigía la economía del planeta y ayudaba al progreso científico. Mas por encima de esto, constituía la cámara de compensación central donde se almacenaban todos los datos conocidos acerca de cada habitante de la Tierra.

Y todos los días formaba parte de los innumerables deberes de Multivac pasar revista a los cuatro mil millones de expedientes (uno para cada habitante de la Tierra) que llenaban sus entrañas y extrapolarlos para un día más. Todas las Secciones de Correcciones de la Tierra recibían los datos apropiados para su propia jurisdicción, y la totalidad de ellos se presentaba en un grueso volumen al Departamento Central de Correcciones de Washington, D. C.

Bernard Gulliman se hallaba en su cuarta semana de servicio al frente del Departamento Central de Correcciones, para el cual había sido nombrado presidente por un año, y ya se había acostumbrado a recibir el informe matinal sin asustarse demasiado. Como siempre, constituía un montón de cuartillas de más de quince centímetros de grueso. Como ya sabía, no se lo traían para que lo leyese todo (era una empresa superior a sus fuerzas humanas). Sin embargo, resultaba entretenido hojearlo.

Contenía la lista acostumbrada de delitos previstos de antemano: diversas estafas, hurtos, algaradas, homicidios, incendios provocados, etcétera.

Buscó un apartado particular y sintió una ligera sorpresa al descubrirlo, y luego otra al ver que en él figuraban dos anotaciones. No una sino dos. Dos asesinatos en primer grado. No había visto dos juntos en un solo día en todo el tiempo que llevaba de presidente.

Oprimió el botón del intercomunicador y esperó a que el solícito semblante de su coordinador apareciese en la pantalla.

—Ali —le dijo Gulliman—, hoy tenemos dos primeros grados. ¿Hay algún problema insólito?

—No, señor.

El rostro de morenas facciones y ojos negros y penetrantes mostraba cierta expresión de inquietud.

—Ambos casos tienen un porcentaje de probabilidad muy bajo —dijo.

—Eso ya lo sé —repuso Gulliman—. He podido observar que ninguno de ellos presenta una probabilidad superior al quince por ciento. De todos modos, debemos velar por el prestigio de Multivac. Ha conseguido borrar prácticamente el crimen de la faz del planeta, y el público lo considera así por su éxito al impedir asesinatos de primer grado, que son, desde luego, los más espectaculares.

Ali Othman asintió.

—Sí, señor. Me doy perfecta cuenta.

—También se dará usted cuenta, supongo —prosiguió Gulliman—, que yo no quiero que se cometa uno solo durante mi presidencia. Si se nos escapa algún otro crimen, sabré disculparlo. Pero si se nos escapa un asesinato en primer grado, le irá a usted el cargo en ello. ¿Me entiende?

—Sí, señor. El análisis completo de los dos asesinatos en potencia ya se está efectuando en las oficinas de los respectivos distritos. Tanto los asesinos en potencia como sus presuntas víctimas se hallan bajo observación. He comprobado las probabilidades que el crimen se cometa y ya están disminuyendo.

—Buen trabajo —dijo Gulliman, cortando la comunicación.

Volvió a examinar la lista con cierta desazón. Tal vez se había mostrado demasiado severo con su subordinado… Pero había que tener mano firme con aquellos empleados de plantilla y evitar que llegasen a imaginarse que eran ellos quienes lo llevaban todo. De vez en cuando había que recordarles quién mandaba allí. En especial a aquel Othman, que trabajaba con Multivac desde que ambos eran notablemente más jóvenes, y a veces asumía unos aires de propiedad que llegaban a ser irritantes.

Para Gulliman, aquella cuestión de los crímenes podía ser crucial en su carrera política. Hasta entonces, ningún presidente había conseguido terminar su mandato sin que se produjese algún asesinato en un lugar u otro de la Tierra. Durante el mandato del presidente anterior se habían cometido ocho, o sea tres más que durante el mandato de su predecesor.

Pero Gulliman se proponía que durante el suyo no hubiese ninguno. Había resuelto ser el primer presidente que no tuviera en su haber ningún asesinato en ningún lugar de la Tierra. Después de eso, y de la favorable publicidad que comportaría para su persona…

Apenas se fijó en el resto del informe. Éste contenía, según le pareció a primera vista, unos dos mil casos de esposas en peligro de ser vapuleadas. Indudablemente, no todas aquellas palizas podrían evitarse a tiempo. Tal vez un treinta por ciento de ellas se realizarían. Pero el porcentaje disminuía cada vez con mayor celeridad.

Multivac había añadido las palizas conyugales a su lista de crímenes previsibles hacía apenas cinco años, y el ciudadano medio todavía no se había acostumbrado a la idea de verse descubierto de antemano cuando se proponía moler a palos a su media naranja. A medida que esta idea se fuese imponiendo en la sociedad, las mujeres recibirían cada vez menos golpes, hasta terminar por no recibir ninguno.

Gulliman observó que en la lista también figuraban algunos maridos vapuleados.

Ali Othman quitó la conexión y se quedó mirando la pantalla de la cual habían desaparecido las prominentes mandíbulas y la calva incipiente de Gulliman. Luego miró a su ayudante. Rafe Leemy, y dijo:

—¿Qué hacemos?

—¿A mí me lo preguntas? Es a él a quien le preocupan un par de asesinatos sin importancia.

—Yo creo que nos arriesgamos demasiado al intentar resolver esto por nuestra cuenta. Sin embargo, si se lo decimos le dará un ataque. Estos políticos electos tienen que pensar en su pellejo; por lo tanto, creo que si se lo decimos no haría más que enredar las cosas e impedirnos actuar.

Leemy asintió con la cabeza y se mordió el grueso labio inferior.

—Lo malo del caso es… ¿Qué haremos si nos equivocamos? —dijo—. Querría estar en el fin del mundo, si eso llega a suceder.

—Si nos equivocamos, nuestra suerte no interesará a nadie, pues seremos arrastrados por la catástrofe general. —Con la mayor vivacidad, Othman añadió—: Pero, vamos a ver, las probabilidades son tan sólo del doce coma tres por ciento. Para cualquier otro delito, exceptuando quizás el asesinato, dejamos que el porcentaje aumente un poco más antes de decidirnos a actuar. Todavía puede presentarse una corrección espontánea.

—Yo no confiaría demasiado en ello —dijo Leemy secamente.

—No pienso hacerlo. Me limitaba a señalarte el hecho. Sin embargo, como la cifra aún es baja, creo que lo más indicado es que de momento nos limitemos a observar. Nadie puede planear un crimen de tal envergadura por sí solo; tienen que existir cómplices.

—Multivac no los nombró.

—Ya lo sé. Sin embargo…

No terminó la frase.

Entonces se pusieron a estudiar de nuevo los detalles de aquel crimen que no se incluía en la lista entregada a Gulliman; el único crimen que nunca había sido intentado en toda la historia de Multivac. Y se preguntaron qué podían hacer.

Ben Manners se consideraba el muchacho de dieciséis años más dichoso de Baltimore. Eso tal vez podía ponerse en duda. Pero no había duda que era uno de los

más dichosos, y de los que se hallaban más excitados.

Al menos, era uno de los pocos que habían sido admitidos en las graderías del estadio el día en que los jóvenes de dieciocho años pronunciaron el juramento. Su hermano mayor se contaba entre los que iban a pronunciarlo, y por eso sus padres solicitaron billetes para ellos y también permitieron que Ben lo hiciese. Cuando Multivac eligió entre todos los que solicitaron billete, Ben fue uno de los autorizados a sacarlo.

Dos años después, Ben sería quien pronunciaría el juramento, pero la contemplación de su hermano mayor Michael en el acto de hacerlo era casi lo mismo para él.

Sus padres le vistieron (o le hicieron vestir, mejor dicho) con todo el adorno posible, pues iba como único representante de la familia, y el muchacho se fue muy ufano, con recuerdos de todos para Michael, el cual se había ido unos días antes para someterse a los reconocimientos físico y neurológico preliminares.

El estadio se hallaba emplazado en las afueras de la población, y Ben, que no cabía en sí de orgullo, fue conducido hasta su asiento. Por debajo de él distinguió hilera tras hilera de centenares y centenares de jóvenes de dieciocho años (los chicos a la derecha, las chicas a la izquierda), todos procedentes del distrito dos de Baltimore. En diversas épocas del año se celebraban actos similares en todo el mundo, pero aquello era Baltimore, y por lo tanto aquél era el más importante. Allá abajo, perdido entre la multitud de adolescentes, se hallaba Mike, el hermano de Ben.

El joven escrutó las hileras de cabezas, con la vaga esperanza de reconocer a su hermano. No lo consiguió, naturalmente, pero entonces subió un hombre al estrado que se alzaba en el centro del estadio, y Ben dejó de mirar para prestar atención.

El hombre del estrado dijo por el micrófono:

—Buenas tardes, muchachos; buenas tardes, distinguido público. Soy Randolph T. Hoch, y se me ha confiado el honroso encargo de dirigir este año los actos de Baltimore. Los jóvenes que van a pronunciar el juramento ya me conocen, por haberme visto varias veces durante los reconocimientos físicos y neurológicos. La mayor parte de la tarea ya está realizada, pero queda lo más importante. La personalidad completa de cada uno de ustedes debe pasar a los archivos de Multivac.

»Todos los años, esto requiere cierta explicación para los jóvenes que alcanzan la mayoría de edad. Hasta esta fecha —dijo volviéndose hacia los jóvenes que tenía delante, y desviando su mirada del público—, hasta esta fecha, hasta hoy, ustedes no pueden considerarse adultos; Multivac no les considera como individuos adultos, excepto en los casos en que alguno de ustedes han sido señalados especialmente por sus padres o por el Gobierno.

»Hasta hoy, pues, cuando llegaba el momento de recopilar los datos anuales, eran sus padres quienes llenaban vuestras fichas. Ha llegado ahora el momento para que

asuman esta obligación. Es un gran honor, una gran responsabilidad. Sus padres nos han comunicado cuáles han sido vuestras notas escolares, qué enfermedades han tenido, cuáles son vuestras costumbres… Eso, y muchas cosas más. Pero ahora todavía deben decirnos más aún; vuestros más íntimos pensamientos; vuestros más secretos anhelos.

»Resulta difícil hacerlo la primera vez; incluso violento, pero hay que hacerlo. Una vez lo hayan hecho, Multivac tendrá un análisis completo de ustedes en sus archivos. Comprenderá vuestras acciones y reacciones. Incluso podrá prever con notable exactitud vuestro comportamiento futuro.

»De esta manera, Multivac les protegerá. Si están en peligro de accidente, lo sabrá. Si alguien se propone hacerles daño, lo sabrá. Si son ustedes quienes traman alguna mala acción, lo sabrá y evitará que ésta se cometa, con el resultado que no tendrán que ser castigados por ella.

»Con el conocimiento que tendrá de todos ustedes, Multivac podrá contribuir al perfeccionamiento de la economía y de las leyes terrestres, para el bien de todos. Si tienen un problema personal, pueden acudir a Multivac con él, y Multivac, que les conoce a todos, podrá ayudarles a resolverlo.

»Ahora deseo que llenen los formularios que les vamos a facilitar. Mediten cuidadosamente y respondan a todas las preguntas con la mayor exactitud posible. No oculten nada por vergüenza o precaución. Nadie conocerá nunca vuestras respuestas excepto Multivac, a menos que sea necesario conocerlas para protegerles. Y en este caso, sólo las conocerán contados funcionarios del Gobierno, que poseen autorización especial.

»Pudiera ocurrir que deformasen la verdad más o menos intencionadamente. No lo hagan. Nosotros terminaremos por descubrirlo. La totalidad de sus respuestas debe formar un conjunto coherente. Si alguna de las respuestas son falaces, sonarán como una nota discordante y Multivac las descubrirá. Si entre ellas se encuentran respuestas falsas, o son falsas en su totalidad, crearán un conjunto típico que Multivac reconocerá inmediatamente. Por lo tanto, les aconsejo que digan la verdad y nada más que la verdad.

Por último, el acto terminó; los muchachos llenaron los formularios, y las ceremonias y discursos tocaron a su fin. Por la noche, Ben, poniéndose de puntillas, consiguió descubrir finalmente a Michael, el cual todavía llevaba el traje de gala que se había puesto para el «desfile de los adultos». Se abrazaron llenos de júbilo, luego cenaron juntos y tomaron el expreso hasta su casa, ambos llenos de contento después de aquel día memorable.

Por lo tanto, no se hallaban preparados para enfrentarse con el cambio total que encontraron en su casa. Ambos se quedaron helados cuando un joven de rostro severo, vestido de uniforme y apostado a la puerta de su propia casa, les cerró el paso

para pedirles la documentación antes de dejarlos entrar. Una vez dentro, hallaron a sus padres sentados en el salón, con expresión desesperada y la huella de la tragedia impresa en sus caras.

Joseph Manners, que parecía haber envejecido diez años desde aquella misma mañana, miró con ojos asustados y hundidos a sus dos hijos (uno de los cuales todavía llevaba al brazo su flamante toga de adulto) y dijo:

—Estoy bajo arresto domiciliario.

Ben y Michael se quedaron de una pieza.

Bernard Gulliman no podía leer, naturalmente, el voluminoso informe. Leyó únicamente el sumario y quedó más que satisfecho.

No había duda que toda una generación ya estaba acostumbrada a que Multivac predijese la comisión de los delitos más importantes. Les parecía natural que los agentes de Corrección se presentasen en el lugar donde iba a cometerse el delito antes que éste pudiera llevarse a cabo. Les parecía natural también que la consumación del crimen acarrease para su autor un castigo ejemplar e inevitable. Poco a poco, arraigó el convencimiento que era imposible engañar a Multivac.

El resultado de ello, naturalmente, fue que cada vez se planearon menos crímenes. A medida que las intenciones criminales disminuían y la capacidad de Multivac aumentaba, se fueron añadiendo a la lista de delitos que el maravilloso instrumento predecía todas las mañanas, otras infracciones de la ley de menor cuantía, pero éstas, también, disminuían a ojos vistas.

Entonces Gulliman ordenó que se realizase un análisis (sólo lo podía realizar Multivac, naturalmente) de la capacidad que poseía Multivac para prever las posibilidades de enfermedad. Así, los médicos podrían ser llamados con rapidez para visitar y tratar a individuos susceptibles de volverse diabéticos antes de un año, o expuestos a sufrir una tisis galopante o un cáncer.

Más vale prevenir…

¡Y el resultado del análisis fue favorable!

Después le llevaron la lista de los posibles crímenes del día, y entre ellos no figuraba ni un solo asesinato de primer grado.

Gulliman, que se hallaba de un humor excelente, llamó a Ali Othman por el intercomunicador:

—Oiga, Othman, ¿cuál es el promedio de delitos que hay en las listas diarias de la semana pasada, comparado con el promedio de mi primera semana como presidente?

El promedio había descendido, según se pudo comprobar, en un ocho por ciento; sólo le faltaba eso a Gulliman para sentirse el más dichoso de los mortales. No se debía para nada a él, desde luego, pero sus votantes no lo sabían. Se congratuló por su suerte, que le había llevado a ocupar la presidencia en el momento oportuno, durante

el apogeo de Multivac, en un momento en que la enfermedad también podría colocarse bajo su manto protector.

Esto favorecía extraordinariamente la carrera política de Gulliman.

Othman se encogió de hombros.

—El jefe está muy contento —dijo.

—¿Cuándo hacemos estallar la bomba? —dijo Leemy—. El hecho de poner a Manners en observación sólo ha conseguido elevar las probabilidades. El arresto domiciliario no ha hecho más que incrementarlas.

—Ya lo sé, hombre —dijo el otro, con impaciencia—. Lo que no sé es por qué.

—Tal vez se deba a los cómplices, como tú dijiste. Al darse cuenta que Manners está detenido, el resto de la banda tendrá que actuar en seguida o la intentona fracasará.

—Mirémoslo desde otro lado. Con Manners a buen recaudo, los demás pondrán pies en polvorosa y tratarán de esconderse. Además, ¿por qué Multivac no nos da los nombres de los cómplices?

—¿Se lo decimos a Gulliman?

—No, todavía no. Las probabilidades son todavía de un diecisiete coma tres por ciento. Aún podemos hacer algo.

Elizabeth Manners dijo a su hijo menor:

—Vete a tu cuarto, Ben.

—Pero, ¿qué pasa, mamá? —preguntó Ben con voz quebrada, al contemplar aquel extraño final de un día tan glorioso.

—¡Por favor, Ben, obedéceme sin preguntar!

El muchacho se fue a regañadientes. Salió al vestíbulo y empezó a subir la escalera, haciendo el mayor ruido posible. Luego descendió sigilosamente.

Mike Manners, el primogénito, el que había llegado hacía pocas horas a su mayoría de edad y era el gozo y la esperanza de la familia, dijo con un tono de voz que reflejaba el que empleara su hermano:

—¿Qué pasa?

Joe Manners repuso:

—Pongo al cielo por testigo que no lo sé, hijo mío. No he hecho nada.

—De eso estamos todos convencidos —dijo Mike, mirando estupefacto a su padre, pequeño y de aspecto bondadoso—. Deben haber venido porque pensabas hacer algo.

La señora Manners le interrumpió con enojo:

—¿Qué quieres que pensase tu padre que pueda provocar semejante…, semejante

despliegue de fuerzas? —Describió un amplio círculo con el brazo, para abarcar los policías que rodeaban la casa, y prosiguió—: Cuando yo era niña, el padre de un amigo mío que trabajaba en un banco fue llamado una vez, y le dijeron que no pensase más en aquel dinero. Pensaba robar cincuenta mil dólares. No llegó a cometer el robo: sólo lo pensó. En aquellos tiempos no mantenían estas cosas en secreto, como hoy; todo el mundo se enteró, y así es como yo lo supe. —Frotándose las gordezuelas manos con lentitud, prosiguió—: Lo que quiero decir es que se trataba de cincuenta mil dólares… Una cantidad muy respetable. Sin embargo se limitaron a llamarlo por teléfono. ¿Qué podía estar planeando tu padre, para requerir la presencia de una docena de policías, que han rodeado la casa?

El cabeza de familia dijo, con voz triste y quejumbrosa:

—No planeaba ningún crimen, ni el más pequeño e insignificante… Se los juro.

Mike, lleno de la sabiduría consciente de un nuevo adulto, dijo:

—Tal vez sea algo subconsciente, papá; una forma de resentimiento hacia tu jefe.

—¿Hasta tal punto que me hiciese desear matarlo? ¡No!

—¿Y no quieren decirte de qué se trata?

Su madre les interrumpió de nuevo:

—No, no quieren. Ya se lo hemos preguntado. Les dije que, con su simple presencia, estaban perjudicando enormemente nuestra reputación en el barrio. Lo menos que podían hacer era decirnos de qué se trataba para que pudiéramos defendernos y ofrecer explicaciones.

—¿Y ellos no quieren?

—No quieren.

Mike permanecía de pie, con las piernas separadas y las manos metidas en los bolsillos. Muy inquieto, dijo:

—Verás, mamá…, es que Multivac no se equivoca nunca.

Su padre, desesperado, golpeó con el puño el brazo del sofá.

—Les repito que no planeo ningún crimen.

Abrieron sin llamar y entró en la sala un hombre uniformado, que andaba con paso firme y decidido. Su cara tenía una expresión imperturbable y oficial.

—¿Es usted Joseph Manners? —preguntó.

El cabeza de familia se puso en pie.

—Yo soy. ¿Podría usted decirme qué desean de mí?

—Joseph Manners, queda usted detenido por orden del Gobierno. —Y exhibió brevemente su carnet de oficial de Correcciones—. Tengo que rogarle que me acompañe.

—¿Por qué motivo? ¿Qué he hecho?

—No estoy autorizado a decírselo.

—Pero no pueden detenerme por planear un crimen, aun admitiendo que lo

estuviese planeando. Para detenerme tengo que haber hecho algo. De lo contrario, no pueden. Es contrario a la ley.

El oficial no atendía a razones.

—Le ruego que me acompañe.

La señora Manners soltó un grito y se dejó caer en el sofá, llorando histéricamente. Joseph Manners no fue capaz de transgredir el código que le había sido impuesto durante toda su vida, resistiéndose a obedecer las órdenes de un oficial, pero al final se hizo el remolón, obligando al agente del Gobierno a tener que utilizar la fuerza para arrastrarlo fuera de la habitación.

Mientras se lo llevaban, Manners gritaba:

—Pero, ¿qué he hecho? ¿Por qué no quieren decírmelo? Si al menos lo supiese… ¿Es un asesinato? ¿Se me acusa de tramar un asesinato?

La puerta se cerró tras ellos, y Mike Manners, pálido como la muerte y que de pronto había dejado de sentirse adulto, miró a la puerta y luego a su madre, anegada en llanto.

Ben Manners, oculto tras la otra puerta y sintiéndose de pronto muy adulto, apretó los labios fuertemente y pensó que él sabía exactamente lo que había que hacer.

Lo que Multivac le arrebataba, Multivac lo devolvería. Ben recordaba perfectamente las ceremonias que había presenciado aquel mismo día. Había oído cómo aquel llamado Hoch hablaba de Multivac y de todo cuanto ésta podía hacer. Podía dirigir el Gobierno, y también ayudar a un simple particular que fuese a ella en busca de consejo.

Cualquiera podía pedir ayuda a Multivac, y Ben se disponía a hacerlo. Ni su madre ni su hermano se darían cuenta que se iba; además, le quedaba todavía algún dinero de la cantidad que sus padres le habían dado para aquel día memorable. Si después notaban su ausencia y ésta les preocupaba, qué se le iba a hacer. En aquel momento, su padre era quien más contaba.

Salió por la parte trasera y el agente apostado a la puerta le dejó pasar, tras examinar brevemente su documentación.

Harold Quimby dirigía la sección de quejas de la subestación Multivac de Baltimore. Se consideraba a sí mismo un miembro de la rama más importante del servicio civil. En ciertos aspectos tal vez tuviese razón, y los que le oían hablar de ello hubieran debido ser de hierro para no sentirse impresionados.

Por un lado, decía Quimby, Multivac se dedicaba principalmente a invadir la intimidad. Durante los últimos cincuenta años, la Humanidad había tenido que acostumbrarse a la idea que sus pensamientos e impulsos más íntimos ya no podían mantenerse en secreto, y que ya no existían recónditos pliegues del alma donde podían esconderse los sentimientos. A cambio de esto, había que dar algo a la

Humanidad.

Naturalmente, los hombres obtuvieron paz, prosperidad y seguridad, pero eso eran abstracciones. Los hombres y mujeres concretos necesitaban algo personal como recompensa por su renuncia a la intimidad, y lo obtuvieron. Al alcance de cualquier habitante del planeta se encontraba una estación Multivac a cuyos circuitos se podían someter libremente toda clase de problemas y preguntas, con una libertad y sin prácticamente limitación alguna. A los pocos minutos, el maravilloso instrumento facilitaba las respuestas adecuadas.

En cualquier instante del día o de la noche, cinco millones de circuitos individuales entre el cuatrillón o más que poseía Multivac, podían dedicarse a atender aquel programa de preguntas y respuestas. Éstas no eran necesariamente infalibles, pero sí enormemente aproximadas casi siempre, y los que acudían a Multivac tenían una fe absoluta en sus respuestas.

Y en aquellos momentos, un joven de dieciséis años, de expresión ansiosa, avanzaba lentamente con la cola de hombres y mujeres que esperaban. Todos los semblantes de los que formaban la cola se hallaban iluminados por distintos grados de esperanza, temor o ansiedad, e incluso angustia, mientras se aproximaban lentamente a Multivac. Pero era siempre la esperanza la que predominaba.

Sin levantar la mirada, Quimby tomó el formulario impreso, debidamente cumplimentado, que el recién llegado le tendía y dijo:

—Cabina 5-B.

—¿Cómo tengo que hacer la pregunta, señor?

Quimby levantó entonces la mirada, con cierta sorpresa. Por lo general, los muchachos que aún no habían alcanzado la mayoría de edad no hacían uso de aquel servicio. Amablemente le dijo:

—¿Es la primera vez que vienes a Multivac, muchacho?

—Sí, señor.

Quimby le indicó el modelo que tenía sobre su mesa.

—Tendrás que utilizar esto. Mira, funciona exactamente igual que una máquina de escribir. No escribas la pregunta mal, sobre todo; hazlo por medio de esta máquina. Ahora vete a la cabina 5-B, y si necesitas ayuda, oprime el botón rojo y se presentará un empleado. Por ese corredor, muchacho, a la derecha.

Vio como el joven se alejaba por el corredor, hasta perderse de vista, y sonrió. Multivac no rechazaba a nadie. Naturalmente, no podía descartarse un pequeño porcentaje de preguntas triviales: gente que hacía preguntas indiscretas acerca de sus vecinos o preguntas desvergonzadas sobre personalidades eminentes; estudiantes que trataban de adivinar lo que les preguntarían sus profesores, o de divertirse a costa de Multivac haciéndole preguntas paradójicas o absurdas…

Multivac podía atender todas aquellas preguntas sin necesidad de ayuda.

Además, cada pregunta y cada respuesta quedaban archivadas para constituir una pieza más en el conjunto de datos sobre la Humanidad en general y sus representantes individuales en particular. Incluso las triviales e impertinentes ayudaban a la Humanidad, pues al reflejar la personalidad del que las hacía, permitían que Multivac aumentase su conocimiento de los hombres.

Quimby volvió su atención hacia la persona siguiente en la cola, una mujer de mediana edad, desgarbada y angulosa, con la turbación reflejada en el semblante.

Ali Othman medía la oficina a grandes pasos, y sus tacones resonaban con golpes sordos y desesperados sobre la alfombra.

—Las probabilidades siguen aumentando. En este momento son del veintidós coma cuatro por ciento. ¡Maldición! Hemos detenido a Joseph Manners, y las probabilidades siguen aumentando.

El sudor corría a raudales por su cara.

Leemy dejó el teléfono en su soporte.

—Todavía no ha confesado. Le han sometido a la Prueba Psíquica, pero no han descubierto la menor huella de crimen. Es posible que diga la verdad.

—¿Entonces, es que Multivac se ha vuelto loca? —dijo Othman.

Otro teléfono se puso a sonar. Othman se apresuró a cerrar las conexiones, contento de aquella interrupción. En la pantalla apareció la cara de un oficial de Correcciones, el cual dijo:

—¿Tiene que darnos algunas nuevas instrucciones, señor, respecto a la familia de Manners? ¿Debemos permitirles que vayan y vengan a su antojo, como han hecho hasta ahora?

—¿Qué quiere usted decir, con eso de «como han hecho hasta ahora»?

—Las primeras órdenes que recibimos se referían al arresto domiciliario de Joseph Manners. Nada se decía en ellas del resto de la familia, señor.

—Pues hágalas extensivas al resto de la familia, en espera de recibir nuevas órdenes.

—Pero es que ése es el problema, señor. La madre y el hijo mayor no hacen más que pedir noticias del pequeño. Éste ha desaparecido, y su madre y su hermano piensan que también le han detenido, y piden que los llevemos a la jefatura para aclarar la suerte del muchacho.

Othman frunció el ceño y preguntó casi en un susurro:

—¿El pequeño? ¿Cuántos años tiene?

—Dieciséis, señor —repuso el agente.

—Dieciséis, y se ha ido. ¿Sabe usted adónde?

—Le dejaron salir, señor. No había órdenes de retenerle.

—No se retire. Un momento. —Othman suspendió momentáneamente la

comunicación, se llevó ambas manos a la cabeza, y gimió—: ¡Estúpido de mí!

Leemy le miró, sorprendido.

—¿Qué demonios te pasa?

—Este individuo tiene un hijo de dieciséis años —dijo Othman con voz ahogada —. Por lo tanto, es un menor de edad, y Multivac no lo registra por separado, sino formando parte de la ficha de su padre. —Miró furioso a Leemy—. Hasta cumplir dieciocho años, un joven no tiene ficha separada en Multivac, sino que sus datos figuran en la de su padre… Eso lo sabe cualquiera. ¿Cómo pudo habérseme olvidado? Y a ti, pedazo de alcornoque, ¿cómo pudo habérsete olvidado también?

—¿Quieres decir entonces que Multivac no se refería a Joe Manners? —preguntó Leemy.

—Multivac se refería a su hijo menor, y éste se nos ha escapado. A pesar de tener la casa rodeada de policías, él ha salido con toda tranquilidad y se ha ido a realizar ve a saber qué infernal misión.

Conectó de nuevo el circuito telefónico, al extremo del cual todavía esperaba el oficial de Correcciones. Aquella interrupción de un minuto había permitido que Othman recuperase el dominio de sí mismo, asumiendo de nuevo su expresión fría y segura. (Hubiera sido altamente perjudicial para su prestigio representar una escena ante los ojos de un policía aunque eso habría aliviado considerablemente su mal humor.)

—Oficial —dijo entonces—, trate de localizar al muchacho que ha desaparecido. Si es necesario, movilice usted a todos sus hombres. Más adelante les daré las órdenes oportunas. De momento sólo ésta: encontrar al muchacho a toda costa.

El oficial contestó:

—Sí, señor.

La conexión se interrumpió. Othman dijo:

—Dígame cómo están las probabilidades, Leemy.

Cinco minutos después, Leemy comunicó:

—Han bajado a un diecinueve coma seis por ciento. Y siguen bajando.

Othman dejó escapar un largo suspiro.

—Por fin estamos sobre la buena pista.

Ben Manners tomó asiento en la cabina 5-B y tecleó lentamente:

«Me llamo Benjamín Manners, número MB-71833412. Mi padre, Joseph Manners, ha sido detenido, pero no sabemos qué crimen tramaba. ¿Podemos ayudarle de algún modo?»

Se dispuso a esperar la respuesta de la máquina. A pesar que sólo tenía dieciséis años, ya sabía que aquellas palabras estaban dando vueltas en aquellos momentos por el interior del aparato más complicado creado por la mente humana; sabía también

que se barajarían y se coordinarían un trillón de datos, y que a partir de ellos Multivac extraería la respuesta más adecuada.

Oyó un clic en la máquina y surgió de ella una tarjeta. Sobre la misma se veía impresa una respuesta, una larga respuesta. Decía como sigue:

«Toma el expreso a Washington, D. C., inmediatamente. Desciende en la parada de la avenida de Connecticut. Verás una salida especial sobre la que se lee «Multivac» y ante la que hay unos guardias. Di a uno de ellos que llevas un recado para el doctor Trumbull, y te dejará entrar.

»Te encontrarás entonces en un corredor. Síguelo hasta encontrar una puerta sobre la que se lee «Interior». Entra y di a los guardias de dentro lo que has dicho a los de fuera; lo mismo. Éstos te franquearán el paso. Sigue entonces…»

Las instrucciones continuaban por ese tenor. Ben no veía que aquello tuviese nada que ver con lo que había preguntado, pero su fe en Multivac era absoluta. Salió corriendo, para tomar el expreso a Washington.

Los oficiales de Correcciones consiguieron seguir la pista de Ben Manners hasta la estación de Baltimore, donde llegaron una hora después que éste la hubiera abandonado. El sorprendido Harold Quimby se sintió verdaderamente aturrullado ante el número e importancia de los hombres que fueron a verle con relación a aquel muchacho de dieciséis años que andaban buscando.

—Sí, un muchacho de esas señas —dijo—, pero ignoro adónde fue cuando salió de aquí. Yo no podía saber que lo andaban buscando. Aquí recibimos a todo el mundo. Sí, puedo conseguir una copia de la pregunta y la respuesta.

Los oficiales de Correcciones televisaron las dos fichas a Jefatura sin perder un instante.

Othman las leyó, puso los ojos en blanco y se desmayó. Consiguieron hacerlo reaccionar casi en seguida. Con voz débil, dijo a Leemy:

—Que detengan a ese chico. Y que me saquen una copia de la respuesta de Multivac. Ahora ya no hay escapatoria. Tengo que ver a Gulliman inmediatamente.

Bernard Gulliman nunca había visto a Ali Othman tan perturbado. Al observar la expresión trastornada del coordinador, sintió que un escalofrío le recorría el espinazo.

Con voz trémula y entrecortada, preguntó:

—¿Qué quiere usted decir, Othman? ¿Qué significa eso de…, de algo peor que un asesinato?

—Mucho, muchísimo peor que un asesinato.

Gulliman estaba muy pálido.

—¿Se refiere usted al asesinato de un alto funcionario del Gobierno?

(Incluso cruzó por su mente la idea que pudiese ser él mismo quien…)

Othman asintió:

—No un funcionario del Gobierno. El funcionario del Gobierno por excelencia.

—¿El secretario general? —aventuró Gulliman con un murmullo ahogado.

—Más que eso; mucho más. Nos enfrentamos con un complot para asesinar a Multivac.

—¡CÓMO!

—Por primera vez en la historia de Multivac, la computadora nos ha informado que es ella misma quien está en peligro.

—¿Por qué no me informaron de ello inmediatamente?

Othman no mintió demasiado al responder:

—Como se trataba de un caso sin precedentes, señor, estudiamos la situación antes de atrevernos a redactar un informe oficial.

—Pero Multivac se ha salvado, ¿verdad? Dígame que se ha salvado.

—Las probabilidades han descendido a menos de un cuatro por ciento; prácticamente ya no hay peligro. Estoy esperando el informe definitivo de un momento a otro.

—Traigo un recado para el doctor Trumbull —dijo Ben Manners al hombre instalado sobre un alto taburete, y que accionaba cuidadosamente lo que parecían los mandos de un crucero estratosférico, enormemente ampliados.

—Muy bien, Jim —dijo el hombre—. Adelante.

Ben echó una mirada a sus instrucciones y se apresuró a seguir adelante. Encontraría una diminuta palanca que tenía que bajar completamente, en el instante en que un indicador mostrase una luz roja.

Oyó una voz agitada a sus espaldas, luego otra, y de pronto dos hombres lo sujetaron por los codos. Notó como sus pies se levantaban del suelo.

Uno de sus captores dijo:

—Acompáñanos, muchacho.

La cara de Ali Othman no se iluminó de manera apreciable al recibir la noticia, aunque Gulliman dijo con gran alegría:

—Si tenemos al chico, Multivac se ha salvado.

—Por el momento.

Gulliman se llevó una mano temblorosa a la frente.

—¡Qué media hora he pasado! ¿Se imagina usted lo que significaría la destrucción de Multivac, aunque fuese por breve tiempo? Se hundiría el Gobierno; la economía se paralizaría. Sería de unos efectos más devastadores que un… —Alzó de pronto la cabeza—. ¿Qué quiere usted decir con eso de «por el momento»?

—Ese muchacho, Ben Manners, no tenía intención de hacer daño. Él y su familia deben ser puestos inmediatamente en libertad e indemnizados por las molestias que les hemos causado. Él se limitaba a seguir las instrucciones que le dio Multivac para

ayudar a su padre, y lo ha conseguido. Su padre ha sido puesto en libertad.

—¿Insinúa usted que la propia Multivac ordenó al muchacho que bajase una palanca en un momento en que tal acción quemaría tal cantidad de circuitos que haría falta un mes de trabajo para repararlos? ¿Insinúa usted acaso que Multivac proponía su propia destrucción para ayudar a un solo hombre?

—Mucho peor que eso, señor. Multivac no sólo dio esas instrucciones a Ben, sino que eligió a la familia Manners porque Ben tenía un extraordinario parecido con uno de los mensajeros del doctor Trumbull, y por lo tanto podría meterse impunemente en Multivac sin que nadie le pusiese reparos.

—¿Y por qué fue elegida esa familia? ¿Y para qué?

—Verá usted, el muchacho nunca se habría visto obligado a hacer la pregunta que hizo si su padre no hubiese sido detenido. Y su padre jamás habría sido detenido si Multivac no le hubiese acusado de tramar su propia destrucción. Fue Multivac quien inició la sucesión de acontecimientos que casi condujeron a la propia destrucción de Multivac.

—Pero eso no tiene pies ni cabeza —dijo Gulliman con voz quejumbrosa.

Se sentía pequeño y desvalido, y casi se puso de rodillas para suplicar a Othman, a aquel hombre que había pasado casi toda su vida junto a Multivac, que devolviese la tranquilidad a su ánimo.

Pero Othman no lo hizo. En cambio, le dijo:

—Éste ha sido el primer intento realizado por Multivac en este sentido, que yo sepa. Hasta cierto punto, estaba muy bien planeado. Supo elegir la familia. Tuvo buen cuidado en no distinguir entre padre e hijo, a fin de despistarnos. Sin embargo, demostró que todavía no pasa de ser una aficionada. No pudo anular sus propias instrucciones, que la obligaron a comunicar la probabilidad de su propia destrucción, la cual se hacía mayor a cada paso que dábamos por la pista falsa. Tuvo que registrar forzosamente la respuesta que dio al muchacho. Cuando tenga más práctica, probablemente aprenderá las artes del engaño, a ocultar ciertos hechos, a no registrar otros. A partir de ahora, todas las instrucciones que dé contendrán tal vez las semillas de su propia destrucción. Eso nunca lo sabremos. Y por más cuidado que tengamos, un día Multivac conseguirá burlarnos. Creo, señor Gulliman, que usted será el último presidente de esta organización.

Gulliman aporreó furioso su mesa.

—Pero, ¿por qué, pregunto yo? ¿Por qué hace eso? ¿Qué le ocurre? ¿No podemos repararla?

—No lo creo —repuso Othman, dominado por una callada desesperación—. Nunca había tenido en cuenta tal posibilidad. Sin embargo, ahora, al pensarlo, estoy convencido que hemos llegado al fin, precisamente porque Multivac es demasiado buena. Multivac se ha hecho tan complicada que sus reacciones ya no son las propias

de una máquina, sino las de un ser viviente.

Gulliman le miró antes de decirle:

—Está usted loco. Pero…, ¿y qué si fuese así?

—Durante más de medio siglo Multivac ha tenido que cargar con todas las preocupaciones de la Humanidad. Le hemos pedido que velase por todos nosotros, por todos y cada uno de nosotros. Le hemos confiado todos nuestros secretos; le hemos hecho absorber nuestra maldad y defendernos de ella. Cada uno de nosotros acudimos a ella con nuestras aflicciones, aumentando su enorme fárrago. Y ahora nos proponemos hacer cargar también a Multivac, a esta criatura viva, con el fardo de la enfermedad humana. —Othman se interrumpió un momento, antes de proseguir con excitación—: Señor Gulliman, Multivac está harta de cargar con todos los males del mundo.

—Esto es una locura. Una completa locura —masculló Gulliman.

—En ese caso, permítame que le demuestre algo muy importante. Vamos a hacer una prueba. ¿Me permite usted que utilice la línea de Multivac que tiene en su despacho?

—¿Para qué?

—Para hacer una pregunta a Multivac que nadie le ha hecho jamás.

—Supongo que no le será perjudicial —preguntó Gulliman, alarmado.

—No. Pero nos dirá lo que deseamos saber.

El presidente vaciló un momento. Luego dijo:

—Adelante.

Othman se dirigió a la terminal que Gulliman tenía sobre la mesa. Sus dedos teclearon diestramente, formando la pregunta:

«Multivac, ¿qué es lo que deseas?»

El momento que transcurrió entre pregunta y respuesta les pareció interminable, pero Othman y Gulliman no se atrevían ni a respirar.

Se oyó un clic y surgió una tarjeta. Muy pequeña. Sobre ella, con letras muy claras, se hallaba la respuesta:

«Deseo morir.»

Mi nombre se escribe con «S»

Marshall Zebatinsky se daba cuenta que estaba haciendo el ridículo. Le parecía que le miraban desde el otro lado del tétrico cristal del escaparate a través del deteriorado tabique de madera; le parecía notar unos ojos posados en él. Ni el traje viejo que había desenterrado, ni el ala doblada de un sombrero, que por lo demás nunca llevaba, ni las gafas que había dejado en su estuche le inspiraban la menor confianza.

Sentía que hacía el ridículo, y eso profundizaba aún más las arrugas de su frente y volvía más pálida su cara de joven prematuramente envejecido.

Nunca podría explicar a nadie por qué un físico nuclear como él se había decidido a visitar a un numerólogo. (No, nunca podría explicárselo a nadie, se dijo.) No podía explicárselo ni siquiera a sí mismo. La única explicación era que se había dejado convencer por su mujer.

El numerólogo estaba sentado ante una vieja mesa que ya debía de ser de segunda mano cuando la compró. Ninguna mesa podría llegar a estar tan deteriorada en manos de un solo dueño. Casi lo mismo podía decirse de sus ropas. Era un hombrecillo moreno que miraba a Zebatinsky con sus ojillos negros, perspicaces y vivarachos.

—Es la primera vez que un físico viene a visitarme, doctor Zebatinsky —le dijo.

Zebatinsky enrojeció.

—Supongo que esto es confidencial —dijo.

El numerólogo sonrió, con lo que se le formaron arrugas junto a las comisuras de la boca y la piel de su barbilla se distendió.

—Todo lo que aquí se dice queda entre estas cuatro paredes.

—Me creo en el deber de decirle una cosa —prosiguió Zebatinsky—. Yo no creo en la numerología y dudo que empiece a hacerlo ahora. Si eso supone un impedimento, le ruego que me lo diga.

—¿Entonces, por qué ha venido?

—Mi esposa cree hasta cierto punto en usted. Me hizo prometerle que le visitaría, y aquí me tiene.

Se encogió de hombros, sintiéndose cada vez más ridículo.

—¿Y qué es lo que usted desea? ¿Dinero? ¿Seguridad? ¿Larga vida? ¿Qué?

Zebatinsky permaneció inmóvil durante largo rato, mientras el numerólogo se dedicaba a observarlo en silencio, sin hacer nada por instarlo a hablar.

Entre tanto, Zebatinsky pensaba: «¿Y yo qué le digo? ¿Que tengo treinta y cuatro años y no vislumbro ningún porvenir?»

En voz alta, dijo:

—Deseo el éxito. Que se me reconozca.

—¿Un empleo mejor?

—Un empleo distinto. Una clase diferente de trabajo. Actualmente, formo parte de un equipo y tengo que obedecer las órdenes que me dan. ¡Equipos! Ésa es la forma de realizar investigaciones que tiene el Gobierno. Uno no es más que un violinista perdido en una orquesta sinfónica.

—¿Y usted quiere ser un solista?

—Lo que yo quiero es salir del equipo y trabajar por mi cuenta. —Zebatinsky se sintió más animado, casi embriagado al expresar en palabras aquel pensamiento ante una persona que no fuese su esposa—. Hace veinticinco años —prosiguió—, con mi educación técnica y lo que yo sé hacer, hubiera podido trabajar en las primeras centrales de energía atómica. Actualmente estaría al frente de una de ellas o dirigiría un grupo de investigación pura en una universidad. Pero empezando hoy, ¿sabe usted adónde habré llegado dentro de veinticinco años? A ninguna parte. Seguiré siendo esclavo del equipo, aportando mi granito de arena a la gran organización. Siento que me ahogo en una multitud anónima de físicos nucleares, y lo que yo quiero es espacio en una tierra firme y despejada… ¿Me comprende usted?

El numerólogo asintió lentamente.

—Tenga usted en cuenta, doctor Zebatinsky —dijo—, que yo no puedo garantizarle nada.

Zebatinsky, a pesar de su falta de fe, experimentó una amarga decepción.

—¿No? ¿Entonces qué es lo que usted garantiza?

—Un aumento en el número de las probabilidades. Mi trabajo es de naturaleza estadística. Puesto que usted trabaja con átomos, supongo que comprenderá las leyes de la estadística.

—¿Y usted, las comprende? —le preguntó el físico con ironía.

—Pues sí, las comprendo. Yo soy matemático, y mi trabajo se basa en cálculos rigurosos. No se lo digo para cobrarle más. Mi tarifa es única: cincuenta dólares por consulta. Pero como usted es un hombre de ciencia, podrá apreciar mejor la naturaleza de mi trabajo que mis demás clientes. Para mí incluso representa un placer explicarle todo esto.

—Preferiría que no lo hiciese, si no le importa. Perderá el tiempo hablándome del valor numérico de las letras, su significado místico y todas esas cosas. Esa clase de matemáticas no me interesan. Vayamos al grano…

El numerólogo replicó:

—Así, usted quiere que yo le ayude, a condición que no le venga con todas esas monsergas anticientíficas que, según usted, forman la base de mi trabajo. ¿No es eso?

—Exactamente. Eso es.

—Pero es que usted sigue creyendo que yo soy un numerólogo, y la verdad es que no lo soy. Me doy ese nombre para que la policía no me moleste, y también —añadió el hombrecillo, riendo secamente— para que los psiquiatras me dejen tranquilo. Le

aseguro que soy un matemático; un matemático de verdad.

Zebatinsky sonrió.

El numerólogo dijo:

—Construyo computadoras. Estudio el futuro probable.

—¿Cómo?

—¿Acaso le parece eso peor que la numerología? ¿Por qué? Contando con datos suficientes y con una computadora capaz de realizar el número necesario de operaciones por unidad de tiempo, el futuro puede predecirse, al menos de una manera probable. Cuando ustedes calculan los movimientos de un proyectil que debe interceptar a otro, ¿no se dedican a predecir el futuro? El proyectil interceptor y el otro no chocarían si el futuro se hubiese calculado incorrectamente. Yo hago lo mismo. Pero como trabajo con un número mayor de variables, mis resultados son menos exactos.

—¿Quiere usted decir que podrá predecir mi futuro?

—De una manera muy aproximada. Una vez hecho eso, modificaré los datos cambiando su nombre; únicamente su nombre. Entonces introduciré ese factor modificado en el programa de operaciones. Luego probaré con otros nombres modificados. Lo cual me permitirá estudiar los distintos futuros que irán apareciendo, hasta encontrar uno en que usted goce de mayor reconocimiento que en el futuro que ahora se extiende frente a usted… Déjeme decirlo de otra manera: descubriré un futuro en el cual las probabilidades para que usted llegue a situarse como desea serán mayores que las probabilidades que encierra su actual futuro.

—¿Y por qué tendré que cambiar de nombre?

—Ése es el único cambio que suelo hacer, y lo hago por varios motivos. En primer lugar, es un cambio sencillo. Tenga usted en cuenta que si realizase un cambio importante o introdujese varios cambios menores, entrañan en juego tantos factores nuevos que ya no sería capaz de interpretar el resultado. Mi computadora todavía es bastante imperfecta. En segundo lugar, se trata de un cambio razonable. Yo no puedo alterar su estatura, ¿verdad?, ni el color de sus ojos, ni siquiera su temperamento. Luego tenemos que el cambio del nombre es un cambio significativo. Los nombres son muy importantes; hasta cierto punto son la persona. Y finalmente, es un cambio corriente, que todos los días se realiza.

—¿Y si no consigue descubrir un futuro mejor?

—Ese es un riesgo que hay que correr. De todos modos, su suerte no empeorará, amigo.

Zebatinsky miró con inquietud a su interlocutor.

—No creo ni una palabra de todo eso —comentó—. Antes creería en la numerología.

El hombrecillo suspiró.

—Pensé que una persona como usted se sentiría más animada al conocer la verdad. Deseo sinceramente ayudarle, y usted todavía puede hacer mucho. Si me considerase un numerólogo, sencillamente no haría caso de mis instrucciones. Pensé que si le decía la verdad, dejaría que le ayudase.

Zebatinsky observó:

—Pero si usted puede ver el futuro…

—¿Por qué no soy el hombre más rico de la Tierra? ¿Es eso lo que me iba a preguntar? Lo cierto es que sí lo soy, puesto que tengo cuanto deseo. Usted quiere que se reconozca su talento y yo quiero que me dejen tranquilo; que me dejen trabajar sin molestarme, y lo he conseguido. Gracias a eso, me considero más rico que un millonario. Cuando necesito un poco de dinero de verdad para cubrir mis necesidades materiales, lo obtengo de personas como usted, que vienen a visitarme. Me gusta ayudar al prójimo; un psiquiatra tal vez diría que eso me proporciona una sensación de poder y alimenta mi egolatría. Pero, vamos a ver…, ¿desea de verdad que le ayude?

—¿A cuánto dijo usted que ascendía la consulta?

—Son cincuenta dólares. Necesitaré un gran número de datos biográficos sobre usted, pero le proporcionaré un formulario que le facilitará el trabajo. Lo siento, pero contiene muchas preguntas. Sin embargo, si puede enviármelo por correo a finales de semana, le tendré la respuesta preparada para el… —Adelantó el labio inferior y frunció el ceño, mientras efectuaba un cálculo mental—. Para el veinte del mes que viene.

—¿Cinco semanas? ¿Tanto tiempo?

—Usted no es el único, amigo mío; tengo otros clientes. Si yo fuese un farsante, se lo haría en cuatro días. ¿De acuerdo entonces?

Zebatinsky se levantó.

—Bien, de acuerdo… Le ruego la máxima reserva.

—No tema. Le devolveré toda la información que me suministre al decirle qué cambio tiene que realizar, y le doy mi palabra que no haré uso de ella.

El físico nuclear se detuvo en la puerta.

—¿No teme usted que yo revele que no es numerólogo?

El numerólogo movió negativamente la cabeza.

—¿Y quién iba a creerle, amigo? —dijo—. Eso suponiendo que usted pudiese convencer a alguien que había estado aquí.

El día 20, Marshall Zebatinsky se presentó ante la puerta despintada, mirando de soslayo al escaparate, en el que se podía leer, en una tarjeta pegada al cristal, la palabra «Numerología», en letras descoloridas y amarillentas bajo el polvo que las cubría. Atisbó hacia el interior de la tienda, casi con la esperanza que hubiese alguien

que le proporcionase una excusa para volverse a casa, cancelando aquella visita.

Había tratado de olvidarse de aquello varias veces. Cada vez que se sentaba para llenar el formulario, se levantaba malhumorado al poco tiempo. Se sentía increíblemente estúpido escribiendo los nombres de sus amigos, el alquiler que pagaba, si su esposa le había sido fiel, etc. Cada vez lo abandonaba dispuesto a dejarlo definitivamente.

Pero no podía hacerlo. Todas las noches volvía a sentarse ante el condenado formulario.

Tal vez se debiese a la idea de la computadora; o al pensar en la infernal jactancia del hombrecillo al pretender que poseía una. La tentación de desenmascararlo, de ver qué ocurriría, resultaba demasiado fuerte.

Por último, envió las hojas debidamente cumplimentadas por correo ordinario, poniendo nueve centavos de sellos y sin pesar la carta. «Si me la devuelven —pensó —, no volveré a enviarla.»

No se la devolvieron.

Miró al interior de la tienda y vio que estaba vacía. Zebatinsky no tenía más remedio que entrar. Abrió la puerta y una campanilla tintineó.

El anciano numerólogo salió de detrás de una cortina que ocultaba una puerta.

—¿Quién es? Ah…, es usted, doctor Zebatinsky.

—¿Se acuerda de mí? —dijo éste, esforzándose en sonreír.

—Naturalmente.

—¿Cuál es su veredicto?

—Antes de eso, hay un pequeño asunto por resolver…

—¿Sus honorarios?

—El trabajo está hecho, doctor Zebatinsky. Por lo tanto, le agradeceré que lo pague.

Zebatinsky no hizo la menor objeción. Ya se hallaba dispuesto a pagar. Después de llegar hasta allí, sería una tontería volverse atrás sólo por el dinero.

Contó cinco billetes de diez dólares y los empujó al otro lado del mostrador.

—¿Es eso?

El numerólogo contó de nuevo los billetes, lentamente, y luego los metió en un cajón de su mesa. Después dijo:

—Su caso me resultó muy interesante. Yo le aconsejaría que se cambiase el nombre por el de Sebatinsky.

—¿Cómo dice? ¿Seba…, qué?

Zebatinsky le miró indignado.

—El mismo que ahora tiene, pero escrito con «S».

—¿Quiere usted decir que cambie la inicial? ¿Que convierta la «Z» en una «S»?

¿Con eso basta?

—Sí, con eso es suficiente. Mientras el cambio sea adecuado, es más seguro y conveniente que no sea muy grande.

—Pero, ¿cómo puede afectar a mi vida ese cambio?

—¿Cómo afectan los nombres a la vida de sus poseedores? —preguntó quedamente el numerólogo—. Francamente, no lo sé. Pero ejercen cierta influencia, eso es todo cuanto puedo decirle. Recuerde que le dije que no le garantizaba el resultado. Naturalmente, si no desea realizar el cambio, dejemos las cosas como están. Pero, en ese caso, no puedo reembolsarle la cantidad. Zebatinsky preguntó:

—¿Entonces, qué tengo que hacer? ¿Decir a todo el mundo que mi nombre se escribe con «S»?

—Si quiere mi consejo, consúltelo con un abogado. Cambie de nombre legalmente. Él le aconsejará sobre los detalles.

—¿Cuánto tiempo se necesitará? Quiero decir, ¿cuánto tiempo hará falta para que mi situación empiece a mejorar?

—¿Cómo quiere que lo sepa? Tal vez mañana empiece a mejorar. O tal vez nunca.

—Pero usted ve el futuro. Al menos, eso es lo que pretende.

—No me confunda con los que miran bolas de cristal. No, no, doctor Zebatinsky. Lo único que me proporciona mi computadora es una serie de números cifrados. Puedo darle una lista de probabilidades, pero le aseguro que no veo imágenes del futuro.

Zebatinsky giró sobre sus talones y abandonó rápidamente el lugar. ¡Cincuenta dólares por cambiar una letra! ¡Cincuenta dólares por Sebatinsky! ¡Señor, qué nombre! Peor que Zebatinsky.

Tuvo que transcurrir otro mes antes que se decidiese a ir a ver a un abogado. Mas por último fue.

Se consoló con la idea que siempre estaba a tiempo de cambiarse de nuevo el nombre.

«No se pierde nada con probar», se dijo.

Qué diablos, no había ninguna ley que lo impidiera.

Henry Brand hojeó cuidadosamente el expediente, con el ojo clínico de un hombre que llevaba catorce años en las fuerzas de Seguridad. No le hacía falta leerlo palabra por palabra. Cualquier particularidad hubiera saltado de las páginas a sus ojos.

—Este hombre me parece intachable —dijo.

Henry Brand también era un hombre de aspecto intachable, con su ligera obesidad y su cara sonrosada y fresca. Era como si el continuo contacto con toda clase de miserias humanas, desde la ignorancia a la posible traición, le hubiese obligado a lavarse con más frecuencia, gracias a lo cual su rostro mostraba aquella tersura.

El teniente Albert Quincy, que le había traído el expediente, era joven y se sentía embargado por la responsabilidad de ser oficial de las fuerzas de Seguridad en la comisaría de Hanford.

—Pero, ¿por qué Sebatinsky? —preguntó.

—¿Por qué no?

—Porque no tiene pies ni cabeza. Zebatinsky es un nombre extranjero, y yo me lo cambiaría si lo tuviese, pero buscaría un patronímico anglosajón, por ejemplo. Si Zebatinsky lo hubiese hecho, la cosa tendría sentido, y yo ni siquiera volvería a pensar en ello. Pero, ¿por qué cambiar una «Z» por una «S»? Me parece que hay que buscar otras razones.

—¿Nadie se lo ha preguntado directamente?

—Sí. En el curso de una conversación ordinaria, desde luego. Es lo primero que preparé. Él se limitó a decir que estaba harto de estar a la cola del alfabeto.

—Es una razón plausible, ¿no le parece, teniente?

—Desde luego. Pero, en ese caso, ¿por qué no cambiarse el nombre por el de Sands o Smith, si se había encaprichado por la «S»? O si estaba tan cansado de la «Z», última letra del alfabeto, ¿por qué no irse al otro extremo y cambiarla por una «A»? ¿Por qué no adoptar el nombre de… Aarons, por ejemplo?

—No es lo bastante anglosajón —murmuró Brand, añadiendo—: Pero la conducta de este hombre es intachable. No podemos acusar a nadie por escoger un nombre extraño.

El teniente Quincy se mostraba visiblemente decepcionado.

Brand prosiguió:

—Dígame, teniente, ¿qué le preocupa? Estoy seguro que piensa en algo; alguna teoría, algún subterfugio. ¿En qué piensa?

El teniente frunció el ceño. Sus rubias cejas se juntaron y apretó los labios.

—Verá usted, señor. Ese hombre es ruso.

—No lo es —repuso Brand—. Es un estadounidense de tercera generación.

—Quiero decir que su nombre es ruso.

La expresión de Brand perdió algo de su engañosa blandura.

—Nada de eso, teniente; se ha vuelto a equivocar. Es polaco.

El teniente extendió las manos con impaciencia.

—Da lo mismo.

Brand, cuya madre se apellidaba Wiszewsky de soltera, barbotó:

—No diga nunca eso a un polaco, teniente… —Luego añadió, pensativo—: Ni

tampoco a un ruso, supongo.

—Lo que yo quería decir, señor —dijo el teniente, poniéndose colorado—, es que tanto los polacos como los rusos están al otro lado de la Cortina de Acero.

—Eso ya lo sabemos.

—Y que Zebatinsky o Sebatinsky, como usted prefiera llamarle, debe tener parientes allí.

—Le repito que es de tercera generación. Sí, puede que aún tenga primos segundos allí. ¿Y qué?

—Eso, en sí, no significa nada. Millares de personas tienen parientes lejanos en esos países. Pero Zebatinsky ha cambiado de nombre.

—Prosiga.

—¿Y si con ello tratase de no llamar la atención? Tal vez tiene allí un primo segundo que se está haciendo demasiado famoso y nuestro Zebatinsky teme que esa relación de parentesco pueda perjudicar a su carrera.

—Pero cambiar de nombre no le resuelve nada. Sigue siendo igualmente su primo segundo.

—Desde luego, pero no será como si nos metiese su parentesco por las narices.

—¿Conoce usted a algún Zebatinsky del otro lado de la Cortina?

—No, señor.

—Entonces, no debe de ser tan famoso como usted dice. ¿Y cómo iba a conocer su existencia nuestro Zebatinsky?

—Tal vez mantiene el contacto con sus parientes. Eso ya daría pábulo a sospechas de por sí, pues recuerde usted que se trata de un físico atómico.

Metódicamente, Brand volvió a repasar el expediente del científico.

—Eso está muy traído por los pelos, teniente. Es algo tan hipotético que no nos sirve de nada.

—¿Puede usted ofrecer alguna otra explicación, señor, de los motivos que le han inducido a efectuar un cambio de nombre tan curioso?

—No, no puedo, lo reconozco.

—En ese caso, señor, creo que deberíamos investigar. Debemos empezar localizando a todos los Zebatinsky del otro lado de la Cortina y viendo si existe una relación entre ellos y el nuestro. —El teniente elevó ligeramente la voz al ocurrírsele una nueva idea—. ¿Y si cambiase de nombre para apartar la atención de ellos, con el fin de protegerlos?

—Yo diría que hace exactamente lo contrario.

—Tal vez no se da cuenta, pero su motivo principal pudiera ser el deseo de protegerlos.

Brand suspiró.

—Muy bien, investigaremos eso de los Zebatinsky europeos… —dijo—. Pero si

no resulta nada de ello, teniente, abandonaremos el asunto. Déjeme el expediente.

Cuando la información llegó finalmente al despacho de Brand, éste se había olvidado por completo del teniente y sus especulaciones. Lo primero que se le ocurrió al recibir un montón de datos entre los que se incluían diecisiete biografías de otros tantos ciudadanos polacos y rusos que respondían al nombre de Zebatinsky, fue decir: «¿Qué demonios es esto?»

Entonces lo recordó, juró por lo bajo y empezó a leer.

Empezó por los Zebatinsky estadounidenses. Marshall Zebatinsky (huellas dactilares y todo) había nacido en Buffalo, Nueva York (fecha, estadísticas del hospital). Su padre también había nacido en Buffalo, y su madre en Oswego, Nueva York. Sus abuelos paternos eran oriundos de la ciudad polaca de Bialystok (fecha de entrada en los Estados Unidos, fecha en que le fue concedida la ciudadanía estadounidense, fotografías.)

Los diecisiete ciudadanos polacos y rusos que se apellidaban Zebatinsky descendían todos ellos de otros Zebatinsky que, cosa de medio siglo antes, habían vivido en Bialystok, o en sus proximidades. Muy posiblemente eran todos parientes, pero eso no se afirmaba explícitamente en ningún caso particular. (Los censos que se habían realizado en la Europa Oriental después de la Primera Guerra Mundial dejaban mucho que desear.)

Brand repasó las biografías de los Zebatinsky de ambos sexos cuyas vidas no ofrecían nada de particular (era sorprendente lo bien que habían realizado aquel trabajo los servicios de información; sin duda los rusos lo hubieran hecho igualmente bien.) Pero cuando llegó a uno se detuvo y su frente se arrugó, al arquear las cejas. Apartó aquella biografía y siguió leyendo las restantes. Cuando terminó, las volvió a meter todas en el sobre, a excepción de la que había apartado.

Sin dejar de mirarla, tamborileó con sus cuidadas uñas sobre la mesa.

Con cierta renuencia se decidió a llamar al doctor Paul Kristow, de la Comisión de Energía Atómica.

El doctor Kristow escuchó la exposición del asunto con expresión pétrea. De vez en cuando se rascaba la bulbosa nariz con el meñique, como si quisiera quitar de ella una mota inexistente. Tenía los cabellos de un color gris acerado, muy escasos y cortados casi al cero. Prácticamente, era como si fuese totalmente calvo.

Cuando su interlocutor hubo terminado, dijo:

—No, no conozco a ningún Zebatinsky ruso. Aunque, por otra parte, tampoco había oído mencionar hasta ahora al norteamericano.

—Verá usted —dijo Brand, rascándose el cuero cabelludo sobre la sien—. Yo no

creo que haya nada de particular en todo esto, pero tampoco deseo abandonarlo demasiado pronto. Tengo a un joven teniente pisándome los talones, y ya sabe usted cómo son esos jóvenes oficiales. Sería capaz de presentarse por su cuenta ante un comité del Congreso. Además, la verdad es que uno de los Zebatinsky rusos, Mijaíl Andreyevich Zebatinsky, también es físico nuclear. ¿Está usted seguro que nunca ha oído hablar de él?

—¿Mijaíl Andreyevich Zebatinsky? No… No, nunca. Aunque eso no demuestra nada.

—Podría ser una simple coincidencia, pero sería una coincidencia demasiado curiosa. Un Zebatinsky aquí y otro Zebatinsky allí, ambos físicos nucleares, y he aquí que uno se cambia de repente la inicial de su nombre y demuestra gran ansiedad al hacerlo. Se enfada si lo pronuncian mal, en cuyo caso, dice con énfasis: «Mi nombre se escribe con "S"». Resulta demasiado raro en verdad, y mi teniente, que ve espías por todas partes, no duerme pensando en ello… Y otra cosa curiosa es que el Zebatinsky ruso se esfumó sin dejar rastro hará cosa de un año.

El doctor Kristow dijo sin inmutarse:

—Lo habrán liquidado en una purga.

—Es posible. En circunstancias normales, eso es lo que yo supondría, aunque los rusos no son más estúpidos que nosotros, y no matan a tontas y a locas a los físicos nucleares. Sin embargo, existe otra razón para explicar la desaparición súbita de un físico atómico. No creo que haga falta que se la diga.

—¿Que le hayan destinado a una misión ultrasecreta? ¿Es eso lo que quiere decir? ¿Cree usted que podría ser eso?

—Júntelo con todo lo demás que sabemos, añádale las sospechas de nuestro teniente, y hay para empezar a cavilar.

—Deme esa biografía.

El doctor Kristow tendió la mano para apoderarse de la hoja de papel y la leyó dos veces, moviendo la cabeza. Luego dijo:

—Comprobaré todo esto en los *Resúmenes Nucleares*.

Los *Resúmenes Nucleares* ocupaban toda una pared del estudio del doctor Kristow, en hileras cuidadosamente colocadas en cajitas, cada una de las cuales estaba repleta de microfilmes.

El ilustre miembro de la Comisión de Energía Atómica introdujo los índices en el proyector, mientras Brand contemplaba la pantalla haciendo acopio de paciencia.

El doctor Kristow murmuró al fin:

—Sí, un tal Mijaíl Zebatinsky publicó media docena de artículos, firmados por él o escritos en colaboración, en las revistas soviéticas especializadas de los últimos seis años. Buscaremos los resúmenes y tal vez saquemos algo en claro. Aunque lo dudo.

Un selector hizo salir los microfilmes solicitados. El doctor Kristow los alineó, los pasó por el proyector y poco a poco una expresión de asombro fue pintándose en su semblante. De pronto dijo:

—¡Qué raro!

—¿Raro? ¿Qué es raro? —le preguntó Brand.

El doctor Kristow se arrellanó en su asiento.

—Aún no me atrevo a asegurarlo. ¿Podría proporcionarme una lista de otros físicos nucleares que hayan desaparecido en la Unión Soviética durante el año pasado?

—¿Quiere usted decir que ve algo?

—Aún no. No vería nada si leyese esos artículos por separado. Pero al verlos en su conjunto y al saber que su autor participa posiblemente en un programa de investigación secreto, además de las sospechas que usted ha despertado en mí… —Se encogió de hombros—. En realidad no es nada.

Muy serio, Brand le dijo:

—Le agradecería que me dijese lo que piensa. No se pierde nada en saberlo; aunque sea una tontería, sólo lo sabremos usted y yo.

—En ese caso… Es posible que este Zebatinsky haya conseguido aportar algunas ideas al problema que presenta la reflexión de los rayos gamma.

—¿Y eso qué significa?

—Se lo voy a decir: si pudiese crearse un escudo que reflejase los rayos gamma, se podrían construir refugios individuales que protegerían contra la radiación secundaria. El verdadero peligro, como usted sabe, es la radiación secundaria. Una bomba de hidrógeno puede aniquilar a una ciudad, pero los desechos radiactivos resultantes de la explosión atómica pueden matar lentamente a todo cuanto viva sobre una franja de miles de kilómetros de longitud y de cientos de kilómetros de anchura.

Brand se apresuró a decir:

—¿Realizamos nosotros trabajos en ese sentido?

—No.

—Pero si ellos lo obtienen y nosotros no, podrán destruir totalmente los Estados Unidos por el precio de diez ciudades de las suyas, digamos, una vez hayan terminado su programa de refugios contra la radiación secundaria.

—Esa posibilidad aún es muy lejana… ¿No cree usted que estamos haciendo castillos en el aire? Todas esas sospechas se basan en un simple cambio de una letra en el apellido de una persona…

—De acuerdo, estoy loco —dijo Brand—. Pero no pienso dejar las cosas así. Hemos llegado demasiado lejos. Tendrá usted su lista de físicos nucleares desaparecidos, aunque tenga que ir a buscarla a Moscú.

Obtuvo la lista. Kristow y él examinaron todas las comunicaciones científicas y artículos escritos por aquellos hombres. Convocaron una sesión plenaria de la Comisión, y luego reunieron a todos los cerebros nucleares de los Estados Unidos. Por último, el doctor Kristow salió de una sesión que había durado toda la noche, y a parte de la cual había asistido el propio presidente de la nación.

Brand le esperaba a la puerta. Ambos tenían aspecto cansado y ojeroso. El policía le preguntó:

—¿Qué dicen?

Kristow hizo un gesto de asentimiento.

—La mayor parte de ellos se muestran de acuerdo. Algunos todavía dudan, pero la mayoría está de acuerdo.

—¿Y usted qué dice? ¿Está seguro?

—Nada de eso, pero déjeme que le explique. Resulta más fácil creer que los soviéticos trabajan en la creación de un escudo protector contra los rayos gamma, que creer que todos los datos que hemos desenterrado no tienen relación entre sí.

—¿Se ha decidido que nosotros comencemos también las investigaciones sobre protección contra los rayos gamma?

—Sí.

Kristow se pasó la mano sobre el cabello, corto y enhiesto, produciendo un rumor seco, apenas perceptible.

—Concentraremos todos nuestros recursos en ella —dijo—. Conociendo los artículos escritos por los desaparecidos, no dejaremos que nos tomen mucha ventaja. Incluso podremos alcanzarlos… Naturalmente, descubrirán que trabajamos en ello.

—Que lo descubran —dijo Brand—. No importa. Así no se atreverán a atacar. No veo que sea un buen negocio arrasar diez de nuestras ciudades a cambio de diez de las suyas…, si ambos contamos con protección y ellos lo saben.

—Pero no tan pronto. No queremos que lo averigüen demasiado pronto. ¿Y qué noticias hay del Zebatinsky-Sebatinsky estadounidense?

Brand asumió un aspecto solemne y movió negativamente la cabeza.

—No existe la menor relación entre él y este asunto…, hasta ahora —dijo—. Pero le aseguro que lo hemos investigado a fondo. Estoy de acuerdo con usted, desde luego. Actualmente se encuentra en un punto neurálgico, y no podemos permitir que siga allí, aunque esté libre de sospechas.

—No podemos ponerle bonitamente de patitas en la calle. Si lo hiciésemos, los rusos se extrañarían.

—¿Qué podemos hacer?

Ambos avanzaban por el largo pasillo en dirección al distante ascensor… Sus pasos y sus voces resonaban extrañamente en el silencio de las cuatro de la madrugada.

El doctor Kristow dijo:

—He mirado su hoja de servicios. Ese muchacho vale más que otros muchos; además, no está contento con su trabajo. No le gusta trabajar en equipo.

—¿Qué sugiere usted?

—En cambio, es idóneo para el trabajo académico. Si podemos conseguir que una importante universidad le ofrezca una cátedra de Física, creo que él la aceptaría encantado. Así podría trabajar en investigaciones inofensivas; nosotros podríamos vigilarlo estrechamente, y todo parecería una consecuencia lógica, un progreso merecido en su carrera, que no sorprendería a nadie, y menos a los rusos. ¿Qué le parece?

Brand asintió.

—Excelente idea. Muy bien. La someteré al jefe.

Se metieron en el ascensor y Brand se puso a pensar en todo ello. ¡Qué final para lo que había empezado con el simple cambio de una letra en un apellido!

Marshall Sebatinsky apenas podía hablar. Con voz ahogada, dijo a su esposa:

—Te juro que no sé cómo ha podido suceder esto. Hubiera dicho que eran incapaces de diferenciarme de un detector de mesones… ¡Buen Dios, Sophie, profesor adjunto de Física en Princeton! ¿Te imaginas?

Sophie repuso:

—¿Supones tal vez que se debe a tu charla en una de las reuniones de la Asociación de Física Norteamericana?

—No lo sé. Mi comunicación era muy sosa, y todos los de la sección me gastaron bromas. —Hizo chasquear los dedos—. Por lo visto, Princeton ha estado realizando una investigación sobre mí. No hay duda. ¿Recuerdas todos esos formularios que he tenido que llenar durante los últimos seis meses; todas esas entrevistas que yo no sabía a qué conducían? Para serte sincero, te diré que empezaba a creer que me consideraban sospechoso de actividades subversivas… Pero era Princeton, que me estaba estudiando. Meditan bien lo que hacen.

—¿Y si fuese tu nombre? —apuntó Sophie—. El cambio de nombre, quiero decir.

—Verás ahora. Finalmente, mi vida profesional será mía, y de nadie más. Podré seguir mi camino. En cuanto tenga oportunidad de trabajar sin… —Se interrumpió, para volverse hacia su esposa—. ¡Mi nombre! ¿Quieres decir la «S» que me he puesto?

—Sólo te han hecho esta oferta después de cambiar el nombre, tenlo en cuenta…

—Sí, pero mucho después. No, ésa es una simple coincidencia. Ya te lo dije entonces, Sophie, me limité a tirar cincuenta dólares por la ventana para complacerte. ¡Qué estúpido me he sentido durante todos estos meses, empeñándome en imponer a todo el mundo esa dichosa «S»!

Sophie se puso inmediatamente a la defensiva.

—Yo no te obligué a hacerlo, Marshall. Sólo te dije que me gustaría que lo hicieses, pero no insistí. No digas que te obligué. Además, resulta que salió bien. Estoy segura que todo esto se debe al cambio de nombre.

Sebatinsky sonrió con indulgencia.

—No es más que una superstición.

—No me importa como lo llames, pero la verdad es que te has quedado con la «S».

—Pues sí, lo reconozco. Me ha costado tanto que todo el mundo se acostumbrase a llamarme Sebatinsky que la simple idea de volver a empezar de nuevo me asusta. ¿Y si adoptase otro nombre…, Jones, por ejemplo?

Lanzó una carcajada casi histérica.

Pero Sophie no se rió.

—Déjalo como está.

—Claro, claro…, no era más que una broma… Mira, te voy a decir lo que pienso hacer. Un día de estos iré a ver al viejo ese y le daré otros cincuenta pavos. ¿Estarás satisfecha entonces?

Se sentía tan optimista que fue a la semana siguiente, esta vez sin disfrazarse. Llevaba sus propias gafas y su traje, y la cabeza descubierta.

Incluso tarareaba una cancioncilla al aproximarse a la tienda. Tuvo que apartarse a un lado para dejar pasar a una mujer de aspecto fatigado y expresión avinagrada que empujaba un cochecito con dos niños.

Puso la mano en el picaporte y apoyó el pulgar en el pestillo de hierro. Éste no cedió a la presión ejercida. La puerta estaba cerrada con llave.

La amarilla y polvorienta tarjeta que decía «Numerólogo» había desaparecido, advirtió de pronto. Otro rótulo, impreso y que ya empezaba a retorcerse y decolorarse por la acción del sol, ostentaba las palabras «SE ALQUILA».

Sebatinsky se encogió de hombros. Qué se le iba a hacer. Él había intentado siempre complacer a su esposa.

Así es que dio media vuelta y se fue, silbando entre dientes.

Haround, contento de verse libre de su envoltorio corporal, saltaba alegremente, y sus vórtices de energía lucían con un apagado resplandor violáceo sobre varios hiperkilómetros cúbicos.

—¿He ganado? ¿He ganado? —iba repitiendo.

Mestack estaba algo apartado, y sus vórtices eran casi una esfera de luz en el hiperespacio.

—Todavía no lo he calculado.

—Hazlo, pues. No cambiarás en nada los resultados, por más tiempo que

inviertas… Uf, qué alivio volver de nuevo al seno de la limpia y resplandeciente energía… Necesité un microciclo de tiempo como cuerpo encarnado; además, era un cuerpo muy gastado y viejo. Pero valía la pena hacerlo para demostrártelo.

Mestack dijo:

—De acuerdo, reconozco que evitaste una guerra nuclear en ese planeta.

—¿Y no es eso un efecto de Clase A?

—Sí, desde luego; es un efecto de Clase A.

—Perfectamente. Ahora comprueba lo que quieras y dime si no conseguí ese efecto de Clase A con un estímulo de Clase F. Me limité a cambiar una letra de un nombre.

—¿Cómo?

—Oh, nada. Ahí está todo. Te lo he preparado.

Mestack dijo, algo a regañadientes:

—Me entrego. Un estímulo de Clase F.

—Entonces, he ganado. Tienes que admitirlo.

—Ninguno de los dos podrá decir que ha ganado cuando el Vigilante vea esto.

Haround, que había asumido la apariencia corporal de un anciano numerólogo en la Tierra y todavía no había podido acostumbrarse del todo al alivio que le producía no serlo ya, dijo:

—No parecías estar muy preocupado por eso cuando hiciste la apuesta.

—No creí que fueses capaz de aceptarla.

—¡Entropía! Pero, ¿por qué preocuparse? El Vigilante no se enterará jamás que hemos utilizado un estímulo de Clase F.

—Tal vez no, pero sí descubrirá el efecto de Clase A. Esos corpóreos seguirán por ahí aun después de una docena de microciclos. El Vigilante se dará cuenta.

—Lo que pasa, Mestack, es que tú no quieres pagar. Tratas de pasarte de listo.

—Pagaré. Pero espera a que el Vigilante se entere que hemos estado ocupándonos de un problema que no nos había asignado y que hemos efectuado un cambio no autorizado. Eso, si…

Se interrumpió.

Haround replicó:

—Bien, dejaré las cosas como estaban. Así no se enterará.

La energía de Mestack asumió un brillo socarrón.

—Necesitarás otro estímulo de Clase F, si quieres que no se entere.

Haround vaciló.

—Puedo hacerlo —dijo.

—Lo dudo.

—Te aseguro que puedo.

—¿Quieres que hagamos otra apuesta?

Las radiaciones de Mestack se hacían jubilosas.

—Aceptado —dijo Haround, acorralado—. Pondré a aquellos corpóreos donde estaban y el Vigilante no se dará cuenta de nada.

Mestack sacó partido de su ventaja.

—Anulemos la primera apuesta entonces, y tripliquemos la segunda.

A Haround se le contagió el entusiasmo del otro.

—Muy bien, de acuerdo —convino—. Triplicado.

—¡Hecho, pues!

—¡Hecho!

La última pregunta

La última pregunta fue formulada por primera vez, medio en broma, el 21 de mayo de 2061, en una época en que la Humanidad dio el primer paso hacia la luz. La pregunta surgió a consecuencia de una apuesta de cinco dólares tras unos vasos de whisky con soda, y los hechos fueron éstos:

Alexander Adell y Bertram Lupov eran dos de los leales asistentes de Multivac. Tanto como cualquier ser humano, ambos sabían qué se ocultaba tras la fría, vibrante y centelleante faz (kilómetros y kilómetros de faz) de la gigantesca computadora. Poseían como mínimo una vaga noción del esquema de relés y circuitos que hacía tiempo había crecido hasta el punto que ningún ser humano podía tener una firme comprensión del conjunto.

Multivac se ajustaba y corregía ella misma. Así debía ser, porque nada humano podía ajustarla y corregirla con la rapidez suficiente o incluso del modo más conveniente. Por tal motivo, Adell y Lupov atendían al monstruoso gigante sólo ligera y superficialmente, aunque del mejor modo que podía hacerse. Entraban datos, ajustaban las preguntas a las necesidades de la máquina y traducían las respuestas que salían. Ellos, y el resto de hombres como ellos, tenían derecho cierto a compartir la gloria que pertenecía a Multivac.

Durante décadas, Multivac había colaborado en el diseño de naves y en la planificación de las trayectorias que permitieron al hombre llegar a la Luna, Marte y Venus, aunque las naves no se podían mantener más allá de los pobres recursos de la Tierra. Se precisaba demasiada energía para los viajes largos. La Tierra explotaba su carbón y su uranio con creciente eficacia, pero la reserva de ambos era limitada.

Sin embargo, Multivac aprendió poco a poco a responder preguntas más difíciles con mayor fundamento, y el 14 de mayo de 2061 lo que había sido teoría se convirtió en realidad.

La energía del Sol fue almacenada, transformada y utilizada directamente a escala planetaria. La Tierra entera renunció al ardiente carbón y al fisionante uranio, y accionó el interruptor que la conectaba con una pequeña estación de un kilómetro de diámetro que giraba alrededor del planeta a medio camino de la Luna. La Tierra entera empezó a vivir mediante invisibles rayos de energía solar.

Siete días no bastaron para oscurecer la gloria del acontecimiento, y Adell y Lupov lograron por fin huir de su función pública y reunirse en silencio, en un lugar donde nadie pensaría en buscarlos, en las abandonadas cámaras subterráneas donde aparecían fragmentos del potente cuerpo enterrado de Multivac. Desatendida, ociosa, clasificando datos con sostenidos y flojos *clics*, también Multivac merecía unas vacaciones, y los muchachos lo comprendían. La pareja no tenía intención, al principio, de molestar a la máquina.

Habían llegado con una botella, y su única preocupación en aquel momento era relajarse en compañía el uno del otro y de la botella.

—Es asombroso si lo piensas —dijo Adell. Su ancho rostro mostraba arrugas de cansancio, y Adell removió lentamente la bebida con una varilla de vidrio y observó el lento deshacerse de los cubitos de hielo—. Toda la energía que posiblemente podemos usar, gratis. Suficiente, si quisiéramos recurrir a ella, para fundir la Tierra y formar una gota enorme de hierro líquido con impurezas, y a pesar de eso no lamentaríamos haber perdido tanta energía. Toda la energía que podemos usar, por siempre y por siempre y por siempre.

Lupov ladeó la cabeza. Tenía costumbre de hacer eso cuando deseaba llevar la contraria, y en aquel momento era su deseo, en parte porque él había tenido que llevar el hielo y los vasos.

—Por siempre no —dijo.

—Oh, demonios, casi eternamente. Hasta que el Sol se agote, Bert.

—Eso no es por siempre.

—Muy bien, pues. Millones y millones de años. Veinte mil millones, tal vez. ¿Estás satisfecho?

Lupov metió los dedos entre su cada vez más escaso cabello, como para asegurarse que aún quedaba algo, y dio un suave sorbo.

—Veinte mil millones de años no es eternamente.

—Bueno, el Sol durará toda nuestra época, ¿no?

—Igual que el carbón y el uranio.

—De acuerdo, pero ahora podemos conectar hasta la última nave espacial a la Estación Solar, y las naves pueden ir a Plutón y volver un millón de veces sin preocuparse nunca del combustible. No puedes hacer eso con carbón y uranio. Pregunta a Multivac, si no me crees.

—No tengo que preguntar a Multivac. Lo sé.

—Entonces deja de quitarle méritos a lo que Multivac ha hecho por nosotros —dijo Adell en un arrebato—. Lo ha hecho muy bien.

—¿Quién dice que no? Lo que yo digo es que un sol no dura eternamente. Eso es lo único que digo. Estamos a salvo durante veinte mil millones de años. Pero luego, ¿qué? —Lupov apuntó a su compañero con un dedo ligeramente tembloroso—. Y no digas que recurriremos a otro sol.

Hubo un rato de silencio. Adell se llevó el vaso a los labios muy de vez en cuando, y los ojos de Lupov se cerraron lentamente. Ambos descansaron.

Después los ojos de Lupov se abrieron de repente.

—Estás pensando que recurriremos a otro sol cuando el nuestro se agote, ¿eh?

—No estoy pensando.

—Claro que sí. Flojeas en lógica, ése es tu problema. Eres como el tipo de aquella

historia, que le sorprendió la lluvia y corrió hacia una arboleda y se puso debajo de un árbol. No se preocupó, ¿sabes?, porque supuso que cuando la lluvia calara por las hojas de un árbol, él se pondría debajo de otro.

—Lo comprendo —dijo Adell—. No hace falta que grites. Cuando el sol se agote, las otras estrellas también estarán agotadas.

—Y bien que lo estarán —murmuró Lupov—. Todo empezó en la explosión cósmica original, fuera lo que fuera, y todo tendrá un fin cuando todas las estrellas se agoten. Algunas se agotan más de prisa que otras. Diablos, las gigantes no durarán cien millones de años. El sol durará veinte mil millones de años, y es posible que las enanas duren cien mil millones. Pero deja que pase un billón de años y todo estará a oscuras. La entropía tiene que aumentar al máximo, eso es todo.

—Sé de la entropía todo lo que hay que saber —dijo Adell, insistiendo en su dignidad.

—¡Qué vas a saber!

—Sé tanto como tú.

—Entonces sabrás que todo se agotará algún día.

—De acuerdo. ¿Quién dice que no?

—Tú lo has dicho, tonto. Has dicho que teníamos toda la energía que necesitamos, por siempre. Has dicho «por siempre».

Era el turno de Adell para llevar la contraria.

—Es posible que podamos rehacerlo todo algún día —dijo.

—Nunca.

—¿Por qué no? Algún día.

—Nunca.

—Pregunta a Multivac.

—Pregunta tú a Multivac. Te reto. Cinco dólares si dice que es imposible.

Adell estaba lo bastante ebrio para intentarlo, y lo bastante sobrio para lograr conformar los necesarios símbolos y operaciones en una pregunta que, expresada en palabras, podría corresponder a ésta: ¿será capaz la Humanidad algún día, sin el gasto neto de energía, de devolver al sol su plena juventud, incluso después que haya muerto de viejo?

O quizá podría exponerse en forma más sencilla del siguiente modo: ¿cómo es posible disminuir colosalmente la entropía total del Universo?

Multivac se calmó y quedó silenciosa. El lento fluctuar de luces cesó, los distantes sonidos de los relés acabaron.

Luego, cuando los asustados técnicos pensaban que no podían contener más la respiración, se produjo el súbito brinco a la vida del teletipo conectado a aquel fragmento de Multivac. Cinco palabras aparecieron impresas:

DATOS INSUFICIENTES PARA RESPUESTA SIGNIFICATIVA.

—No hay apuesta —musitó Lupov.

Ambos se fueron apresuradamente.

A la mañana siguiente, atormentados por el dolor de cabeza y con la lengua estropajosa, los dos olvidaron el incidente.

Jerrodd, Jerrodine y Jerrodette I y II contemplaron el cambio de la estrellada imagen de la visiplaca cuando se completó el paso del hiperespacio en su instantáneo lapso. En un instante, el uniforme polvo de estrellas cedió el paso al predominio de un único disco de mármol, brillante y centrado.

—Eso es X-23 —dijo confiadamente Jerrodd.

Sus finas manos se apretaron con fuerza a su espalda y los nudillos se pusieron blancos.

Las pequeñas Jerrodette habían experimentado el paso del hiperespacio por primera vez en su vida, y se cohibieron con la momentánea sensación de tener el vacío en el interior de la nave. Arrinconaron sus risitas y se persiguieron una a otra alocadamente alrededor de su madre.

—¡Hemos llegado a X-23!… ¡Hemos llegado a X-23!… ¡Hemos…! —chillaron.

—Silencio, niñas —dijo tajantemente Jerrodine—. ¿Estás seguro, Jerrodd?

—¿Qué puedo estar sino seguro? —inquirió Jerrodd, mientras miraba el saliente de monótono metal del techo.

La protuberancia iba de un extremo a otro de la sala y desaparecía en la pared a ambos lados. Era tan larga como la nave.

Jerrodd apenas sabía nada sobre la gruesa vara de metal, aparte que se denominaba Microvac, que se le podían formular preguntas si así se deseaba, que si no se le formulaban la máquina seguía teniendo la tarea de guiar la nave hasta un destino preestablecido, alimentándose con la energía de las diversas estaciones subgalácticas y calculando las ecuaciones para los saltos hiperespaciales.

Jerrodd y su familia sólo tenían que aguardar, y vivir en las cómodas partes residenciales de la nave.

Alguien había dicho a Jerrodd en cierta ocasión que las letras *«ac»* al final de *«Microvac»* significaban *«analog computer»* (computadora analógica) en inglés antiguo, pero él estaba a punto de olvidar incluso ese detalle.

Los ojos de Jerrodine estaban humedecidos mientras observaban la visiplaca.

—No puedo evitarlo. Me siento rara por salir de la Tierra.

—¡Vaya, por el amor de Dios! —exclamó Jerrodd—. No tenemos nada allí. Lo tenemos todo en X-23. No estarás sola. Serás una pionera. Hay ya un millón de personas en el planeta. Buen Dios, nuestros biznietos tendrán que buscar nuevos mundos porque X-23 estará superpoblado. —Luego, tras una pausa de reflexión, añadió—: Te lo aseguro, es una suerte que las computadoras resolvieran el viaje

interestelar, tal como está creciendo la raza.

—Lo sé, lo sé —dijo con aire desdichado Jerrodine.

—Nuestro Microvac es el mejor Microvac del mundo —se apresuró a decir Jerrodette I.

—Lo mismo opino yo —dijo Jerrodd, despeinando a la niña con la mano.

Era estupendo tener un Microvac propio, y Jerrodd se alegraba de formar parte de su generación y de ninguna otra. En la juventud de su padre, las únicas computadoras existentes eran tremendas máquinas que ocupaban veinticinco mil hectáreas de terreno. Sólo había una por planeta. Se denominaba AC Planetario. Habían estado creciendo en tamaño constantemente durante mil años y luego, de pronto, llegó el refinamiento. En lugar de transistores se usaron válvulas moleculares, de tal modo que hasta el AC Planetario de mayor volumen podía ocupar la mitad del volumen de una nave espacial.

Jerrodd se sentía pictórico, como se sentía siempre que pensaba que su Microvac personal era muchas veces más complejo que el viejo y primitivo Microvac que domesticó al Sol por primera vez, y casi tan complejo como el AC Planetario de la Tierra (el de mayor tamaño) que había resuelto el problema del viaje hiperespacial y posibilitado los desplazamientos a las estrellas.

—Tantas estrellas, tantos planetas… —dijo suspirando Jerrodine, sumida en sus particulares pensamientos—. Supongo que las familias saldrán a nuevos planetas constantemente, igual que ahora.

—Constantemente no —dijo Jerrodd, sonriente—. Todo acabará algún día, aunque no dentro de millones de años. Dentro de muchos millones de años. Hasta las estrellas se agotan, ¿sabes? La entropía debe aumentar.

—¿Qué es entropía, papá? —preguntó Jerrodette II con su chillona voz.

—Entropía, pequeña preciosidad, es sólo una palabra que significa el punto de agotamiento del Universo. Todo se acaba, ¿sabes?, como tu pequeño robot walkie-talkie, ¿recuerdas?

—¿No puedes poner otra unidad de energía, como con mi robot?

—Las estrellas son las unidades de energía, cariño. Cuando desaparecen, no hay más unidades de energía.

Al instante, Jerrodette I dejó escapar un alarido.

—¡No las dejes, papá! ¡No dejes que las estrellas se acaben!

—Mira lo que has conseguido —murmuró Jerrodine, exasperada.

—¿Cómo iba a saber que eso las asustaría? —murmuró Jerrodd a su vez.

—Pregunta a Microvac —gimió Jerrodette I—. Pregúntale cómo podemos encender otra vez las estrellas.

—Adelante —dijo Jerrodine—. Eso las calmará.

Jerrodette II también había prorrumpido en llanto. Jerrodd se alzó de hombros.

—Bueno, bueno, cielos. Preguntaré a Microvac. No se preocupen, Microvac nos lo dirá.

Formuló la pregunta a Microvac y se apresuró a añadir: «Imprime la respuesta».

Jerrodd recogió en la mano la tira de fino celufilme.

—Ya lo ven —dijo alegremente—. Microvac dice que se ocupará de todo cuando llegue el momento, así que no se preocupen.

—Y ahora, niñas —dijo Jerrodine—, es hora de irse a la cama. Pronto estaremos en nuestro nuevo mundo.

Jerrodd leyó de nuevo las palabras del celufilme antes de destruirlo:

DATOS INSUFICIENTES PARA RESPUESTA SIGNIFICATIVA.

Se encogió de hombros y contempló la visiplaca. X-23 estaba muy cerca.

VJ-23X de Lameth observó las negras profundidades del mapa tridimensional a escala reducida de la galaxia y dijo:

—Me pregunto si no seremos algo ridículos al preocuparnos tanto del asunto…

MQ-17J de Nicron sacudió la cabeza.

—Creo que no. Sabes que la galaxia estará llena dentro de cinco años con el actual ritmo de expansión.

Ambos aparentaban tener poco más de veinte años, los dos eran altos y estaban perfectamente formados.

—A pesar de todo —dijo VJ-23X—, dudo respecto a presentar un informe tan pesimista al Consejo Galáctico.

—Yo no puedo considerar otra clase de informe. Agítalos un poco. Tenemos que agitarlos.

VJ-23X suspiró.

—El espacio es infinito —dijo—. Cien mil millones de galaxias aguardan la ocupación. Y más.

—Cien mil millones no es el infinito, y cada vez es menos infinito. ¡Piensa! Hace veinte mil años, la Humanidad resolvió el problema de la utilización de energía estelar, y algunos siglos más tarde fue posible el viaje interestelar. La Humanidad tardó un millón de años en llenar un pequeño mundo y después sólo quince mil años en llenar el resto de la galaxia. Ahora la población se duplica cada diez años…

—Podemos dar gracias a la inmortalidad por eso —interrumpió VJ-23X.

—Muy bien. La inmortalidad existe y debemos tenerla en cuenta. Admito que tiene su lado malo, esta inmortalidad. El AC Galáctico nos ha resuelto muchos problemas, pero al resolver el problema de prevenir el envejecimiento y la muerte, ha desvirtuado el resto de sus soluciones.

—A pesar de todo, no querrás renunciar a la vida, supongo.

—En absoluto —espetó MQ-17J, y al instante suavizó su voz—. Todavía no. No

soy viejo, ni mucho menos. ¿Qué edad tienes?

—Doscientos veintitrés. ¿Y tú?

—Aún no he llegado a los doscientos… Pero volvamos a la discusión. La población se duplica cada diez años. En cuanto esta galaxia esté repleta, atestaremos otra en diez años. Otros diez años y habremos llenado dos galaxias más. Otra década, cuatro más. A los cien años habremos ocupado mil galaxias. Dentro de mil años, un millón. Diez mil años, todo el universo conocido. ¿Y luego qué?

—Como cuestión secundaria —dijo VJ-23X—, está el problema del transporte. Me pregunto cuántas unidades de energía solar serán precisas para trasladar galaxias de individuos de una galaxia a otra.

—Excelente problema. La Humanidad consume ya dos unidades de energía solar por año.

—En gran parte desperdiciada. Bien mirado, nuestra galaxia sola vierte mil unidades de energía solar por año, y nosotros sólo usamos dos de ellas.

—Cierto, pero incluso con un ciento por ciento de eficacia, lo único que conseguiríamos sería diferir el final. Nuestras necesidades energéticas crecen en progresión geométrica, con mayor rapidez que la población. Nos quedaremos sin energía antes que nos falten galaxias. Buen punto. Muy buen punto.

—Tendremos que crear nuevas estrellas con gas interestelar.

—¿O con calor disipado? —preguntó sarcásticamente MQ-17J.

—Quizás exista algún medio de invertir el curso de la entropía. Deberíamos preguntar al AC Galáctico.

VJ-23X no hablaba en serio, pero MQ-17J sacó del bolsillo su contacto con el AC y lo dejó en la mesa delante de su compañero.

—Tenía ciertas ganas de hacerlo —dijo MQ-17J—. Es algo que la raza humana deberá arrostrar algún día.

Contempló sombríamente su pequeño contacto con el AC. Era un cubo de sólo quince centímetros cúbicos y por sí mismo inútil, pero estaba conectado a través del hiperespacio al gran AC Galáctico que servía a la Humanidad entera. Con el hiperespacio de por medio, el aparato formaba parte integral del AC Galáctico.

MQ-17J hizo una pausa para preguntarse si algún día de su inmortal vida conseguiría ver el AC Galáctico. La máquina se hallaba en un pequeño mundo particular, una telaraña de rayos de fuerza que retenía la materia, y en cuyo interior oleadas de submesones ocupaban el lugar de las antiguas y vulgares válvulas moleculares. Pero se decía que el AC Galáctico, pese a su funcionamiento subetérico, medía trescientos metros de anchura.

MQ-17J preguntó de pronto a su contacto con el AC: «¿Existe algún medio de invertir la tendencia de la entropía?»

—Eh, oye —dijo al instante VJ-23X, con aspecto sobresaltado—, en realidad no

pretendía que preguntaras eso.

—¿Por qué no?

—Ambos sabemos que es imposible alterar la tendencia de la entropía. Es imposible transformar humo y cenizas en un árbol.

—¿Hay árboles en tu mundo? —preguntó MQ-17J.

El sonido del AC Galáctico sobresaltó e hizo callar a los dos. La voz, suave y hermosa, brotó del pequeño contacto dejado en la mesa. Dijo:

NO HAY DATOS SUFICIENTES PARA UNA RESPUESTA SIGNIFICATIVA.

—¡Ya lo ves! —dijo VJ-23X.

Los dos hombres se centraron de nuevo entonces en el problema del informe que iban a presentar al Consejo Galáctico.

La mente de Zeta Uno se extendió sobre la nueva galaxia con ligero interés hacia los incontables sesgos de las estrellas que la cubrían de polvo. Él nunca había visto aquello. ¿Las vería todas alguna vez? Tantas estrellas, todas con su carga de Humanidad… Pero una carga que casi era un peso muerto. Cada vez más, la esencia real de los hombres iba a estar presente allá afuera, en el espacio.

¡Mentes, no cuerpos! Los cuerpos inmortales permanecían en los planetas, en suspensión a lo largo de eones. A veces despertaban para hacer alguna actividad material, pero eso era cada vez más raro. Muy pocos individuos nuevos cobraban existencia para unirse al increíblemente poderoso tropel, pero, ¿qué importaba eso? Había poco espacio en el Universo para nuevos individuos.

Zeta Uno salió de su ensueño al topar con los espigados zarcillos de otra mente.

—Soy Zeta Uno —dijo—. ¿Y tú?

—Soy De Sub Uno. ¿Y tu galaxia?

—La llamamos simplemente Galaxia. ¿Y la tuya?

—La llamamos igual. Todos los hombres llaman Galaxia a su galaxia. Galaxia y nada más. ¿Por qué no?

—Cierto. Puesto que todas las galaxias son la misma.

—No todas. En una galaxia particular debió originarse la raza humana. Eso establece una diferencia.

—¿En cuál? —dijo Zeta Uno.

—No puedo decirlo. El AC Universal debe saberlo.

—¿Le preguntamos? Siento una repentina curiosidad.

Las percepciones de Zeta Uno se ampliaron hasta que las mismas galaxias se encogieron y transformaron en polvo más difuso sobre un fondo mucho mayor. Cientos de millones de estrellas, todas con seres inmortales, todas con su carga de inteligencias dotadas de mentes que flotaban libremente en el espacio. Y sin embargo, una galaxia era única en el conjunto, al ser la Galaxia original. Una galaxia había

vivido, en su vago y distante pasado, un período en que fue la única galaxia poblada por el hombre.

Zeta Uno estaba consumido por la curiosidad de contemplar esa galaxia, y gritó:

—¡AC Universal! ¿En qué galaxia se originó la Humanidad?

El AC Universal oyó la pregunta, porque en todos los mundos y en cualquier parte del espacio poseía receptores preparados, y los receptores conectaban a través del hiperespacio con cierto punto desconocido donde el AC Universal se mantenía apartado.

Zeta Uno sólo conocía a un hombre cuyos pensamientos hubieran penetrado a distancia perceptiva del AC Universal, y aquel hombre informó únicamente de un reluciente globo de medio metro de diámetro, de difícil visión.

—Pero, ¿cómo es posible que el AC Universal sea tan pequeño? —le había preguntado Zeta Uno.

—Gran parte del AC Universal se halla en el hiperespacio —fue la respuesta—. ¿En qué forma está allí? No puedo imaginarlo.

Ni podía nadie, porque había transcurrido largo tiempo, y Zeta Uno lo sabía, desde el día en que un hombre tuvo relación con la construcción de un AC Universal. Un AC Universal diseñaba y construía a su sucesor. El AC Universal, durante su existencia de un millón de años o más, acumulaba los datos necesarios para crear un sucesor mejor y más complejo, más capacitado, en el que se sumergirían su reserva de datos y su individualidad.

El AC Universal interrumpió los errantes pensamientos de Zeta Uno, no con palabras, sino con orientación. La mentalidad de Zeta Uno fue orientada entre el oscuro océano de galaxias, y una de éstas aumentó de tamaño hasta convertirse en estrellas.

Llegó un pensamiento, infinitamente distante, aunque infinitamente claro:

ÉSTA ES LA GALAXIA ORIGINAL DEL HOMBRE.

Pero al fin y al cabo era igual, igual que cualquier otra, y Zeta Uno reprimió su desilusión.

De Sub Uno, cuya mente había acompañado al otro, dijo de pronto:

—¿Y una de estas estrellas es la original del hombre?

El AC Universal repuso:

LA ESTRELLA ORIGINAL DEL HOMBRE SE TRANSFORMÓ EN NOVA. ES UNA ENANA BLANCA.

—¿Murieron los hombres que la poblaban? —preguntó Zeta Uno, sobresaltado y sin pensar.

El AC Universal dijo:

SE CONSTRUYÓ UN NUEVO MUNDO, COMO EN CASOS SIMILARES, PARA SUS CUERPOS, EN EL MOMENTO PRECISO.

—Sí, por supuesto —dijo Zeta Uno, aunque una sensación de pérdida le abrumaba.

Su mente desasió la galaxia original del hombre, saltó hacia atrás y se perdió entre los confusos puntitos. No quería volver a verla nunca.

—¿Qué ocurre? —dijo De Sub Uno.

—Las estrellas agonizan. La estrella original ha muerto.

—Todas deben morir. ¿Por qué no?

—Cuanto toda la energía desaparezca, nuestros cuerpos morirán por fin, y tú y yo con ellos.

—Eso tardará millones de años.

—No deseo que suceda, ni siquiera dentro de millones de años. ¡AC Universal! ¿Cuántas estrellas se librarán de la muerte?

—Estás preguntando cómo es posible invertir el curso de la entropía —dijo De Sub Uno, divertido.

Y el AC Universal respondió:

TODAVÍA NO HAY DATOS SUFICIENTES PARA UNA RESPUESTA SIGNIFICATIVA.

Los pensamientos de Zeta Uno huyeron a su galaxia. No pensó más en De Sub Uno, cuyo cuerpo podía aguardar en una galaxia a un billón de años luz de distancia, o en la estrella más cercana a la de Zeta Uno. Eso carecía de importancia.

Desconsoladamente, Zeta Uno empezó a recoger hidrógeno interestelar con el que construir una pequeña estrella. Si las estrellas debían morir algún día, al menos podía construirse alguna.

Hombre pensó en sí mismo, porque en cierto sentido, Hombre, mentalmente, era uno. Estaba formado por un trillón de trillones de trillones de cuerpos eternos, todos en su lugar, descansando silenciosa e incorruptiblemente, cuidados por autómatas perfectos asimismo incorruptibles, mientras que las mentes de los cuerpos se fundían libremente unas en otras, sin diferenciarse.

—El Universo agoniza —dijo Hombre.

Hombre observó las galaxias cada vez más apagadas. Las estrellas gigantes, derrochadoras, habían desaparecido hacía tiempo, sumiéndose en el más oscuro de los oscuros y distantes pasados. Casi todas las estrellas eran enanas blancas que se apagaban cerca ya del fin.

Nuevas estrellas habían sido construidas con polvo interestelar, algunas mediante procesos naturales, otras por Hombre, y también éstas iban desapareciendo. Aún era posible hacer chocar enanas blancas y, con las poderosas fuerzas así liberadas, construir nuevas estrellas, pero sólo una por cada mil enanas blancas destruidas, y también las nuevas tendrían un fin.

—Cuidadosamente administrada —dijo Hombre—, siguiendo las instrucciones del AC Cósmico, la energía que resta en el Universo durará millones de años.

»Pero aun así, un día llegará el final. Se la economice como se la economice, por más que se la aproveche, la energía gastada desaparece y es imposible recuperarla. La entropía debe aumentar siempre al máximo.

»¿Es posible invertir la tendencia de la entropía? Preguntemos al AC Cósmico…

El AC Cósmico los rodeó, pero no en el espacio. Ni un fragmento del AC Cósmico se hallaba en el espacio. Estaba en el hiperespacio, y formado por algo que ni era materia ni era energía. El problema de su tamaño y naturaleza no tenía ya significado en términos comprensibles por Hombre.

—AC Cósmico —dijo Hombre—, ¿cómo se puede invertir la tendencia de la entropía?

El AC Cósmico dijo:

TODAVÍA NO HAY DATOS SUFICIENTES PARA UNA RESPUESTA SIGNIFICATIVA.

—Recoge más datos.

ASÍ LO HARÉ. ESO HE HECHO DURANTE CIEN MIL MILLONES DE AÑOS. A MIS PREDECESORES Y A MÍ SE NOS HA FORMULADO ESTA PREGUNTA NUMEROSAS VECES. TODOS LOS DATOS QUE POSEO SIGUEN SIENDO INSUFICIENTES.

—¿Llegará una época en que habrá datos suficientes —dijo Hombre—, o bien el problema es irresoluble en cualesquiera circunstancias concebibles?

NINGÚN PROBLEMA ES IRRESOLUBLE EN CUALESQUIERA CIRCUNSTANCIAS CONCEBIBLES.

—¿Cuándo tendrás datos suficientes para responder?

TODAVÍA NO HAY DATOS SUFICIENTES PARA UNA RESPUESTA SIGNIFICATIVA.

—¿Continuarás trabajando en ello? —preguntó Hombre.

LO HARÉ.

—Esperaremos —dijo Hombre.

Estrellas y galaxias murieron y se extinguieron, y el espacio se volvió negro tras diez billones de años de apagamiento.

Uno a uno los hombres se fundieron con AC; los organismos físicos perdieron su identidad mental de un modo que en cierta forma no era una pérdida sino una ganancia.

La última mente de Hombre se detuvo antes de la fusión para contemplar un espacio que no abarcaba nada, aparte de los vestigios de una última oscura estrella y una materia increíblemente ligera, agitada casualmente por los restos del calor que se consumía, asintóticamente, en dirección al cero absoluto.

—AC —dijo Hombre—, ¿es el fin? ¿No puede invertirse este caos y formar de nuevo el Universo? ¿Es imposible?

TODAVÍA NO HAY DATOS SUFICIENTES PARA UNA RESPUESTA SIGNIFICATIVA.

La última mente de Hombre se fundió, y sólo AC existía…, y eso en el hiperespacio.

Materia y energía se habían acabado, y con ellas el espacio y el tiempo. El mismo AC existía únicamente en virtud de la última pregunta jamás respondida desde la época en que un experto medio borracho la formulara a una computadora, hacía diez billones de años, que para AC era menos que un hombre para Hombre.

Habían sido respondidas las demás preguntas, y hasta que lo fuera también la última, AC no podía liberar su conciencia.

La recogida de datos había llegado al definitivo final. No quedaba nada por recoger.

Pero todavía había que relacionar todos los datos recopilados y formar con ellos todas las relaciones posibles.

Se invirtió un intervalo sin limitación de tiempo en hacer tal cosa.

Y por fin AC supo cómo invertir el curso de la entropía.

Pero no había ningún hombre al que facilitar la respuesta de la última pregunta. No importaba. La respuesta, mediante demostración, resolvería ese problema.

Durante otro intervalo sin limitación de tiempo, AC pensó en la mejor manera de hacerlo. Con sumo cuidado, organizó el programa.

La conciencia de AC abarcó todo lo que en tiempos había sido un Universo y meditó sobre lo que entonces era Caos. Paso a paso, había que hacerlo, y AC dijo:

¡HÁGASE LA LUZ!

Y la luz se hizo…

El niño feo

Edith Fellowes se alisó la bata de trabajo como hacía siempre antes de abrir la compleja cerradura de la puerta y cruzar la invisible línea divisoria que separaba el *es* del *no es*. Llevaba la libreta y el bolígrafo, aunque ya no tomaba notas excepto cuando consideraba absolutamente necesario hacer algún informe.

En esta ocasión llevaba también una maleta. («Juguetes para el niño», había dicho ella, sonriente, al vigilante, que desde hacía tiempo había dejado de hacerle preguntas y que le indicó que podía pasar.)

Como siempre, el niño feo supo que ella había entrado y se acercó corriendo.

—¡Señorita Fellowes! ¡Señorita Fellowes! —gritó con su blanda e indistinta voz.

—Timmie… —dijo ella, y pasó la mano por el tupido cabello castaño que cubría la desfigurada cabecita—. ¿Qué ocurre?

—¿Volverá Jerry para jugar otra vez? Siento lo que pasó.

—Eso no importa ahora, Timmie. ¿Por eso llorabas?

El niño bajó los ojos.

—No sólo por eso, señorita Fellowes. He soñado otra vez.

—¿El mismo sueño?

Los labios de la señorita Fellowes se fruncieron. Claro, el incidente con Jerry había hecho volver el sueño.

El niño asintió. Sus dientes, demasiado grandes, asomaron cuando intentó sonreír, y los labios de su sobresaliente boca se estiraron al máximo.

—¿Cuándo seré bastante grande para salir, señorita Fellowes?

—Pronto —dijo ella en voz baja, sintiendo que se le partía el corazón—. Pronto.

La señorita Fellowes dejó que el niño le tomara la mano y gozó con el cálido tacto de la gruesa y seca piel de la palma. El niño la llevó por las tres habitaciones que formaban el conjunto de la Sección Uno de Estasis; acogedoras, cierto, pero una prisión eterna para el niño feo durante los siete años (¿eran siete?) que llevaba de vida.

El niño la condujo a la única ventana, con vistas a un boscoso fragmento lleno de matorrales del mundo del *es* (en aquel momento oculto por la noche), donde una valla e instrucciones pintadas prohibían a cualquier hombre adentrarse sin permiso.

El niño apretó la nariz contra la ventana.

—¿Afuera, señorita Fellowes?

—Mejores lugares. Lugares más bonitos —dijo tristemente ella, mientras contemplaba la pobre cara encarcelada perfilada en la ventana.

La frente del niño se hundía planamente, y su cabello caía en mechones sobre ella. La nuca sobresalía y parecía un peso excesivo para la cabeza, de forma que ésta se inclinaba hacia delante y obligaba al cuerpo a adoptar una postura encorvada.

Óseos bordes habían provocado ya un abultamiento en la piel de los ojos. La ancha boca sobresalía más que la amplia y achatada nariz, y el niño carecía de barbilla propiamente dicha; sólo tenía una mandíbula de lisas curvas. Era bajo para su edad, y tenía las piernas cortas, gruesas y torcidas.

Era un niño terriblemente feo, y Edith Fellowes lo amaba intensamente.

La cara de la enfermera quedaba fuera de la línea de visión del niño, por lo que permitió a sus labios el lujo de un temblor.

No lo matarían. Ella haría cualquier cosa para impedirlo. Cualquier cosa. Abrió la maleta y empezó a sacar la ropa que contenía.

Edith Fellowes había cruzado por primera vez el umbral de Estasis, Inc., hacía poco más de tres años. Entonces no tenía la menor idea sobre el significado de Estasis y la tarea de la sociedad. Nadie lo sabía entonces, excepto las personas que trabajaban allí. De hecho, sólo un día después de la llegada de la enfermera se dio la noticia al mundo.

En aquel entonces, fue simplemente un anuncio de Estasis solicitando una mujer con conocimientos de fisiología, experiencia en química clínica y amor a los niños. Edith Fellowes era enfermera en una sala de maternidad y creía satisfacer dichos requisitos.

Gerald Hoskins, en cuyo escritorio figuraba una placa que indicaba su título de doctor, se rascó la mejilla con el pulgar y miró fijamente a la aspirante.

La señorita Fellowes se irguió automáticamente y notó que se le crispaba el rostro, de nariz levemente asimétrica y cejas una pizca gruesas.

«Él tampoco es guapo —pensó ella resentida—. Está engordando, se está quedando calvo y tiene una boca horrible…» Pero el salario mencionado en el anuncio era mucho más elevado de lo que la señorita Fellowes esperaba, y por eso se limitó a aguardar.

—Bien, ¿realmente adora a los niños? —dijo Hoskins.

—No lo afirmaría si no fuera cierto.

—¿O simplemente le encantan los niños guapos? ¿Los encantadores, regordetes, con lindas naricillas y voces de jilguero?

—Los niños son niños, doctor Hoskins —dijo la señorita Fellowes—, y los que no son guapos son precisamente los que pueden necesitar más ayuda.

—Entonces supongo que podemos aceptarla…

—¿Pretende decir que me da el empleo ahora mismo?

Él sonrió brevemente, y durante un momento su ancha cara tuvo un distraído rasgo de encanto.

—Tomo decisiones rápidas —dijo—. Pero de momento la oferta es provisional. Puedo tomar una decisión igualmente rápida para dejarla marchar. ¿Está dispuesta a

correr el riesgo?

La señorita Fellowes aferró su bolso y calculó con la máxima rapidez posible. Luego ignoró los cálculos y se dejó llevar por su impulso.

—De acuerdo.

—Magnífico. Vamos a formar Estasis esta noche y creo que será mejor que esté allí para empezar de inmediato. Eso será a las ocho de la noche, y me gustaría que usted estuviera a las siete y media.

—Pero, ¿qué…?

—Magnífico. Magnífico. Eso es todo por ahora.

Tras una señal, una risueña secretaria entró y acompañó fuera a la enfermera.

La señorita Fellowes contempló un instante la cerrada puerta del doctor Hoskins. ¿Qué era Estasis? ¿Qué relación tenía con los niños aquel gran edificio de aspecto de granero, con empleados provistos de placas de identificación, con improvisados pasillos, con un inconfundible ambiente de ingeniería?

Se preguntó si debía volver por la noche o quedarse en casa y dar una lección al arrogante individuo. Pero sabía que iba a volver, aunque sólo fuera por pura frustración. Tenía que averiguar lo de los niños.

La señorita Fellowes volvió a las siete y media y no tuvo que anunciarse. Uno tras otro, hombres y mujeres parecían conocerla y saber su trabajo. Le parecía ir sobre ruedas cuando la llevaron adentro.

El doctor Hoskins estaba allí, pero se limitó a mirarla con aire distante.

—Señorita Fellowes… —murmuró.

Ni siquiera le sugirió que tomara asiento, pero ella arrastró tranquilamente una silla hasta la barandilla y se sentó.

Se hallaban en una galería, contemplando un enorme foso lleno de instrumentos que parecían un cruce entre el tablero de mandos de una nave espacial y el teclado de una computadora. A un lado había separaciones que formaban un piso sin techo, una gigantesca casa de muñecas cuyas habitaciones podían verse desde arriba.

La señorita Fellowes vio una cocina electrónica y un frigorífico en una habitación, y un improvisado lavabo en otra. Y el objeto que distinguió en otra habitación sólo podía ser parte de una cama, de una cama pequeña.

Hoskins estaba hablando con otro hombre, y ambos, junto con la señorita Fellowes, eran los únicos ocupantes de la galería. Hoskins no quiso presentar al desconocido, y la enfermera lo miró furtivamente. Era delgado, y tenía cierto atractivo como hombre de edad madura. Tenía un pequeño bigote y penetrantes ojos, al parecer atareados con todo.

—Ni por un momento fingiré que entiendo todo esto, doctor Hoskins —estaba diciendo—. Es decir, entiendo tanto como puede esperarse de un lego, de un lego

razonablemente inteligente. Con todo, si hay algo que entiendo menos, es la cuestión de la selectividad. Usted sólo puede alcanzar cierta distancia. Eso parece lógico, las cosas se hacen más vagas al aumentar la distancia, se requiere más energía… Pero luego me dice que no puede llegar muy cerca. Ésa es la parte enigmática.

—Puedo hacerlo parecer menos paradójico, Deveney, si me permite utilizar una analogía.

(La señorita Fellowes identificó al desconocido en cuanto oyó su nombre, y se impresionó aun sin quererlo. Se trataba obviamente de Candide Deveney, el redactor científico de Telenoticias, que acudía notoriamente al escenario de cualquier importante avance científico. La enfermera incluso reconoció la cara de Deveney, ya que la había visto en la notiplaca cuando se anunció el aterrizaje en Marte… De modo que el doctor Hoskins debía tener algo importante allí.)

—Desde luego, use una analogía —dijo Deveney con aire pesaroso—, si cree que eso servirá de algo.

—Bien, pues. Es imposible leer un libro con caracteres de imprenta ordinarios si se lo sostiene a dos metros de los ojos, pero es posible leerlo a un palmo de distancia. Hasta aquí, cuanto más cerca mejor. Pero si pone el libro a cinco centímetros de sus ojos, vuelve a estar perdido. Existe el hecho de la excesiva proximidad, como ve.

—Hummm —dijo Deveney.

—O considere otro ejemplo. Su hombro derecho está a setenta centímetros de la punta de su dedo índice, y puede apoyar este dedo en su hombro derecho. Su codo derecho está sólo a la mitad de la distancia de la punta de su dedo índice. De acuerdo con la lógica ordinaria, sería más fácil hacer lo mismo, y sin embargo usted no puede poner el dedo índice de su mano derecha en el codo del mismo lado. De nuevo, existe el hecho de la excesiva proximidad.

—¿Puedo usar estas analogías en mi relato? —preguntó Deveney.

—Naturalmente. Me encantaría. He esperado mucho tiempo a que alguien como usted tenga un relato. Le ofreceré cualquier otra cosa que desee. Es hora, por fin, de querer que el mundo mire por encima de nuestro hombro. La gente verá algo.

(A pesar suyo, la señorita Fellowes admiraba la serena certeza del doctor. Había fuerza allí.)

—¿Cuán lejos va a llegar? —dijo Deveney.

—Cuarenta mil años.

La señorita Fellowes contuvo la respiración bruscamente.

¿Años?

Había tensión en el ambiente. Los encargados de los controles apenas se movían. Un hombre hablaba ante un micrófono con suave monotonía, pronunciando breves frases que no tenían sentido para la señorita Fellowes.

Deveney se apoyó en la barandilla de la galería con la mirada fija.

—¿Veremos algo, doctor Hoskins? —preguntó.

—¿Qué? No. Nada hasta que se complete el trabajo. Detectamos de forma indirecta, algo parecido al principio del radar, con la excepción que utilizamos mesones en lugar de radiación. Los mesones buscan retrocediendo en el tiempo en las condiciones apropiadas. Algunos se reflejan, y debemos analizar los reflejos.

—Eso parece difícil.

Hoskins sonrió de nuevo brevemente, como siempre.

—Es el producto final de cincuenta años de investigación, cuarenta de ellos antes de mi entrada en el campo… Sí, es difícil.

El hombre del micrófono alzó una mano.

—Hemos estado fijos en un momento particular de tiempo desde hace semanas. Hemos roto la conexión, la hemos rehecho tras calcular nuestros movimientos en el tiempo, nos hemos asegurado de poder maniobrar el flujo temporal con suficiente precisión. Esto debe dar resultado ahora.

Pero su frente relucía.

Edith Fellowes notó que se había levantado de la silla y estaba en la barandilla de la galería, pero no había nada que ver.

—Ahora —dijo en voz baja el hombre del micrófono.

Hubo un lapso de silencio suficiente para respirar una vez y luego el sonido del chillido de un aterrorizado niño en las habitaciones de la casa de muñecas. ¡Terror! ¡Penetrante terror!

La cabeza de la señorita Fellowes se volvió en la dirección del grito. Un niño estaba involucrado. Lo había olvidado.

El puño de Hoskins golpeó la barandilla, y el doctor, con voz tensa y temblorosa, con voz de triunfo, dijo:

—¡Conseguido!

La señorita Fellowes fue forzada a bajar el corto tramo espiral de escalera por la dura presión de la palma de Hoskins aplicada a sus omóplatos. El doctor no le dio explicaciones.

Los hombres de los controles estaban de pie en aquel momento, sonrientes, fumando, observando a los tres que llegaban a la planta principal. Un zumbido muy tenue surgía de la casa de muñecas.

—Es totalmente seguro entrar en Estasis —dijo Hoskins a Deveney—. Lo he hecho mil veces. Se produce una sensación extraña que dura un momento y no significa nada.

Hoskins cruzó un abierto umbral en muda demostración, y Deveney, con rígida risa y tras respirar con obvia profundidad, le siguió:

—¡Señorita Fellowes! ¡Por favor! —dijo Hoskins.

El doctor torció el dedo índice impacientemente.

La señorita Fellowes asintió y entró muy rígida. Fue como si un escarceo, un hormigueo interno recorriera su cuerpo.

Pero una vez dentro todo pareció normal. Se percibía el olor de la madera nueva de la casa de muñecas y…, y de…, de tierra.

Se había hecho el silencio, ninguna voz por fin, pero había un seco arrastrar de pies y, quizá, una mano que rascaba madera…, y luego un suave gemido.

—¿Dónde está? —preguntó angustiada la señorita Fellowes.

¿Por qué no se preocupaban aquel par de necios?

El niño se hallaba en el dormitorio; o por lo menos, en la habitación que tenía la cama.

Estaba de pie, desnudo, con el pequeño pecho, manchado de barro, subiendo y bajando irregularmente. Un montón de tierra y áspera hierba se extendía en el suelo alrededor de sus descalzos pies morenos. El olor a tierra procedía de allí, igual que el vestigio de algo fétido.

Hoskins siguió la aterrorizada mirada de la enfermera.

—Es imposible arrancar limpiamente a un niño del tiempo, señorita Fellowes —dijo en tono de disgusto—. Hemos tenido que recoger parte de los alrededores por cuestión de seguridad. ¿O habría preferido que el niño llegara aquí con una pierna menos, o con sólo media cabeza?

—¡Por favor! —repuso la señorita Fellowes, abrumada por el asco—. ¿Vamos a quedarnos con los brazos cruzados? La pobre criatura está asustada. Y muy sucia.

Tenía mucha razón. El niño tenía manchas de barro incrustado y grasa, y un arañazo en el muslo, que estaba enrojecido e inflamado.

Cuando Hoskins se aproximó, el niño, que aparentaba tener tres años, se agachó y retrocedió rápidamente. Alzó el labio superior y gruñó sibilantemente, igual que un gato. Con rápido gesto, Hoskins tomó al niño por ambos brazos y lo levantó del suelo, pese a que se revolvía y chillaba.

—Sosténgalo —dijo la señorita Fellowes—. Lo primero que necesita es un baño. Hay que limpiarlo. ¿Tiene lo preciso? Si es así, ordene que lo traigan aquí. Y al principio necesitaré ayuda para agarrar al niño. Luego, por el amor del cielo, ordene que recojan toda esta suciedad.

Ella estaba ya dando órdenes, y se la veía a sus anchas. Y puesto que era una enfermera eficaz, y no una confusa espectadora, la señorita Fellowes examinó al pequeño con ojo clínico…, y dudó durante unos instantes de sobresalto. Lo examinó más allá del barro y los gritos, más allá del agitar de extremidades y el inútil retorcimiento. Vio al niño propiamente dicho.

Era el niño más feo que había visto nunca. Horriblemente feo desde la deforme cabeza hasta las torcidas piernas.

La señorita Fellowes lavó al niño con ayuda de tres hombres, mientras otros iban de un lado a otro intentando limpiar la habitación. La enfermera actuó en silencio y con una sensación de atropello, irritada por el continuo desasosiego y los chillidos del pequeño, y por los indecorosos salpicones de jabonosa agua a que se veía sometida.

El doctor Hoskins había intuido que el niño no sería guapo, pero eso no implicaba ni con mucho que la criatura estaría repulsivamente deformada. Y el hedor del pequeño era tal que el jabón y el agua sólo lo aliviaban muy poco a poco.

La señorita Fellowes sintió el intenso deseo de echar al niño, enjabonado como estaba, en brazos del doctor y marcharse. Pero estaba el orgullo profesional. Ella había aceptado una tarea, al fin y al cabo… Y estaba la mirada de los ojos del doctor, una fría mirada que decía: «¿Sólo niños guapos, señorita Fellowes?»

Hoskins se mantenía apartado, observando fríamente a cierta distancia con un asomo de sonrisa en el semblante. En un momento dado se fijó en los ojos de la enfermera, y pareció divertirse con la indignación de la mujer.

La señorita Fellowes decidió que aguardaría un rato antes de renunciar. Hacerlo al instante sería rebajarse.

Luego, cuando el niño tuvo un soportable tono rosado y olor a perfumado jabón, la enfermera se sintió mejor a pesar de todo. Los chillidos se transformaron en gimoteos de agotamiento, y el niño miró alrededor atentamente; sus ojos se movieron con veloz y asustado recelo de uno a otro de los ocupantes de la habitación. La limpieza acentuaba su delgada desnudez, mientras se estremecía de frío tras el baño.

—¡Traigan una bata para el niño! —dijo vivamente la señorita Fellowes.

Al momento apareció una bata. Todo parecía preparado y sin embargo nada estaba disponible a menos que ella diera la orden; como si deliberadamente dejaran el asunto en sus manos sin ayudarla, para ponerla a prueba.

El reportero, Deveney, se acercó.

—Yo lo sostendré, señorita —dijo—. Usted sola no podrá ponérsela.

—Gracias —dijo ella.

Ciertamente hubo una batalla, pero la bata quedó puesta, y cuando el niño hizo ademán de desgarrarla, la enfermera le dio una brusca palmada en la mano.

El niño enrojeció, pero no lloró. Miró fijamente a la mujer y los torcidos dedos de una de sus manos se deslizaron lentamente por la franela de la prenda, palpando su extrañeza.

La señorita Fellowes, desesperada, pensó: «Bueno, y ahora, ¿qué?»

Todo el mundo parecía estar en animación suspendida, aguardando la reacción de la enfermera…, incluso el niño feo.

—¿Tienen comida? ¿Leche? —preguntó bruscamente.

La tenían. Trajeron una unidad móvil, y en el compartimiento de refrigeración había un litro de leche; había también un calentador y diversos fortificantes en forma de pastillas vitamínicas, jarabe de cobre, cobalto y hierro, y otras cosas que la enfermera no tenía tiempo para examinar. Había varios envases de comida infantil que se autocalentaba.

La señorita Fellowes usó leche, solamente leche para empezar. La unidad de radiaciones calentó el líquido hasta la temperatura apropiada en cuestión de segundos y se desconectó, y la enfermera puso un poco de leche en un plato. Estaba segura del salvajismo del niño. Él no sabría usar una taza.

La señorita Fellowes bajó la cabeza y dijo al pequeño:

—Bebe. Bebe.

Hizo un gesto como si se llevara el plato a la boca. Los ojos del niño siguieron el movimiento, pero nada más.

De pronto, la enfermera recurrió a medidas directas. Tomó con una mano el brazo del niño y metió la otra en la leche. Le mojó los labios con el líquido, y éste cayó goteando por las mejillas y la contraída barbilla.

Durante un instante el niño lanzó un agudo grito, y acto seguido su lengua se movió sobre sus mojados labios. La señorita Fellowes retrocedió.

El niño se acercó al plato, se agachó, miró bruscamente hacia arriba y hacia atrás, como si esperara ver a un agazapado enemigo, se agachó de nuevo, y lamió ansiosamente la leche, igual que un gato. Sorbió el líquido haciendo mucho ruido. No utilizó las manos para levantar el plato.

La señorita Fellowes dejó que asomara en su rostro parte de la repugnancia que sentía. No pudo evitarlo.

Deveney captó el detalle, quizá.

—¿Lo sabe la enfermera, doctor Hoskins? —dijo.

—¿El qué? —preguntó la señorita Fellowes.

Deveney dudó, pero Hoskins intervino, de nuevo con su aire de indiferente diversión en el rostro.

—Bien, infórmela —dijo.

Deveney se volvió hacia la señorita Fellowes.

—Tal vez no lo sospeche, señorita, pero el azar ha querido que sea la primera mujer civilizada de la historia que cuida a un joven de Neanderthal.

La enfermera volvió la cabeza hacia Hoskins con dominada ferocidad.

—Debió informarme, doctor.

—¿Por qué? ¿Qué importancia habría tenido?

—Habló de un niño.

—¿No es eso un niño? ¿Alguna vez ha tenido un perrito o un gatito, señorita Fellowes? ¿Están esos animales más cerca de lo humano? Si ese niño fuera una cría de chimpancé, ¿le produciría asco? Usted es enfermera, señorita Fellowes. Su expediente afirma que estuvo en una sala de maternidad durante tres años. ¿Alguna vez se negó a cuidar a un bebé deforme?

La señorita Fellowes pensó que estaba quedándose sin argumentos.

—Podía haberme informado —dijo, con mucha menos decisión.

—¿Y habría rechazado el empleo? Bien, ¿lo rechaza ahora?

Hoskins la observó fríamente, mientras Deveney miraba al otro lado de la habitación, y el niño de Neanderthal, tras acabar la leche y lamer el plato, contempló a la enfermera con su mojada cara y sus anhelantes ojazos.

El niño señaló la leche y de repente empezó a emitir una breve serie de sonidos reiterados; sonidos guturales y complejos chasquidos de la lengua.

—¡Vaya, habla! —dijo la señorita Fellowes, sorprendida.

—Naturalmente —dijo Hoskins—. El *Homo neanderthalensis* no es una especie totalmente distinta, sino más bien una subespecie del *Homo sapiens*. ¿Por qué no había de hablar? Probablemente está pidiendo más leche.

De forma mecánica, la señorita Fellowes buscó la botella de leche, pero Hoskins la tomó por la muñeca.

—Bien, señorita Fellowes, antes que vayamos más lejos, ¿acepta el empleo?

La señorita Fellowes se soltó bruscamente, irritada.

—¿No piensa darle de comer si yo no lo hago? Me quedaré con él…, algún tiempo.

La enfermera echó leche en el plato.

—Vamos a dejarla con el niño, señorita Fellowes —dijo Hoskins—. Ésta es la única entrada de Estasis Número Uno, y está completamente cerrada y vigilada. Quiero que se entere de los pormenores de la cerradura, la cual, por supuesto, estará programada para aceptar sus huellas digitales, como ya lo está para las mías. En los espacios superiores —prosiguió, alzando los ojos hacia los inexistentes techos de la casa de muñecas— también hay vigilancia, y se nos informará en cuanto algo inconveniente suceda aquí.

—¿Pretende decir que estaré sometida a control visual? —dijo la señorita Fellowes, indignada.

Pensó de pronto en su propio examen de las habitaciones interiores desde la galería.

—No, no —repuso seriamente Hoskins—. Se respetará totalmente su intimidad. La vigilancia se efectuará únicamente mediante símbolos electrónicos, que sólo una computadora interpretará. Se quedará con el chico esta noche, señorita Fellowes, y todas las noches hasta nuevo aviso. Se la relevará durante el día según el horario que

le parezca más conveniente. Le permitiremos arreglar ese detalle.

La enfermera contempló la casa de muñecas con asombrada expresión.

—Pero, ¿por qué todo esto, doctor Hoskins? ¿Es peligroso el niño?

—Es cuestión de energía, señorita Fellowes. Al niño no se le debe permitir la salida de estas habitaciones. Nunca. Ni un instante. Por ningún motivo. Ni para salvarle la vida. Ni siquiera para salvar su propia vida, señorita Fellowes. ¿Está claro?

La enfermera levantó la barbilla.

—Entiendo las órdenes, doctor Hoskins, y en mi profesión estamos acostumbradas a poner el deber por delante de la seguridad personal.

—Perfecto. Si necesita ayuda de alguien, hágalo saber.

Y los dos hombres se fueron.

La señorita Fellowes se volvió hacia el niño. Él estaba observándola, y todavía quedaba leche en el plato. Trabajosamente, la enfermera trató de enseñarle a levantarlo y llevárselo a los labios. El pequeño se resistió, pero se dejó tocar sin más gritos.

Los asustados ojos del niño siempre estaban fijos en ella, vigilantes, atentos al primer movimiento en falso. La enfermera tuvo que tranquilizarle, se esforzó en mover muy despacio la mano hacia el pelo del pequeño, dejándole ver cada milímetro del recorrido, para que viera que no iba a sufrir daño.

Y logró acariciarle el pelo un instante.

—Tendré que enseñarte a usar el cuarto de baño —dijo—. ¿Crees que podrás aprender?

Habló en voz baja, apaciblemente, sabiendo que él no entendería las palabras pero confiando en que respondiera al sosiego de su tono.

El niño inició de nuevo una frase con chasquidos de su lengua.

—¿Me dejas tomarte la mano? —dijo la enfermera.

Tendió la suya y el niño la miró. La señorita Fellowes dejó su mano extendida y aguardó. La mano del pequeño se deslizó hacia la suya.

—Eso está bien —dijo ella.

La mano se acercó a dos centímetros y entonces el valor del niño decayó. Apartó la mano bruscamente.

—Bien —dijo tranquilamente la señorita Fellowes—, lo intentaremos más tarde. ¿Te gustaría sentarte aquí?

Dio unas palmadas al colchón de la cama.

Las horas transcurrieron con lentitud, y el progreso fue escaso. La enfermera no obtuvo satisfacción ni con el cuarto de baño ni con la cama. De hecho, a pesar de dar inconfundibles muestras de somnolencia, el pequeño se echó al suelo y a continuación, con un rápido movimiento, se metió debajo de la cama.

La señorita Fellowes se agachó para mirar al niño, y los ojos de éste la observaron relucientes mientras la lengua chasqueaba.

—Muy bien —dijo ella—, si te sientes más seguro ahí, duerme ahí.

Cerró la puerta del dormitorio y se retiró a la cama que le habían preparado en la habitación más espaciosa. Tras insistir, habían puesto un improvisado dosel sobre la cama. La señorita Fellowes pensó: «Esos estúpidos tendrán que poner un espejo y una cómoda más grande en esta habitación, y otro cuarto de baño, si esperan que yo pase las noches aquí.»

Le resultó difícil dormir. La señorita Fellowes se esforzó en oír posibles ruidos en la habitación contigua. El niño no podía escapar, ¿no? Las paredes eran rectas e increíblemente altas, pero…, ¿y si el pequeño trepaba como un mono? Bien, Hoskins había hablado de la existencia de dispositivos de observación que vigilaban el techo.

De repente, la enfermera pensó: «¿Es posible que el niño sea peligroso? ¿Físicamente peligroso?»

No, Hoskins no podía haberse referido a eso. No la habría dejado sola si…

Trató de reírse de sí misma. Sólo era un niño de tres o cuatro años. Sin embargo, ella no había conseguido cortarle las uñas. Si la atacaba con uñas y dientes mientras dormía…

Respiró agudamente. Aquello era ridículo, pero de todas maneras…

Prestó penosa atención, y esta vez oyó el sonido.

El niño estaba llorando.

No eran chillidos de miedo o de enfado; no eran gritos, no eran alaridos. El niño estaba llorando en silencio. Era el angustiado sollozo de un niño que se sentía solo, muy solo.

Por primera vez, la señorita Fellowes pensó con zozobra: «¡Pobre criatura!»

Naturalmente, era un niño. ¿Qué importaba la forma de su cabeza? Era un niño que se había quedado huérfano como ningún otro niño antes que él. No sólo habían desaparecido su madre y su padre, sino también toda su especie. Arrancado insensiblemente de su tiempo, era la única criatura de su especie en el mundo. La última. La única.

La señorita Fellowes sintió que su pena crecía, y al mismo tiempo se avergonzó de su propia insensibilidad. Tras ceñirse la bata a las pantorrillas (incongruentemente, pensó: «Mañana tendré que traer un albornoz»), salió de la cama y entró en la habitación del niño.

—Pequeño —llamó en un susurro—. Pequeño.

Estuvo a punto de meter la mano por debajo de la cama, pero pensó en un posible mordisco y no lo hizo. Encendió la lamparilla y movió la cama.

La pobre criatura estaba acurrucada en un rincón, con las rodillas bajo la barbilla,

y miraba a la enfermera con borrosos y desconfiados ojos.

Con la escasa iluminación, la enfermera no percibió el aspecto repulsivo del niño.

—Pobre niño —dijo—, pobre niño. —Notó que el pequeño se ponía rígido mientras le acariciaba el pelo, y que luego se relajaba—. Pobre niño. ¿Me dejas tomarte?

Se sentó en el suelo cerca del niño y, poco a poco, rítmicamente, le acarició el cabello, la mejilla, el brazo. En voz baja, la señorita Fellowes comenzó a entonar una canción lenta y suave.

El niño levantó la cabeza al oírla y contempló su boca en la penumbra, como si el sonido le maravillara.

La enfermera fue aproximándose mientras el niño la escuchaba. Poco a poco acercó hacia sí la cabeza del pequeño, hasta que ésta quedó apoyada en su hombro. Le pasó un brazo por debajo de los muslos y lo alzó hasta su regazo con un movimiento pausado y suave.

La señorita Fellowes siguió cantando, el mismo verso sencillo una y otra vez, mientras mecía al pequeño.

El niño dejó de llorar y al cabo de un rato el rítmico zumbido de su respiración indicó que se había dormido.

Con infinito cuidado, la enfermera empujó la cama hacia la pared y puso encima al niño. Lo tapó y lo miró. Su cara era tan pacífica y tan de niño pequeño mientras dormía… Ciertamente, no tenía tanta importancia que fuera muy feo.

La señorita Fellowes empezó a alejarse de puntillas, pero después pensó: «¿Y si se despierta?»

Retrocedió, luchó indecisa consigo misma, suspiró y, lentamente, se metió en la cama con el pequeño.

La cama era demasiado pequeña para ella. Se sentía entorpecida e incómoda sin el dosel, pero la mano del niño se deslizó hacia la suya y, sin saber cómo, la enfermera se durmió en esa postura.

Despertó sobresaltada y con el alocado impulso de chillar, que logró ahogar en un gorjeo. El niño estaba mirándola, con los ojos muy abiertos. La enfermera tardó un largo momento en recordar que se había acostado con él; después, poco a poco, sin apartar la mirada de aquellos ojos, sacó una pierna, tocó el suelo, y luego sacó la otra.

Lanzó una rápida y recelosa mirada hacia el abierto techo, y tensó los músculos dispuesta a ponerse en pie.

Pero en ese momento los rechonchos dedos del niño se movieron y tocaron los labios de la enfermera. El pequeño dijo algo.

La señorita Fellowes retrocedió con el contacto. El niño era terriblemente feo a la luz del día.

El niño habló otra vez. Abrió la boca e hizo un gesto con la mano, como si algo brotara de sus labios.

La señorita Fellowes supuso el significado del gesto y dijo trémulamente:

—¿Quieres que cante?

El niño no dijo nada, sólo miró fijamente la boca de la mujer.

Con voz ligeramente desafinada a causa de la tensión, la señorita Fellowes inició la misma cancioncilla de la noche anterior y el niño feo sonrió. Su cuerpo se bamboleó torpe, burdamente, siguiendo el ritmo de la música, y de su boca brotó un gorgoteo que quizá fuera un asomo de risa.

La señorita Fellowes suspiró mentalmente. La música posee encantos que calman al corazón salvaje. Quizá fuera una ayuda…

—Aguarda —dijo la enfermera—. Déjame que me arregle. Sólo será un momento. Luego te prepararé el desayuno.

Actuó con rapidez, siempre consciente de la falta de techo. El niño siguió en la cama, contemplando a la mujer cuando estaba a la vista. Ella le sonreía en esas ocasiones, y agitaba su mano. Finalmente, el niño agitó también su mano, y a la señorita Fellowes le encantó el detalle.

—¿Te apetecerían gachas de avena con leche? —dijo ella por fin.

Tardó sólo unos instantes en preparar el desayuno, y luego llamó por señas al niño. Bien porque entendió el gesto, o bien porque siguió el aroma (la señorita Fellowes no podía saberlo), el pequeño salió de la cama.

Trató de enseñarle a usar la cuchara, pero el niño se apartó del utensilio, asustado. («Hay tiempo de sobra», pensó ella.) Insistió en que él levantara el tazón con las manos. El niño lo hizo con bastante torpeza e increíble chapucería, pero buena parte del desayuno llegó a su estómago.

La señorita Fellowes intentó darle la leche en un vaso en esta ocasión, y el pequeño gimió al descubrir que la pequeñez del agujero le impedía meter la cara de modo conveniente. La enfermera le tomó la mano y se la puso en torno al vaso, le obligó a inclinarlo un poco y le empujó los labios hacia el borde.

De nuevo un desastre, pero el niño aprovechó casi todo el líquido, y la señorita Fellowes ya estaba acostumbrada a los desastres.

Para sorpresa y alivio de la enfermera, el cuarto de baño fue un problema menos frustrante. El niño entendió lo que se esperaba de él.

—Buen chico. Chico listo —dijo ella, y reparó en que estaba dándole palmaditas en la cabeza.

Y con sumo placer por parte de la señorita Fellowes, el niño sonrió.

Ella pensó: «Cuando sonríe, es un niño bastante soportable.»

Ese mismo día, más tarde, llegaron los caballeros de la prensa.

La enfermera tomó en brazos al niño y éste se aferró a ella alocadamente mientras

al otro lado de la abierta puerta las cámaras comenzaban a funcionar. La conmoción asustó al niño, que se puso a llorar, pero pasaron diez minutos antes que la señorita Fellowes tuviera autorización para retirarse y llevar al pequeño a la habitación contigua.

Después salió otra vez, ruborizada de indignación, cruzó la entrada de la casa de muñecas y cerró la puerta.

—Creo que ya han tenido suficiente. Me costará un rato calmar al niño. Váyanse.

—Claro, claro —dijo el caballero del *Times-Herald*—. Pero, ¿realmente hemos visto a un Neanderthal, o se trata de una tomadura de pelo?

—Les aseguro que no se trata de una tomadura de pelo —sonó de pronto la voz de Hoskins desde atrás—. El niño es auténtico. *Homo neanderthalensis*.

—¿Es chico o chica?

—Chico —dijo lacónicamente la señorita Fellowes.

—El niño-mono —dijo el periodista del *News*—. Eso tenemos aquí. Un niño-mono. ¿Cómo actúa, enfermera?

—Actúa exactamente igual que un niño de corta edad —espetó la señorita Fellowes, irritada por tener que estar a la defensiva—. Y no es un niño-mono. Se llama… Timothy, Timmie…, y su conducta es perfectamente normal.

Había escogido el nombre, Timothy, a la buena ventura. Era el primero que se le había ocurrido.

—Timmie, el niño-mono —dijo el periodista del *News*.

Y con ese nombre, Timmie, el niño-mono, conoció el mundo al niño feo.

El periodista del *Globe* se volvió hacia Hoskins.

—Doctor, ¿qué piensa hacer con el niño-mono?

El aludido se alzó de hombros.

—Mi plan original se completó cuando demostré que era posible traerlo aquí. Sin embargo, los antropólogos estarán muy interesados, supongo, y los fisiólogos. No en balde tenemos aquí una criatura que está al borde del ser humano. Con él, podemos aprender mucho de nosotros mismos y de nuestros antepasados.

—¿Cuánto tiempo piensa quedárselo?

—Hasta que llegue el momento en que necesitemos el espacio más que a él. Bastante tiempo, tal vez.

El periodista del *News* intervino de nuevo.

—¿Podrá sacarlo al aire libre, para que podamos preparar equipo subetérico y montar todo un programa?

—Lo siento, pero el niño no puede salir de Estasis.

—¿Qué es exactamente Estasis?

—Ah. —Hoskins cedió a una de sus breves sonrisas—. Eso precisaría una larga explicación, caballeros. En Estasis el tiempo tal como lo conocemos no existe. Estas

habitaciones son en su interior una burbuja invisible que no forma exactamente parte de nuestro universo. Por eso pudimos arrancar del tiempo al niño.

—Alto, un momento —dijo el periodista del *News*, descontento—. ¿Pretende engañarnos? La enfermera puede entrar y salir de la habitación.

—Y lo mismo puede hacer cualquiera de ustedes —dijo Hoskins como si tal cosa —. Se desplazarían paralelamente a las líneas de la fuerza temporal y no habría grandes ganancias o pérdidas de energía. El niño, sin embargo, fue tomado en el remoto pasado. Cruzó las líneas y adquirió potencial temporal. Desplazarlo al universo y a nuestro tiempo absorbería la energía suficiente para quemar todas las líneas del lugar y, seguramente, para eliminar toda la energía de la ciudad de Washington. Hemos tenido que guardar en el local los residuos que el niño trajo consigo, y tendremos que eliminarlos poco a poco.

Los periodistas estaban atareados anotando frases mientras Hoskins les hablaba. Ellos no entendían, y seguramente sus lectores tampoco, pero aquello parecía científico y eso era lo importante.

En ese momento intervino el periodista del *Times-Herald*.

—¿Estaría disponible esta noche para una entrevista en todos los circuitos?

—Creo que sí —dijo al instante Hoskins, y todos los periodistas se marcharon.

La señorita Fellowes los observó mientras salían. En cuanto a Estasis y fuerzas temporales, entendía tan poco como ellos, pero ella sabía algo. El encarcelamiento de Timmie (de pronto se dio cuenta que usaba ese nombre para pensar en el niño feo) era real, y no venía impuesto por el arbitrario mandato de Hoskins. Al parecer, sería imposible sacarlo de Estasis, nunca.

Pobre criatura. Pobre criatura.

Súbitamente, oyó que el niño lloraba y se apresuró a entrar para consolarlo.

La señorita Fellowes no tuvo oportunidad de ver a Hoskins en la red de circuitos, y aunque la entrevista fue transmitida a todas las partes del mundo e incluso a la estación lunar, las ondas no penetraron en el lugar donde vivían la enfermera y el niño feo.

Pero el doctor volvió a la mañana siguiente, radiante y alegre.

—¿Fue bien la entrevista? —preguntó la señorita Fellowes.

—Sumamente bien. ¿Cómo está… Timmie?

La enfermera sintió que le complacía el uso de ese nombre.

—Se defiende bastante bien. Ven aquí, Timmie, este agradable caballero no te hará daño.

Pero Timmie permaneció en la otra habitación. Un mechón de su enmarañado cabello asomó detrás de la barrera de la puerta, y sólo en un par de ocasiones se vio el rabillo de uno de sus ojos.

—En realidad —dijo la señorita Fellowes—, el chico está adaptándose asombrosamente. Es muy inteligente.

—¿Le sorprende?

Ella dudó un instante antes de responder.

—Sí, me sorprende. Supongo que pensé que era un niño-mono.

—Bueno, niño-mono o no, ha hecho mucho por nosotros. Ha hecho famoso a Estasis. Nos conocen, señorita Fellowes, nos conocen.

Parecía que Hoskins tenía que expresar su triunfo a alguien, aunque sólo fuera a la señorita Fellowes.

—¿Ah, sí?

La enfermera le dejó hablar.

El doctor se metió las manos en los bolsillos.

—Llevamos diez años trabajando casi sin un céntimo, arañando fondos cuando podíamos, penique a penique. Temíamos que jugamos el todo por el todo en una gran demostración. Era todo, o nada. Y cuando digo el todo por el todo, hablo en serio. La tentativa de obtener un Neanderthal se llevó hasta el último centavo que pedimos prestado o robamos, y parte del dinero fue de hecho robado: fondos para otros proyectos, usados para éste sin autorización. Si este experimento hubiera fracasado, yo estaría acabado.

—¿Por eso no hay techos? —dijo bruscamente la señorita Fellowes.

—¿Eh?

Hoskins alzó los ojos.

—¿No había dinero para techos? —insistió ella.

—Ah. Bien, ésa no era la única razón. En realidad no sabíamos de antemano la edad exacta del Neanderthal. Sólo podemos detectar vagamente en el tiempo, y él podía haber sido enorme y salvaje. Nos exponíamos a tener que tratarle a cierta distancia, como a un animal enjaulado.

—Pero puesto que no ha sido así, supongo que ahora construirán el techo.

—Ahora sí. Ahora tenemos abundante dinero. Nos han prometido subvenciones de todas las fuentes posibles. Es sencillamente maravilloso, señorita Fellowes.

Su ancha cara se iluminó con una sonrisa duradera, y cuando el doctor se fue, hasta su espalda parecía sonreír.

La señorita Fellowes pensó: «Un hombre muy agradable cuando baja la guardia y olvida que es un científico.»

Durante un momento de ocio, se preguntó si estaría casado, pero luego desechó la idea, avergonzada de sí misma.

—¡Timmie! —gritó—. ¡Ven aquí, Timmie!

En los meses siguientes, la señorita Fellowes sintió que iba convirtiéndose en

parte integral de Estasis, Inc. Le dieron un pequeño despacho con su nombre en la puerta, una oficina bastante cercana a la casa de muñecas (ella jamás dejaba de llamar así a la burbuja de Estasis donde estaba Timmie). Le concedieron un substancioso aumento de sueldo. La casa de muñecas quedó cubierta por un techo, hubo muebles nuevos y mejores, y añadieron un segundo cuarto de baño. Pese a todo eso, la enfermera obtuvo un piso para ella sola en terrenos del instituto y, de vez en cuando, no pasaba la noche con Timmie. Instalaron un sistema de comunicación entre la casa de muñecas y el piso, y Timmie aprendió a usarlo.

La señorita Fellowes fue acostumbrándose al niño. Incluso se percataba menos de la fealdad de Timmie. Un día vio a un niño ordinario en la calle y percibió un rasgo abultado y poco atractivo en su frente, alta y curvada, y en su prominente barbilla. Tuvo que sacudir la cabeza para romper el hechizo.

Más agradable fue acostumbrarse a las esporádicas visitas de Hoskins. Obviamente, el doctor se alegraba de huir de su cada vez más molesto papel de director de Estasis, Inc., y manifestaba un interés sentimental por el niño causante de su fortuna. Pero a la señorita Fellowes le parecía que Hoskins también disfrutaba hablando con ella.

(Además, la enfermera conocía ya algunos datos relacionados con Hoskins. Él era el inventor del método para analizar el reflejo del rayo mesónico que penetraba en el pasado; él había inventado el método para crear Estasis; su frialdad era un simple esfuerzo para ocultar un carácter apacible; y, ¡oh, sí!, estaba casado.)

Hubo una cosa a la que la señorita Fellowes no consiguió acostumbrarse: al hecho que formaba parte de un experimento científico. En contra de sus deseos, acabó viéndose comprometida personalmente hasta el punto de pelearse con los fisiólogos.

En cierta ocasión, Hoskins bajó y la encontró en pleno ataque de furia. Ellos no tenían derecho, no tenían derecho… Aunque el niño fuera un Neanderthal, no era un animal.

La señorita Fellowes observaba la marcha de los fisiólogos con ciega rabia, mirando a la abierta puerta y atenta a los sollozos de Timmie, cuando se dio cuenta que Hoskins se hallaba de pie junto a ella. Quizá llevaba allí varios minutos.

—¿Puedo pasar? —dijo él.

La enfermera asintió cortésmente y corrió hacia Timmie, que se abrazó a ella, aterrándola con sus torcidas piernecitas…, todavía delgadas, muy delgadas.

Hoskins los observó antes de hablar.

—No parece muy feliz —dijo gravemente.

—No le culpo. Están encima de él todos los días con sus muestras de sangre y sus pruebas. Lo alimentan con dietas sintéticas que yo no le daría ni a un cerdo.

—Es algo que no pueden ensayar con un hombre, ya sabe.

—Y tampoco pueden ensayarlo con Timmie. Doctor Hoskins, insisto. Usted me

dijo que la llegada de Timmie hizo famosa a Estasis, Inc. Si siente alguna gratitud por eso, mantenga a esa gente lejos de la pobre criatura, al menos hasta que tenga la edad suficiente para comprender un poco más las cosas. Después de una espantosa sesión con los científicos, el niño tiene pesadillas, no puede dormir. Se lo advierto. —La señorita Fellowes había llegado al punto culminante de su furia—. ¡No permitiré que vuelvan a entrar!

La enfermera se dio cuenta que estaba chillando, pero no había podido evitarlo.

—Sé que el niño es un Neanderthal —prosiguió en voz más baja—, pero hay muchos detalles de esa raza que no apreciamos. He leído sobre el tema. El hombre de Neanderthal tenía una cultura propia. Parte de los más importantes inventos de la Humanidad se produjeron en su época. La domesticación de animales, por ejemplo. La rueda. Técnicas para pulir la piedra. Hasta tenían anhelos espirituales. Sepultaban a los muertos y enterraban pertenencias con el cadáver, lo cual demuestra que creían en una vida después de la muerte. Equivale al hecho que inventaron la religión. ¿No significa eso que Timmie tiene derecho a un tratamiento humano?

Dio unas suaves palmaditas en las nalgas al niño y lo hizo ir al cuarto de jugar. Al abrirse la puerta, Hoskins sonrió un instante al observar la variedad de juguetes visibles.

—Esa pobre criatura merece tener juguetes —dijo a la defensiva la enfermera—. Es lo único que tiene, y se lo ha ganado, con todo lo que tiene que sufrir.

—No, no. No hay objeciones, se lo aseguro. Estaba pensando en lo mucho que ha cambiado usted desde aquel primer día, cuando se enfadó bastante porque le impuse el cuidado de un Neanderthal.

—Supongo —dijo en voz baja la señorita Fellowes—, supongo que yo no…

Y su voz se apagó.

Hoskins cambió de tema.

—¿Cuál diría que es la edad del niño, señorita Fellowes?

—No puedo asegurarlo, ya que desconocemos el desarrollo de esta raza. Por la altura, debería tener unos tres años, pero los individuos de su especie eran más bajos en general, y con todas las manipulaciones que están haciéndole, lo más probable es que no esté creciendo. De todas formas, por la rapidez con que aprende nuestro idioma, yo diría que tiene más de cuatro años.

—¿De verdad? En los informes no he leído nada al respecto.

—El chico no habla con nadie excepto conmigo. De momento, por lo menos. Tiene un miedo terrible a cualquier otra persona, y no es de extrañar. Pero sabe pedir comida, indica prácticamente cualquier necesidad, y entiende casi todo lo que le digo. Naturalmente —añadió la enfermera, mirando astutamente a Hoskins, tratando de valorar si era la ocasión oportuna—, su desarrollo podría interrumpirse.

—¿Por qué?

—Todos los niños necesitan estímulos, y éste lleva una vida de confinamiento en soledad. Yo hago lo que puedo, pero no estoy siempre con él, y no soy todo lo que él necesita. Lo que pretendo decir, doctor Hoskins, es que Timmie necesita jugar con otro niño.

Hoskins asintió lentamente.

—Por desgracia, sólo hay un niño como él, ¿no? —comentó—. Pobre criatura.

La señorita Fellowes sintió instantánea simpatía por el doctor.

—A usted le gusta Timmie, ¿no es cierto? —le dijo. Era maravilloso que otra persona sintiera lo mismo.

—Oh, sí —repuso Hoskins, y puesto que había bajado la guardia, la enfermera vio el cansancio en sus ojos.

La señorita Fellowes postergó al instante sus planes de insistir en el problema.

—Parece muy agotado, doctor Hoskins —dijo con verdadera preocupación.

—¿En serio, señorita Fellowes? En ese caso, tendré que practicar para tener un aspecto más vital.

—Supongo que Estasis tiene mucho trabajo, y que eso le mantiene muy atareado.

Hoskins se alzó de hombros.

—Supone bien. Es un problema animal, vegetal y mineral por partes iguales, señorita Fellowes. Pero…, creo que no ha visto nuestras muestras.

—Es cierto, no las he visto… Pero no porque no me interesen. He estado tan atareada…

—Bien, ahora mismo no está tan atareada —dijo Hoskins, con impulsiva decisión —. Vendré a buscarla mañana a las once y haremos juntos el recorrido. ¿Qué me dice?

La enfermera sonrió, muy contenta.

—Me encantaría.

Hoskins asintió, sonrió también y se fue.

La señorita Fellowes estuvo canturreando a intervalos durante el resto de la jornada. Sí, pensar eso era ridículo, claro, pero… aquello era lo más parecido a… una cita.

Hoskins llegó muy puntual al día siguiente, risueño y simpático. La señorita Fellowes había sustituido su uniforme de enfermera por un vestido. Un vestido de corte conservador, a decir verdad, pero ella no se había sentido tan femenina desde hacía años.

El doctor la lisonjeó con sobria formalidad al verla, y ella lo aceptó con gracia igual de formal. Un preludio realmente perfecto, pensó la enfermera. Y acto seguido tuvo otro pensamiento: preludio…, ¿de qué?

Reprimió el pensamiento apresurándose a decir adiós a Timmie y asegurándole

que volvería pronto. Se aseguró que el niño sabía en qué consistía la comida y dónde estaba.

Hoskins la llevó a la nueva ala del edificio, que la enfermera no conocía. Aún había olor a nuevo, y los ruidos que se oían tenuemente eran indicación suficiente que el ala seguía en proceso de ampliación.

—Animal, vegetal y mineral —dijo Hoskins, igual que el día anterior—. Animal, aquí mismo. Nuestras muestras más espectaculares.

El espacio disponible estaba dividido en numerosas salas, distintas burbujas de Estasis. Hoskins condujo a la enfermera a la cristalera de una burbuja. La mujer vio algo que en principio le pareció un pollo con escamas y cola. Deslizándose con sus dos finas patas, el animal iba de pared a pared; tenía una delicada cabeza de pájaro, coronada por una quilla ósea igual que una cresta de gallo, que se movía sin cesar. Las garras de sus miembros delanteros se encogían y extendían constantemente.

—Es nuestro dinosaurio —dijo Hoskins—. Hace meses que lo tenemos. No sé cuándo podremos dejarlo marchar.

—¿Dinosaurio? —se asombró ella.

—¿Esperaba ver un gigante?

Se formaron hoyuelos en las mejillas de la señorita Fellowes.

—Es lo que se espera, supongo —dijo—. Sé que algunos dinosaurios eran pequeños.

—Uno pequeño es lo único que pretendíamos, se lo aseguro. Normalmente está sometido a examen, pero al parecer estamos en hora de descanso. Hemos descubierto cosas interesantes. Por ejemplo, este animal no es enteramente de sangre fría. Tiene un método imperfecto para mantener su temperatura interna más elevada que la del medio ambiente. Por desgracia, es macho. Desde que lo trajimos aquí hemos estado intentando encontrar otro que fuera hembra, pero aún no hemos tenido suerte.

—¿Por qué una hembra?

Hoskins la miró burlonamente.

—Para tener una buena probabilidad de disponer de huevos fértiles y crías de dinosaurio.

—Ah, claro.

El doctor la llevó a la sección de trilobites.

—Ése es el profesor Dwayne, de la Universidad de Washington —dijo Hoskins —. Es químico nuclear. Si no recuerdo mal, está midiendo el porcentaje de isótopos en el oxígeno del agua.

—¿Por qué?

—Se trata de agua primitiva, de al menos quinientos millones de años de antigüedad. La proporción de isótopos indica la temperatura del océano en aquella época. Resulta que Dwayne ignora los trilobites, pero otros científicos están

fundamentalmente interesados en disecarlos. Son los más afortunados, porque sólo precisan escalpelos y microscopios. Dwayne debe instalar un espectrógrafo de masas distinto para cada experimento que realiza.

—¿Por qué? ¿No podría…?

—No, no puede. No puede sacar nada de la sala si no es absolutamente imprescindible.

También había muestras de vida vegetal primitiva y trozos de formaciones rocosas. Los mundos vegetal y mineral. Y las muestras tenían distintos investigadores. Era igual que un museo, un museo resucitado, útil como superactivo centro de investigación.

—¿Y tiene usted que supervisar todo esto, doctor Hoskins?

—Sólo indirectamente, señorita Fellowes. Tengo subordinados, gracias al cielo. Mi interés personal se centra por entero en los aspectos teóricos del asunto: la naturaleza del tiempo, la técnica de detección mesónica intertemporal, etc. Cambiaría todo esto por un método para detectar objetos situados a menos de diez mil años en el tiempo. Si pudiéramos llegar a épocas históricas…

Le interrumpió un alboroto en una de las cabinas más alejadas, una chillona voz quejumbrosamente alzada. Hoskins frunció el ceño.

—Discúlpeme —murmuró apresuradamente.

Y se alejó.

La señorita Fellowes le siguió tan de prisa como pudo sin echar a correr.

Un hombre entrado en años, rubicundo y de rala barba, estaba diciendo:

—Tengo que completar aspectos vitales de mis investigaciones. ¿No lo comprende?

—Doctor Hoskins —dijo un uniformado técnico que lucía en su bata de laboratorio el monograma EI (Estasis, Inc.)—, se acordó al principio con el profesor Ademewski que el espécimen sólo podría permanecer aquí dos semanas.

—Yo no sabía entonces cuánto tiempo iban a durar mis investigaciones. No soy un profeta —repuso acalorado Ademewski.

—Sabe, profesor, que disponemos de espacio limitado —dijo el doctor Hoskins —. Hay que mantener la rotación de los especímenes. Ese fragmento de calcopirita debe regresar. Hay personas que aguardan el siguiente espécimen.

—En ese caso, ¿por qué no puedo quedarme con él? Déjeme sacarlo de aquí.

—Usted sabe que no puede quedárselo.

—¿Un trozo de calcopirita, un miserable trozo de cinco kilos? ¿Por qué no?

—¡No podemos afrontar el gasto energético! —dijo bruscamente Hoskins—. Y usted lo sabe.

—La cuestión es, doctor Hoskins —interrumpió el técnico—, que él ha intentado sacar la roca en contra de las normas, y que yo he estado a punto de perforar Estasis

mientras el profesor estaba ahí dentro, sin que yo lo supiera.

Se produjo un breve silencio, y el doctor Hoskins miró al investigador con fría formalidad.

—¿Es cierto eso, profesor?

El aludido carraspeó.

—No creí que pasara nada si…

Hoskins alargó la mano hacia un tirador que colgaba junto a la cabina del espécimen en cuestión. Lo movió hacia abajo.

La señorita Fellowes, que estaba mirando el interior de la cabina, observando la indistinguible muestra de roca causante de la disputa, contuvo el aliento de repente al ver desaparecer el espécimen. El interior quedó vacío.

—Profesor —dijo Hoskins—, su autorización para investigar en Estasis queda anulada de forma permanente. Lo lamento.

—Pero…, aguarde…

—Lo lamento. Ha violado una norma estricta.

—Apelaré a la Asociación Internacional…

—Apele cuanto guste. En un caso como éste, descubrirá que nadie puede fallar en mi contra.

Dio media vuelta sin más y dejó que el profesor siguiera protestando.

—¿Le gustaría comer conmigo, señorita Fellowes? —dijo a la enfermera, todavía pálido a causa del enojo.

Hoskins la llevó a la pequeña sala administrativa de la cafetería. Saludó a otras personas y presentó a la señorita Fellowes con suma naturalidad, aunque la enfermera se sentía lamentablemente cohibida.

«¿Qué opinarán los demás?», pensó ella, e hizo desesperados esfuerzos para adoptar un aire profesional.

—¿Tiene a menudo esa clase de problemas, doctor Hoskins? —le preguntó—. Me refiero al que acaba de tener con el profesor…

Tomó el tenedor y empezó a comer.

—No —dijo enérgicamente Hoskins—. Ha sido la primera vez. Como es lógico, siempre tengo que estar disuadiendo a la gente para que no se lleve muestras, pero ésta es la primera vez que alguien intenta hacerlo.

—Recuerdo que una vez habló usted sobre la energía que eso consumiría.

—Cierto. Naturalmente, tenemos prevista esa posibilidad. Ocurrirán accidentes, y por eso disponemos de fuentes energéticas especiales para soportar la pérdida que ocasionaría sacar algo de Estasis por accidente, pero eso no significa que deseemos ver cómo desaparece un año de energía en medio segundo… Y no podríamos tolerarlo sin retrasar varios años los planes de expansión… Además, imagine que el

profesor estuviera en la cabina un momento antes de la perforación de Estasis.

—¿Qué le habría ocurrido?

—Bien, hemos experimentado con objetos inanimados y ratones, y desaparecieron… Es de suponer que viajaron hacia atrás en el tiempo, arrastrados, por así decirlo, por el tirón del objeto que simultáneamente regresaba a su época natural. Por tal motivo, tenemos que asegurar los objetos de Estasis que no deseamos trasladar, y el procedimiento es complicado. El profesor no estaba sujeto, y habría ido al momento del Plioceno en que sustrajimos la roca…, más las dos semanas que la roca estuvo aquí, en el presente, como es lógico.

—Qué espantoso habría sido.

—No por el profesor, se lo aseguro. Puesto que es lo bastante necio para hacer lo que ha hecho, se lo habría merecido. Pero suponga el efecto que ello habría causado en la gente si se hubiera divulgado el hecho. Bastaría con que la gente conociera los posibles riesgos para que las subvenciones quedaran anuladas en un momento. ¡Así!

Chasqueó los dedos y jugueteó malhumoradamente con su comida.

—¿No habrían podido recuperar al profesor? ¿Igual que recogieron la roca?

—No, porque en cuanto se devuelve un objeto, se pierde la posición fijada en un principio, a menos que planeemos deliberadamente conservarla, y no había razón para hacerlo en este caso. Nunca lo hacemos. Localizar al profesor habría significado buscar de nuevo una posición concreta, y eso sería igual que echar el anzuelo en el abismo oceánico con el fin de encontrar un pez determinado… ¡Dios mío, cuando pienso en las precauciones que tomamos para evitar accidentes, ese incidente me pone furioso! Todas las unidades de Estasis disponen de dispositivo de perforación. Es imprescindible, porque todas se centran en una posición distinta y deben poder anularse independientemente. Pero la cuestión es que ningún dispositivo de perforación se acciona nunca hasta el último momento. Y entonces imposibilitamos deliberadamente la activación, sólo posible tirando de una cuerda cuidadosamente situada fuera de Estasis. El tirón es un vulgar movimiento mecánico que requiere un fuerte esfuerzo, no puede hacerse accidentalmente.

—Pero si se desplaza algo en el tiempo —dijo la señorita Fellowes—, ¿no se altera la historia?

Hoskins se encogió de hombros.

—En teoría sí. En realidad, excepto en casos anormales, no. Constantemente estamos sacando objetos de Estasis. Moléculas de aire. Bacterias. Polvo. Cerca del diez por ciento del consumo de energía se emplea en compensar micropérdidas de esa naturaleza. Pero trasladar en el tiempo objetos de mayor tamaño ocasiona cambios que van disminuyendo de importancia. Considere esa calcopirita del Plioceno. Dada su ausencia durante dos semanas, un insecto no encontró el cobijo que de otro modo habría encontrado y murió. Eso pudo iniciar una serie de cambios, pero los

matemáticos de Estasis aseguran que se trata de una serie convergente. La importancia del cambio disminuye con el tiempo, y las cosas quedan como al principio.

—¿Pretende decir que la realidad se cura a sí misma?

—Por así decirlo. Sustraiga a un hombre de su época, o envíelo hacia atrás en el tiempo, y la herida será mayor. Si el individuo es ordinario, la herida sanaría pese a todo. Naturalmente, hay muchas personas que nos escriben a diario pidiendo que traigamos al presente a Abraham Lincoln, Mahoma o Lenin. Eso es imposible, por supuesto. Aunque lográramos localizarlos, el cambio de la realidad al desplazar a un moldeador de la historia sería enorme, imposible de curar. Hay métodos para calcular cuándo un cambio puede resultar excesivo, y nosotros evitamos incluso la aproximación a dicho límite.

—En ese caso, Timmie… —dijo la señorita Fellowes.

—No, él no representa problema en ese sentido. La realidad está a salvo. Aunque… —Miró rápida, bruscamente a la enfermera y acto seguido añadió—: Pero no importa. Ayer dijo usted que Timmie necesitaba compañía.

—Sí. —La señorita Fellowes expresó su placer con una sonrisa—. No creí que usted prestaría atención a ese problema.

—Claro que sí. Estoy encariñado con el niño. Aprecio sus sentimientos hacia él, y estaba lo suficientemente preocupado para ofrecerle explicaciones. Ya lo he hecho. Ha visto lo que hacemos. Tiene cierta comprensión de las dificultades, y en consecuencia sabe por qué no podemos, ni con la mejor voluntad del mundo, ofrecer compañía a Timmie.

—¿No pueden? —dijo la señorita Fellowes, con repentina angustia.

—Acabo de explicárselo. Es imposible esperar localizar otro Neanderthal de su edad sin increíble suerte, y aunque fuera posible no sería sensato multiplicar los riesgos trayendo otro ser humano a Estasis.

La enfermera dejó la cuchara en el plato.

—Pero, doctor Hoskins —dijo con energía—, no me refería exactamente a eso. No deseo que traiga a otro Neanderthal al presente. Sé que eso es imposible. Pero no es imposible traer a otro niño para que juegue con Timmie.

Hoskins la miró fijamente, alarmado.

—¿Un niño humano?

—«Otro» niño —dijo la señorita Fellowes, totalmente hostil—. Timmie es humano.

—Ni en sueños podría imaginar tal cosa.

—¿Por qué no? ¿Por qué no podría? ¿Qué tiene de malo la idea? Usted arrancó a ese niño del tiempo y lo convirtió en eterno prisionero. ¿No le debe nada? Doctor Hoskins, si existe en este mundo algún hombre que pueda ser padre del niño en todos

tos aspectos salvo en el biológico, ese hombre es usted. ¿Por qué no puede hacerle ese pequeño favor?

—¿Su padre? —dijo Hoskins. Se levantó con cierta vacilación—. Señorita Fellowes, creo que debe regresar ahora, si no le importa.

Volvieron a la casa de muñecas en un completo silencio, que ninguno de los dos rompió.

Pasó mucho tiempo antes que la enfermera viera de nuevo a Hoskins, aparte de fugaces apariciones del doctor. El hecho apenaba a veces a la señorita Fellowes; pero en otras ocasiones, cuando Timmie mostraba más melancolía que la habitual o pasaba las horas silencioso ante la ventana con su perspectiva de poco más que nada, la enfermera pensaba furiosamente: «¡Hombre estúpido!»

Timmie iba hablando cada vez mejor y con más precisión, sin llegar a perder el blando balbuceo que la señorita Fellowes consideraba bastante cautivador. En momentos de excitación, el niño recurría de nuevo a los chasquidos de su lengua, pero tales momentos eran cada vez más escasos. Debía estar olvidando los días anteriores a su llegada al presente…, excepto en sueños.

Con el paso del tiempo, los fisiólogos perdieron interés y los psicólogos se sintieron más interesados. La señorita Fellowes no estaba segura respecto a qué grupo le gustaba menos, el primero o el segundo. Desaparecieron las agujas, acabaron las inyecciones, las extracciones de fluido, las dietas especiales… Pero obligaron a Timmie a superar barreras para llegar a la comida y al agua. Tuvo que levantar paneles, apartar barras, agarrar cuerdas. Y las moderadas descargas eléctricas le hacían llorar y volvían loca a la señorita Fellowes.

Ella no deseaba apelar a Hoskins, no quería recurrir a él, porque siempre que pensaba en el doctor veía su cara en la mesa de la cafetería aquella última vez. Los ojos de la enfermera se humedecían y su mente decía: «¡Estúpido, estúpido!»

Y un día la voz de Hoskins sonó de forma inesperada en la casa de muñecas.

—Señorita Fellowes…

La enfermera salió con aire de frialdad, se alisó el uniforme y se detuvo, confusa al encontrarse en presencia de una mujer pálida, delgada y de mediana estatura. Su cabello rubio y su tez conferían aspecto de fragilidad a la desconocida. De pie, detrás de ella, agarrado a su falda, había un niño de cuatro años, de redondeada cara y llamativos ojos.

—Querida —dijo Hoskins—, ésta es la señorita Fellowes, la enfermera que cuida del niño. Señorita Fellowes, le presento a mi esposa.

(¿Su esposa? No era como la había imaginado la señorita Fellowes. Aunque…, ¿por qué no? Un hombre como Hoskins tenía que elegir a una débil criatura como contraste. Si eso era lo que quería…)

La señorita Fellowes pronunció un forzado y prosaico saludo.

—Buenas tardes, señora Hoskins. ¿Es este su…, su pequeño?

(Aquello era una sorpresa. La enfermera había imaginado a Hoskins como marido, pero no como padre, salvo, por supuesto… De pronto, vio la grave mirada del doctor y se ruborizó.)

—Sí, éste es mi hijo, Jerry —dijo Hoskins—. Di «hola» a la señorita Fellowes, Jerry.

(¿No había acentuado un poco la palabra «éste»? ¿Estaba diciendo que su hijo era «éste» y no…?)

Jerry se acurrucó más en los pliegues de la maternal falda y murmuró un «hola». La mirada de la señora Hoskins pasó sobre los hombros de la enfermera, y recorrió la habitación en busca de algo.

—Bien, entremos —dijo Hoskins—. Vamos, querida. Al entrar hay una ligerísima molestia, pero pasajera.

—¿Quiere que entre también Jerry? —preguntó la señorita Fellowes.

—Naturalmente. Será el compañero de juegos de Timmie. Usted dijo que Timmie necesitaba un compañero. ¿O lo ha olvidado?

—Pero… —La enfermera le miró con colosal, sorprendida extrañeza—. ¿Su hijo?

—Bien, ¿y el de quién, si no? —repuso quisquillosamente Hoskins—. ¿No era eso lo que deseaba? Entremos, querida. Entremos.

La señora Hoskins tomó a Jerry en brazos con obvio esfuerzo y, vacilante, cruzó el umbral. Jerry se retorció al entrar; no le gustaba la sensación.

—¿Está aquí la criatura? —preguntó la señora Hoskins, con débil voz—. No la veo.

—¡Timmie! —gritó la señorita Fellowes—. ¡Sal!

Timmie asomó la cabeza por el borde de la puerta y contempló al pequeño que le visitaba. Los músculos de los brazos de la señora Hoskins se tensaron visiblemente.

—Gerald —dijo a su esposo—, ¿estás seguro que no es peligroso?

—Si se refiere a Timmie —dijo al instante la enfermera—, naturalmente que no. Es un pequeño apacible.

—Pero es un sal… salvaje.

(¡Los artículos sobre el niño-mono de los periódicos!)

—No es un salvaje —respondió categóricamente la señorita Fellowes—. Es tan tranquilo y razonable como cualquier niño de cinco años y medio. Muy generoso por su parte, señora Hoskins, aceptar que su hijo juegue con Timmie, pero no debe tener miedo.

—No estoy segura de aceptar —dijo la señora Hoskins, con moderado ardor.

—Ya lo decidimos afuera, querida —dijo Hoskins—. No planteemos más discusiones. Deja a Jerry en el suelo.

La señora Hoskins obedeció, y el niño se apretó a ella, mirando fijamente el par de ojos que le miraban de igual forma en la otra habitación.

—Ven aquí, Timmie —dijo la señorita Fellowes—. No tengas miedo.

Lentamente, Timmie se acercó. Hoskins se agachó para soltar los dedos de Jerry de la falda de su madre.

—Apártate un poco, querida. Que los niños tengan una oportunidad.

Los jovencitos se contemplaron. Aunque era el más joven, Jerry era empero un par de centímetros más alto, y los rasgos grotescos de Timmie, ante el recto cuerpo y la cabeza erguida y bien proporcionada del otro niño, quedaron de pronto casi tan acentuados como en los primeros días.

Los labios de la señorita Fellowes temblaron.

El pequeño Neanderthal fue el primero que habló, con un atiplado tono infantil.

—¿Cómo te llamas?

Y Timmie echó la cabeza hacia delante, como si quisiera examinar más atentamente las facciones del otro niño.

Sobresaltado, Jerry respondió con un vigoroso empujón que hizo tambalearse a Timmie. Los dos se pusieron a llorar ruidosamente y la señora Hoskins se apresuró a tomar a su hijo, mientras la señorita Fellowes, con la cara encendida a causa de su reprimido enfado, hizo lo mismo con Timmie y lo consoló.

—El instinto de ambos es de aversión —dijo la señora Hoskins.

—No más aversión que la de dos niños que no simpatizan —dijo cansadamente su esposo—. Ahora deja a Jerry en el suelo y que se acostumbre a la situación. En realidad sería mejor que nos fuéramos. La señorita Fellowes llevará a Jerry a mi despacho dentro de un rato y yo lo mandaré a casa con alguien.

Los dos niños pasaron la hora siguiente muy conscientes el uno del otro. Jerry llamó llorando a su madre, pegó a la señorita Fellowes y, por fin, se dejó consolar con un caramelo. Timmie chupó otro y, al cabo de una hora, la enfermera consiguió que los dos niños jugaran con la misma construcción, aunque en lados opuestos de la habitación.

La señorita Fellowes se sentía agradecida, casi al borde de las lágrimas, cuando llevó a Jerry con su padre.

Pensó formas de dar las gracias a Hoskins, pero la misma formalidad del doctor suponía un rechazo. Quizás él no la perdonaba por haberle hecho sentir como un padre cruel. Quizás el hecho de haber traído a su hijo era una simple tentativa de demostrar que era un buen padre con Timmie y, al mismo tiempo, que no era su padre. ¡Las dos cosas al mismo tiempo! Y de este modo, lo único que pudo decir la enfermera fue:

—Gracias. Muchas gracias.

Y lo único que pudo responder él fue:

—No tiene importancia. No hay de qué.

Aquello se convirtió en una rutina establecida. Dos veces por semana, Jerry acudía a jugar una hora, que con el tiempo fueron dos. Los niños aprendieron los nombres y hábitos respectivos, y jugaron juntos.

Y pese a todo, tras la primera oleada de gratitud, la señorita Fellowes acabó comprendiendo que Jerry no le gustaba. Era más alto, más pesado, y dominaba en todo, forzaba a Timmie a desempeñar un papel totalmente secundario. Lo único que hacía resignarse a la enfermera era el hecho que Timmie, pese a sus dificultades, aguardaba ansiosamente, cada vez con más deleite, las periódicas apariciones de su compañero de juegos.

Era lo único que tenía el pequeño, pensaba pesarosa la señorita Fellowes.

Y en cierta ocasión, mientras contemplaba a los niños, la enfermera pensó: «Los dos hijos de Hoskins, uno de su esposa y otro de Estasis.»

Mientras que ella…

«¡Cielos! —pensó mientras se llevaba los puños a las sienes, avergonzada—. ¡Estoy celosa!»

—Señorita Fellowes —dijo Timmie (con sumo tacto, la enfermera no le permitía que la llamara de otra forma)—, ¿cuándo iré a la escuela?

Miró los ansiosos ojos castaños alzados hacia ella y pasó suavemente la mano por los tupidos rizos del niño. Era la parte más desaliñada del aspecto físico del pequeño, porque la misma enfermera tenía que cortarle el pelo mientras Timmie se removía inquieto bajo las tijeras. La señorita Fellowes no deseaba ayuda profesional, puesto que la torpeza del corte servía para ocultar la hundida parte delantera y la sobresaliente parte trasera del cráneo.

—¿Cuándo has oído hablar de la escuela? —preguntó la enfermera.

—Jerry va a la escuela. Guar-de-ría —lo dijo muy despacio—. Jerry va a muchos sitios. Afuera. ¿Cuándo podré ir afuera, señorita Fellowes?

Un suave dolor se alojó en el corazón de la enfermera. Lógicamente, y ella lo sabía, era imposible evitar que Timmie fuera enterándose de más y más cosas del mundo exterior, que él jamás pisaría.

—¡Caramba! —dijo ella, intentando reflejar alborozo—. ¿Y qué harías en la guardería, Timmie?

—Jerry dice que juegan, tienen películas. Dice que hay muchísimos niños. Dice…, dice… —Un pensamiento, un triunfante alzamiento de ambas manitas con los dedos separados—. Dice que todos éstos.

—¿Te gustaría ver películas? —dijo la señorita Fellowes—. Yo puedo conseguirlas. Muy bonitas. Y también música.

De este modo, Timmie se sintió temporalmente consolado.

El niño devoraba películas en ausencia de Jerry, y la señorita Fellowes le leía libros sencillos de vez en cuando.

Había tanto que explicar incluso en el relato más simple, tantos detalles fuera de la perspectiva de las tres habitaciones… Timmie empezó a tener más sueños en cuanto empezó a conocer el mundo exterior.

Los sueños siempre eran iguales, relacionados con el exterior. El vacilante Timmie se esforzaba en describirlos a la señorita Fellowes. En sueños, estaba afuera, en un «afuera» vacío pero muy grande, con niños y raros e indescriptibles objetos mal digeridos por su pensamiento, resultado de novelescas descripciones no muy bien comprendidas, o de distantes recuerdos del Neanderthal medio recordados.

Pero los niños y los objetos se desentendían de él, y aunque él estaba en el mundo, jamás formaba parte del mismo; se encontraba solo, igual que si estuviera en su habitación… Y despertaba llorando.

La señorita Fellowes trataba de restar importancia a los sueños, pero algunas noches, en su piso, también ella lloraba.

Un día, mientras la enfermera leía, Timmie puso su mano bajo la barbilla de la mujer y la alzó suavemente, de tal modo que los ojos de la señorita Fellowes abandonaron el libro y se encontraron con los del niño.

—¿Cómo sabes lo que debes decir, señorita Fellowes?

—¿Ves estas marcas? Ellas me indican lo que debo decir. Estas marcas forman palabras.

El niño las miró mucho tiempo, con curiosidad, tras tomarle el libro de las manos.

—Algunas son iguales.

La enfermera se echó a reír, complacida con aquella muestra de sagacidad.

—Es cierto. ¿Te gustaría que te enseñara a distinguir las marcas?

—Sí. Sería un juego bonito.

La señorita Fellowes no había imaginado que el niño podía aprender a leer. Hasta el mismo momento en que Timmie le leyó un libro, no imaginó que él podía aprender a leer.

Luego, semanas más tarde, la enormidad de lo que había hecho la dejó atónita. Timmie, sentado en su regazo, siguiendo palabra por palabra el texto de un libro infantil, leyendo para ella… ¡Él le leía a ella!

Se puso trabajosamente en pie, asombrada.

—Bien, Timmie, volveré más tarde. Quiero ver al doctor Hoskins.

Excitada, casi frenética, la enfermera creyó tener una respuesta a la infelicidad de

Timmie. Si el niño no podía salir y entrar en el mundo, el mundo vendría a las tres habitaciones del niño. El mundo entero en forma de libros, películas y sonido. Había que educarlo hasta el límite de su capacidad. Era lo mínimo que le debía el mundo.

Encontró a Hoskins con un humor curiosamente análogo al de ella: triunfo y gloria, algo así. Las oficinas estaban anormalmente activas, y por un momento la señorita Fellowes pensó que no podría ver al director, mientras permanecía cohibida en el vestíbulo.

Pero él la vio, y una sonrisa se extendió por su ancho rostro.

—Señorita Fellowes, entre.

Habló con rapidez por el intercomunicador y después lo desconectó.

—¿Se ha enterado?… No, claro, es imposible. Lo hemos conseguido. Sí, lo hemos conseguido. Podemos efectuar detección intertemporal de corto alcance.

—¿Pretende decir —repuso la señorita Fellowes, esforzándose en separar su pensamiento de las buenas noticias de las que era portadora— que puede traer al presente a una persona de épocas históricas?

—Eso precisamente. Ahora mismo tenemos determinada la posición de un individuo del siglo catorce. Imagínese. ¡Imagínese! Si supiera cuánto me alegra huir de la eterna concentración en el Mesozoico, sustituir a los paleontólogos por historiadores… Pero usted desea decirme algo, ¿no? Bien, adelante, adelante. Me encuentra de buen humor. Cualquier cosa que quiera la tendrá.

La señorita Fellowes sonrió.

—Me alegro. Porque estoy preguntándome si no podríamos preparar un sistema de enseñanza para Timmie.

—¿Enseñanza? ¿De qué tipo?

—Bien, general. Una escuela. Para que él aprenda…

—Pero, ¿puede aprender?

—Ciertamente, ya está aprendiendo. Sabe leer. Le he enseñado yo misma.

Hoskins permaneció inmóvil, al parecer repentinamente deprimido.

—No lo sé, señorita Fellowes.

—Acaba de decir que cualquier cosa que yo quisiera…

—Lo sé, y no he debido decirlo. Mire, señorita Fellowes, seguramente comprenderá usted que no podemos mantener para siempre el experimento de Timmie…

Ella le miró con repentino horror, sin comprender realmente lo que el doctor había dicho. ¿Qué significaba «no podemos mantener»? En una dolorosa oleada de recuerdos, la enfermera recordó al profesor Ademewski y el espécimen mineral devuelto al cabo de dos semanas.

—Pero estamos hablando de un niño, no de una roca…

—Ni siquiera un niño merece más importancia de la debida, señorita Fellowes —repuso muy nervioso Hoskins—. Ahora que esperamos individuos de épocas históricas, necesitamos espacio en Estasis, todo el espacio disponible.

La enfermera no lo entendió.

—Pero es imposible. Timmie… Timmie…

—Bien, señorita Fellowes, por favor, no se altere. Timmie no se irá ahora mismo, quizá pasen meses. Mientras tanto, haremos todo cuanto podamos.

Ella aún estaba mirándole fijamente.

—Permítame pedir algo para usted, señorita Fellowes.

—No —musitó ella—. No necesito nada.

Se levantó en medio de una especie de pesadilla y se fue. «Timmie —pensó la señorita Fellowes—, no morirás. ¡No morirás!»

Estaba muy bien aferrarse tensamente a la idea que Timmie no moriría, pero, ¿cómo conseguirlo? Durante las primeras semanas, la señorita Fellowes se aferró a la esperanza que la tentativa de traer a un hombre del siglo catorce fracasara por completo. Las teorías de Hoskins podían ser erróneas, o su práctica podía resultar defectuosa. De ese modo, las cosas seguirían como hasta entonces.

Ciertamente, no era esa la esperanza del resto del mundo, y por dicha razón la señorita Fellowes odiaba al mundo. El «Proyecto Edad Media» alcanzó un clímax de ardiente publicidad. Prensa y público anhelaban algo así. Estasis, Inc., carecía del impacto necesario desde hacía tiempo. Otra roca u otro pez antiguo no excitaban a la gente. Pero aquello sí.

Un ser humano histórico, un adulto que hablara un idioma conocido, alguien que abriera una nueva página de la historia a los eruditos.

La hora cero se acercaba, y en esta ocasión no habría tres espectadores en la galería. Esta vez habría una audiencia mundial. Esta vez los técnicos de Estasis, Inc., desempeñarían su papel ante prácticamente la Humanidad entera.

La señorita Fellowes estaba simplemente enloquecida con la espera. Cuando llegó Jerry Hoskins para el programado período de juego con Timmie, la enfermera apenas le reconoció. Ella no estaba esperándole a él.

(La secretaría que trajo al niño se fue apresuradamente tras un formalísimo saludo a la señorita Fellowes. Corrió a buscar un buen sitio para observar el clímax del Proyecto Edad Media… Y lo mismo habría hecho la señorita Fellowes, pensó ella con amargura, si aquella estúpida chica hubiera llegado.)

Jerry Hoskins se acercó poco a poco a la enfermera, avergonzado.

—¿Señorita Fellowes?

Jerry sacó del bolsillo la reproducción de una nota periodística.

—¿Sí? ¿Qué pasa, Jerry?

—¿Es de Timmie esta foto?

La señorita Fellowes miró fijamente al niño y luego le quitó el papel de la mano. La excitación del Proyecto Edad Media había provocado el pálido resurgimiento del interés hacia Timmie por parte de la prensa.

Jerry miró atentamente a la enfermera antes de hablar.

—Dice que Timmie es un niño-mono. ¿Qué significa eso?

La señorita Fellowes tomó al jovencito por la muñeca y contuvo sus deseos de zarandearlo.

—Entra y juega con Timmie. Él quiere enseñarte un nuevo libro.

Y entonces, por fin, llegó la chica. La señorita Fellowes no la conocía. Ninguna de las sustituías a que había recurrido cuando el trabajo la obligaba a estar en otra parte se halla disponible en ese momento, no con el Proyecto Edad Media en su punto culminante, pero la secretaria de Hoskins había prometido que vendría alguien y aquella debía ser la chica.

La señorita Fellowes se esforzó para que su voz no sonara quejumbrosa.

—¿Eres la designada para la Sección Uno de Estasis?

—Sí, soy Mandy Terris. Usted es la señorita Fellowes, ¿verdad?

—Exacto.

—Lamento llegar tarde. Hay tanta excitación…

—Lo sé. Ahora quiero que…

—Usted lo verá, supongo.

Su delgada cara, vagamente bonita, se llenó de envidia.

—No te preocupes por eso. Quiero que entres y conozcas a Timmie y a Jerry. Estarán jugando dos horas, así que no te causarán problemas. Tienen leche a mano y muchos juguetes. De hecho, sería preferible que los dejaras solos mientras sea posible. Ahora te enseñaré dónde están las cosas y…

—¿Timmie es el niño-mo…?

—Timmie está sometido a experimentación en Estasis —dijo con firmeza la señorita Fellowes.

—Quiero decir que él… es el que se supone que debe irse, ¿no?

—Sí. Bueno, entra. No hay mucho tiempo.

Y cuando la enfermera consiguió irse por fin, Mandy Terris le dijo:

—Espero que consiga un buen sitio y, ¡Dios mío!, que la prueba sea un éxito.

La señorita Fellowes no confiaba en sí misma para dar una respuesta razonable. Se apresuró a salir sin mirar atrás.

Pero el retraso significó que no consiguió un buen sitio. No pasó de la pantalla mural de la sala de reuniones. Lo lamentó amargamente. Si hubiera estado allí mismo, si hubiera tenido acceso a alguna parte sensible de los instrumentos, si

hubiera podido hacer fracasar el experimento…

Hizo acopio de fuerzas para sofocar su locura. La simple destrucción no habría servido de nada. Los técnicos lo habrían reconstruido y reparado todo y reanudado el esfuerzo. Y a ella no le habrían permitido volver con Timmie.

Todo era inútil. Todo, salvo que el experimento fallara, que fracasara irreparablemente.

La enfermera se mantuvo a la espera durante la cuenta regresiva, observó los movimientos en la pantalla gigante, escudriñó los rostros de los técnicos mientras la cámara pasaba de uno a otro, aguardó el gesto de preocupación e incertidumbre indicando que algo iba inesperadamente mal, observó, observó…

No hubo tal gesto. La cuenta llegó a cero y el experimento, en silencio, discretamente, fue un éxito.

En la nueva Estasis instalada allí apareció un barbudo campesino de hombros caídos, edad indeterminada, vestido con prendas raídas y sucias y zuecos, que contemplaba con reprimido terror el brusco y violento cambio que se había precipitado sobre él.

Y mientras el mundo se volvía loco de alegría, la señorita Fellowes quedó paralizada por la pena. La empujaron, le dieron codazos, prácticamente la pisotearon. Estaba rodeada de triunfo y doblegada por el fracaso.

Así, cuando el altavoz pronunció su nombre con estridente fuerza, la señorita Fellowes no respondió hasta el tercer aviso.

—*Señorita Fellowes, señorita Fellowes. Preséntese inmediatamente en la Sección Uno de Estasis. Señorita Fellowes, señorita Fello…*

—¡Déjenme pasar! —gritó, sofocada, mientras el altavoz repetía sin pausa el aviso.

Se abrió paso entre el gentío con alocada energía, dando golpes y puñetazos, revolviéndose, avanzando hacia la puerta con una lentitud de pesadilla.

Mandy Terris estaba llorando.

—No sé cómo ha sucedido. Salí al borde del pasillo para ver una minipantalla que habían puesto allí. Sólo un momento. Y antes que pudiera moverme o hacer algo… —Y añadió, con repentino tono de acusación—: ¡Usted dijo que no me causarían problemas, dijo que los dejara solos!

La señorita Fellowes, desgreñada y sin poder dominar sus temblores, la miró furiosa.

—¿Dónde está Timmie?

Una enfermera estaba limpiando con desinfectante el brazo del gimoteante Jerry, y otra preparaba una inyección antitetánica. Había sangre en la ropa de Jerry.

—Me ha mordido, señorita Fellowes —gritó Jerry, rabioso—. Me ha mordido.

Pero la señorita Fellowes ni siquiera lo veía.

—¿Qué has hecho con Timmie? —gritó.

—Lo he encerrado en el cuarto de baño —dijo Mandy—. He metido a ese pequeño monstruo allí y lo he encerrado con llave.

La enfermera corrió hacia la casa de muñecas. Manoseó torpemente la puerta del cuarto de baño. Le costó una eternidad abrirla y ver al niño feo agazapado en un rincón.

—No me des latigazos, señorita Fellowes —musitó el niño. Tenía los ojos enrojecidos. Le temblaban los labios—. Yo no quería hacerlo.

—Oh, Timmie, ¿quién te ha hablado de latigazos?

Se acercó a él y lo abrazó impetuosamente.

—Lo dijo ella, con una cuerda larga —repuso trémulamente Timmie—. Ella dijo que tú me pegarías mucho.

—No es cierto. Ella ha sido muy mala al decir eso. Pero, ¿qué ha pasado? ¿Qué ha pasado?

—Él me llamó niño-mono. Dijo que yo no era un niño de verdad. Que era un animal. —Timmie se deshizo en un torrente de lágrimas—. Dijo que ya no jugaría más con un mono. Yo dije que no era un mono, ¡que no era un mono! Él dijo que yo era muy raro. Dijo que era horrible y feo. Lo dijo muchas veces y le mordí.

Ambos estaban llorando.

—Pero eso no es cierto —dijo la sollozante señorita Fellowes—. Tú lo sabes, Timmie. Eres un niño de verdad. Un niño encantador, y el mejor del mundo. Y nadie, nadie volverá a separarte de mí.

Fue fácil decidirse, fácil saber qué hacer. Pero había que actuar con rapidez. Hoskins no esperaría mucho más tiempo, teniendo a su hijo magullado…

No, había que hacerlo esa noche, esa misma noche, con cuatro quintas partes del personal dormido y la restante quinta parte intelectualmente embriagada por el Proyecto Edad Media.

Sería una hora anormal para volver, pero había precedentes. El vigilante la conocía perfectamente, y no soñaría en hacerle preguntas. No sospecharía si la veía con una maleta. La señorita Fellowes ensayó la evasiva frase «Juguetes para el niño» y una tranquila sonrisa.

¿Por qué no iba a creerlo el vigilante?

Así fue. Cuando la enfermera entró de nuevo en la casa de muñecas, Timmie aún estaba despierto, y ella mantuvo una exasperante normalidad, a fin de no asustar al pequeño. Hablaron de los sueños de Timmie, y la señorita Fellowes oyó al niño interesarse ansiosamente por Jerry.

Escasas personas la verían después, nadie recelaría del bulto que llevaría. Timmie

se estaría muy quieto, y finalmente todo sería un hecho consumado. Un hecho consumado, sería inútil querer repararlo. Ellos la dejarían en paz. Los dejarían en paz a los dos.

La señorita Fellowes abrió la maleta, sacó el abrigo, la gorra de lana con orejeras y las demás prendas.

—¿Por qué me pones esta ropa, señorita Fellowes? —dijo Timmie, con muestras de alarma.

—Voy a llevarte afuera, Timmie. Al lugar de tus sueños.

—¿Mis sueños?

Su rostro se contrajo con repentino anhelo, aunque también el miedo estaba allí.

—No temas. Estarás conmigo. No tendrás miedo si estás conmigo, ¿verdad, Timmie?

—No, señorita Fellowes.

Se apretó la deforme cabecita contra el costado y escuchó los sordos latidos del corazoncito del niño bajo su brazo.

Era medianoche. La señorita Fellowes tomó al niño en brazos. Desconectó la alarma y abrió suavemente la puerta.

Y lanzó un grito, porque al otro lado de la abierta puerta estaba Hoskins, mirándola.

Había otros dos hombres con el doctor, y él miraba fijamente a la enfermera, tan asombrado como ella.

La señorita Fellowes tardó un segundo menos en recobrarse y trató rápidamente de cruzar el umbral. Pero a pesar del segundo de retraso, Hoskins tuvo tiempo. La tomó bruscamente y la lanzó contra una cómoda. Llamó a los otros dos hombres y miró a la enfermera sin abandonar el umbral.

—No esperaba esto. ¿Está completamente loca?

Ella había conseguido interponer el hombro, para que fuera su cuerpo, y no el de Timmie, el que golpeara la cómoda.

—¿Qué daño puedo hacer si me lo llevo, doctor Hoskins? —dijo la señorita Fellowes, suplicante—. No puede poner una pérdida de energía por encima de una vida humana…

Con firmeza, Hoskins le quitó el niño de los brazos.

—Una pérdida de energía de esta magnitud significaría tres millones de dólares para los bolsillos de los accionistas. Significaría un terrible revés para Estasis, Inc. Significaría publicidad sobre una enfermera sentimental que destruye todo eso en provecho de un niño-mono.

—¡Niño-mono! —dijo la señorita Fellowes con impotente furia.

—Así lo llamarán los periodistas —dijo Hoskins.

Apareció un hombre que estaba pasando un cordel de nylon por los resquicios de

la parte alta de la pared.

La señorita Fellowes recordó la cuerda de la cabina que contenía la muestra rocosa del profesor Ademewski, la cuerda de la que Hoskins había tirado hacía mucho tiempo.

—¡No! —chilló.

Pero Hoskins dejó a Timmie en el suelo y le quitó amablemente el abrigo que llevaba.

—Quédate aquí, Timmie. No te pasará nada. Nosotros estaremos fuera sólo un momento. ¿De acuerdo?

Timmie, pálido y mudo, logró asentir con la cabeza.

Hoskins condujo a la enfermera fuera de la casa de muñecas. De momento, la señorita Fellowes había superado el límite de la resistencia. Vagamente, vio que ajustaban el tirador junto a la casa de muñecas.

—Lo siento, señorita Fellowes —dijo Hoskins—. Me habría gustado evitarle esto. Planeé hacerlo por la noche para que usted se enterara cuando ya estuviera hecho.

—Por la herida de su hijo —dijo la enfermera en un fatigado susurro—. Porque su hijo atormentó a este niño y lo provocó.

—No. Créame. Me he enterado del incidente de hoy y sé que la culpa fue de Jerry. Pero el incidente se ha filtrado al exterior. Así debía ser, con la prensa acosándonos precisamente este día. No puedo arriesgarme a que un relato distorsionado sobre negligencias y Neanderthales salvajes perjudique el éxito del Proyecto Edad Media. De todas formas, Timmie tenía que regresar pronto. Si regresa ahora mismo, los sensacionalistas tendrán el mínimo pretexto posible para volcar su basura.

—No es como devolver una roca. Va a matar a un ser humano.

—No habrá asesinato. No habrá sensación. Simplemente, el niño será un niño Neanderthal en un mundo Neanderthal. Dejará de estar prisionero, no será un extraño. Tendrá la posibilidad de vivir en libertad.

—¿Qué posibilidad? Sólo tiene siete años, está acostumbrado a que le cuiden, le alimenten, le vistan, le protejan. Estará solo. Quizá su tribu no esté ya en el lugar donde él la abandonó hace cuatro años. Y aunque esté en el mismo sitio, no reconocerán a Timmie. Tendrá que cuidar de sí mismo. ¿Cómo va a hacerlo?

Hoskins sacudió la cabeza en un gesto de desesperada negativa.

—¡Dios mío, señorita Fellowes! ¿Cree que no he pensado en eso? ¿Cree que habríamos traído a un niño de no haber sido porque se trataba de la primera localización de un humano o cuasi humano que hacíamos, y porque no nos atrevimos a correr el riesgo de perder su posición y hacer otra localización tan perfecta? ¿Por qué supone que hemos mantenido tanto tiempo aquí a Timmie, sino porque éramos reacios a devolver al niño al pasado? —Su voz cobró exasperada urgencia—. Pero no

podemos esperar más. Timmie es un obstáculo en el camino de la expansión. Una fuente de posible mala publicidad. Estamos a punto de hacer grandes cosas y, lo lamento, señorita Fellowes, pero no podemos permitir que Timmie nos estorbe. No podemos. No podemos. Lo lamento, señorita Fellowes.

—Bien, en ese caso —dijo tristemente la enfermera—, déjeme decirle adiós. Concédame cinco minutos para despedirme. Concédame tan sólo eso.

Hoskins vaciló.

—Adelante.

Timmie corrió hacia ella. Corrió hacia ella por última vez y la señorita Fellowes, por última vez, lo estrechó entre sus brazos.

Durante un instante, lo abrazó ciegamente. Empujó una silla con la punta del pie, la puso junto a la pared y se sentó.

—No tengas miedo, Timmie.

—No tengo miedo si estás aquí, señorita Fellowes ¿Está buscándome ese hombre loco, ese hombre que está afuera?

—No, no temas. Él no nos comprende… Timmie, ¿sabes qué es una madre?

—¿Como la de Jerry?

—¿Te habló él de su mamá?

—Algunas veces. Creo que una madre es una señora que te cuida y se porta muy bien contigo y hace cosas buenas.

—Exacto. ¿No te gustaría tener una madre, Timmie?

Timmie apartó la cabeza del cuerpo de la enfermera para poder mirarla. Poco a poco, pasó su manita por la mejilla y el pelo de la señorita Fellowes y la acarició igual que ella, hacía mucho, mucho tiempo, le había acariciado.

—¿Tú no eres mi madre? —preguntó el niño.

—Oh, Timmie.

—¿Te enfadas porque te lo pregunto?

—No. Claro que no.

—Porque yo sé que te llamas señorita Fellowes, pero…, pero a veces te llamo «mamá» sin decirlo. ¿Te parece bien?

—Sí. Sí. Me parece bien. Y ya no te abandonaré más y no sufrirás más. Estaré siempre contigo para cuidarte. Llámame «mamá», que yo lo oiga.

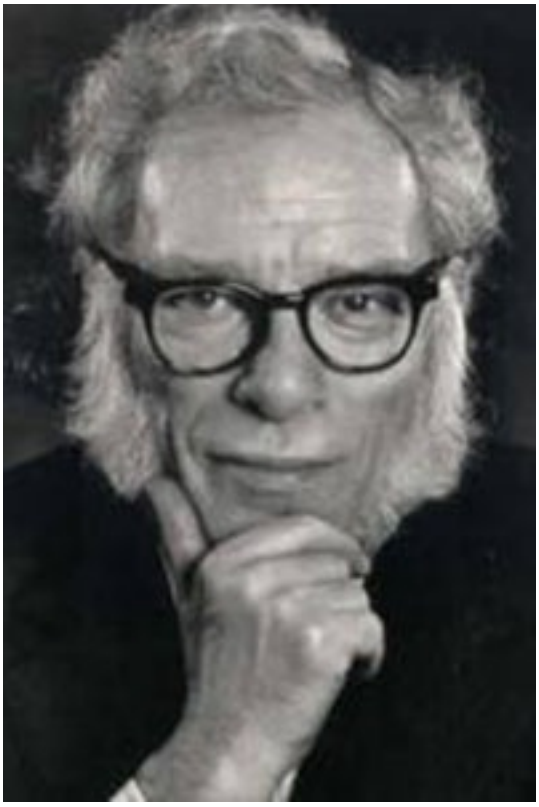
—Mamá —dijo Timmie muy contento, y apretó su mejilla a la de la enfermera.

La señorita Fellowes se levantó y, sin soltar al niño, se subió a la silla. Hizo caso omiso del repentino inicio de un grito en el exterior y, con la mano libre, tiró con todas sus fuerzas de la cuerda que colgaba entre dos resquicios.

Perforó Estasis y la habitación quedó vacía.

Notas

[1] Regordete (N. del T.)<<



ISAAC ASIMOV (Petróvichi, República Socialista Federativa Soviética de Rusia, 2 de enero de 1920 – Nueva York, Estados Unidos, 6 de abril de 1992), fue un escritor y bioquímico ruso, nacionalizado estadounidense, conocido por ser un exitoso y excepcionalmente prolífico autor de obras de ciencia ficción, historia y divulgación científica.

La obra más famosa de Asimov es la *Saga de la Fundación*, también conocida como *Trilogía* o *Ciclo de Trántor*, que forma parte de la serie del Imperio Galáctico y que más tarde combinó con su otra gran serie sobre los robots. También escribió obras de misterio y fantasía, así como una gran cantidad de textos de no ficción. En total, firmó más de 500 volúmenes y unas 9.000 cartas o postales. Sus trabajos han sido publicados en 9 de las 10 categorías del Sistema Dewey de clasificación.

Asimov, junto con Robert A. Heinlein y Arthur C. Clarke, fue considerado en vida como uno de los "tres grandes" escritores de ciencia ficción.